DONATO CARRISI

LA MENTIRA DE LA ORQUÍDEA



THRILLER

LOS IMPERDIBLES

Imagina un amanecer de verano. Imagina el aire inmóvil del campo, el olor de los sembrados, el canto de los grillos. Imagina ahora una casa de campo roja, solitaria en medio de la nada. Imagina que distingues unas bicicletas infantiles y juguetes sobre la grava, ropa tendida. Imagina el silencio. Un silencio que no parece pertenecer a este mundo. Un silencio que, de pronto, rompe un grito desesperado.

Érase una vez la familia C.: tres hijos pequeños y dos padres amorosos. Érase una vez la familia perfecta. Y ahora ya no existe. ¿Qué ocurrió dentro de la casa de campo roja aquella cálida noche de agosto? Imagina algo terrible y cruel. Imagina que solo puede haber un responsable. El único superviviente. Imagina tener la verdad justo delante de tus ojos. Cada detalle encaja, cada indicio está alineado y solo hay una explicación. No puedes equivocarte. Tienes todas las respuestas. Pero lo que no puedes imaginar es que no es el final de la historia. Es el principio.

LA MENTIRA DE LA ORQUÍDEA

LOS IMPERDIBLES

Título original: *La bugiadell'orchidea*
2025, Donato Carrisi
de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
2026, de la traducción: Maribel Campmany Tarrés
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

OTROS LIBROS DEL AUTOR
EN DUOMO EDICIONES:

El cazador de la oscuridad

El maestro de las sombras

La chica en la niebla

El susurrador

El juego del susurrador

La casa de las voces

Yo soy el abismo

La educación de las mariposas

DONATO CARRISI

LA MENTIRA DE LA ORQUÍDEA

Traducción de Maribel Campmany



Barcelona, 2026

Advertencia para los lectores

Los acontecimientos que se narran en este libro ocurrieron de verdad y abarcan tres periodos distintos, separados entre sí por una década: el verano de 2005, el final del invierno de 2015 y, por último, el año 2025, en el que estoy escribiendo estas páginas.

He dado un nombre ficticio al pequeño pueblo donde tuvieron lugar los hechos; la descripción de los lugares, en cambio, se corresponde con la realidad. Para preservar la verdadera identidad de los protagonistas, los he mencionado únicamente por su nombre de pila o por la inicial de su apellido. Toda la información personal es auténtica, incluida la edad de las jóvenes víctimas.

He procurado no omitir ningún detalle, ni siquiera los más crudos o sobrecogedores, aquellos que quizá habría podido ahorrarle al lector. Pero no lo he hecho con la intención de escandalizar ni, peor aún, de alimentar la curiosidad morbosa de nadie. Por respeto a los muertos, quería que cada detalle quedara recogido y documentado antes de que la memoria de lo sucedido empezara a desvanecerse. Y que al menos la piedad quedara a salvo de la silenciosa e implacable molienda del tiempo.

Puede que alguien se pregunte por qué he esperado diez años antes de contar esta historia. Podría decir que necesitaba asimilar lo ocurrido o encontrar el tono adecuado para narrarlo, aunque no sería honesta.

Lo cierto es que, quizá de manera egoísta, quería liberarme de las inquietantes secuelas de todo lo que viví durante los acontecimientos en los que me vi envuelta. Un terror que me persiguió durante mucho tiempo.

Desde el día de la carta anónima.

Una cosa más. He escrito esta novela sabiendo que será la última. No sé cómo pasaré las horas y los minutos del resto de mi vida, y ya

sé que echaré muchísimo de menos hacer aquello para lo que he venido al mundo.

Pero después de esta historia no podría haber ninguna otra.

Esta es la crónica de mi viaje a los confines del mal. Un viaje emprendido con la certeza de que ya no habrá posibilidad de volver atrás.

La tarea de un escritor es preservar el recuerdo de las cosas. Y ahora ese recuerdo os pertenece a vosotros. Yo solo quiero olvidar. Y el libro que estáis a punto de leer ha servido precisamente para eso.

VICTORIA ANTHON
24 de enero de 2025

LABIA SERICEA
por Victoria Anthon
(Novela)

A Nic.
Maldito seas

Imagina el amanecer de un verano abrasador. Imagina el aire inmóvil sobre los campos, el olor penetrante del estiércol, el último chirrido de los grillos nocturnos que, con la mañana, cederán el honor de cantar a las cigarras. Imagina la oscuridad retrocediendo ante la irrupción del día y una fina capa de calima extendiéndose hasta el horizonte, como un velo blanco suspendido sobre las praderas de rastrojos, amarillentos por el polvo del maíz recién cosechado.

Ahora imagina una casa en medio de la llanura. Una antigua casa de campo roja, grande, con el tejado a dos aguas de tejas cocidas por el sol y tres álamos en un lado. Una edificación del mismo color que la tierra que la rodea, erguida en soledad en mitad de la nada, que desde hace al menos un siglo desafía con orgullo el paso de las estaciones sin resentirse de los embates de las heladas, la humedad y el calor.

Imagina que te acercas a esa casa.

Imagina la explanada de grava delante de la entrada principal. Un gato duerme entre las ruedas de un coche aparcado, uno familiar de color burdeos con miles de kilómetros a sus espaldas. Imagina que distingues dos bicicletas infantiles apoyadas contra un pequeño muro. Una más grande, rosa, con flecos arcoíris en los puños del manillar. La otra más pequeña, roja, cubierta de pegatinas brillantes. Un poco más allá hay un andador de bebé para dar los primeros pasos.

Imagina el cercado con las gallinas y los conejos, y una pequeña tortuga de tierra que se arrastra por la hierba. Un establo con tres vacas, un pequeño picadero con un caballo.

Imagina el olor de la paja, un moscardón posado en el borde de un cubo lleno de agua, la ropa tendida que alguien olvidó recoger la noche anterior.

Imagina una calabaza vacía, seca y torcida, en el alféizar de una

de las ventanas. Una herradura oxidada clavada en la pared. La puerta de la casa cerrada.

Ahora imagina el silencio. Un silencio hecho de paz, de calma, de tranquilidad. Intenta creer que ese silencio es sincero, aunque en realidad oculta el más terrible de los secretos.

Un secreto que tiene que ver con la muerte.

Ese silencio se rompe con un grito desesperado. El grito de un hombre. Para ser exactos, de un marido y padre. A los alaridos desgarradores y al llanto incontenible seguirá, pocos minutos después, el ulular cadencioso de las sirenas de los coches patrulla de los carabineros.

Los agentes que acuden desde el pueblo cercano encontrarán al joven cabeza de familia en el exterior de la casa, sentado en el suelo frente a la puerta de entrada, con los ojos azules perdidos en el vacío y una expresión inanimada en el rostro.

Con sus grandes manos de agricultor apoyadas en el regazo, las palmas callosas cubiertas de sangre.

Sangre que le empapa la camisa de cuadros naranjas y amarillos. Sangre en los vaqueros. Sangre en los pies descalzos, en el cuello, en la barba descuidada, en el cabello rubio y ralo. Sangre seca en los labios, incluso dentro de la nariz.

Pero no se aprecia ninguna herida.

En el umbral de la casa, sin embargo, hay un cuchillo de carne. El filo de la hoja ya no es recto: está mellado en varios puntos por el uso repetido. Es un cuchillo que, esa noche, ha trabajado mucho.

Lo compraron hace años en un puesto de una feria de pueblo, junto con cuatro ollas de aluminio y una cafetera. Era un buen cuchillo, con mango de hueso y forjado a mano, de los que ya no se hacen. Un cuchillo con un pequeño remache en forma de estrella en la empuñadura; de ahí viene la expresión que se usaba en la casa: «Por favor, pásame el cuchillo de la estrella».

Ese cuchillo había estado muchas veces encima de la mesa, inocente, entre los comensales durante las comidas y las cenas familiares. Había cortado raciones de asado y filetes. Siempre eficiente, siempre fiable. Ya formaba parte de ese conjunto de objetos domésticos destinados a pasar de generación en generación

y cuyo único propósito es servir a quienes los poseen.

Pero durante aquella noche ese utensilio cumplió otra tarea, inesperada. Después de eso, el cuchillo de la estrella recibiría otro nombre: se convertirá oficialmente en la «Prueba n.º 15».

Ahora que te ha quedado claro el escenario, ya tienes todos los elementos para formarte una idea de lo ocurrido. Llegados a este punto, los cuatro cuerpos que se hallan en el segundo piso del gran edificio rojo —los tres niños y la mujer— son solo una mera formalidad de la que tomar nota. Como ya no se puede hacer nada por ellos, de momento basta con saber que esos cadáveres están ahí y que se encuentran exactamente donde la muerte los ha dejado.

En cuanto al papel del cabeza de familia, no parece que pueda caber ninguna duda. El simple hecho de que sea el único superviviente lo coloca bajo una luz incuestionable. Cada detalle, incluso el más pequeño, es un índice que señala hacia él.

Por eso, si piensas que la verdad, toda la verdad, está justo delante de tus ojos, estás en lo cierto.

«Todas las respuestas están en esa casa».

La evidencia es tan aplastante que ni siquiera cabe imaginar que los hechos hayan ocurrido de otro modo.

Sin embargo, hay algo que nadie sabía entonces y que tú todavía ignoras. Aquellos asesinatos que parecían el final de todo eran, en realidad, solo el principio.

Primera parte

LA CARTA

1

El 23 de febrero de 2015 ya me había mudado por segunda vez en menos de un año.

Nunca permanecía mucho tiempo en una misma dirección; lo máximo habían sido seis meses. Cuando me cansaba, empaquetaba mis pocas cosas y me trasladaba a otro apartamento. A veces a otra ciudad, a veces en la misma, siempre que fuera lo bastante grande como para parecerme distinta.

Cada vez se repetía la misma rutina. La noche anterior a la partida preparaba mis cosas y, a la mañana siguiente, llamaba a un taxi para que me llevara al aeropuerto, a la estación o directamente a mi nuevo destino.

Para mantener ese estilo de vida debía respetar unas pocas y sencillas reglas: elegir casas amuebladas con contratos de alquiler breves; tener una cantidad concreta y limitada de efectos personales que facilitara los desplazamientos; comprar solo lo estrictamente necesario. Por cada objeto nuevo que entraba debía salir otro equivalente: un cepillo de dientes por otro cepillo de dientes, un jersey por otro jersey, y así sucesivamente.

Mis pertenencias se limitaban siempre a lo que cabía en dos maletas grandes y una enorme mochila militar verde; es decir, todo lo que podía entrar en el maletero de un sedán normal dedicado al transporte público.

El 23 de febrero de 2015 ya hacía tiempo que había perdido la cuenta de todas las mudanzas que había dejado atrás.

Tenía treinta y seis años y, con cada nuevo domicilio, cambiaba también cualquier punto de referencia, porque —como es lógico— cada traslado no suponía solo mover cosas. En cada ocasión tenía que reorganizar una mínima red de relaciones personales imprescindibles para sobrevivir. Por ejemplo, acordar la entrega de la

compra a domicilio y ponerme de acuerdo con la lavandería, encontrar un nuevo estanquero de confianza o elegir el bar donde cada tarde, a las seis, iría a tomarme mi habitual vermut blanco.

Nada de vínculos duraderos. Ningún amigo. Solo conocidos de los que pudiera desligarme sin previo aviso y sin remordimientos en cuestión de veinticuatro horas.

He tenido amantes, pero siempre siendo plenamente consciente de que cualquier implicación —emocional o física— tendría fecha de caducidad.

Había descartado la posibilidad de encariñarme con alguien o de ser víctima de la nostalgia o el arrepentimiento. El precio de la libertad era la soledad, y lo aceptaba.

No pertenecía a nadie ni a ningún lugar. Y nadie ni ningún lugar me pertenecían. Pero había elegido esa vida errante y no la habría cambiado por nada.

Por otro lado, era algo parecido a morir y renacer continuamente.

Cada vez que empezaba de nuevo en otra parte para evitar que algún superviviente de mi vida anterior viniera a buscarme, tendía a cambiar de identidad además de domicilio.

En cada traslado decidía cómo quería que me llamaran. A partir de ese momento me convertía en esa persona sin necesidad de ponerme máscaras especiales y conservando todas mis costumbres. La discreción era esencial para proteger al único ser humano que me importaba.

Victoria Anthon, escritora. Yo misma.

Los únicos que conocen mi verdadero nombre son los lectores, pero no saben qué aspecto tengo, porque de Victoria Anthon no existen fotografías ni entrevistas: nadie del mundo literario la ha visto ni ha coincidido con ella.

Debuté a los veintiséis años. Aparecí de la nada con una historia que obtuvo de inmediato un enorme reconocimiento de público y de crítica.

El caso de Via Beyle fue un auténtico acontecimiento literario.

En pocos meses había cumplido el sueño de mi infancia. Y qué importaba si, para lograrlo, había borrado mi pasado, cortado los lazos con mi familia de origen y arrancado de raíz todo lo que me

unía a ella. Mi fulgurante debut a una edad tan temprana coincidió con mi firme decisión de no aparecer nunca en público.

Ahora que tengo treinta y seis años me doy cuenta de que soy una especie de ejemplar único en el panorama editorial.

Nunca me he sometido al agotador ritual de presentaciones en librerías, firmas de libros, festivales, coloquios o premios literarios. A diferencia de muchos de mis colegas, le he ahorrado a todo el mundo el incómodo espectáculo de la adoración pública de mi talento.

Siempre he sostenido que esa decisión también suponía una gran ventaja para los lectores, que así no corrían el riesgo de sentirse decepcionados al conocerme. Es humanamente imposible gustar a todo el mundo, y a mí nunca me ha supuesto un problema reconocer que soy bastante complicada. Los escritores, de hecho, deberían mostrarse sobrehumanos, inalcanzables, casi etéreos. De lo contrario, se corre el peligro de que ciertas mediocridades arruinen la sacralidad de las historias que cuentan y manchen de manera irremediable la reputación de los personajes que han salido de su pluma.

Yo soy la escritora invisible.

Ni siquiera mi agente literaria ha sabido nunca qué aspecto tengo. Nos hemos comunicado únicamente por teléfono y, desde el principio, ella despachó mi determinación de no aparecer en público como una «extravagancia de artista».

Pero mi agente sabía muy bien que ese estilo de vida tan poco común formaba parte del secreto de mi escritura. Al igual que yo, también ella temía que, si decidía revelar mi aspecto al mundo, si me «humanizaba», se agotaría la vena creativa original que, con los años, me había llevado a publicar una decena de novelas, todas ellas *best sellers* traducidos a varios idiomas.

Hasta el 23 de febrero de 2015 esta circunstancia nos parecía a ambas bastante evidente, podría decirse que incuestionable. Por otra parte, dado que desde el comienzo de mi carrera todo había funcionado así de bien, no veíamos ninguna razón para cambiar las cosas.

En aquella fecha fatídica, mi éxito como escritora se preveía

inquebrantable y mi determinación de seguir produciendo manuscritos quedaba fuera de toda duda.

Pero la persona que estoy describiendo ahora ya no soy yo: es otra. Porque aquel lejano día de invierno ocurrió algo impensable.

La llegada de una carta que lo cambiaría todo.

2

En la época de los hechos, bajo la cobertura de uno de mis muchos nombres ficticios, me había instalado en una pequeña localidad costera. Un viejo pueblo de pescadores con apenas unos cientos de habitantes, a dos pasos de Portofino y no muy lejos de la frontera con Francia.

El lugar ideal para pasar el invierno, en el que tenía todo lo que necesitaba.

Un pequeño bar donde refugiarme los días de tormenta. Un hostal familiar que servía una excelente sopa de pescado. Una papelería bien surtida. Una pequeña librería junto al puerto, cuyos libros olían a mar.

Había encontrado un pisito en un edificio amarillo situado en medio de un laberinto de callejuelas donde resultaba agradable perderse. Desde las ventanas con persianas verdes, espiando entre los tejados inclinados de las casas rosas, naranjas y azules, se disfrutaba de un cautivador panorama del golfo de Tigullio.

El 23 de febrero hacía un hermoso día de sol. La temperatura era bastante suave, casi primaveral.

Aquella mañana me había levantado muy temprano para tomar unas notas para un nuevo relato que llevaba varios días rondándome por la cabeza y que empezaba a convencerme, así que merecía quedar plasmado en una hoja en blanco.

El embrión de mis historias siempre había sido el papel; solo después de varias reescrituras lo volcaba todo en el portátil. Casi siempre se trataba del comienzo y de los tres o cuatro primeros capítulos. Cuando estaba segura del arranque, teclear el resto en el ordenador hacía que el proceso creativo fuera más rápido.

Los reflejos del amanecer sobre el mar me habían sorprendido y me habían llenado de una agradable pereza que me obligó a

replantearme mis planes iniciales. Así que, sin quitarme siquiera la sudadera, demasiado grande, ni los calcetines de felpa con los que dormía, me preparé un café con la cafetera italiana y me senté a saborearlo con calma en la mesa del comedor. Me fumé el primer cigarrillo del día acurrucada en una silla, con las rodillas pegadas al pecho, frente a la ventana que enmarcaba la porción de paisaje reservada para mí.

A mi alrededor, en la pequeña cocina de azulejos, pegados un poco por todas partes —en los armarios y en las paredes— había decenas de recortes de periódico.

Siempre tenía a mano unas tijeras y cinta adhesiva, y cada vez que me disponía a preparar una nueva novela escudriñaba periódicos y revistas en busca de temas interesantes. Por lo general, en las crónicas de sucesos. Aunque no descartaba nada, porque nunca se sabe dónde puede esconderse una buena idea; también podían servir textos de economía o de sociedad. Muchos de aquellos artículos los había recortado tiempo atrás y los había guardado sin saber si llegarían a servirme de verdad, solo porque algo me había llamado la atención mientras los leía.

El método puede parecer extravagante, pero puedo asegurar que funciona.

A veces, mientras estaba en casa —quizá cocinando o pasando la aspiradora— se me iba la mirada hacia uno de aquellos recortes. Bastaba con leer unas pocas frases y, de repente, comprendía por qué lo había conservado. Esa fascinación echaba raíces en mi mente y se ramificaba hasta convertirse en una historia propia.

A juzgar por el empapelado de recortes de periódico que me rodeaba aquella mañana de febrero, quizá estaba lista para dar vida a una nueva novela.

Mientras pensaba en ello, una silueta cruzó por delante del paisaje de la ventana.

Sobre las tejas rojas de los tejados había aparecido el gato blanco y marrón que de vez en cuando venía a visitarme. Avanzaba con paso indolente entre las chimeneas, a veces haciendo equilibrios sobre las cornisas. Me levanté de la mesa y fui a abrir la ventana. El gato se coló en casa con la rapidez de quien ya sabe que puede

gorronear un tentempié. De hecho, le puse en el suelo el platito de siempre con leche y un poco de jamón serrano. Luego volví a sentarme para terminar de tomarme el café y lo observé mientras comía.

Dado mi estilo de vida nómada, no podía cargar con una mascota, así que a veces socializaba con perros o gatos que pertenecían a los vecinos, que, por lo demás, seguían siendo completos desconocidos para mí.

Aquel día había empezado de forma despreocupada. Apagué lo que quedaba del cigarrillo en la taza vacía del café y la llevé al fregadero. Me llené un vaso con agua del grifo y me tragué la primera pastilla del día. Mi dieta farmacológica también incluía unas gotas de ansiolítico; aquella ingesta química me permitiría afrontar mejor las horas que tenía por delante.

Me había entrado una agradable urgencia de escribir.

Cuando me ocurría, debía iniciar mi ritual, que consistía, ante todo, en una visita a la papelería. Compraba compulsivamente todo lo necesario para ponerme a trabajar: bolígrafos, lápices y sacapuntas, pósits de varios colores, subrayadores, rotuladores, un par de paquetes de folios de buena calidad, clips, carpetas, archivadores, pegamento, gomas elásticas, una grapadora, corrector, gomas de borrar y cuadernos en abundancia. La idea me entusiasmaba como a una niña que se prepara para su primer día de colegio. El olor de aquellos objetos recién fabricados siempre ha sido uno de los placeres secretos del oficio de escritora.

También quería ir a la frutería a comprar unas naranjas para hacer zumo y unas cuantas manzanas que iría mordisqueando mientras trabajaba. Y, después, al estanco a por cigarrillos, compañeros inevitables de las largas noches en vela, que pasaba persiguiendo ideas entre remolinos de humo amargo.

Con esos propósitos, me lavé los dientes y me vestí. Vaqueros, un jersey grueso de lana que había comprado hacía poco en una tienda de artículos náuticos, mis Adidas verdes ya gastadas y un gorro de cachemir adquirido años antes en un mercadillo de Berlín. También me puse las gafas de sol, porque ya sabía que el resplandor hace que me lloren los ojos.

Estaba a punto de salir y cerrar la ventana de la cocina cuando me di cuenta de que el gato dormía acurrucado en el sofá. Le dejé la ventana abierta por si quería volver con su verdadero dueño. En realidad, esperaba que se quedara para hacerme compañía mientras empezaba a crear un nuevo mundo imaginario.

Con mi vieja chaqueta de cuero puesta, cerré con llave la puerta de casa y empecé a bajar las escaleras del edificio. Sin sospechar nada.

Al llegar al portal, me volví distraídamente hacia la derecha, donde estaban los buzones. Mi mirada se posó en el número 9, que era el de mi apartamento.

La presencia del sobre blanco asomando por la ranura me sorprendió, pero no me inquietó.

Mi primera reacción fue pensar que la carta iba dirigida a uno de mis vecinos y que la habían metido en mi buzón por equivocación.

Me acerqué con la intención de sacarla y meterla en el buzón del destinatario correcto. Pero en cuanto la tuve entre las manos y leí mi nombre todo se detuvo, como si de repente el reloj del universo se hubiera roto.

En el sobre no aparecía el último nombre falso con el que me había bautizado, sino mi verdadero nombre.

«Para Victoria Anthon».

3

Mi primer impulso fue mirar a mi alrededor. Me sentía observada. No sé hasta qué punto ese pensamiento era irracional, porque en ese momento estaba sola en el portal.

Me temblaban las manos mientras sostenía el sobre; dentro de mí había surgido una sensación de inminente amenaza. Y, al mismo tiempo, era consciente de algo que me aterraba: años de precauciones y artimañas para ocultar al mundo mi verdadera identidad no habían servido de nada.

La carta que me había localizado no llevaba remitente, pero alguien había violado igualmente mi espacio sagrado.

Alguien que conocía mi secreto.

Para descubrir quién era el intruso —y también cómo y por qué estaba ocurriendo todo aquello—, tendría que abrirla, pero en aquel momento carecía del valor necesario. Y además tenía otra prioridad.

Marcharme de allí.

Con una repentina flojera en las piernas, volví a subir, casi trepando por los escalones. Intentaba ir lo más deprisa posible. Me sentía vulnerable y asustada.

¿Dónde estaría ahora la persona que me había enviado la carta que aferraba entre los dedos? Podía estar en cualquier parte a mi alrededor, tener mil rostros y mil nombres.

Abrí la puerta de casa temiendo que las llaves se me cayeran al suelo. Cuando la cerré a mi espalda, estaba sin aliento y tenía escalofríos. Me quité las gafas de sol, tiré el gorro y dejé la carta encima de la mesa del comedor. Luego me alejé unos pasos. Retrocedí sin dejar de mirarla.

No había tiempo que perder. Decidida, me dirigí al dormitorio. Abrí el armario de par en par y saqué las dos maletas y la mochila militar que guardaba al fondo. Empecé a meter dentro, a toda prisa y sin

orden, la ropa y el resto de mis cosas.

No quería permanecer en aquella casa ni un minuto más de lo necesario. Todavía no sabía adónde iría. A cualquier parte, con tal de estar lejos de allí.

Entonces me di cuenta de que la luz a mi alrededor estaba cambiando. Las sombras invadieron las habitaciones y poco después un trueno hizo vibrar el aire. La tormenta que siguió fue casi inmediata: borró de golpe lo que hasta hacía un momento parecía un día perfecto de sol.

Volví al comedor y vi la ventana que había dejado abierta al salir. El gato se había escabullido antes del chaparrón. En cuanto a mí, ni siquiera el mal tiempo me impediría marcharme de aquel lugar lo antes posible.

Marqué el número del único taxi que trabajaba en el pueblecito.

Decidí esperarlo en la calle. Salí del apartamento y arrastré escaleras abajo todo el equipaje. No quería verme obligada a subir y bajar varias veces; era como si temiera que la casa que acababa de dejar atrás pudiera atraparme de nuevo y no dejarme marchar nunca.

Huía de la carta aún cerrada que había dejado encima de la mesa del comedor. Había decidido que su contenido no me importaba. Fuera cual fuera el mensaje, no quería conocerlo.

Era una trampa, estaba segura de ello. De lo contrario, el remitente habría puesto su nombre en el sobre. Pero yo no iba a caer en el engaño. No cedería al impulso de abrirla, ni siquiera para averiguar cómo había llegado hasta mí.

Mientras esperaba el taxi en la acera, la lluvia caía sobre mí con saña, implacable. En ese momento me asaltó una lúgubre revelación.

No sabía cómo la carta había podido encontrarme. Pero, si había ocurrido una vez, podía volver a suceder.

¿Tendría que vivir mirando por encima del hombro el resto de mi vida? ¿Eso era lo que me esperaba? ¿Estaba realmente dispuesta a aceptar una persecución de ese tipo?

Me volví hacia el edificio que acababa de abandonar para ponerme a salvo. Bajo el aguacero, parecía un barco a la deriva a punto de

hundirse en medio del temporal.

Al cabo de unos minutos llegó un viejo Mercedes, todavía impecable gracias al esmero de su anciano conductor. El hombre estaba a punto de bajar del coche para cargar mi equipaje en el maletero, pero lo detuve. No tenía sentido que se empapara. Ya había tomado una decisión. Le pagué lo que marcaba el taxímetro y le dejé además una generosa propina.

Luego lo vi marcharse. Poco después encontré el valor para volver a subir a casa.

4

Empapada por la lluvia, crucé el umbral del apartamento y me encontré de nuevo en el comedor tapizado con recortes de periódico. Habían pasado solo unos minutos, pero me parecía haber estado fuera años enteros. Lo que tenía delante era el pasado.

Nada volvería a ser como antes.

Solté las maletas y la mochila en el suelo. La tensión había desaparecido y el cansancio había ocupado su lugar. La calma era ilusoria. La angustia volvería a crecer como una marea para intentar ahogarme, pero, mientras permaneciera agazapada en mi mente, aún sería capaz de razonar.

La carta seguía allí. Ya no me daba tanto miedo. Quizá nuestro destino era volver a encontrarnos frente a frente.

Y, después de todo, también cabía la posibilidad de que dentro del sobre arrugado hubiera una información inocua. Aunque en el fondo no lo creía.

Era demasiado extraño que, tras años de invisibilidad, alguien hubiera conseguido localizarme en uno de los lugares al azar donde había decidido esconderme para apartarme del mundo.

Me senté a la mesa, encendí un cigarrillo y empecé a pensar. Solo había una forma de salir de ese punto muerto. Por más vueltas que le diera, sabía que no tenía elección.

Así que me obligué a coger la carta y la examiné con más atención.

Mi nombre y la dirección estaban escritos a máquina. No con una simple máquina de escribir antigua, sino con una Olivetti Lettera 32, un aparato ya en desuso que seguía siendo icónico para un verdadero escritor.

El sello ordinario, de setenta y siete céntimos, representaba con detalle una escena de bailarinas vestidas con trajes folklóricos. Las

observé con detenimiento. Había algo desagradable y repulsivo en sus sonrisas fijas, en sus miradas vacías.

El matasellos del lugar de origen estaba borroso.

No sabía de dónde procedía la carta, pero instintivamente alcé la vista hacia la ventana con la inquietante sensación de que me vigilaban. El mismo fragmento de mar entre los tejados seguía ante mí. Y, aun así, sentí la punzada de unos ojos invisibles escondidos en algún lugar.

No me quedaba más remedio que abrir el sobre.

Sujetando el cigarrillo entre los labios, para tener las manos libres, rasgué el borde con cuidado de no dañar el contenido. Saqué la única hoja que había dentro.

Esperaba un mensaje, palabras escritas por alguien a máquina, en ordenador o de su propio puño y letra.

En cambio, me encontré con un recorte amarillento de periódico entre los dedos.

Se parecía a uno de los muchos que me rodeaban, pegados aquí y allá por los armarios y las paredes de aquella pequeña cocina.

«Quien me lo haya enviado me conoce bien», pensé.

Luego me concentré en el artículo. Relataba un crimen ocurrido en una remota localidad rural. La crónica era bastante escueta. Al parecer, una noche, un agricultor, presa de un arrebato, degolló a su mujer y a sus hijos pequeños con un gran cuchillo para carne mientras dormían.

Al amanecer, el propio asesino llamó a los carabineros y esperó desarmado a los agentes en el exterior de la vivienda. Un gran caserón rojo.

A pesar de la crudeza, podía soportar aquel relato. Lo que, sin embargo, me resultaba absolutamente intolerable era la foto de la familia que acompañaba el artículo.

Los miembros de aquel alegre grupo posaban junto a la casa roja, inconscientes de su destino. Al pie de la imagen, en letra pequeña, aparecía la palabra «Autorretrato». Aquel detalle meramente técnico intensificaba la inquietud que desprendía la fotografía.

Se la habían hecho ellos mismos.

Esa palabra, en apariencia irrelevante, alimentaba mi malestar. Al

haberse tomado sin la presencia de extraños, la foto adquiría la categoría de un rito privado. ¿Qué derecho teníamos nosotros, los observadores, a violar esa intimidad? No contábamos con el consentimiento de aquellas personas.

El padre se llamaba Lorenzo C.; la madre, Beatrice C.; la hija mayor, Luigia; el segundo, Giacomo; la más pequeña, Caterina.

Era la familia C. al completo.

Lorenzo C. llevaba pantalones oscuros, una camisa blanca de manga corta y una corbata de rombos rojos y beis. Parecía tener poco más de treinta años. Era de constitución robusta y tenía el aspecto tranquilizador de un buen padre que jamás permitiría que les ocurriera nada malo a sus seres queridos. Cabello rubio, corto y algo ralo. Ojos azules, extraordinariamente bondadosos. Mostraba una sonrisa satisfecha mientras, presumiblemente, alardeaba del motivo de su orgullo: su mujer y sus hijos.

Beatrice C. parecía de la misma edad que su marido. También rubia y de ojos azules, con pequeñas pecas a ambos lados de una nariz perfecta. Al mirarla, mi primera impresión fue que, en otra vida, habría podido ser modelo, posar para grandes fotógrafos o desfilar para diseñadores importantes. Sin embargo, llevaba un modesto vestido de flores, sandalias de cuerda y el pelo recogido en una coleta. Se dejaba rodear los hombros por su esposo y sonreía a su vez al objetivo, ajena a lo que acabaría ocurriéndole a manos de quien había prometido amarla para siempre.

Luego estaban los hijos. Su rostro era la síntesis perfecta del de sus padres. El cabello rubio era la marca de la casa. También los ojos debían de ser azules como los de papá y mamá, pero en la foto del periódico habían sido piadosamente ocultados con una franja negra. Un recurso utilizado para hacer parcialmente irreconocibles a las víctimas de un suceso sangriento, sobre todo cuando se trata de menores. En realidad, producía un efecto inquietante.

Aquellos tres niños parecían destinados a irrumpir en mis pesadillas.

Luigia, con un vestido rojo carmín, tenía once años. Su porte era el de toda una «señorita». Estaba en esa edad intermedia entre la infancia y la adolescencia, cuando el cuerpo pugna por florecer pero

aún persisten las ganas de jugar. El parecido con su madre era asombroso.

Giacomo, el mediano, tenía siete años. Llevaba el cabello revuelto y mostraba una expresión traviesa. Seguramente lo habían obligado a ponerse esos pantalones y aquella camisa abotonada hasta el cuello: aunque sonreía, era evidente que estaba deseando librarse de aquel nudo en la garganta. Pero debía de haberse negado a ponerse los zapatos, porque iba descalzo, con los pies manchados de tierra.

Caterina tenía apenas catorce meses y su madre la sostenía en brazos. Su vestidito estaba hecho con la misma tela roja que el de su hermana mayor. Quizá había sido la propia Beatrice quien los había hecho; supuse que en casa tendría una máquina de coser y que, para ahorrar, habría aprendido a confeccionar su propia ropa y la de su marido y sus hijos.

Intenté imaginar aquel día soleado, que debía de corresponder al mismo verano en que, según el artículo, se habían cometido los asesinatos.

El calor, el aroma del aire de la campiña. Los pájaros cantando, las cigarras chirriando, las abejas revoloteando en busca de flores que polinizar. Deduje que sería domingo, cuando no hay que trabajar en el campo y se puede descansar, ir al pueblo, asistir a misa o hacerse una bonita foto de familia.

«La madre ha obligado a los niños a bañarse y a ponerse la ropa buena —pensé—. Se ha arreglado un poco y ha anudado la corbata de su marido. Ha situado a los niños en el patio para que la luz del sol los ilumine de frente. La casa roja iba a quedar algo desplazada en la foto, a la derecha de la imagen y no en el centro. Pero no importaba: ellos debían parecer perfectos.

»Mientras tanto, el padre ha ajustado la cámara en el trípode, que solo usa en las ocasiones importantes. Ha revisado el objetivo, quizá ha dado alguna indicación a la familia para que entraran bien en el encuadre, luego ha activado el temporizador del disparador automático y ha corrido a posar junto a ellos, con el pecho henchido de orgullo y la alegría brillándole en los ojos. Todos juntos han contado los segundos que faltaban para el instante decisivo sin dejar

de sonreír, como ventrílocuos».

En aquella fotografía había quedado fijada la última prueba de la existencia de cuatro inocentes junto a su exterminador. Pero en ese momento ninguno de ellos lo sabía ni podía sospecharlo. Ni siquiera el asesino.

De lo contrario, no habrían parecido tan felices.

En el comedor de la cocina de mi apartamento pensé en la violenta locura que, poco después, pondría fin a aquella pequeña comunión de afectos.

Pero ¿qué tenía yo que ver con la historia que contaba aquel artículo de periódico? Nunca había oído hablar de las personas que aparecían en aquella fotografía desvaída.

Las preguntas iniciales volvieron a revolotear en mi cabeza. ¿Quién me había enviado el artículo? ¿Y con qué propósito?

Sin embargo, aquellas preguntas pasaron a un segundo plano, porque me asaltó otro pensamiento.

Cuanto más observaba aquella escena idílica, más sentía que había algo fuera de lugar. Algo discordante. Desajustado. Una nota desafinada que todavía se me escapaba, pero que la parte emocional de mi cerebro había captado antes que la racional, que de hecho tardaba en identificarla. Como en esos pasatiempos en los que hay que encontrar el error escondido en un dibujo.

Como escritora, siempre se me ha dado bien detectar lo que los demás no ven. Las historias de las novelas nunca nacen de ideas complejas, sino de un detalle. Una pequeñez que se te mete en la cabeza y, como una astilla en la piel, al cabo de un tiempo empieza a supurar y a doler, atrayendo tu atención. Para mí la creatividad es precisamente eso: un proceso que comienza siempre con una herida diminuta, un arañazo entre los pensamientos, acompañado de un leve pero doloroso escozor que te obliga a mirar justo donde no estás mirando.

Fue entonces cuando comprendí qué era lo que me incomodaba. Se trataba de la hija pequeña. En concreto, de su actitud. Aunque sonreía como los demás, Caterina era la única que no miraba hacia la cámara. En vez de eso, estaba ligeramente girada hacia el caserón rojo.

A pesar de la franja negra sobre los ojos, resultaba evidente.

Su expresión de alegría no iba dirigida al objetivo. Y, al tratarse de un disparo automático, también era lógico pensar que, aparte de los miembros de la familia, no había nadie más presente en aquel momento. Ningún amigo o conocido a quien, por ejemplo, pedirle el favor de sacar la fotografía.

Así pues, ¿a quién estaba sonriendo la niña?

5

Recorría el comedor de un lado a otro, fumando sin parar.

—Y bien, ¿ha leído el artículo? ¿Ha visto la foto de la familia? ¿Qué le parece?

—¿No tienes la menor idea de quién puede haberte enviado la carta?

La pregunta de la doctora G. esquivaba las mías. Era muy evidente. Resultaba irritante.

—Ni la más remota —respondí con brusquedad y también un poco molesta. Quería volver a encauzar la conversación a lo que era más importante para mí.

La doctora G. era mi psicoanalista. Conocía su aspecto porque había visto una fotografía suya en internet. Ella, en cambio, como todos los demás, no sabía qué cara tenía yo. Pero sí estaba al corriente de mi verdadera identidad. Las sesiones tenían lugar por teléfono, una vez a la semana o cuando lo necesitaba. Desde hacía muchos años.

La encontré buscando en internet. Y la elegí porque también era licenciada en Medicina y, por tanto, podía recetarme fármacos. Recuerdo que, de su foto de perfil, me llamaron la atención sus cabellos blancos: a pesar de ser todavía joven, había decidido no teñírselos. Probablemente su aspecto habría cambiado desde entonces, pero yo no podía saberlo, ya que no había actualizado su foto en la página web.

Fue ella quien me animó a escribir *El caso de Via Beyle*, la novela a la que se lo debo todo. A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si no hubiera conocido a la doctora G. Sus consejos me habían salvado más de una vez. Por eso le había enviado con el móvil una foto del recorte de periódico para pedirle su opinión.

—¿Estás del todo segura de que no puedes averiguar quién es el

remitente? —insistió.

—Yo no conozco a nadie y nadie me conoce a mí —dije, categórica.

—Precisamente por eso no debería ser difícil averiguar quién la ha enviado…

No tenía ganas de perderme en discusiones inútiles.

—¿Qué me dice del artículo, lo ha leído?

—A mí, antes que nada, me interesa saber cómo estás —insistió ella—. ¿Cómo te hace sentir la idea de que alguien haya violado tu burbuja?

Odiaba aquella expresión. La doctora G. se empeñaba en usarla para describir la cápsula protectora en la que me había encerrado y desde la que había decidido observar el mundo que me rodeaba. Según ella, la burbuja era como una lente que lo deformaba todo e impedía que viera las cosas tal como eran en realidad. Hacía que mi estilo de vida pareciera una especie de condición patológica, cuando, por el contrario, era fruto de una elección meditada y consciente.

—Estoy perfectamente —le repetí. Pero, sabiendo que eso no bastaría, decidí darle el gusto—. Al principio fue desconcertante descubrir que alguien conocía mi verdadero nombre y además sabía dónde estaba. Pero ahora pienso que, si el remitente de la carta hubiera querido intimidarme o amenazarme, no me habría enviado simplemente un viejo artículo de periódico.

—Entonces, ¿con qué propósito lo ha hecho? Si ese desconocido no tiene malas intenciones, ¿por qué permanece en el anonimato?

Sin duda había una razón, pero en aquel momento yo tenía otras prioridades.

—Y bien, ¿ha visto la fotografía del autorretrato?

La doctora G. era especialista en la interpretación de las señales inconscientes. A menudo el cuerpo envía mensajes a espaldas de la mente. Gestos, actitudes, contracciones imperceptibles del rostro pueden dar lugar a una comunicación no verbal.

Yo quería que mi psicoanalista analizara la fotografía que acompañaba el artículo sobre aquellas muertes. Tenía curiosidad por saber si ella también se daría cuenta de que Caterina, de manera inexplicable, estaba vuelta hacia la casa.

—He examinado la imagen —me confirmó por fin la doctora.

—¿Y bien?

—Has hecho bien en consultarme: las fotos de familia son un indicador perfecto del bienestar o malestar de las personas. Nunca mienten. Y, por lo que he leído, esta se tomó unas semanas antes de los asesinatos.

—¿Y hay algo que le haya llamado la atención? —la apremié.

—El hombre parece sereno —dijo—. Su sonrisa es auténtica, al igual que la alegría que desprenden su mirada y su actitud. Es un padre cariñoso y un marido enamorado.

La afirmación me sorprendió.

—O sea, que usted está de acuerdo con el artículo cuando habla de un arrebato —dije.

—Es un término que no me gusta y que, por desgracia, aparece a menudo en los periódicos y también en los informes de algunos colegas míos —se quejó la psicoanalista—. Según la opinión más extendida, un arrebato consiste en un impulso violento, repentino e incontrolable. Pero, si piensas que Lorenzo C. se transformó en un monstruo en un instante, entonces estás cayendo en el error en el que cae casi todo el mundo cuando se trata de explicar un crimen aparentemente inexplicable… Como, por ejemplo, el de un marido y padre de familia afectuoso que no solo mata a su mujer y a sus hijos, sino que lo hace de una manera cruel y despiadada: degollándolos mientras duermen plácidamente.

Pero yo seguía sin entenderlo.

—Si en la foto Lorenzo C. no muestra ningún signo de malestar, ¿cómo puede sostener que no fue un arrebato lo que lo empujó a matar?

—Intenta imaginarte la escena —replicó la doctora G.—. El hombre espera a que todos en la casa se hayan ido a dormir; luego va pasando por las camas de sus hijos y por la cama de matrimonio donde está su mujer, los degüella uno tras otro sin vacilar y, al final, llama a los carabineros y se entrega desarmado a los agentes.

Mientras describía la dinámica de los hechos para que yo pudiera hacerme una idea, no pude evitar cerrar los ojos y sentir un escalofrío. Pero la doctora G. tenía un propósito muy concreto.

—Ahora, dime: ¿te parece impulsiva o meditada la actitud del asesino?

Reflexioné.

—Debió de ocurrir algo entre el día de la foto familiar y la noche de los asesinatos, algún hecho que desencadenó esa violencia.

—O quizá era algo que llevaba mucho tiempo incubándose en silencio, de forma casi invisible. En cualquier caso, la respuesta podría estar delante de tus ojos —afirmó la doctora G.—. Oculta en esta misma fotografía.

—¿Dónde? —pregunté, ya que yo no la veía.

—En todo cuadro hay una grieta —dijo ella, enigmática—. Fíjate en la expresión de Beatrice…

Me concentré en su rostro.

La doctora G. prosiguió:

—¿No notas las comisuras de la boca un poco tensas, como si se esforzara por sonreír?

—Puede que sea cosa del autorretrato —objeté—. Posar siempre resulta algo artificial.

—Podría ser —admitió por un instante—. Pero mira cómo reacciona al abrazo de su marido.

Mientras Lorenzo le rodeaba los hombros, Beatrice parecía rígida. Como si, en realidad, le molestara que él la tocara y soportara pasivamente aquel gesto de afecto.

—Ahora fíjate en su mano derecha —añadió la doctora G.

Si no me lo hubiera señalado, no me habría dado cuenta. Me quedé desconcertada. Beatrice C. sostenía en brazos a su hija pequeña, pero tenía la mano derecha cerrada en un puño, revelando una tensión latente.

—No parece feliz en absoluto —dictaminé, respondiendo a la pregunta implícita de mi psicoanalista.

Ahí estaba la grieta.

—Esa mujer tenía un secreto —concluyó la doctora G.—. Y su secreto es el móvil de los asesinatos.

6

«Esa mujer tenía un secreto. Y su secreto es el móvil de los asesinatos».

La frase de mi psicoanalista se me había grabado en la mente. Venía a emparejarse con otra de mis convicciones.

No existen personas sin secretos.

Todos tenemos algo que ocultar. Y no solo a los completos desconocidos. Hay maridos y mujeres, padres, madres, hijos que ignoran cosas los unos de los otros. Y probablemente no lleguen a saberlas nunca.

Esos secretos acabarán en la tumba junto a quien los guarda.

A veces no son más que pensamientos inconfesables, rencores callados, desprecio. Otras son deseos prohibidos, impulsos ilícitos, inclinaciones inmorales que, deslizándose fuera de las fantasías más morbosas, encuentran dónde esconderse y proliferar en el mundo real.

Las infidelidades, los engaños y las mentiras son el rastro viscoso que los secretos van dejando a su paso. No hay ningún peligro mientras nadie repare en ellos. Pero si, hurgando entre el polvo, alguien tropieza por casualidad con algo que no debería saber, entonces suele comenzar una pequeña hecatombe.

No existen personas sin secretos. Sencillamente porque los secretos cumplen una función: nos sirven para sostener la benevolente apariencia que nos hemos cosido encima, que de otro modo se desharía y nos dejaría desnudos y expuestos. No hay individuo tan íntegro, tan honrado o tan puro que pueda evitar tener algún secreto para mantener la imagen positiva de sí mismo que ha creado de cara a los demás.

Ni siquiera Beatrice C. era una santa. Aunque, por el final atroz que le había tocado en suerte, aparecía como una mártir.

¿Había llegado alguna vez a descubrirse su secreto? ¿Figuraba en las diligencias de la investigación judicial? ¿Se había mencionado en algún momento en la sala donde se celebró el juicio contra Lorenzo C.?

Si la respuesta a esas preguntas era no, entonces, aun así, ¿había alguien que lo conociera?

Existía la posibilidad real de que la pobre Beatrice se hubiera llevado su secreto al más allá. Pero una parte de mí no lo creía.

La razón era el artículo de periódico que me había llegado.

Me decía que, si alguien me lo había enviado, era porque quería que me interesara por el caso. Tal vez no se había dicho todo lo que había que decir sobre aquella tragedia. Tal vez aún quedaba algo por descubrir.

Cuanto más arraigaba esa convicción en mí, menos miedo me daba pensar que el remitente de la carta, agazapado en la sombra, me estuviera señalando en silencio hacia dónde mirar.

Gracias a la valiosa ayuda de los ansiolíticos, había recuperado el control de mí misma y de mi vida. La curiosidad se había impuesto a mis fobias. Y me puse manos a la obra.

Busqué en internet todas las referencias del caso. Cuándo habían ocurrido los asesinatos. El lugar exacto. Los datos biográficos de los protagonistas.

Era el año 2005 y habían transcurrido exactamente diez años desde entonces.

Me imaginaba que encontraría una crónica extensa y minuciosa en la prensa, pero el interés por el caso se agotó al mismo tiempo que el horror provocado por el hallazgo de los cadáveres. Como ocurre a menudo en casos así, tras un estallido emocional la atención de la opinión pública se fue apagando y los periodistas dejaron de ocuparse del caso.

También influyó que Lorenzo C. confesara su horrible crimen: su condena fue una mera formalidad, algo poco digno de mención.

Solo un periodista seguía ocupándose de los sucesos de 2005. Cada año desde entonces, con motivo del aniversario de la tragedia, publicaba un artículo en un medio local. También era el autor de la noticia que me había llegado por correo, sin duda el primer texto de

la serie, cuando la sangre aún estaba fresca, las víctimas todavía se consideraban dignas de compasión y el asesino seguía mereciendo indignación y desprecio.

El periodista se llamaba Alfredo F. y vivía en el mismo pueblo del crimen.

Sus artículos de los años posteriores a la masacre eran repetitivos; no había ninguna novedad relevante, tal vez porque la investigación y el juicio se cerraron deprisa. Enseguida tuve la impresión de que el cronista se esforzaba, sobre todo, por no dejar morir la noticia, aunque fuera a costa de contar siempre los mismos hechos, una y otra vez.

¿Por qué lo hacía?

En sus textos no había nada que pudiera conducirme al secreto de Beatrice, pero aun así me pregunté qué impulsaba a Alfredo F. a mantener vivo el recuerdo del caso. ¿En beneficio de quién, si la historia ya no le interesaba a nadie?

Es triste y trivial decirlo, pero el único remedio que ha encontrado el ser humano contra la muerte es la indiferencia.

Muy entrada la noche, mientras estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá, levanté por un momento la vista del portátil que tenía sobre el regazo. Me quité las gafas que usaba cuando pasaba mucho tiempo delante de la pantalla y me masajeé el puente de la nariz y alrededor de los ojos.

La historia de la familia C. había capturado mi imaginación y había dejado a un lado cualquier otro interés. Recuerdo que aquella fue la primera vez que pensé que sería un excelente punto de partida para una novela. Sentí una placentera excitación. El cosquilleo de la creatividad, como lo llamo yo.

Aquella sensación me recordaba mucho al primer impulso que me llevó a escribir *El caso de Via Beyle*. Un sexto sentido, como una vocecilla que aparece de quién sabe dónde y te susurra al oído: «Escribe esta historia, escríbela ahora, antes de que desaparezca para siempre. Tienes que escribirla o ya nunca lo harás…».

Y tú, pobre narradora a merced de una especie de llamada mística, no puedes hacer otra cosa que entregarte a ese instinto brutal al que, por pudor, llamas inspiración.

Así que la decisión estaba tomada antes incluso de que me engañara pensando que la había tomado yo. Aunque eso significara abandonar lo que ya era oficialmente «la vieja idea para un libro». Por mucho que me dijera que las ideas nunca se tiran y que siempre podría usar ese argumento en el futuro, sabía perfectamente que la novela que dejaba aparcada jamás vería la luz.

Ahora me doy cuenta de que estaba cometiendo un error. En mi descargo solo puedo decir que no tenía forma de saber lo que me esperaba. Hoy, en cambio, sabiendo lo que sé, puedo afirmar que jamás habría querido escribir el libro que estáis leyendo ahora.

En aquella época, es decir, hace diez años, me levanté del sofá y empecé a despegar los recortes de periódico esparcidos por el comedor; ya no me servían. No había deshecho el equipaje que había preparado para la huida precipitada, quizá era una señal.

La gente en general, y también muchos lectores, tiene una idea muy difusa del trabajo de un escritor. Muchos piensan que se encierra en una habitación y no sale hasta que la obra está terminada.

Mis novelas empiezan a existir mucho antes de llegar al papel. Es más, ya existen por su cuenta en fragmentos dispersos por el mundo. Y yo tengo que echarme a andar e ir a buscarlos. Solo después de recuperarlos uno a uno puedo ensamblarlos en una historia.

Eso los lectores no lo saben ni lo imaginan. A los escritores solo pueden comprenderlos los exploradores, los buscadores de oro, los zahoríes.

Decidí partir aquella misma noche. Tenía que verlo con mis propios ojos. Tocarlo con mis propias manos. Oler aquel aire. Y escuchar los sonidos y los testimonios.

Podría haberme quedado en casa escribiendo una novela que ya estaba encarrilada, pero preferí cambiar lo conocido por lo desconocido. Y es que sentía que Beatrice C. me estaba esperando. Y con ella, sus tres hijos muertos.

«Esa mujer tenía un secreto. Y su secreto es el móvil de los asesinatos».

Lo creía firmemente, pero, en el fondo, esa convicción estaba

ligada a mi propia vida. «No existen personas sin secretos —me dije —. Incluida yo».

Y mi secreto era la verdadera razón por la que, muchos años atrás, decidí volverme invisible.

Segunda parte

NAZARETH

1

Nazareth es un puñado de casas sobre la piel áspera de una vasta llanura cuyo horizonte se pierde en el infinito.

La pequeña localidad aparece de pronto ante tus ojos, después de kilómetros de nada. Edificios bajos con tejados a dos aguas, apiñados en torno a un campanario. Siempre rodeada por un velo blanquecino. Niebla en otoño e invierno, calima en primavera y verano. Asediada por el olor de los campos de cultivo, por las moscas y por los mosquitos.

Nazareth, en sus orígenes, fue un asentamiento romano. A lo largo de los siglos nunca quedó abandonada. Ha tenido muchos nombres y muchos destinos. En la Edad Media fue conquistada y saqueada varias veces. Demolida, incendiada, arrasada y siempre reconstruida. No conserva muchas huellas de su pasado. Solo queda un fragmento de un antiguo mosaico en la cripta de su única iglesia. Nadie sabe cuándo se hizo ni quién fue el autor. En aquella mezcla desvaída de piedras de colores dispersas por el suelo parece adivinarse la escena de un sacrificio. Un hombre que sostiene por las patas a un corderillo y una sacerdotisa que atraviesa con la hoja de un cuchillo el corazón de ambos.

La vida siempre ha sido dura para los habitantes de Nazareth. La zona se encuentra en constante riesgo hidrológico. El agua está en todas partes, aunque no se vea. Corre por mil regueros ocultos a pocos centímetros bajo tierra. Los terrenos agrícolas rezuman humedad. Fueron arrancados al pantano, pero los campesinos aún tienen que enfrentarse a la imprevisibilidad de esos torrentes invisibles, que se llenan de repente cada vez que llueve, y a las inundaciones.

Si naces en Nazareth, cuesta imaginar que exista todo un mundo lejos de allí.

En épocas remotas, sus habitantes debían de sentirse solos y desamparados como los nativos de una isla en mitad del océano, obligados a preguntarse qué dios los había abandonado en aquella inmensa llanura.

Espero que esta descripción baste para hacerse una idea, porque no tengo intención de añadir más detalles. Como advertí al comienzo de este libro, he decidido omitir el verdadero nombre del pueblo para proteger a sus habitantes. Si no podéis resistir la curiosidad, os bastará con dar una vuelta por internet y lo encontraréis introduciendo los detalles de la tragedia que lo hizo tristemente famoso.

He elegido Nazareth como nombre ficticio porque, desde el momento en que puse los pies allí, comprendí que era el pueblo perfecto para una parábola bíblica. Una de esas alegorías en las que se derrama la sangre de los inocentes y los hombres se dividen entre justos y pecadores. Y lo que le ocurrió a la familia C. en el verano maldito de 2005 parecía precisamente una advertencia divina para la humanidad.

Cuando llegué a Nazareth, aquel suceso ya estaba grabado de forma indeleble en la historia del lugar, e incluso en sus habitantes. Se iría transmitiendo de madre a hijo, de padre a hija, durante generaciones. Y, aunque con el tiempo se borrara la memoria de los hechos, seguiría quedando su huella en el patrimonio genético de todos, plantas y animales incluidos. Y también en el agua, en el aire, en la tierra, en las piedras.

Como un error que no puede corregirse, un pecado original que jamás podrá ser perdonado.

Para llegar a Nazareth había alquilado un coche, un utilitario pequeño de un insólito color azul eléctrico. Habría preferido algo menos vistoso, para no llamar la atención, pero tuve que conformarme. Hacia las siete y media de la mañana de un martes entré con aquel coche en el pueblo semidesértico.

En el cristal delantero se había formado una capa de escarcha que los limpiaparabrisas no conseguían apartar. A través de aquella pantalla opaca distinguía casas pegadas unas a otras, chimeneas exhalando el humo gris de las estufas o de los hogares y unos pocos

peatones apresurándose por las aceras, acosados por el frío.

Con los años había aprendido que, para empezar a conocer un territorio nuevo, lo primero que había que hacer era buscar un lugar de reunión. Un sitio donde los forasteros fueran bien recibidos y en el que, estadísticamente, encontrara al menos a una persona dispuesta a responder a mis preguntas. En el caso de Nazareth, ese lugar era el bar de la pequeña plaza, justo enfrente de la iglesia, que hacía también las veces de estanco, tienda y centro social.

Se me daba bien vestir de forma que pasara desapercibida. Llevaba un abrigo amplio de *tweed*, bufanda y gorro de lana, y unas gafas de montura de carey que me daban el aire de una vieja profesora de pueblo. Pensaba que tendría que mimetizarme, pero cuando entré en el local solo había un cliente, que ya había terminado su consumición. Pasó a mi lado sin dedicarme ni una mirada y se escurrió por la puerta que se cerraba a mi espalda, llevándose consigo su aliento a cerveza.

Al otro lado de la vieja barra de acero había un hombretón de mediana edad con unas gafas sujetas por una cadenita y un jersey rojo. Supuse que era el dueño. En la pared que había a su espalda destacaba un retrato de Lenin.

El hombre me examinó y comprendió al instante que tenía delante a una forastera.

—Buenos días —me saludó cordialmente—. ¿Qué le pongo?

—Un café solo —dije apoyándome en la barra.

El hombretón asintió y se volvió hacia la cafetera. Me arrebujé en el abrigo.

—Hoy hace un frío que pela —aventuré, intentando entablar conversación.

—Ya —convino él, sin añadir nada más.

—¿Hace siempre tanto frío por aquí?

—En invierno, sí.

Mi pregunta no había sido especialmente estimulante, pero aun así aquel hombre no parecía tener ganas de charla.

Poco después me sirvió una taza humeante. Aproveché ese momento en que estábamos cara a cara.

—Estoy buscando al periodista Alfredo F. Sé que vive en el pueblo,

pero no conozco su dirección.

Ponerme en contacto con el autor del artículo que me había llevado hasta allí me parecía un buen punto de partida.

El hombre adoptó una actitud desconfiada. Tras unos instantes de reflexión, respondió con otra pregunta.

—¿Para qué quiere verlo?

Su tono beligerante me desconcertó. Me di cuenta de que me había equivocado: no estaba simplemente a la defensiva. Se mostraba hostil.

—Soy amiga suya —mentí.

—Entonces, ¿por qué no lo llama por teléfono y le pregunta dónde puede encontrarlo?

Tenía lógica.

—Quería darle una sorpresa.

Ambos sabíamos que era otra mentira. Pero le tocaba a él mover ficha. Podía decirme lo que quería saber o seguir dándome largas. Tenía la impresión de que se estaba divirtiendo a mi costa. O quizá su reserva se debía a que, en lugares pequeños como aquel, la gente se protege entre sí y él solo estaba intentando salvaguardar la intimidad de Alfredo F.

Pero me equivocaba.

—Nuestro Alfredo no nos hace muy buena publicidad —afirmó, con un rencor amable que no me esperaba—. Sabíamos que acabaría pasando, que tarde o temprano alguien vendría por aquí… Por lo visto, ese día ha llegado.

Comprendí que se refería al rastro de sangre que me había conducido a Nazareth. A que cada aniversario Alfredo F. publicara un artículo sobre la matanza de hacía diez años. Pensaba que yo estaba allí para sacar provecho de una vieja historia de muerte. Se lo dejé creer.

—Así que, según usted, he hecho el viaje en balde —lo desafié, admitiendo en parte que había dado en el clavo.

—La más pequeña sigue llorando, ¿sabe? Alguien del pueblo la ha oído al pasar junto al caserón. Y allí ya no vive nadie.

Hablaba de Caterina, la hija pequeña de Lorenzo y Beatrice C. Pretendía asustarme. En parte lo consiguió, pero no cedí.

Al final fue él quien se rindió.

—La última casa a la salida del pueblo, un pequeño chalé con una verja marrón —dijo señalándome el camino.

Me bebí el café de un trago.

—¿Cuánto le debo? —pregunté, rebuscando en el bolsillo del abrigo y desperdigando unas monedas sobre la barra.

Con una rapidez que me sorprendió, el hombre mojó un dedo en el fondo de mi taza y, con la yema, me trazó un signo en el dorso de la mano.

Retiré el brazo y me quedé mirando al camarero, desconcertada.

Se echó a reír.

—Invita la casa —dijo, y volvió a girarse hacia la cafetera.

Turbada y sujetándome el brazo como si me lo hubiera quemado una sustancia cáustica, retrocedí hasta llegar a la puerta.

Tenía sobre la piel una «X» marcada.

2

Aquel sórdido individuo se había creído con derecho a tocarme porque actuaba dentro de su propio territorio, aunque se tratara de un local público. Estaba enfadada conmigo misma por no haber reaccionado como debía. Intentaba mostrarme indignada, pero tras mi actitud se escondía una inquietud que no quería admitir ni siquiera ante mí misma.

«Sabíamos que acabaría pasando, que tarde o temprano alguien vendría por aquí».

Me desconcertaba lo absurdo del comportamiento del hombre del bar, el no lograr catalogarlo de forma racional. Primero había intentado impresionarme con la historia del llanto de Caterina; luego había pasado a la intimidación física. ¿Cómo debía interpretar aquella marca en mi mano? ¿La X significaba que yo era un blanco fácil y que, por tanto, debía tener cuidado con lo que hacía o con cómo me movía? Una amenaza pronunciada en voz alta es efímera; si te la escriben en la piel, significa que ya han pasado a la acción.

Tenía la sensación de que el camarero me había mostrado un ejemplo de lo que podía esperar de los habitantes del pueblo. Pero sospechaba que detrás de tanta hostilidad se ocultaba algo más. Algo que tenía que ver precisamente con Nazareth.

Había algo que rechinaba en el lugar donde me encontraba. Un agente contaminante, pero que no flotaba en el aire. Era algo oculto en el alma de aquel sitio.

Para apartar aquella idea que me inquietaba, encendí un cigarrillo y volví al coche para dirigirme a la dirección que me había indicado el dueño del bar. Tenía la intención de ir al grano, con la esperanza de que Alfredo F. fuera más accesible que sus paisanos. Le haría mis preguntas y me marcharía de inmediato.

Nada me hacía sospechar que, por el contrario, acabaría

quedándome allí mucho tiempo.

Encontré el pequeño chalé de dos plantas al final del pueblo y reconocí la verja marrón. Bajé del coche y llamé al timbre, pero nadie respondió. Me asomé por encima del muro y vi un porche con un columpio oxidado, algunas macetas con plantas ya secas y una puerta cerrada. La puerta del garaje, junto a la casa baja, estaba abierta, pero dentro no había ningún vehículo.

Alfredo F. debía de haber salido.

Confiando en que regresara pronto, volví al coche y me encerré dentro. Y más teniendo en cuenta que fuera, a pesar de que el sol brillaba pálidamente, el frío seguía siendo intenso.

Había llevado conmigo una bolsa con bocadillos de jamón y un termo con té caliente. Eran las ocho; había conducido toda la noche y tenía hambre, así que aproveché para comer y tomarme un par de mis pastillas. Por aquella calle no pasaba nadie. Reinaba un silencio extraño, interrumpido de vez en cuando por el graznido de algún cuervo. Encendí el motor para poner la calefacción. En aquel tibio calor, me quedé dormida.

Alguien golpeó el cristal.

Me desperté sobresaltada. El paisaje ante mí había pasado del día a la noche sin que me percatara. Con el corazón desbocado, la primera imagen que vi al levantar la cabeza fue el rostro de una adolescente con un *piercing* en la nariz que, al otro lado de la ventanilla, golpeaba con fuerza el cristal mientras me gritaba insultos incomprensibles.

Luego la chica, delgadísima y calzada con unas Dr. Martens amarillas, se detuvo, se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa con paso decidido. La verja marrón estaba abierta y un coche se disponía a entrar en el sendero.

Del vehículo bajó un hombre con un abrigo oscuro que se acercó a mi coche.

—Disculpe a mi hija —dijo con gesto apenado—. Entre conmigo antes de que coja una pulmonía.

Me di cuenta de que el motor de mi pequeño coche de alquiler estaba apagado. Había agotado el combustible; la calefacción llevaba rato sin funcionar y yo estaba aterida. El frío, combinado con

el sueño profundo provocado por los medicamentos, podía haber resultado fatal. Se puede decir sin exagerar que, si padre e hija no hubieran regresado providencialmente a casa, habría acabado sufriendo una hipotermia.

Poco después me encontré siguiendo al hombre a través del umbral de un amplio salón donde reinaba el caos. Zapatillas deportivas abandonadas sobre la alfombra, cajas de *pizza*, vasos sucios, revistas tiradas por aquí y por allá, botellas de plástico, mantas amontonadas y cojines aplastados, adornos cubiertos de polvo. Se percibía un olor rancio a chimenea, que en aquel momento estaba apagada.

Para acceder a la zona donde estaban los sofás, había que bajar un par de escalones. La moqueta, las superficies lacadas y el rojo y el negro de la tapicería recordaban a los años ochenta.

—No recibimos muchas visitas —se disculpó el hombre mientras recogía cosas del suelo y las apilaba en los brazos para llevárselas.

—Mientras lo esperaba ahí fuera, debo de haberme quedado sin gasolina —dije.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Siéntese, por favor —respondió Alfredo F. mientras se alejaba—. Vuelvo enseguida con algo caliente.

Elegí un sitio y me senté. Tenía las extremidades entumecidas y apenas sentía las yemas de los dedos. Me costaba hablar porque los pulmones aún estaban contraídos por el frío y me faltaba el aliento. Solo me había quitado el gorro y la bufanda, prefería seguir con el abrigo puesto.

El hombre regresó, como había prometido, con una taza humeante en la que flotaba una bolsita; por el aroma parecía una infusión. Me la tendió. Le di las gracias con un gesto de la cabeza. Al rodear la taza con las manos sentí un alivio inmediato. El calor se me propagó por el cuerpo incluso antes de beber.

—Mi hija desconfía de la gente que no conoce —dijo, refiriéndose a la desagradable bienvenida de antes—. Los martes falta a clase porque la llevo a la ciudad para que haga terapia por el TDAH. Normalmente volvemos incluso más tarde.

La ciudad a la que se refería debía de ser la capital de la provincia.

Me alegré de aquel regreso anticipado que me había salvado de congelarme.

—¿Hay alguna razón por la que le molesten tanto los extraños? —pregunté.

—En el pueblo no gozamos precisamente de muchas simpatías —admitió con un hábil eufemismo—. Y Greta nunca ha hecho amigos aquí.

Para formarme una opinión sobre los habitantes del lugar me había bastado con conocer al dueño del bar, pero no lo dije. A medida que mi cuerpo recuperaba una temperatura normal, también se aclaraban mis ideas.

—¿Puedo fumar? —pregunté, mostrándole al dueño de la casa el paquete que había sacado del bolsillo del abrigo.

—Adelante.

Alfredo F. era bastante distinto de como lo había imaginado. Debía de tener más o menos mi edad. No sé por qué lo había visualizado mucho mayor, como un sesentón hinchado y con voz cascada por el exceso de tabaco. En cambio, tenía un aspecto agradable y pulcro, y no fumaba. El cabello oscuro, peinado con la raya a un lado, como un chico formal, se veía quizá algo encanecido en las sienes. También se adivinaban algunas arrugas alrededor de sus ojos bondadosos.

Si éramos de la misma edad, deduje que debía de haber sido padre de aquella extraña muchacha cuando apenas superaba los veinte. Un padre casi adolescente. Aunque sentía curiosidad, no me habría atrevido a preguntar dónde estaba la tercera integrante de la familia. Por el momento no se veía ningún rastro de la presencia de una esposa o compañera.

—Me imagino que ha venido por mí y que sabe quién soy —dijo el periodista—. Ahora solo queda averiguar quién es usted…

Recogí su invitación y me presenté.

—Me llamo Lidia Pontano.

Solía utilizar nombres de protagonistas femeninas de películas antiguas. Prefería las de la época en blanco y negro. En este caso se trataba de *La noche*, de Antonioni, y del papel que interpretó Jeanne Moreau.

—Estoy empezando como escritora —dije, mintiendo a medias.

—Así pues, ambos trabajamos con palabras. En ese caso, mejor nos tuteamos.

—Por supuesto —acepté.

En la planta de arriba comenzó a sonar música a todo volumen. Solo la puerta cerrada de un dormitorio impedía que aquel estruendo se desbordara hacia la planta baja. Los Slipknot, sin duda alguna. Ambos nos volvimos hacia la escalera, pero al cabo de un instante regresamos a nuestra conversación.

—¿Qué puedo hacer por ti, Lidia? —preguntó Alfredo F., fingiendo ignorar el estruendo de los bajos y el chirrido de las guitarras eléctricas.

Volví a meter la mano en el bolsillo del abrigo y le tendí el recorte amarillento de periódico que me había llegado por correo.

—He venido por esto —dije, esperando que no me echara de su casa.

Cogió el recorte y lo observó como quien reencuentra algo familiar después de mucho tiempo. Pero permaneció en silencio.

—¿Cómo es que tienes este viejo recorte? —preguntó al cabo de un rato.

No podía hablarle de la carta.

—Tengo la costumbre de guardar artículos de periódico; los utilizo como inspiración. Este apareció en mi archivo y pensé que quizá podría profundizar un poco en la historia.

Era una verdad a medias, o una mentira casi verdadera. En cualquier caso, con Alfredo F. funcionó.

—Entiendo —dijo, aceptando mi explicación.

—He visto que durante los últimos diez años has publicado un artículo sobre los asesinatos coincidiendo con cada aniversario —comenté para halagarlo y con la esperanza de que me revelara el motivo.

—Es raro, lo sé —admitió—. Debería olvidar ese suceso como han hecho todos, pero no lo consigo.

Era un comportamiento curioso para un profesional; una de las reglas del oficio es no implicarse en el aspecto emocional con las noticias. De hecho, Alfredo F. no me parecía un periodista

especialmente brillante.

—Dicen que un cronista de pueblo le quita el trabajo al sepulturero —afirmó, citando un dicho popular que yo no conocía—. ¿Por qué te interesa tanto esta vieja historia? —me preguntó—. ¿Quieres sacar un libro sobre ella?

Me lo esperaba. Al fin y al cabo, me había presentado como aspirante a escritora. Sin embargo, la idea de que pudiera surgir una novela aún era demasiado endeble para admitirla, ni siquiera ante mí misma.

—Todavía no sé si me interesa de verdad —respondí—. Pero estoy convencida de que el caso merece investigarse más a fondo —añadí —. Desde mi punto de vista, no basta con tener un culpable para que se haga justicia. Y conviene aprovechar el paso del tiempo para observar ciertos hechos con distancia. Una vez que la oleada emocional se ha calmado, quizá es posible comprender qué desencadenó realmente ese acto violento, excavar hasta encontrar la raíz del mal. Porque solo así podemos esperar que no vuelva a suceder.

Muchas palabras para no tener que decirle que existía un motivo personal. Quien me había enviado la carta con el artículo probablemente pretendía que me ocupara de lo que le había ocurrido a la familia C. En parte temía que, si no obedecía, no volvería a vivir en paz. Pero no podía revelarle nada de eso al periodista.

—¿De verdad crees que hubo un detonante, o que Beatrice podía prever de algún modo lo que haría su marido Lorenzo? —me preguntó Alfredo F. con un hilo de voz, sin apartar la mirada del artículo que había escrito diez años atrás.

Me di cuenta de que la pregunta también se la hacía a sí mismo. Y comprendí que aquel hombre cargaba con el peso de una duda, quién sabe desde cuándo.

Tal vez había algo que nunca se había atrevido a escribir en sus artículos. Y yo esperaba esos detalles inéditos.

—Evidentemente, podría pagarte por el tiempo que me dediques —le propuse, para animarlo a hablar.

—Jamás se me ocurriría ganar dinero con esto —aclaró enseguida

—. No podría, sobre todo por respeto a los niños.

La mención sincera a los tres hijos de Lorenzo y Beatrice C. revelaba una auténtica compasión por su parte. Me avergoncé de haberle insinuado siquiera que podía sacar algún provecho de aquello.

Sin embargo, a Alfredo F. no le molestó. Volvió a mirar el recorte amarillento de periódico y suspiró. A continuación, levantó su cálida mirada hacia mí y me observó. En sus ojos y en su expresión percibí algo inesperado.

De repente me di cuenta de que, por alguna misteriosa razón, estaba agradecido por mi visita.

Había ido a salvarlo. Pero ¿de qué? Parecía estar deseando sacar por fin aquello que llevaba demasiado tiempo guardándose dentro.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Todo —respondí.

3

A menudo las personas que cargan con un peso silencioso desearían librarse de él; sin embargo, por más que lo intenten, no lo consiguen, y pueden permanecer así toda la vida. No lo saben, pero solo necesitan que alguien les haga la pregunta adecuada. En muchas ocasiones es un desconocido. Una persona ajena a todo, llegada de lejos como una bendición.

La benefactora de Alfredo F. era yo.

—Aquella mañana de agosto hacía un calor sofocante —me dijo el periodista mientras empezaba a colocar leña en la chimenea con la intención de encenderla.

A diferencia de lo que ocurría en la introducción de su relato, la habitación estaba helada.

Se hallaba de rodillas frente a aquella boca negra, alimentándola con pequeños troncos y dándome la espalda. Su voz resonaba en el tiro de la chimenea. Yo ya me había terminado la infusión y lo observaba desde mi sitio en el sofá.

—Mi teléfono sonó hacia las nueve —siguió diciendo—. Cuando llegué al lugar, los carabineros llevaban allí horas. Ya habían trasladado a Lorenzo C. a la cárcel para interrogarlo. Los agentes no habían dejado de registrar el caserón rojo ni un instante. Aún no habían retirado los cadáveres porque los procedimientos médico-legales suelen requerir algo más de tiempo.

—¿Quién te dio el soplo? —pregunté.

—Un sargento amigo mío —respondió Alfredo F.—. Los carabineros saben que, en ciertos casos, es mejor que salga una noticia «controlada» antes que dar rienda suelta a la imaginación de los medios. Y no había riesgo de violar el secreto de sumario, porque el culpable ya había sido puesto a disposición de la justicia. Ni siquiera hacía falta iniciar una investigación, no había nada que descubrir.

Todo estaba claro, además de resultar desconcertante.

En ese momento, al bajar casualmente la mirada, advertí que en el dorso de mi mano derecha aún quedaba la sombra de la X que el camarero del pueblo me había dibujado con café sobre la piel aquella mañana. Creía haberla limpiado, pero la mancha seguía siendo visible. Fingí no darle importancia y me limité a retirar la mano para sustraerla a la vista de Alfredo F. Pero él se dio cuenta igualmente.

—Así que aquella mañana los carabineros te dejaron entrar en la casa —dije, intentando desviar su atención.

—Me hicieron recorrer toda la ruta de los horrores —precisó, con un sarcasmo que parecía ocultar algo más. Era evidente que el recuerdo aún le afectaba.

—¿Y qué viste? —insistí, curiosa.

—Antes de contestarte, es necesario dar un paso atrás —puntualizó—. Porque mucha gente todavía cree que Lorenzo y Beatrice C. eran unos palurdos que vivían aislados en el campo y criaban a sus hijos según reglas arcaicas y sin grandes comodidades. La verdad es que ninguno de los dos había nacido aquí: procedían de la ciudad. Pertenecían a familias de clase media-alta y habían cursado estudios universitarios: Lorenzo era ingeniero informático y Beatrice una reconocida investigadora científica.

Me quedé asombrada. Recordé la fotografía que acompañaba al artículo: el modesto vestido de flores y las sandalias de ella; la camisa blanca de manga corta y la corbata de rombos rojos y beis que llevaba él. En realidad, yo también me había formado una idea equivocada. «Palurdos» era el término adecuado para resumir la impresión que me habían causado, aunque por hipocresía nunca habría utilizado esa palabra ni siquiera en mis pensamientos. Me había sentido superior a ellos. Y solo me había sorprendido que Beatrice pareciera una modelo y no una campesina, como si hubiera recibido el don de la belleza sin merecerlo.

—En cierto momento de su vida, Lorenzo y Beatrice rompieron con todo y con todos y vinieron a cultivar maíz —me explicó Alfredo —. Ya tenían dos hijos: Luigia, la mayor, y Giacomo, el mediano. La más pequeña, Caterina, nació aquí. Beatrice incluso dio a luz en casa

porque el hospital quedaba demasiado lejos… No tengo ni idea de qué impulsó a los padres a criar a sus tres hijos en un lugar como este. Tal vez la necesidad de una vida hecha de cosas simples, esenciales. O el atractivo del campo, o una repentina rebelión contra el conformismo. Todo es posible.

»El caso es que, tres años antes de los asesinatos, dejaron todo lo que tenían y utilizaron sus ahorros para comprar en una subasta un casa de campo abandonada con algunas hectáreas de tierra baldía alrededor.

Me sorprendió tanta determinación. Me pregunté si sus familiares y amigos habrían intentado disuadirlos de que tomaran una decisión tan radical. Entonces recordé las palabras de la doctora G. Mi psicoanalista había supuesto que el detonante de la violencia tenía algo que ver con Beatrice.

«Esa mujer tenía un secreto. Y su secreto es el móvil de los asesinatos».

—¿El matrimonio se llevaba bien? —pregunté, pensando que quizá en el pueblo hubieran circulado rumores sobre tensiones entre ellos, fricciones que luego habrían desembocado en esa carnicería.

—Nadie los conocía lo bastante como para saber qué ocurría realmente en esa familia —explicó Alfredo F.—. Se dijeron muchas cosas al respecto, pero al final todo quedó en especulaciones, porque nunca apareció ninguna prueba que respaldara desavenencias familiares.

—¿Ninguna señal?

—Nada —confirmó el periodista, y por fin encendió el fuego en la chimenea. Por la habitación se extendió rápidamente un agradable calor y también un buen olor a resina—. En el pueblo se veía sobre todo a Lorenzo, pero solo de vez en cuando.

—Entonces era verdad lo del aislamiento —comenté—. ¿Y los niños? ¿Cómo lo hacían con la escuela?

—Luigia y Giacomo iban al colegio del pueblo —me confirmó Alfredo F., sentándose a mi lado—. Pero, aparte de eso, no llevaban la misma vida que los demás chicos de su edad. No se los veía en la plaza, ni en misa, ni en el oratorio. De todos modos, tampoco es nada raro por aquí: quienes viven en el campo suelen ir a lo suyo.

—¿Y en la escuela parecían felices? —insistí.

A menudo las señales de lo que ocurre en una familia se reflejan en el comportamiento de los hijos.

—Los investigadores estuvieron interrogando a las maestras durante mucho tiempo, pero dijeron que no habían notado nada extraño. Caterina no iba a la guardería porque Beatrice se ocupaba de ella, aunque no había motivo para pensar que no fuera una niña sana y feliz.

No quería resignarme; estaba convencida de que tenía que haber algún malestar en la familia.

—¿El pediatra de los niños señaló alguna anomalía en el estado de ánimo de los pequeños o problemas de tipo psicosomático? —Buscaba pruebas de estrés afectivo.

—Nada que hiciera presagiar lo que iba a suceder —sentenció Alfredo F.—. Y todas las explicaciones posteriores del motivo que desató esa violencia resultaron infundadas o inútiles. Nadie comprendía de dónde había salido una ferocidad semejante.

—Y de Lorenzo, ¿qué puedes decirme?

—Desde luego, no era un tipo conflictivo. Según lo que decía todo el mundo, parecía un marido y un padre afectuoso. Era amable con todos y muy trabajador.

—En tu artículo hablas de un arrebato —le recordé, con un leve reproche.

Alfredo F. también me dio una explicación sobre ese punto:

—El hecho de que fuera Lorenzo quien avisó a los carabineros, con la famosa llamada al amanecer de aquel día maldito, creo que ya dice mucho. Cuando los agentes lo encontraron en el exterior de la casa estaba fuera de sí, cubierto de la sangre de su familia. Y admitió enseguida ser el autor de las muertes. Es el comportamiento típico de alguien que actúa con la mente nublada y pierde el control, pero luego recupera de repente la lucidez.

Pensé en la carta anónima. Quizá quien me había enviado a Nazareth creía que esa evidencia escondía algo más.

Un motivo oculto tras la aparente locura.

Probablemente el periodista también albergaba más de una duda; de lo contrario, no se habría preocupado de seguir escribiendo

artículos a lo largo de los años para mantener vivo el recuerdo del crimen. Pero me pareció que Alfredo F. aún no quería admitirlo. Tal vez no estaba preparado.

Mientras tanto, la música del piso de arriba cesó de golpe. Ambos alzamos la mirada hacia el techo. Greta había decidido poner fin a su ofensiva a base de Slipknot. El silencio que cayó sobre nuestra conversación no fue ningún alivio. Al contrario: nos cogió desprevenidos e incluso indefensos. Habríamos querido que el estruendo volviera a empezar para llenar el vacío que se había creado a nuestro alrededor.

Solo se oía el viento soplando en el exterior de la casa, golpeando la puerta de entrada y las ventanas como un espíritu que pide insistentemente que lo dejen entrar. «Nunca hay que compadecerse de los espíritus que suplican —me dije—. Podrían resultar engañosos».

El periodista rompió al fin el silencio:

—Nunca he olvidado lo que vi aquella mañana, aunque habría querido hacerlo.

Alfredo F. por fin estaba listo para volver a recorrer conmigo aquella ruta de los horrores.

4

—Aún recuerdo la voz del sargento B. al teléfono… Conocía a B. desde hacía algunos años. Cada vez que, por la zona, ocurría algo digno de salir en el periódico, me llamaba. Sabía que podía confiar en mí: yo nunca habría intentado adornar los hechos para complacer al director o para que se vendieran más ejemplares. Y los carabineros podían estar tranquilos: jamás los habría atacado sin motivo. El sargento siempre me llamaba antes de que los rumores empezaran a circular sin control. ¿Me daba un trato de favor? Diría que sí, pero era un intercambio. Aclaremos algo: nunca me pidió que escribiera una cosa en lugar de otra ni que omitiera información. Le bastaba con mi integridad; sabía que jamás le tendería una trampa ni le daría una puñalada por la espalda. Su recomendación era siempre la misma: «Alfredo, toma nota de todo, observa bien y memoriza cada detalle, porque, si tus artículos no coinciden con lo que consta en nuestros informes, el juez se me echará encima».

—¿Y aquella mañana el sargento tenía una voz distinta? —le pregunté, repitiendo sus propias palabras.

—Por un momento casi no lo reconocí —confirmó Alfredo F.—. No era solo el tono; había algo en el timbre, en la forma de hablar. No sé cómo explicarlo… —Luego añadió—: Sonaba como la voz de alguien que acaba de regresar del infierno.

La descripción me impresionó. Si alguien hubiera podido emprender ese viaje hacia el pasado, no volvería a ser el mismo.

—Desde entonces, la voz del sargento ya no ha sido la misma —me dijo Alfredo—. Y él tampoco.

Lo miré fijamente. Aquello también era una advertencia para mí. No había vuelta atrás después de lo que estaba a punto de contarme. Él no podía garantizarme que saliera indemne. Así que yo tenía que estar absolutamente segura de que quería saber lo que

venía a continuación.

—¿Qué te dijo por teléfono? —pregunté.

—Me dijo: «Alfredo, tienes que venir. Es importante. Y tráete ropa de recambio».

—¿Ropa de recambio?

—Yo tampoco lo entendí al principio. Pero luego ya me resultó incluso demasiado claro —dijo el periodista, sin añadir nada más—. No mencionó a los muertos ni me adelantó nada. Comprendí que había ocurrido algo grave. Me dio la dirección y fui.

En ese punto del relato, me pareció que Alfredo F. necesitaba bajar el ritmo.

—Como te dije, hacía un calor insoportable, el aire acondicionado del coche no funcionaba y conducía con las ventanillas bajadas. Lo primero que noté al llegar fue el silencio… Un silencio que nunca antes había oído, que se esparcía como una ceniza blanca sobre los campos de alrededor. Como si el tiempo se hubiera detenido. El sol era una bola amarilla, inmóvil en el cielo. No volaba ni un pájaro; incluso los insectos habían dejado de moverse. La naturaleza se había tomado un descanso, la vida misma parecía suspendida. Todo estaba bajo los efectos de una especie de maleficio… No exagero, créeme. Te cuento esto porque, si no, no podrás entender lo que voy a decirte dentro de un momento —se justificó—. Te aseguro que estos detalles son esenciales.

—Te creo —dije enseguida. Pero empezaba a sentirme incómoda.

—Cuando aparqué en el patio, ya se habían llevado al padre esposado —me repitió Alfredo F.—. El sargento amigo mío estaba en el umbral del caserón. A sus pies había una pequeña zona delimitada con cinta policial y marcada con un cartel numerado: allí habían encontrado el cuchillo… B. me recibió con una cara que nunca olvidaré. Sobre todo los ojos, que no se quedaban quietos ni un segundo, como si persiguieran moscas imaginarias. Todo con tal de evitar mirarme. Luego entendí por qué. Sentía vergüenza. Él no había hecho nada, pero alguien de su misma especie, un hombre como él, había cometido el más indecente de los actos: hacerle daño a quienes te quieren. Y si Lorenzo C. escondía en su interior una inclinación semejante, entonces, por pertenecer al género humano,

todos éramos cómplices. Nadie quedaba excluido.

Comprendí lo que quería decir. Alfredo tenía razón.

—El sargento me puso una mano en el hombro y me empujó hacia el interior. Tal vez temía que cambiara de idea y saliera corriendo. Recuerdo que fuera el sol caía a plomo sobre mi cabeza, pero, cuando crucé el umbral y entré en la penumbra de la casa de campo, sentí frío de inmediato. Quizá fue solo sugestión, pero era como cuando en invierno ves condensarse el aliento delante de tu cara… Dentro de la casa todo parecía normal. Había algo de desorden, porque no es fácil cuidar de tres niños. Los carabineros estaban registrando la vivienda, se movían sin hablar, desplazaban los objetos y los devolvían a su sitio con cuidado, sin hacer ruido, como si arriba aún hubiera alguien a quien era mejor no despertar… Un carabinero estaba sentado en un sillón del salón con un vaso de papel en la mano. Estaba pálido, se había vomitado encima. Entonces entendí lo de la ropa de recambio.

En su relato, Alfredo F. parecía resistirse a subir la escalera que conducía al piso superior. A veces se necesita una nueva razón para regresar al lugar donde se ha perdido parte de la inocencia. Yo se la di.

—Lo que me estás contando ahora no lo he leído en tus artículos —le dije—. Y entiendo por qué.

No añadí nada más, pero quedaba claro.

Aquel día, a Alfredo F., un simple periodista de provincia, se le presentó una de esas raras ocasiones que pueden impulsar de verdad una carrera. Fue el primer civil en pisar el lugar de la masacre. Y el único periodista al que se le permitió estar allí. Podría haber publicado un gran reportaje con aquella primicia, adornando la historia, dosificando lo que había visto y prometiendo nuevas entregas con revelaciones cada vez más macabras. Existe un público que adora los sucesos sangrientos y él habría podido aprovecharse de ello. Lucirse ante los grandes periódicos nacionales, conseguir trabajo en una redacción importante y marcharse de allí, asegurar a su hija adolescente la mejor terapia para su TDAH, además de una vida más gratificante.

«Greta nunca ha hecho amigos aquí».

En cambio, Alfredo F. eligió la sobriedad y el rigor. Sin recrearse en el espectáculo fácil y obsceno del horror.

—Subí los escalones de piedra con las piernas pesadas —siguió diciendo, y se percibía el esfuerzo, no solo físico, que le suponía recorrer ese camino de recuerdos—. Arriba se percibía un olor extraño. Dulce y penetrante, repugnante y, a su manera, también agradable. Nadie dice nunca que la sangre de las víctimas huela exactamente así. Te atrae y te repele. Te llama y te advierte. —Hizo otra pausa, buscando una manera de protegerse, casi como si necesitara una cuerda de seguridad para volver atrás desde la escena que estaba a punto de describirme—. Tres dormitorios. El primero a la izquierda era el del niño. La cama estaba pegada a la pared. Giacomo llevaba solo los calzoncillos y la camiseta. Estaba encogido de lado, vuelto hacia la pared. El cabello rubio le cubría parte del rostro, aunque bastaba con dar un par de pasos dentro de la habitación para ver algo parecido a una sonrisa empapada de sangre. La garganta, sin embargo… El corte había sido limpio. —Respiró hondo—. En la habitación de al lado estaba Luigia. Yacía boca arriba y apretaba contra el pecho el libro con el que se había quedado dormida. No recuerdo el título, pero en la portada había un potrillo con una crin preciosa. Nunca terminaría ese libro, y aquello me pareció una terrible injusticia. En ese momento, cualquier pensamiento me servía para apartarme del corte que le horadaba la garganta. Aun así, al menos era un consuelo pensar que su agonía había durado solo unos segundos… En el dormitorio de matrimonio, Beatrice yacía con el camisón puesto. Se la veía serena. A ella también debieron de sorprenderla mientras dormía… Me avergüenza decirlo, pero pensé que Lorenzo había sido compasivo al actuar mientras todos dormían. Al menos les había evitado a las víctimas el terror y la impotencia que deben de sentir ciertos animales cuando los llevan al matadero las mismas manos que los han criado. O quizá simplemente fue un cobarde y, mientras hacía lo que hacía, no quiso mirarse en los ojos aterrados de sus seres queridos… Pero pronto tuve que retractarme de ambas suposiciones. No se trataba ni de piedad ni de cobardía. Para entenderlo me bastó asomarme a la cuna junto a la cama de matrimonio. Caterina, la hija pequeña,

había corrido la misma suerte. Pero ella vio el rostro de su padre asesino. Lo sé porque aún tenía los ojos abiertos. —Alfredo se quedó ensimismado—. Todavía hoy me pregunto cómo pudo Lorenzo no detenerse ante aquella mirada.

Pensé en Caterina, que en la foto que acompañaba el primer artículo de Alfredo F. apartaba la mirada del objetivo y se volvía hacia la casa de campo roja. Volví a preguntarme a quién sonreía la niña.

El relato del periodista se interrumpió. Solo entonces me di cuenta de que lo había estado escuchando casi sin respirar. Así que tomé aire. El fuego crepitaba en la chimenea. El mundo a nuestro alrededor no había terminado, como cabría esperar después de una exposición tan terrible. Alfredo F. se sorbió la nariz y se secó los ojos húmedos.

—Gracias —dije.

Pero no me oyó. Comprendí que se había quedado en aquel caserón rojo, prisionero del recuerdo de aquella mañana de agosto de hacía diez años. Despertó poco después, como si saliera de un trance. Miró la oscuridad de detrás de la ventana.

—Ahora tengo que irme —dije, siguiendo su mirada y levantándome del sofá.

—No puedes —respondió.

Su voz tenía un tono neutro, casi espectral.

—¿Por qué no? —pregunté, atemorizada.

Se volvió hacia mí.

—Tu coche se ha quedado sin gasolina —me recordó.

—Qué estúpida, es verdad —admití—. Dudo que por aquí tengáis taxis —añadí, esperando que se ofreciera a llevarme a algún hotel.

—Puedes dormir aquí. Te dejaré mi habitación. Mañana, después del desayuno, iré a buscarte un bidón de gasolina.

Su propuesta me desconcertó. Apenas sabía quién era yo, y yo tampoco lo conocía lo suficiente como para quedarme allí. Comprendí que había otro motivo tras su invitación. No podía dejarme sola ahí fuera, con aquel relato aún resonando en mis oídos, a merced de quién sabe quién. Por mí, había invocado un mal antiguo y espíritus malignos que ahora vagaban por los campos en

torno a Nazareth, en busca de almas que devorar.

—De acuerdo, me quedo —dije. Tal vez, en el fondo, me daba miedo salir de aquella casa.

—Voy a cambiar las sábanas —dijo Alfredo F., dirigiéndose a la escalera.

Me quedé mirándolo hasta que, en el cuarto o quinto escalón, se detuvo y se volvió hacia mí.

—Hay algo que nunca se hizo público… Lo decidieron los carabineros y el médico forense que acudieron aquella mañana, y yo acepté ese pacto. Al fin y al cabo, era un detalle inútil y solo habría alimentado el morbo de los curiosos. Bastante habían sufrido ya aquellos cuerpos.

Yo quería saber a toda costa de qué se trataba. Y al final me lo dijo:

—Después de degollarlos, el asesino los marcó a todos con su propia sangre… Beatrice y los tres niños tenían una X dibujada en medio de la frente.

Tercera parte

LA MARCA

1

—Lidia… Lidia, ¿ya estás despierta?

El problema de las identidades falsas es acostumbrarse a que los demás te llamen por un nombre distinto del tuyo, y los reflejos no siempre reaccionan con la rapidez necesaria. Así que, cuando Alfredo F. llamó a la puerta de la habitación de matrimonio que me había cedido para comprobar si seguía dormida, tardé unos segundos en darme cuenta de que me estaba hablando a mí.

—Sí, sí, ya estoy despierta —dije, incorporándome y frotándome los ojos.

A mi alrededor había una oscuridad impenetrable; la única luz entraba precisamente por la rendija de debajo de la puerta.

—Si quieres, el café ya está listo —me anunció mi anfitrión—. Son las siete.

—Vale, ahora bajo —le aseguré.

Vi su sombra alejarse de la puerta, pero yo seguí sin moverme. Me invadía un cansancio demoledor. Me había costado conciliar el sueño y había tenido una pesadilla tras otra sobre Beatrice y sus hijos, marcados con una X de color rojo sangre en medio de la frente. El mismo signo que el dueño del único bar de Nazareth había trazado sobre el dorso de mi mano con café.

Cuando le conté el episodio a Alfredo, no se inmutó.

A pesar del pacto que hicieron los presentes la mañana después de los asesinatos, admitió que el rumor de aquella marca en los cadáveres podía haberse filtrado de todos modos.

Pero no aparecía en el sumario. Quizá porque se había mezclado con otros detalles espeluznantes que suelen aflorar alrededor de los crímenes y que no son más que habladurías o fantasías de mitómanos.

La historia de la familia C. no se libró de ese proceso y, para

muchos vecinos de Nazareth, se convirtió en un cuento de terror. El caserón rojo, tras quedar abandonado, se transformó en una casa encantada. Los chavales del pueblo habían inventado todo tipo de leyendas a su alrededor, con cuerpos decapitados y cabezas desaparecidas.

Alfredo F. había despachado aquel juego irrespetuoso como un antídoto contra el aburrimiento de vivir en aquel lugar perdido, igual que la broma de pésimo gusto que yo había sufrido por parte del camarero.

«La más pequeña sigue llorando, ¿sabe?».

Sin embargo, yo no estaba tranquila en absoluto. Seguía teniendo la desagradable impresión de que Nazareth y sus habitantes escondían algo.

Con esa idea en la cabeza, me decidí a levantarme y fui en busca del interruptor de la lámpara de la mesilla. La encendí. La pantalla estaba cubierta con una especie de fular y la habitación apareció a mi alrededor teñida de un tono ámbar. También allí había muebles negros lacados y una odiosa moqueta roja.

Para dormir había escogido la parte de la cama de matrimonio que no se utilizaba. El lado de Alfredo se reconocía porque en la mesilla estaban todas sus cosas: sobres de antiácido, un radiodespertador, una pila de guías de viaje de países lejanos que quizá soñaba con visitar sin poder permitírselo.

Volví a preguntarme si en aquella casa había habido alguna vez una esposa o una compañera, y qué habría sido de ella y de sus cosas. No me avergüenza admitir que la noche anterior había husmeado en el armario en busca de algún rastro femenino, sin encontrar nada.

Todas mis pertenencias, en cambio, seguían guardadas en el maletero del coche de alquiler aparcado delante del chalé, sin gasolina. Sin embargo, ir a buscar una muda en una de las maletas habría significado revelar a Alfredo F. mi condición nómada. Así que me abstuve.

Me habría venido bien una ducha, pero no quería abusar de la hospitalidad que me habían brindado. De modo que, después de entrar en el baño para tomar mi dosis de ansiolíticos, lavarme un

poco, ponerme algo de maquillaje y arreglarme el pelo, me dispuse a bajar para tomar el desayuno con la misma ropa del día anterior.

Me fijé en que en la planta de los dormitorios había cuatro puertas.

La del baño del que acababa de salir, la de la habitación que Alfredo F. me había cedido, la del cuarto de su hija, en la que destacaba una pegatina con una calavera plateada. La última puerta estaba simplemente cerrada.

Habría jurado que la noche anterior aquella puerta no estaba allí.

Parecía haber aparecido de la nada. O quizá yo estaba demasiado cansada y no la había visto, aunque no sabía por qué me fijaba en ella ahora. Movida por una curiosidad inexplicable, di un par de pasos para ir a ver qué había al otro lado.

Greta apareció de golpe desde su cuarto. Me sobresalté.

Al ver mi reacción, la chica esbozó una sonrisita satisfecha. Luego me dedicó un saludo poco convencional: dedo corazón en alto, mirada de desprecio. Sin decir palabra, le devolví el gesto. Greta pareció desconcertada por mi descaro. Dejé en paz la cuarta habitación y me dirigí hacia la escalera, desde la que ascendía el excelente aroma de una cafetera italiana.

Alfredo F. me esperaba en la cocina. Había puesto la mesa redonda con tres mantelitos de cáñamo, rojos y negros. Las tazas y los platillos tenían un diseño cuadrado típicamente ochentero; me llamó la atención que no tuvieran ni un desconchón. Aquella vajilla parecía reservada para los invitados especiales. Debería sentirme halagada. Sin embargo, junto al azúcar y al café solo había un modesto cuenco de galletas anónimas. Era evidente que mi presencia lo había pillado desprevenido y había intentado compensar la falta de comida variada al menos sacando la vajilla buena. A pesar de su esfuerzo, sentí una infinita tristeza. Aquel hombre, que vivía solo con su hija, escondía una melancolía llena de dignidad.

—Por lo general, solo tomo café, gracias —dije enseguida, para no ponerlo en un compromiso, mientras buscaba mi sitio en la mesa.

Fue él quien me lo indicó, colocando una taza humeante donde quería que me sentara.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Perfectamente —mentí.

Me dispensaba atenciones inusuales. Sus gestos, su manera de dirigirse a mí, incluso el tono de voz, eran delicadezas a las que no estaba acostumbrada.

También él se sentó. Entre los dos seguía vacío el sitio de Greta. Pero poco después oímos cerrarse de golpe la puerta de entrada y ambos comprendimos que no se uniría al ritual del desayuno.

—El autobús que la lleva al instituto pasa muy temprano —dijo Alfredo, a modo de excusa.

No comenté nada. Nos tomamos el café casi en silencio, con el tictac de un reloj de pared de agujas amarillas y verdes fluorescentes como telón de fondo. La cocina tenía muebles naranjas y blancos. Las baldas estaban llenas de cachivaches inútiles y de dudoso gusto; me llamó la atención una cesta de fruta falsa esmaltada. En un rincón había incluso un teléfono de disco.

Padre e hija parecían dos extraños en aquella casa. Inquilinos que hubieran ido a parar allí por azar, rodeados de objetos pertenecientes a otra época. Alfredo F., con su aspecto juvenil, parecía más el tío de Greta que su padre. Estaba claro que aquellas rarezas tenían una explicación, pero aún se me escapaba.

—No recordaba que siempre tengo un bidón de gasolina en el garaje —dijo Alfredo—. Podemos llenar el depósito de tu coche y así podrás marcharte.

No resultaba creíble que no se hubiese acordado hasta ahora. También lo sabía la noche anterior, pero por alguna razón no había querido dejarme ir. Ese pensamiento me inquietó bastante.

—Estaba pensando una cosa —dije—. Buscaré un hotel o algún sitio donde hospedarme y me quedaré aquí unos días para hacer algunas preguntas.

Quería ver si Alfredo F. tenía algo que objetar. Sobre todo si, según él, había alguna manera de vencer la desconfianza de los vecinos.

—¿Qué esperas encontrar? —me preguntó.

—Me gustaría saber algo más de Beatrice y Lorenzo. Qué clase de personas eran, cómo vivían…

El periodista se quedó pensativo un momento.

—La gente de aquí no va a abrirse contigo.

—Podrías ayudarme tú, ¿qué te parece?

—A mí me ven como una especie de traidor, el que reveló al mundo que en esta comunidad se escondía un padre y marido asesino.

—El mundo lo habría descubierto de todos modos —objeté.

—Ya, pero no soportan que haya sido uno de los suyos quien se fuera de la lengua.

—Entonces, ¿qué me aconsejas?

Alfredo F. se acarició la barbilla como ciertos personajes pensativos de los folletines, pero estaba claro que no tenía ninguna solución que proponer. Después de lo que me había contado la noche anterior, yo habría querido subirme al coche de alquiler con mis cosas dentro y marcharme de Nazareth para no volver jamás.

Pero no podía. La carta anónima que había recibido me retenía allí incluso contra mi voluntad.

Por eso volví a intervenir:

—Soy una lectora voraz —dije—. Pero detesto las novelas con un final cerrado que no deje espacio a otra posible resolución.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Alfredo, desconcertado.

—En la vida real nunca existe una sola verdad; por lo general, hay varias. Y aunque haya un culpable confeso, una historia puede admitir un desenlace distinto.

Estaba convencida de que diez años atrás a los investigadores se les había escapado algo. Tal vez un detalle que podía ayudarnos a reescribir el trágico final de la familia C.

La carta misteriosa era una invitación a mirar mejor. Si la ignoraba, quienquiera que me hubiera enviado el recorte de periódico encontraría el modo de hacerme volver a Nazareth. Aún no había comprendido cuál era mi papel en relación con los hechos de 2005. Pero alguien, escondido en algún lugar, estaba convencido de que tenía uno. Y si no le hacía caso, jamás volvería a ser libre.

—Hay una persona con la que podríamos hablar —dijo Alfredo F. al cabo de un momento—. Mi amigo, el sargento B., el que me convocó en el caserón aquella mañana.

—¿Por qué crees que sería útil hablar con él? —pregunté.

—Una semana después de los asesinatos, presentó la dimisión en el cuerpo de carabineros. Y siempre me he preguntado si una decisión tan repentina escondía algo más.

2

Sugerí llamarlo por teléfono antes de nuestra visita, pero Alfredo F. opinaba que era mejor no advertir al sargento B. Tenía la sensación de que el antiguo carabinero había elegido deliberadamente dejar atrás el pasado. De lo contrario, no se explicaba su decisión de abandonar el cuerpo después de las muertes de la familia C.

El plan de Alfredo era presentarse ante B. sin previo aviso, como yo misma había hecho con él el día anterior. Quizá así el hombre no tendría tiempo de pensárselo demasiado ni de echarse atrás.

Alfredo me aconsejó que no dijera que me llamaba Lidia Pontano y que era una escritora que estaba empezando.

—Y si me pregunta quién soy y a qué me dedico, ¿qué le digo? —objeté, mientras íbamos en coche a su encuentro.

—Tienes razón —admitió el periodista—. Entonces dile la verdad y esperemos que no le suponga ningún problema hablar contigo.

Me sorprendía la absoluta falta de malicia de Alfredo; ¿era de verdad tan ingenuo o simplemente era demasiado bueno? En cualquier caso, aunque B. se hubiera tomado la molestia de investigar mis datos, Lidia Pontano podía apoyarse en varios perfiles sociales, activos y actualizados, de los que cualquiera habría podido sacar información sobre ella. Siempre me preocupaba de crear algunos expresamente para respaldar mis identidades ficticias.

Según Alfredo, el antiguo sargento B. nunca se había casado y vivía con su hermana soltera. Trabajaba como vigilante nocturno en una fábrica de envases para alimentos, a unos pocos kilómetros de Nazareth.

Lo interceptamos cuando acababa su turno, en el aparcamiento de la fábrica, antes de que subiera a su coche para regresar a casa a dormir.

Avanzaba con el paso tambaleante de los hombres corpulentos.

Un grueso manojo de llaves, sujeto al cinturón con un mosquetón, le golpeaba la cadera a cada paso, y llevaba los hombros curvados, como si cargara con un peso.

Al oír que alguien lo llamaba, B. se detuvo. Miró a Alfredo y lo reconoció al instante, aunque no se veían desde hacía diez años. En su expresión no hubo ninguna sorpresa. Era improbable, y aun así tuve la impresión de que nos estaba esperando.

—Venid, sentaos —nos dijo, después de guiarnos hasta una salita para el personal de la fábrica donde, junto a un sofá hundido, había una máquina expendedora de bebidas calientes. Insistió en invitarnos a un café.

Nos explicó que su cometido consistía en hacer una ronda de control por la fábrica cada hora de la noche. El resto del tiempo lo pasaba solo en una garita junto a la barrera de entrada, una caja de chapa que en verano debía de parecer un horno y en invierno, una especie de cámara frigorífica.

Alfredo F. me presentó y le contó el motivo por el que habíamos ido a buscarlo. Nuestros escrúpulos iniciales, así como la preocupación por cómo reaccionaría B. ante nuestra visita inesperada, resultaron del todo superfluos. No habría hecho falta andarse con tantos rodeos, porque aquel hombre ya no parecía interesado en nada, tal vez ni siquiera en la vida. Estaba desengañado, hacía tiempo que había dejado de hacerse preguntas, de desconfiar de la gente, pero también de confiar en ella.

Mientras introducía en la ranura de la máquina las monedas que había sacado del fondo del bolsillo del pantalón, nos hablaba con tono indolente.

—Aquí no se está mal, ¿sabéis? —dijo, casi como justificándose por haber cambiado el uniforme de carabinero por el de vigilante, y el prestigio del cuerpo por una insignia de hojalata.

—¿No echas de menos el día y la luz del sol? —preguntó Alfredo, preocupado por él.

—Me gusta la noche, tengo mucho tiempo para leer y, además, hay un silencio estupendo —respondió el otro.

Evidentemente, ya no reparaba en el zumbido grave e incesante de los sistemas de filtrado del aire, que nos había acompañado a

cada paso desde nuestra llegada, o quizá ya ni lo oía.

—Y, además, con el insomnio que tengo, el turno de noche es ideal —añadió B., forzando una sonrisa.

La máquina empezó a servir las bebidas calientes. Tres cafés, de los cuales uno era sin azúcar y otro cortado con un chorrito de nata viscosa. B. iba recogiendo los vasitos de plástico del compartimento y nos los pasaba. Luego fuimos a sentarnos en el sofá raído.

Alfredo F. señaló la pistola que el antiguo sargento llevaba colgada al hombro, metida en una funda de cuero.

—¿Has tenido que usarla alguna vez?

B. arqueó una ceja.

—No ha pasado nunca nada. —Luego bajó la voz, como si alguien pudiera oírnos—. La verdad es que ni siquiera sé de quién se supone que debo proteger este sitio. ¿Qué clase de delincuente podría estar interesado en envases para alimentos?

Prácticamente estaba admitiendo que su trabajo era tan falso como su uniforme.

—Durante todos estos años me he preguntado muchas veces por qué decidiste dejar el cuerpo —dijo Alfredo—. Me parecía que para ti ser carabinero era importante, que el uniforme era como una segunda piel, que eras de esos a los que, si un día te cruzas con ellos vestidos de paisano, ni siquiera reconoces.

B. bebió un sorbo del café azucarado y no comentó nada enseguida.

—Supongo que recuerdas «cuándo» decidí dejarlo.

Bastaron aquellas palabras para convocar lo indecible. Y nuestro pensamiento volvió de inmediato al caserón rojo.

B. bajó la vista hacia el vasito sucio que sostenía delicadamente entre las manos, como si no quisiera estropearlo. Podría haberlo tirado, pero no lo hacía, porque necesitaba algo en lo que concentrarse para encontrar fuerzas y seguir hablando.

—Mis compañeros veteranos ya me lo insinuaron —dijo al cabo de un rato—. Me advirtieron que podía pasar, pero yo era demasiado joven y no me lo creí. También me dijeron que un día te das cuenta de que ya has tenido bastante, de que no puedes más. ¿Entendéis a qué me refiero?

Lo entendíamos.

—Aquella mañana se rompió algo dentro de mí, pero la certeza llegó con el paso de las horas. —Sacudió la cabeza, como queriendo espantar una imagen que lo atormentaba—. Aquellos niños, aquella madre: no lograba quitármelos de la cabeza, los veía en todas partes. Es como cuando miras demasiado tiempo un objeto iluminado y luego se te queda su silueta grabada en la retina. Pues yo seguía viendo sus caras. Cuando por la noche me acostaba y cerraba los ojos, allí estaban. Fue entonces cuando empecé a dormir mal.

Bastaron unas pocas frases para que entendiera las razones que lo habían llevado a aceptar un trabajo que no era más que la pantomima de aquel para el que realmente servía. Y el tedio de ese lugar no era para él un castigo, sino un refugio. Cuando los fantasmas siguen acosándote, solo puedes retirarte del mundo y esperar que se olviden de ti y dejen de venir a buscarte.

Por desgracia para B., nosotros éramos los emisarios de aquellos muertos. Y nuestro encuentro era una especie de ajuste de cuentas con el pasado.

Tuve la impresión de que, al igual que Alfredo F., aquel hombre también tenía una deuda con lo ocurrido diez años atrás, un tormento imposible de acallar que aún lo perseguía.

—¿Se dio alguna explicación más de lo que ocurrió? —pregunté—. Me refiero, más allá de la confesión del asesino…

—No se llevó a cabo ninguna investigación; no hacía falta —repitió —. Aquella mañana nosotros estábamos allí solo para levantar acta.

No parecía del todo sincero. Insistir en que las fuerzas del orden nada podían hacer ante un mal inexplicable le servía para apartar de sí la sospecha de haberse quedado solo con las evidencias.

—¿Conocía a la familia C.? —pregunté—. ¿Los había visto alguna vez?

—Solo conocía al padre —respondió—. Parecía un tipo normal, pero esas impresiones no suelen significar gran cosa. ¿Cuántas veces han oído que alguien pierde la cabeza sin que nadie a su alrededor haya notado la menor señal de lo que estaba a punto de pasar? —Luego B. se ensombreció—. Un día Lorenzo C. se presentó

en el cuartel para denunciar un hecho contra unos desconocidos.

Aquello nos sorprendió tanto a Alfredo como a mí. Él intervino enseguida.

—¿Por qué puso la denuncia? ¿Qué había pasado?

—Nos contó que, desde hacía unas noches, sus dos grandes perros pastores ladraban sin parar. Normalmente lo hacían para avisar de alguna presencia extraña cerca de la casa de campo.

—¿Y era cierto? —pregunté, expectante.

—Lorenzo C. se levantaba, iba a comprobarlo y nunca encontraba a nadie —replicó el excarabinero—. Pero estaba convencido de que alguien entraba en su finca mientras todos dormían.

—¿Y vosotros lo investigasteis? —preguntó Alfredo.

—En esos años se produjeron varios robos de maquinaria agrícola por la zona —explicó B.—. Pero Lorenzo C. aseguraba que no le habían robado nada, así que su denuncia parecía infundada. Recogimos la declaración, como dicta el procedimiento, y el asunto acabó ahí.

Aun así, registré mentalmente la información.

—De acuerdo, gracias —dijo Alfredo F., pensando que la conversación había terminado.

Pero el excarabinero no había acabado.

—La siguiente vez que lo vi fue precisamente aquella mañana.

Un frío repentino cayó sobre nosotros.

—Había empezado el turno muy temprano. Nos avisaron desde la central: un hombre había llamado diciendo que su mujer y sus hijos estaban muertos. Solo eso: «muertos». Sin hablar de cuchillos ni añadir ningún detalle. Subí al coche patrulla con un par de compañeros y durante todo el trayecto me pregunté qué nos encontraríamos. No sabía la respuesta, y mi inquietud iba en aumento. Fuimos los primeros en llegar a la casa de campo; yo nunca había estado allí antes. Cuando vi a aquel hombre sentado en medio del patio lo reconocí enseguida, aunque solo había hablado con él en una ocasión. Estaba cubierto de sangre. Comprendí inmediatamente que aquella sangre no era suya. Aun así le pregunté si estaba herido; negó con la cabeza. Parecía confuso, aturdido. Entonces recordé la historia del intruso, porque había algo que no

encajaba… El silencio.

Alfredo F. también había mencionado el silencio irreal que lo recibió al llegar al lugar de los asesinatos.

—Yo era un extraño —continuó diciendo el exsargento—. Los dos perros pastores tendrían que haber salido a mi encuentro ladrando para advertir de mi presencia. Pero no estaban. Habían desaparecido. Después incluso hice que mis hombres los buscaran. Nunca los encontramos y jamás supimos qué fue de ellos. —No lograba entenderlo—. Todo era muy extraño. Le pregunté a Lorenzo C. si en la casa, además de su familia, había alguien más. Volvió a negar con la cabeza. Entonces le pregunté qué había pasado. Solo me dijo que había hecho una tontería.

Una tontería. Memoricé aquella palabra. Hacer un disparate, una majadería; cometer una torpeza, una insensatez, un despropósito; meter la pata. He contado veintiséis maneras de decir que alguien ha hecho una tontería en el sentido que Lorenzo quiso darle. Todos contienen una nota de victimismo o autocompasión. Como si la culpa también dependiera de otros factores: el azar, el destino, una fatalidad. O como si hubiera que repartirla con alguien más: con Dios, con el diablo o incluso con las propias víctimas.

La palabra «tontería» era odiosa. Me irritaba, y detestaba a Lorenzo C. por haberla utilizado.

—¿Fue usted el primero en entrar en la casa y subir al piso de arriba? —pregunté.

Ya tenía la versión de Alfredo; recordaba cada detalle de su recorrido por aquel horror. Pero la impresión del primer testigo ocular era otra cosa.

B. me miró con ojos suplicantes.

—Por favor, no me haga volver allí.

—De acuerdo —acepté—. ¿Hay algo más que crea que deberíamos saber?

El hombre se encogió de hombros, como si quisiera replegarse sobre sí mismo. Sus ojos empezaron a vagar por la habitación como moscas enloquecidas buscando una salida.

«Había algo más».

Alfredo F. intervino:

—Ya le he contado a Lidia lo de la X en la frente de los cadáveres.

Pero B. seguía callado.

—No está pensando en la marca —le dije a Alfredo—. ¿Me equivoco? —pregunté al hombre.

No iba a marcharme de allí sin una respuesta.

—Hay otra cosa que tampoco dijimos —confesó—. Tiene que ver con el cuchillo.

El cuchillo con el remache en forma de estrella en el mango, encontrado en el umbral del caserón rojo.

—No se habló de ello porque ya teníamos la confesión del asesino. Y cuando tienes una confesión completa, no hace falta ponerse a discutir detalles. Es más: a veces obsesionarse con lo que no encaja puede perjudicar la investigación, y aquellas pobres víctimas solo necesitaban descansar en paz.

Alfredo F. estaba más desconcertado que yo al conocer esa novedad.

—¿Qué nos habéis ocultado? —inquirió.

La pregunta sonó también como una acusación.

El excarabinero tomó aire.

—El mango había sido limpiado.

No lo entendía.

—¿Qué sentido tiene limpiar un arma si has decidido llamar a la policía y confesarlo todo?

—Eso mismo nos dijimos nosotros —respondió B.—. De hecho, dedujimos que, en un primer momento, Lorenzo no tenía ninguna intención de entregarse. Que había tratado de alterar la escena del crimen ocultando las pruebas que podían incriminarlo. Y que, al no conseguirlo, en algún momento se rindió.

—Pero… —lo apremió Alfredo, intuyendo que había algo más.

No se equivocaba. El excarabinero repitió:

—Pero al final encontramos una huella en ese cuchillo. Era solo parcial… y no pertenecía a nadie de aquella familia.

—¿Y de quién era? —pregunté, sorprendida por la revelación.

—Por el tamaño de la yema parecía la huella de una mano pequeña —dijo—. Así que supusimos que pertenecía a un niño.

3

La pequeña Caterina que, en la foto familiar, no miraba al objetivo y sonreía hacia el caserón rojo. Su madre Beatrice, que en la misma imagen dejaba entrever una tensión latente, quizá ligada a algún secreto inconfesable. La X sobre los cuerpos, trazada por el padre asesino con la sangre de las víctimas. Los perros que ladraban por la noche para avisar de la presencia de un intruso y que, desde el día de la masacre, habían desaparecido sin dejar rastro. Y, por último, el mango del cuchillo, limpiado cuidadosamente salvo por una huella dactilar parcial que, al parecer, había dejado un niño.

Los misterios en torno a un caso ya resuelto aumentaban a cada paso. A todo eso había que añadir la carta anónima que me había inducido a viajar a Nazareth.

Lo repito: el caso estaba cerrado sin la menor sombra de duda. Había un asesino, había una confesión y también una verdad irrefutable.

Y, sin embargo, seguían aflorando enigmas sin explicación.

Las marismas de Nazareth tenían la siniestra fama de engullir cosas, animales e incluso personas que a veces desaparecían sin dejar rastro para no volver jamás. En ese momento tuve la impresión de que aquellas aguas cenagosas estaban devolviendo poco a poco fragmentos afilados de una historia casi olvidada que nadie era capaz de recomponer. Debíamos tener cuidado al tratar con aquellos restos, para no herirnos ni dejarnos arrastrar de nuevo al fondo con ellos.

Después de marcharnos tras la conversación con el exsargento B., le pedí a Alfredo que se detuviera en un claro entre los campos porque necesitaba fumar. Paró y, a continuación, bajó del coche conmigo para hacerme compañía, aunque a ninguno de los dos nos apetecía decir nada.

Ante nosotros se extendía un paisaje desolador. La luz blanca de un sol opaco se derramaba sobre la llanura.

Alfredo estaba con los brazos cruzados, saltando de un pie a otro para entrar en calor. Aprecié su sacrificio. Hacía un frío tremendo.

—Deberíamos ir a ver a Lorenzo C. —dijo el periodista al cabo de un rato.

Me volví hacia él. No creía que fuera posible.

—¿Sabes la manera de hacerlo?

—Conozco a su abogado —respondió—. Asistí a todas las sesiones del juicio, no me perdí ni una —añadió—. Lorenzo rechazó la defensa, pero, como sabes, la ley exige que, aun así, el acusado tenga un representante legal en el juicio.

Me contó que el abogado de oficio, tal como había solicitado su cliente, no preparó ninguna estrategia de defensa y se limitó a actuar como garante para verificar que el proceso se desarrollaba respetando plenamente los derechos del acusado.

—Si el abogado acepta facilitarnos un encuentro con Lorenzo C., bastará con enviarle nuestros documentos de identidad para que los presente ante la fiscalía y solicite la autorización.

Lidia Pontano, al igual que algunos de mis otros *alter ego*, disponía de un documento de identidad falso. Había descubierto que conseguir cualquier cosa en el mercado negro de internet era más fácil de lo que parecía. Normalmente lo utilizaba para pequeñas gestiones en las que era necesario aportar una prueba de identidad: alquilar un coche, comprar una nueva tarjeta SIM o firmar un contrato de alquiler. Pero no sabía si en esa ocasión mi documentación resistiría una comprobación por parte de las autoridades penitenciarias. Aun así, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Claro —respondí a Alfredo F.

—Diría que tardarán un poco en conceder el permiso de visita, ¿dónde piensas quedarte mientras tanto? ¿Volverás a tu casa?

No le había dicho dónde vivía, y tampoco iba a hacerlo. Entre otras cosas porque, en ese momento, mi casa era un utilitario de un horrible color azul eléctrico.

—Buscaré un motel —contesté.

—El más cercano está a unos quince kilómetros y es un asco —sentenció—. Por lo que sé, lo usan sobre todo adúlteros que buscan un poco de intimidad.

Ya había intuido lo que estaba a punto de proponerme.

—Podrías quedarte en nuestra casa —dijo, confirmando mis sospechas.

—No quiero quitarte tu habitación —objeté.

—El sofá del salón es más cómodo de lo que parece —insistió.

Mientras exponía su propuesta, me di cuenta de que evitaba mirarme y su voz dejaba entrever cierta incomodidad. Me pregunté si intentaba presentar la idea como algo completamente inocente, para que yo no sospechara que había segundas intenciones por su parte. En cualquier caso, quería tenerme como huésped, y aquello me halagó. Aunque también estaba segura de que la joven Greta no iba a estar de acuerdo con su padre.

—¿No deberías hablarlo antes con tu hija? —sugerí, mientras apagaba la colilla en el suelo.

Alfredo F. no respondió enseguida.

—Nos vendrá bien tener a alguien más en casa —dijo finalmente, muy serio.

Luego se dirigió hacia el coche.

No me pasó desapercibido el uso del plural. Era evidente que en aquella familia de solo dos personas faltaba algo.

Recogí la colilla y me la guardé en el bolsillo para tirarla en la primera papelera que encontrara. En ese momento, no sé muy bien por qué, pensé en la casa de Alfredo y Greta. Y recordé la puerta cerrada de la planta de arriba.

Había algo en aquella habitación que me atraía de una forma inexplicable.

4

Como había prometido, al llegar a casa Alfredo llamó al abogado de Lorenzo C.

El letrado accedió a concertar un encuentro con su cliente. Quizá esperaba que el caso volviera a arrojar algo de luz. Más que esclarecer los hechos, pensé que buscaba hacerse un poco de publicidad. Fuera como fuese, nos aseguró que haría lo posible por conseguir los permisos con rapidez.

Siempre que Lorenzo C. estuviera de acuerdo.

Era una incógnita que debíamos tener presente. El cuádruple asesino estaba cumpliendo condena en un centro penitenciario y, desde la sentencia, no había vuelto a tener contacto con el exterior.

Existe una suerte benévola que alcanza incluso a los criminales más feroces: con el tiempo, el mundo se olvida de ellos y del horror que cometieron. Lorenzo C. había sido absorbido por el sistema penitenciario hasta casi desaparecer.

Tal vez no tenía ninguna intención de salir del amparo de la sombra.

Ahora solo quedaba esperar una señal por su parte. Apenas era mediodía y Alfredo y yo teníamos mucho tiempo libre por delante.

Cogí algunas de mis cosas del maletero del coche de alquiler y me instalé en la habitación de matrimonio de la planta superior. Después le pedí a mi anfitrión un lugar donde poder escribir con tranquilidad y él puso su despacho a mi disposición.

Era una especie de guarida, separada del resto de la casa por dos puertas correderas. Reinaba un gran desorden. El suelo estaba cubierto de revistas, periódicos y pilas de libros que ya no cabían en las dos grandes estanterías repletas de volúmenes de todo tipo, lo que revelaba una sed de conocimiento que me sorprendió.

Me hice un hueco entre los objetos esparcidos por el escritorio y

dejé el portátil. Habría sido imprudente tomar notas en un cuaderno, como hacía normalmente. Al menos en el ordenador podía protegerlo todo con una contraseña.

Mientras observaba aquel despacho tan vivido, me pregunté qué demonios escribiría Alfredo para su periódico.

«Dicen que un cronista de pueblo le quita el trabajo al sepulturero».

Como ya he dicho, Nazareth parecía ser un lugar muy alejado del resto del mundo, donde nunca ocurre nada o lo que ocurre es casi irrelevante. Masacres familiares aparte, claro. Pero no me parecía que los asesinatos de mujeres y niños fueran algo habitual por allí. Y, además, teniendo en cuenta lo poco que los periódicos pagaban a los colaboradores externos, ¿Alfredo se ganaba la vida únicamente con su trabajo de periodista?

Cuando terminé de trabajar, ya era última hora de la tarde. Cerré el portátil, asegurándome de introducir la contraseña. Ni que decir tiene que no habría sido conveniente que mi anfitrión leyera lo que estaba escribiendo.

Salí del despacho con bastante apetito y, al abrir las puertas correderas, me envolvió un aroma delicioso. Lo seguí hasta la cocina, donde encontré a Alfredo preparando la cena.

—Esta noche haremos una parrillada —anunció, triunfante.

Había preparado puré, al menos tres tipos de guarnición, patatas y cebollas fritas. Incluso presumía de una especie de salsa secreta para aderezar la carne con un pincel.

—Es la comida favorita de Greta —me explicó.

Evidentemente, quería rebajar la tensión con su hija. O quizá negociar una buena cena a cambio de cierta indulgencia hacia mí.

Cuando la chica volvió a casa, pareció sorprendida de encontrarme todavía allí. La mirada fulminante que le dedicó a su padre resumía perfectamente su estado de ánimo e incluía una serie de insultos impronunciables. A mí ni siquiera me dedicó una mirada. Subió a su habitación y, como la noche anterior, se refugió en la música a todo volumen. Esta vez eran Megadeth.

Yo conocía bastante bien el heavy metal porque unos años atrás estuve investigando sobre el tema para una novela, pero dudaba

que mis conocimientos me hicieran ganar puntos con la arisca Greta.

Alfredo continuaba fingiendo que todo estaba en orden. Yo le seguí la corriente. Poco después lo ayudé a poner la mesa y, tras abrigarme bien con la bufanda y el chaquetón de lana, salí con él al porche trasero, donde la barbacoa ya estaba encendida.

Para asar la carne, Alfredo se había puesto una vieja chaqueta y un sombrero deformado que le daba un aire cómico del que, sin embargo, parecía no darse cuenta. O quizá simplemente no le importaba.

La noche era fría y húmeda; alrededor de la casa solo había campos sumidos en la oscuridad y, un poco más allá, las primeras luces de Nazareth emergiendo de la niebla amarillenta y gélida.

—¿Has tenido tiempo de pensar en lo que dijo el sargento B.? —me preguntó de pasada mientras colocaba los filetes sobre la parrilla.

—La huella del niño en el cuchillo es un giro que, sinceramente, no me esperaba —respondí, sentándome en un pequeño muro y encendiendo un cigarrillo.

—Una huella parcial —precisó él—. No creo que sirva de mucho. No es una prueba.

—Sí, pero ¿cómo llegó hasta allí? —repliqué, algo irritada porque Alfredo insistía en restar importancia a aquella anomalía. ¿De qué tenía miedo?—. Habrías podido descubrir ese detalle hace ya diez años —añadí.

—Lo sé —admitió.

Aunque durante años había seguido escribiendo artículos sobre la historia de la familia C. para que no se olvidara, en el momento de los hechos no profundizó lo suficiente en su papel de periodista. ¿Por qué? Y eso que le habría convenido.

—Aunque no sea una prueba, con ese misterio podrías haber construido un gran caso periodístico —le reproché—. Y luego podrías haber cogido a tu hija y marcharte de aquí. Pero te quedaste.

¿Qué lo había detenido? ¿Tal vez la «señora F.», de la que nadie había hablado aún y de la que no había ni rastro en aquella casa?

—Greta y yo nacimos aquí —dijo Alfredo F., desconcertándome. ¿Qué quería decir con eso?—. Esta era la casa de mis padres —

aclaró, levantando la vista hacia la construcción con el tejado a dos aguas.

Ahora el estilo ochentero de la decoración tenía una explicación: el hijo conservaba la casa como una especie de relicario.

—No tengo hermanos y mis padres eran agricultores —me contó —. Les iba bien, como a la mayoría de los campesinos de esta zona, pero sin alardear. Nunca me faltó de nada. Querían que su hijo tuviera más estudios que ellos, aunque sé que ahora puede parecer una mentalidad anticuada. Así que me enviaron a la universidad. Iba y venía todos los días para estudiar. No sé si entraba en sus planes que luego me quedara aquí, pero no les molestó que acabara siendo solo un modesto periodista de provincias. O, al menos, nunca me lo hicieron sentir. Ellos me ayudaron a criar a Greta durante los primeros años. Cuando murieron, me dejaron una renta bastante decente; de lo contrario, dudo que con mi trabajo hubiéramos podido salir adelante.

—Siento que tus padres murieran —dije, sin saber muy bien qué más añadir.

—Tuvieron un accidente de tráfico. Una noche, cuando volvían a casa, mi padre perdió el control del coche y chocaron con una cosechadora —me explicó—. Greta era pequeña; apenas recuerda a sus abuelos, que la adoraban.

Quizá quería añadir que desde entonces se había quedado solo con la niña, pero no lo hizo. La señora F. seguía flotando a nuestro alrededor. ¿Dónde estaba ahora esa madre y compañera fantasma que nunca se mencionaba y que parecía no haber vivido jamás en aquella casa?

Por supuesto, nunca le habría hecho una pregunta directa sobre ella.

—¿Por qué me estás ayudando con el caso de la familia C.? —pregunté, en cambio—. ¿Qué es diferente respecto a hace diez años?

Guardó silencio un momento.

—Cuando ocurre algo así, la gente quiere un culpable y una condena. Y lo quiere de inmediato. No por sed de justicia, sino porque sabe que pronto ese asunto dejará de interesarle —dijo

Alfredo—. Las investigaciones y los juicios a menudo se convierten en un espectáculo más. El público es voluble y exige entretenimiento. Las desgracias ajenas son una excelente distracción de la rutina de su propia vida.

Pensé que nadie va al circo para ver el número de los leones; la gente va solo para comprobar si las fieras devorarán al domador.

—A la gente no le interesan las razones profundas del mal —continuó Alfredo—. Y, como dijiste la primera vez, en el caso de la familia C. hay algo que no se investigó adecuadamente. —Era como si él también lo sintiera—. Tal vez, después de diez años, haya llegado el momento de hacerse las preguntas que entonces parecían inoportunas, porque podían exaltar al público y resultar irrespetuosas con las víctimas.

—Entonces, ¿cómo puedes afirmar que la cuestión de la huella dactilar es casi irrelevante? —repliqué.

—A mí me ha impresionado más lo de los dos perros desaparecidos desde la mañana de los asesinatos —dijo—. ¿Qué fue de ellos?

Alfredo no tenía una respuesta ni ninguna teoría que ofrecerme. Yo tampoco. Luego, inesperadamente, se volvió hacia el muro de oscuridad que nos separaba de la vasta campiña y murmuró una frase en voz baja que me desconcertó:

—*Paretur ad periculum*.

—¿Qué? —pregunté, pensando que me hablaba a mí.

Pero me ignoró, le dio la vuelta a la carne de la parrilla y anunció:

—Ya está listo.

Poco después nos sentamos a la mesa junto a Greta, que me miraba como si hubiera ocupado el lugar de otra persona. El silencio incómodo era una amenaza latente, y Alfredo y yo nos esforzábamos por hablar sin parar de cualquier cosa que se nos ocurriera, a veces incluso con la boca llena. Al final de la cena ambos estábamos exhaustos y Greta no había abandonado ni un instante su ya proverbial gesto hosco.

Cuando fue la hora de irse a dormir, Alfredo me acompañó hasta la puerta de la habitación que tan amablemente me había cedido.

—Gracias por no irte a ese motel y quedarte aquí —me dijo.

—Tu parrillada estaba deliciosa —respondí—. Ha valido la pena quedarse.

Se despidió sin más. Lo vi alejarse con la cabeza baja, con la actitud de alguien que no sabe cómo disculparse ante el mundo. Pero el comportamiento de su hija no podía imputársele.

Al pasar junto a la misteriosa habitación cerrada, Alfredo lanzó una mirada fugaz hacia la puerta. Luego continuó hacia la escalera.

La segunda noche que pasé en aquella casa volvió a ser agitada. Tal vez la idea de encontrarme con Lorenzo C. y cruzar su mirada había contaminado mi subconsciente.

En ese estado entre el sueño y la vigilia sentía frío y me revolvía en la cama buscando un calor que no encontraba. Un malestar, parecido a una fiebre misteriosa, se había apoderado de mi cuerpo. Como una posesión de la que es imposible liberarse.

Aún no lo sabía, pero era Nazareth lo que me producía ese efecto.

Aquel lugar estaba contaminado por algo maligno. Fuera lo que fuese, estaba intentando expulsarme. Si no lo conseguía, ya no me dejaría marchar.

Me desperté de golpe, perdida en la oscuridad de la habitación en la que me encontraba, con una frase en los labios surgida de no sabía dónde.

«*Paretur ad periculum*».

En latín, «preparaos para el peligro». En ese momento oí con claridad unos ladridos que procedían del exterior.

Pensé en los dos grandes perros pastores de la familia C., cuyo destino nadie conocía y que quizá ahora vagaban de noche por las llanuras cercanas a Nazareth, depositarios de quién sabe qué secretos.

Aquellos perros lo habían visto todo. «Ellos lo sabían».

Paretur ad periculum.

No podía estar segura, y aun así algo me resultaba evidente. Ahora, aquellos demonios que ladraban habían salido a buscarme.

Cuarta parte

LA VOZ

1

Durante los días que siguieron, la convivencia con Greta y Alfredo se convirtió en algo casi natural.

En su casa tenía mis propios espacios: el estudio y el dormitorio. Para fumar, salía al porche o me acurrucaba junto a la chimenea apagada. Alfredo y yo también habíamos establecido una especie de rutina. Él había memorizado las horas a las que solía tomar café, me preguntaba qué me apetecía para comer y, cuando salía a hacer la compra, me traía cigarrillos. Yo lo ayudaba poniendo un poco de orden en la casa.

Quizá me estaba adaptando demasiado deprisa a aquella situación tan inusual para mis estándares. Aquello debería haberme puesto en alerta: la costumbre se estaba transformando en una especie de dependencia. Uno de los muchos efectos que Nazareth ejercía sobre la gente. Al fin y al cabo, ni siquiera Alfredo F. había conseguido marcharse del pueblo cuando tuvo la oportunidad.

Sin darme cuenta, me estaba convirtiendo en una habitante más de aquel rincón perdido del mundo.

Ya no había vuelto a acercarme a la puerta cerrada del segundo piso del pequeño chalé. Nadie me había prohibido entrar en aquella habitación, pero aun así me mantenía alejada de ella, precisamente por la atracción que ejercía sobre mí.

Entre Greta y yo las cosas no mejoraban. En cuanto podía, me mostraba su hostilidad con gestos groseros o comentarios mordaces. Apreciaba su manera de oponerse con tanta obstinación a mí. Por mucho que Lidia la detestara, a Victoria Anthon, en cambio, le caía bien.

En el fondo, Greta se parecía a mí.

Admiraba el espíritu rebelde de aquella chica. Y estaba convencida de que, en el fondo, también ella sentía hacia mí algo parecido al

respeto. O quizá me engañaba a mí misma. Nunca llegaríamos a ser amigas, eso estaba claro. Pero habríamos sido unas enemigas excelentes. En cualquier caso, según mis planes, dentro de poco nos separaríamos para no volver a vernos nunca más. Tal vez si Greta hubiera sabido ese detalle, habría sido más benevolente conmigo, aunque lo dudo.

La llamada llegó al cabo de tres días, a media mañana, bajo un cielo gris, cuando la inquietud de la espera empezaba ya a transformarse en desaliento. Aunque no lo dijéramos en voz alta, ni Alfredo F. ni yo albergábamos demasiadas esperanzas.

Pero el abogado de Lorenzo C. nos comunicó que su cliente había aceptado recibirnos y que la fiscalía no ponía ninguna objeción. El trámite burocrático se había acelerado repentinamente y esa misma tarde podíamos presentarnos en el centro penitenciario.

Al parecer, el documento de identidad de Lidia Pontano había superado los controles de las autoridades. Estaba tan aterrada como excitada por lo que nos esperaba.

Nunca había conocido a un asesino múltiple.

Cuando hacia las dos salimos en dirección a nuestro destino, la tensión dentro del coche era palpable.

Alfredo no había tenido contacto directo con Lorenzo. Lo había visto de cerca durante el juicio, pero nunca habían hablado, ni siquiera habían intercambiado una mirada fugaz. Sin embargo, había explorado su mundo, había visitado su casa. Conocía muchas cosas íntimas de él y de su familia. Pero nunca había oído el sonido de su voz, ya que el asesino múltiple no declaró durante las sesiones.

Lorenzo C. siempre se negó a explicar por qué había matado a su mujer y a sus hijos. El móvil del crimen era el único agujero negro de la versión oficial de los hechos.

Alfredo y yo éramos conscientes de que nos disponíamos a cruzar un límite del que ya no habría vuelta atrás.

Ya no éramos simples narradores. Estábamos a punto de introducirnos en la historia que contábamos.

El encuentro con Lorenzo nos privaría de nuestra imparcialidad, quizá también de nuestra inocencia. La distancia entre el observador y el objeto de la observación estaba a punto de desaparecer.

Después de un paso así, era imposible conservar una posición de neutralidad.

Sentiríamos odio o quizá incluso compasión por el asesino. Era inevitable.

Fue entonces cuando descubrí que Lorenzo C. no se encontraba en una cárcel, sino en una REMS, una Residencia para la Ejecución de Medidas de Seguridad. Eran centros de detención que habían sustituido a los hospitales psiquiátricos judiciales, que a su vez habían reemplazado a los tristemente célebres y terribles manicomios criminales.

A menudo se dice que esos lugares, independientemente del nombre que reciban, son lo más parecido al infierno que pueda existir sobre la faz de la tierra. Después de haber visitado uno y haber visto lo que sucede entre esas paredes, puedo afirmar que ni siquiera el diablo habría sabido imaginar un sitio semejante.

Vista desde fuera, mientras llegábamos en coche, la REMS en la que se encontraba Lorenzo C. parecía un complejo residencial o un hotel. Era un edificio moderno y bajo, estructurado en horizontal, con grandes ventanales y rodeado de jardines.

Dejamos el coche en el aparcamiento y nos dirigimos hacia la entrada.

Cuando las puertas automáticas de cristal se abrieron, nos encontramos en un amplio vestíbulo muy luminoso, con un pequeño lago ornamental, grandes plantas de hoja ancha, filodendros y plataneras tropicales. Había un mostrador de recepción donde dos azafatas nos recibieron con amabilidad y, sobre todo, sin demasiadas formalidades. En vista de las circunstancias, comprendí por qué mi documento falso había superado sin problemas el control de los responsables.

Cada vez me sorprendía más el aspecto de aquel lugar.

Por dentro parecía una clínica para adelgazar y ponerse en forma. Un lugar lleno de comodidades donde uno puede recuperarse y descansar mientras otros se dedican a cuidarlo.

Se nos acercó una empleada de administración que iba a ser nuestra guía. Mientras nos entregaba las acreditaciones de visitante, nos explicó que aquella REMS había sido una de las primeras en

entrar en servicio de forma experimental hacía doce años. Las REMS dependían del Departamento de Salud Mental y Adicciones Patológicas. Habían sido concebidas con el objetivo de favorecer la rehabilitación de los sujetos alojados en ellas. Según las palabras de la mujer, peligrosos criminales habían perdido su condición de presos para pasar a ser definidos como «pacientes» o «huéspedes».

En las REMS no había funcionarios de prisiones, sino psiquiatras, psicólogos clínicos, técnicos de rehabilitación y enfermeros. Me pregunté quién garantizaba la seguridad, ya que se podía circular libremente y los accesos estaban vigilados tan solo por discretas cámaras.

Mientras recorríamos largos pasillos de suelos relucientes, paredes de colores pastel y pósteres de paisajes naturales, la empleada nos mostraba los talleres didácticos, el gimnasio y las salas de terapia. Las herramientas, los muebles y los materiales parecían recién salidos de fábrica. Todo era nuevo.

Me sorprendió. Aquello significaba que disponían de abundantes fondos para renovar constantemente todo el equipamiento.

Mientras tanto, nuestra guía nos describía las actividades que llenaban las jornadas de los huéspedes. Solo faltaba que mencionara un spa con sauna, piscina climatizada y *jacuzzi*.

El programa que se habían propuesto allí dentro era muy ambicioso. Me asombraba que, fuera de allí, se supiera tan poco sobre las REMS. Tal vez era mejor así. Quién sabe cómo reaccionarían los contribuyentes si supieran que asesinos múltiples como Lorenzo C. disfrutaban de un trato semejante.

La empleada nos informó de que en ese momento la residencia acogía a quince pacientes, aunque la capacidad máxima fijada por la ley era de veinte. «Tanto espacio y semejante despliegue de medios y recursos para tan pocos huéspedes», pensé. Cada vez estaba más impresionada.

Mientras caminábamos, también me preguntaba dónde estaban. Los internos eran prácticamente invisibles. Y no se oían gritos, llantos ni ruidos que indicaran la presencia de pacientes psiquiátricos.

La mujer parecía muy orgullosa de mostrarnos las instalaciones y

explicarnos los objetivos de las terapias. El único momento en que se puso tensa fue cuando Alfredo le preguntó qué tipo de delitos habían cometido los quince internos recluidos en ese momento. Era una información reservada. Pero luego supimos que, por lo general, los sujetos asignados a las REMS se clasificaban en tres categorías, y que en aquella residencia concreta se encontraban los de «alta peligrosidad».

Llegamos a la sala de visitas.

Fuera, sentado en un sofá, había un hombre de unos cuarenta y cinco años, traje azul y corbata. A su lado, el impermeable y un maletín. Estaba escribiendo mensajes en el móvil, pero cuando nos vio se levantó para venir a nuestro encuentro y saludarnos con una amplia sonrisa.

Era S., el abogado que nos había facilitado aquel encuentro.

—¡Qué puntuales! —se congratuló, estrechándole la mano a Alfredo, que enseguida me presentó también a mí.

—¿Ha sido complicado obtener los permisos? —preguntó mi amigo periodista.

—Menos de lo previsto —respondió el abogado—. Pero hacían falta cuarenta y ocho horas para el procedimiento de salida.

¿Procedimiento de salida? No entendía muy bien qué significaba aquella expresión, pero me prometí pedir alguna aclaración. El abogado S. me intrigaba. Aquel hombre elegante y afable había logrado evitarle la cadena perpetua a su defendido, a pesar de que Lorenzo C. se había declarado culpable desde el principio y había renunciado a una estrategia de defensa. Aunque su margen de actuación durante el juicio quedaba enormemente limitado por esa premisa, S. consiguió un peritaje psiquiátrico que acreditaba una alteración mental parcial y la carencia de las facultades intelectivas y volitivas del acusado.

Según los psiquiatras, el hecho de que Lorenzo C. hubiera reconocido de inmediato su responsabilidad, aun sin saber explicar sus actos, demostraba que había actuado en un estado de alteración psíquica de origen desconocido.

Había sido condenado a treinta años, sentencia confirmada en todas las instancias judiciales. Dado su trastorno mental, debía

cumplir la pena íntegramente en una REMS.

—Su cliente ya ha pasado diez años aquí dentro —dije—. ¿No teme que, cuando salga, al cabo de otros veinte, pueda matar a alguien más?

S. dejó escapar una risa sincera. En su trabajo como penalista estaba acostumbrado a los golpes bajos y no se lo tomaba como algo personal.

—Con independencia de la duración de la condena, el internamiento de los pacientes en una REMS puede ser prorrogado de manera indefinida por decisión del juez, sobre todo si persiste su peligrosidad social —explicó el abogado—. Quienes cruzan este umbral difícilmente vuelven a ver el mundo de ahí fuera —añadió con seguridad—. Lorenzo C. morirá aquí dentro.

Había pronunciado la última frase con un tono grave, perentorio, que me provocó una sensación de desconcierto.

Un médico se reunió con nosotros.

—Soy el doctor M. —se presentó—. Estoy a cargo de Lorenzo C.

Llevaba bata blanca y tenía la corbata manchada de grasa. La única imperfección en medio del brillo que nos rodeaba.

—¿Tiene alguna recomendación para nuestros visitantes? —preguntó el abogado S.

—Ninguna en particular —respondió el médico—. Lorenzo es un paciente bastante colaborador, tiende a decir la verdad y no intentará manipularlos como hacen algunos psicópatas. Pero solo responde a las preguntas cuando le apetece. Así que, si decide encerrarse en el silencio, no habrá manera de hacerle cambiar de idea. Depende de ustedes evitar que eso ocurra. —Dicho esto, anunció—: El paciente ha sido preparado para el encuentro.

¿Preparado? ¿Qué significaba que hubiera sido preparado?

El doctor llamó a una de las puertas. Nos abrió un enfermero corpulento. Entramos en una sala no muy grande con una claraboya. Por la abertura superior se filtraba la luz del sol, que inundaba el espacio de una claridad casi cegadora. La otra cosa que me llamó la atención de aquel lugar fue el olor.

Un perfume floral muy dulce.

Pensé en un ambientador o en algún detergente. Era empalagoso,

casi nauseabundo.

Había varias sillas colocadas frente a una mesa. Ante ella ya había un hombre sentado.

El cabello rubio, que en otro tiempo había sido ralo, ahora estaba completamente rapado. El rostro era liso y la piel se veía tersa, como si hubiera rejuvenecido. La reclusión le había sentado bien, pensé. Los ojos azules destacaban en las cuencas profundas. Lorenzo C. llevaba un mono blanco con una cremallera en la parte delantera. Sostenía entre las manos una botella de agua, ya medio vacía. Tenía los labios secos y no dejaba de moverlos, intentando humedecerlos con la saliva.

Nos observó mientras nos sentábamos frente a él. No dijo una palabra.

El enfermero robusto se colocó a su espalda, se apoyó en la pared y cruzó los brazos.

Lorenzo C. estaba muy tranquilo.

—Estas son las personas de las que le hablé —le dijo el abogado S., señalándonos—. Según lo acordado, le harán algunas preguntas. Lo que diga no estará sujeto a confidencialidad —le advirtió.

Es decir, si durante nuestra conversación confesaba otros delitos, podrían llamarnos como testigos en un nuevo proceso contra él.

—No hay problema —dijo el hombre, dejándonos oír por primera vez su voz clara y amable.

Chasqueaba la lengua contra el paladar. Tenía la boca seca y bebía de la botella a pequeños sorbos. Parecía aturdido.

En ese momento todo encajó. Comprendí por qué el abogado nos había dicho que el «procedimiento de salida» había requerido cuarenta y ocho horas y por qué el médico había anunciado antes que el paciente había sido preparado para nuestro encuentro.

Y también entendí la verdadera naturaleza de aquel lugar, que se parecía más a un centro de rehabilitación que a una institución penitenciaria, así como el motivo por el que no hacían falta guardias armados, cancelas ni rejas.

Los fármacos eran la explicación.

Potentes antipsicóticos que se administraban a los pacientes para volverlos dóciles y mantenerlos bajo control. Por eso las salas de

terapia, el gimnasio y los talleres estaban vacíos. Las máquinas, los muebles y los materiales parecían nuevos simplemente porque no se utilizaban.

Todo era una fachada.

Ningún interno en semejante estado de aturdimiento habría sido capaz de realizar actividad alguna. El programa de rehabilitación era solo una fachada para los que estaban fuera, para personas como yo. Y no se oían gritos desesperados ni llantos porque, en aquel estado de sopor, los habitantes de la REMS eran incapaces de sentir nada.

Para hablar con nosotros, habían tenido que despertar a Lorenzo C. de aquella especie de coma consciente. Y habían hecho falta cuarenta y ocho horas para traerlo de vuelta del lugar donde su conciencia había sido confinada y devolverle una parte de su humanidad.

La sequedad de la boca y la imposibilidad de saciar la sed eran consecuencia de la reducción de las dosis.

Ahora lo sé. Entre aquellas paredes las personas dejan de serlo. Quedan abandonadas al vacío. Y esa es su verdadera condena. Deambulan por aquel espacio blanco, en un presente interminable de días siempre iguales, obligadas a vegetar y quizá también a revivir, en silencio y sin descanso, el recuerdo de lo que han hecho. Y de lo que son.

A su alrededor todo es perfecto, aséptico, impecable. Dentro de ellas todo cambia. Cada una tiene su propio infierno personal y la dejan sola frente a él. Y cada una es la carcelera de sí misma.

Alfredo F. estaba a punto de iniciar la conversación con Lorenzo C., pero me adelanté y fui yo quien se dirigió a él primero.

—No será una entrevista ni se parecerá en lo más mínimo a un interrogatorio —le dije—. Solo queremos oír de su propia voz qué ocurrió aquella noche, hace diez años. Sabemos muy bien que entonces se limitó a confesar los homicidios sin hablar de lo que pasó antes de llamar a los carabineros. Pero quizá, después de tanto tiempo, algo haya cambiado para usted. Tal vez tenga ganas de contarnos el resto de la historia.

Le estaba ofreciendo la oportunidad de liberarse, por fin. Con la

advertencia implícita de que difícilmente volvería a tener otra oportunidad.

Lorenzo C. me miró con una intensidad que parecía hurgar dentro de mí, quizá tratando de entender por qué estaba allí frente a él. Luego hizo un gesto que no olvidaré. Levantó la cabeza y aspiró de manera profunda por la nariz. Expulsó el aire por la boca y asintió, como si acabara de cerrar un trato consigo mismo.

—Les diré lo que quieren saber —afirmó—. Pero solo eso.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alfredo F.

—Que no deberán hacer preguntas sobre la voz.

¿Qué voz? ¿De qué estaba hablando? De pronto sentí un miedo que nunca había experimentado antes.

2

—Aquel verano la cosecha de maíz no fue buena —empezó diciendo Lorenzo C.—. Se necesitan setenta días para obtener una mazorca de treinta y tres centímetros que pese unos cuatrocientos gramos —nos explicó, haciendo gala de su competencia como agricultor—. Ya en junio me había dado cuenta de que las plantas crecían más bajas de lo habitual y que en las hojas habían aparecido unas extrañas manchas blancas. A finales de julio algunos frutos empezaron a desarrollar un moho gris. Para salvar lo que se pudiera, decidí adelantar la cosecha. —Hizo una pausa—. Sé reconocer las enfermedades del maíz, la fusariosis o la helmintosporiosis, pero nunca había visto nada parecido. Y aun después de apartar las mazorcas irrecuperables, las sanas empezaron a pudrirse ante mis ojos sin que pudiera hacer nada.

Me preguntaba por qué nos estaba contando todo aquello. ¿Tal vez la pérdida de la cosecha había agravado el estrés que lo llevó a degollar a su familia? Pero había algo más.

—El caso es que desde hacía algún tiempo yo tampoco me encontraba muy bien —dijo—. Las migrañas empezaron en primavera; antes nunca había tenido. Comenzaban con una presión aquí, en la nuca —añadió, tocándose el punto exacto—. Luego se esparcían hasta las sienes y se concentraban justo en el centro de la frente. Con el tiempo empecé a imaginar aquel dolor como una especie de insecto que me estaba horadando el interior de la cabeza. —Al recordarlo, hizo una mueca de dolor—. Las migrañas iban acompañadas de destellos repentinos que me cegaban, como si tuviera un *flash* delante de los ojos. Oía un silbido en los oídos y, a veces, cuando los demás me hablaban, no entendía lo que decían. Con el paso de las semanas las migrañas fueron empeorando. Ya no era capaz de continuar con el trabajo en el campo. Cuando cultivas

la tierra, las cosas hay que hacerlas cuando toca y no puedes aplazarlas. En cambio, algunas mañanas las náuseas no me dejaban ni levantarme de la cama; tenía que quedarme tumbado a oscuras esperando a que se me pasara. Beatrice estaba preocupada. No quería inquietarla, pero no podía evitarlo. Al principio, delante de ella, le quitaba importancia, le decía que todo iría bien. Pero como la situación no mejoraba, al final decidí ir al médico. Nuestra doctora de familia se preocupó enseguida por aquellos dolores de cabeza que habían aparecido de repente. Por precaución, me mandó hacer un TAC, pero no se veía nada anormal. Entonces me recetó algunos medicamentos para controlar las crisis, aunque no eran lo bastante eficaces y, además, me quitaban las pocas fuerzas que me quedaban. Así que dejé de tomarlos. —Lorenzo C. dio otro sorbo de agua de su botella—. Cuando las plantas de maíz empezaron a estropearse, estuve seguro de que les había transmitido mi enfermedad.

Sospechaba que se divertía haciéndonos ir de un lado a otro entre recuerdos inútiles y que, al final, nos despacharía con un puñado de palabras sin sentido. Pero me equivocaba.

—Además de las migrañas, también empecé a olvidar cosas —dijo, dejándonos desconcertados—. Eran olvidos pequeños. En realidad, ni siquiera me habría dado cuenta si no se hubieran repetido tan a menudo. Por ejemplo, recordaba haber dejado un manojo de llaves sobre una repisa y días después lo encontraba en un cajón. El problema no eran los objetos que desaparecían y reaparecían en sitios distintos de la casa. El caso es que, en cierto momento, también cometí alguna tontería.

Otra vez aquella palabra: «tontería». La misma que Lorenzo C. había usado con el exsargento B. cuando este, al encontrarlo sentado en el patio con la ropa manchada de sangre, le preguntó qué había ocurrido.

«He hecho una tontería».

—Cambié de sitio el antihistamínico de Giacomo, que siempre teníamos a mano por si sufría un ataque de alergia. Solo Beatrice y yo sabíamos dónde estaba, pero ella no lo había tocado. Lo peor fue cuando dejé encendido el soldador que había utilizado para una

reparación en casa: estaba seguro de haberlo apagado, pero estuve a punto de provocar un incendio.

Aquellos pequeños vacíos de memoria tenían un significado inquietante, precisamente por las consecuencias que podrían haber causado a la familia de Lorenzo C. Parecía que el inconsciente del hombre se estuviera preparando ya para cometer los asesinatos.

—Aquella mañana me desperté poco después del amanecer —dijo el asesino múltiple.

Por fin habíamos llegado al día fatídico.

—Por la noche me había quedado dormido en el sofá con la televisión encendida, por eso aún llevaba puesta la ropa del día anterior.

Vaqueros y camisa de cuadros naranjas y amarillos, recordé.

—Me pasaba cada vez más a menudo. Estaba tan agotado por los dolores de cabeza que, en cuanto me daban un poco de tregua, casi me quedaba inconsciente de cansancio. Beatrice y los niños apagaban el televisor, me echaban una manta por encima y subían al piso de arriba sin hacer ruido. —Lorenzo se quedó un instante abstraído; quizá pensaba en las atenciones de los suyos, en una compasión a la que él, sin embargo, no supo corresponder—. Aquella mañana ya estaba amaneciendo cuando abrí los ojos. En ese momento no me percaté de la sangre que llevaba encima, en las manos y en la ropa. Fueron los carabineros quienes me lo hicieron notar cuando llegaron, horas después. Había tanta que parece mentira que no la viera enseguida.

Comprendí adónde quería llegar. Y también entendí la explicación previa sobre los episodios de amnesia. De hecho, nos estaba diciendo que había cometido la masacre durante la noche y que después había vuelto a dormirse en el sofá como si nada. ¿Debíamos creerle cuando afirmaba que al despertar no recordaba nada de lo que había hecho?

—Si me hubiera dado cuenta inmediatamente de aquella sangre, habría reaccionado de otra manera —continuó con convicción—. Recuerdo dos cosas de aquel despertar: que estaba cansado, como si no hubiera dormido en absoluto, y el silencio.

Una vez más, después de Alfredo y del exsargento B., alguien

mencionaba el silencio de aquella mañana.

—Aunque era verano y no había escuela, a esa hora Luigia y Giacomo solían estar ya despiertos y llenos de energía. Los oías saltar de una cama a otra, jugando a perseguirse mientras Beatrice les decía que se callaran para no despertar a Caterina. Por eso me pareció extraño que mis hijos siguieran durmiendo. Estaba a punto de ir a la cocina y poner la cafetera italiana, porque con mi mujer siempre habíamos tenido la regla de que el primero que se levantaba preparaba el café para el otro. Pero algo me atrajo hacia el piso de arriba. No sabría decir qué.

Lo imaginé inmóvil frente a la escalera, mirando hacia lo alto.

Lorenzo C. prosiguió:

—Mientras subía los escalones, sentía dentro de mí que algo no iba bien, que aquel silencio estaba mal.

Aquella afirmación me dejó paralizada. Era tan lúcida que daba miedo.

—Cuando entré en su habitación, Giacomo parecía dormido, pero tenía una herida profunda en la garganta y la camiseta interior empapada de sangre. Me precipité hacia la cama. Estaba encogido; le di la vuelta, estaba pálido. Le puse la oreja sobre el pecho para oír los latidos, no respiraba. Estaba desesperado: intenté reanimarlo, le abrí la boca y soplé dentro. Veía cómo se le levantaba el pecho, pero nada más. Creo que hasta intenté hacerle una especie de masaje cardiaco. Pedí ayuda a gritos, pero nadie en la casa me respondió. Era extraño. ¿Por qué no contestaban los demás? Fue entonces cuando corrí a la habitación de Luigia. —Negó con la cabeza—. Mi Luigia dormía todavía abrazada a la novela que tanto le gustaba. Se la había regalado yo mismo, la había comprado en una feria, en un puesto de libros usados. La elegí porque hablaba de caballos, y a mi Luigia le encantaban los caballos, los adoraba. —Se ensombreció—. Cuando vi la herida en el cuello comprendí que estaba como su hermano. También intenté reanimarla, pero tuve que renunciar. —Hizo una pausa—. Por último fui a ver a Beatrice, pero ya sabía lo que me esperaba. No tuve fuerzas para acercarme; solo le arreglé el camisón, que le dejaba las piernas demasiado al descubierto… Mi amor, mi gran amor, reducido a ese estado… —Suspiró—. Caterina

estaba en su cunita. No lo recuerdo bien, pero creo que la cogí en brazos: estaba tan fría.

Caterina era la única que tenía los ojos abiertos, recordé. Probablemente la única que había visto a su padre acercarse con el cuchillo.

—Puede que la acunara —dijo Lorenzo C., repitiendo el gesto ante nuestras miradas horrorizadas. Y todos volvimos a ver aquel pequeño cadáver en brazos del padre asesino.

Por el relato que me había hecho Alfredo, de cuando visitó la escena del crimen, no se deducía que los cuerpos hubieran sido movidos. Pero ahora Lorenzo C. aseguraba que había intentado socorrer a los suyos. ¿A qué se debía aquella contradicción?

—Borraste tus huellas del cuchillo —dijo mi amigo periodista, inesperadamente.

Aquel detalle, que los carabineros nunca hicieron público, cayó en la sala con la fuerza explosiva de una acusación directa: al principio quería ocultar lo ocurrido; su confesión no fue espontánea en absoluto, sino fruto de la imposibilidad de desviar las sospechas.

El abogado S. estaba a punto de intervenir, pero su cliente fue más rápido.

—Es verdad, reconocí el cuchillo en el suelo, el cuchillo de la estrella que había usado tantas veces. Estaba junto a la cunita de Caterina. ¿Qué hacía allí? Lo recogí: fue entonces cuando comprendí lo que había hecho. ¿Quién si no podía haber sido? Fui presa del pánico y limpié el mango —admitió—. Luego volví a colocar los cuerpos como los había encontrado.

Estaba confesando que había intentado encubrir el más abyecto de los crímenes. Había condenado a sus seres queridos a un sueño del que no despertarían. Aquella noche fue pasando de habitación en habitación, de cama en cama. Se había ensañado con ellos en el momento en que eran más vulnerables. En lugar del beso de buenas noches, una cuchillada en la garganta.

—No intentaba salvarme —se justificó—. Solo sentía vergüenza.

Eso sí estaba dispuesta a creerlo. Aquella plena asunción de responsabilidad excluía, una vez más, la presencia en el caserón rojo de cualquier intruso con manos de niño.

Aunque hubiera actuado por vergüenza y no por cobardía, Lorenzo C. debió de comprender enseguida que no serviría de nada limpiar el mango del arma de la masacre ni borrar las demás pruebas de su implicación. Y que el simple hecho de ser el único superviviente bastaba para incriminarlo. Aun así, yo estaba tan cargada de ira que quería oírselo decir.

—¿Por qué cambiaste de idea respecto al cuchillo y a la posibilidad de ocultar que habías sido tú quien mató a Beatrice y a los niños? —pregunté, provocándolo.

Sin embargo, Lorenzo C. volvió a sorprenderme.

—De pronto me di cuenta de que la migraña había desaparecido —dijo con frialdad.

Ante aquella explicación, nos quedamos mudos.

—Me había curado. Desde entonces no he vuelto a sufrir dolores de cabeza.

En su voz se percibía un alivio macabro. Casi una sensación de liberación. Como si matar hubiera servido para eliminar la causa de su malestar.

Por las caras de los presentes comprendí que no era la única a quien habían turbado aquella revelación tan cruda y el tono frío y distante con que había pronunciado aquellas palabras. Todo ello revelaba un egoísmo antinatural para un padre y un marido.

Habría querido salir huyendo de allí, del blanco perfecto de las paredes, del perfume que impregnaba el ambiente como una mentira de pureza y limpieza. Estaba convencida de que no era la única en sentir aquel malestar.

Pero seguía quedando algo sin resolver, un peso que me retenía allí.

—¿Por qué dibujaste una X en la frente de los cadáveres? —pregunté.

Por primera vez, Lorenzo C. me pareció desorientado. Quizá fueran los antipsicóticos. O quizá hubiera algo más.

—No sé por qué lo hice —dijo.

Su desconcierto me hizo dudar por un instante de que las X fueran obra suya. Pero era absurdo pensar que no lo hubieran sido.

—¿De qué va esta historia? —preguntó con vehemencia el

abogado S.

Era poco probable que el letrado no supiera nada de aquella marca misteriosa, aunque nunca hubiera sido mencionada durante el juicio. Al fin y al cabo, hasta el camarero de Nazareth estaba al corriente.

Pero Lorenzo C. nos debía una explicación.

—¿Tiene algo que ver con la voz? —insistió Alfredo.

Había sido el propio Lorenzo C. quien mencionó la voz al comienzo del encuentro; no se podía pasar por alto la posible relación con los demás puntos oscuros de la masacre.

—Esta pregunta no entraba en el acuerdo —replicó el abogado S. con firmeza.

Su cliente lo había dejado claro desde el principio de la conversación. Ninguna pregunta sobre la voz, fuera lo que fuese lo que quisiera decir con aquella alusión. Pero Alfredo no tenía intención de ceder; no lo creía capaz de mostrarse tan resuelto. Decidí apoyarlo.

—La voz te habló, ¿verdad? —pregunté, segura de que la petición de Lorenzo de no tocar el tema era una maniobra. Él quería que le preguntáramos por eso. De lo contrario, ¿por qué mencionarla tan pronto y de manera expresa, si en todos aquellos años ese detalle nunca había salido a la luz?

Lorenzo C. volvió lentamente la cabeza hacia mí y me clavó una mirada glacial y quizá también complacida. En aquel momento tuve la impresión de que había dos personas dentro de él.

—¿Qué te dijo la voz? —insistí.

—Ya basta —se opuso el abogado S.

Pero su cliente no parecía opinar lo mismo. Se le escapó una sonrisa que no tenía nada de divertida, ni de humana. Era solo la mueca del demonio que llevaba dentro.

—La voz me habló aquella mañana —dijo, con absoluta calma—. Pronunció mi nombre. Fue ella la que me despertó.

3

Toda novela es un experimento.

La gente piensa que escribir es un ejercicio mecánico: que, una vez establecido el argumento, uno se sienta frente a un teclado o ante una hoja en blanco y se abandona a la imaginación. Nada más falso. Por ejemplo, para *El caso de Via Beyle* tuve que atravesar toda una gama de emociones, con efectos palpables y, a veces, desestabilizadores.

La gestación de mi primer libro dejó en mí cicatrices indelebles.

Si vuelvo a mirar mis apuntes, cada vez que escribía algo en el bloc de notas la pluma excavaba en el papel. La intensidad del surco dejado por cada letra o signo de puntuación dependía de lo que estaba sintiendo en ese momento. La profundidad de las incisiones en aquellas páginas es la medida perfecta de mi estado de ánimo de entonces. Por eso nunca hay que quedarse en el significado superficial de las palabras de una novela, porque bajo cada una de ellas suele esconderse otro sentido, íntimo y personal.

Muchos escritores sufren mientras dan vida a una historia; algunos incluso enferman. El proceso creativo tiene repercusiones inevitables en la psique y consecuencias en el cuerpo. Llegamos a sentir lo que sienten nuestros personajes, incluso cuando no son reales.

La redacción de *El caso de Via Beyle* coincidió con la aparición de una molesta dermatitis atópica en los codos y las rodillas que me atormentó hasta que puse el punto final a la última frase de la novela. Mientras me ocupaba de la historia de la familia C., algo oscuro ya estaba actuando dentro de mí: una enfermedad sin nombre que me horadaba el alma y cuyos efectos siguen siendo visibles.

Y lo peor es que no tiene cura.

Creo que fue precisamente Lorenzo C. quien me contagió. Ahora

sé que nunca debí conocer a aquel hombre que había curado sus migrañas degollando a su familia.

«Desde entonces no he vuelto a sufrir dolores de cabeza».

Por supuesto, ignoraba todo esto durante el recorrido entre la REMS y el aparcamiento donde estaba el coche de Alfredo.

Eran casi las seis y ya había oscurecido. El cielo estaba plomizo, el viento había empezado a soplar y, como era de esperar, hacía frío.

Aún sentía en las fosas nasales el perfume dulzón que impregnaba la sala durante nuestra visita al asesino múltiple. Deseaba que mi mente borrara cuanto antes su recuerdo.

Mientras caminábamos hacia el coche, entrábamos y salíamos de los círculos de luz de las farolas, únicas centinelas en la oscuridad total de la llanura. Y nos acompañaba el abogado S., que se dirigía hacia su hermoso Porsche azul con asientos color tabaco.

—Hoy se ha abierto con vosotros más de lo que lo ha hecho conmigo en diez años —se lamentó el abogado.

Redujimos el paso hasta detenernos bajo una farola y S. sacó de su gabardina una pitillera. Encendió un cigarrillo y yo hice lo mismo.

—Ese hombre me pone los pelos de punta —nos confesó el abogado, de manera un tanto inesperada—. Un momento parece dócil como un cordero, pero basta un cambio casi imperceptible en su mirada para que se transforme en una especie de alienígena.

Yo había tenido una impresión parecida poco antes. Dentro de Lorenzo C. convivían dos personas distintas: el asesino múltiple y el campesino. Y nosotros habíamos hablado con ambas. Solo que tenía la sensación de que una de las dos nos había engañado.

—¿Crees que nos ha dicho la verdad ahí dentro? —pregunté al abogado, curiosa por conocer su opinión.

S. levantó los ojos al cielo y resopló.

—Una de tantas —respondió—. Lo extraño de esta historia es que, la cuente quien la cuente, siempre parece distinta.

Era cierto. Al margen de la versión de Lorenzo C., también había escuchado las de Alfredo F. y la del exsargento B. Y aunque esas dos coincidían en gran parte, daba la impresión de que el periodista y el carabinero hubieran visitado dos caserones distintos la mañana de la tragedia.

La diferencia no estaba en las descripciones, sino en la forma en que el mal se había filtrado en sus palabras. Exactamente como una infección.

Aunque ellos solo habían sido testigos oculares del «después», cuando el crimen ya se había cometido y los cuerpos yacían inertes, en sus relatos se percibía que aún quedaba algo vivo y palpitante en medio de tanta muerte. No una vida como solemos entenderla, sino una presencia maligna. Algo que existe fuera de la creación, con una consistencia desconocida y a lo que no es posible oponerse.

Las señales de aquella intervención imponderable eran varias: la misteriosa huella dactilar de un niño en el cuchillo, de la que nadie había hablado durante el encuentro. O los perros desaparecidos sin dejar rastro. O la X trazada con sangre en la frente de las víctimas, que remitía de forma inquietante a la migraña que atormentaba a Lorenzo C.

—¿Y qué opinas de la historia de la voz? —preguntó Alfredo al abogado.

—Creo que, con el tiempo, el peso de la culpa se vuelve difícil de soportar —respondió él—. Los vacíos de memoria y las voces extrañas ayudan a aligerarlo, al menos en parte.

Era razonable y yo compartía aquella idea.

—Y hay otra cosa —añadió S.—. Quizá nunca sepamos por qué Lorenzo C. exterminó a su familia, pero me sorprende que un hombre que desde el principio asume toda la responsabilidad nunca haya considerado seguir el mismo destino que los suyos.

En efecto, era extraño que Lorenzo no hubiera decidido suicidarse y prefiriera la ignominia de una condena de por vida.

Alfredo suspiró.

—Semanas antes del crimen, Lorenzo C. presentó una denuncia contra unos desconocidos porque sus perros ladraban por la noche y, según él, alguien se estaba colando en su propiedad.

S. no se inmutó; evidentemente estaba al corriente.

—Estaba preparando una coartada para que la culpa recayera sobre un improbable extraño —dijo—. Por lo demás, encaja con lo que nos ha contado esta tarde: limpió el cuchillo y volvió a colocar los cuerpos como si durmieran. Aunque luego se arrepintiera, fue un

claro intento de despistar. Desde esa perspectiva, incluso las X en la frente de las víctimas pueden interpretarse como un torpe intento de crear una escenificación para los carabineros. Pero ahora Lorenzo no tiene el valor de admitirlo y dice que no recuerda por qué las hizo.

Aunque todo encajaba perfectamente con un arrebato de ira de Lorenzo C., quizá provocado por algún secreto de Beatrice, yo tenía un motivo personal que me empujaba a no descartar por completo otras pistas y, sobre todo, la existencia de un intruso.

A mí me había llevado a Nazareth una carta anónima.

Nunca se lo revelaría a Alfredo ni al abogado. Pero había algo que me inducía a explorar todas las posibles explicaciones alternativas de los asesinatos.

«La voz me habló aquella mañana. Pronunció mi nombre. Fue ella la que me despertó».

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que Lorenzo C. no tuvo cómplices? —pregunté.

El abogado S. sonrió como alguien que sabe cosas que no puede revelar a cualquiera. Pero aun así nos concedió una pequeña confidencia.

—Si me podéis dedicar una horita, me gustaría enseñaros algo.

Ni Alfredo ni yo reaccionamos enseguida a la propuesta. Una ráfaga de viento helado se llevó nuestras palabras.

4

El despacho del abogado S. estaba situado en lo que en otros tiempos había sido un almacén de fertilizantes, ahora reformado y convertido en un *loft*.

Hasta el caso de los asesinatos, S. había sido el típico abogado de pueblo que prestaba asistencia legal a la población local en cuestiones de derecho civil. Por entonces su especialidad eran los litigios relacionados con servidumbres de agua o con lindes agrícolas. Conducía un utilitario, nunca llevaba corbata y su mujer le hacía de secretaria.

Antes de encargarse de la defensa de Lorenzo C., el abogado S. solo había tenido un contacto esporádico con el derecho penal. Pero supo aprovechar la oportunidad de su vida. Se benefició del revuelo mediático del caso, que para él se convirtió en publicidad gratuita, y ahora ofrecía sus servicios como penalista a empresas y particulares que acudían a buscarlo desde toda la provincia. El Porsche, los trajes a medida y el despacho diseñado por un excéntrico arquitecto eran pruebas tangibles de aquel éxito inesperado.

A veces las tragedias de unos constituyen la fortuna de otros.

Poco después de las seis de la tarde, siguiendo a S., Alfredo y yo atravesamos una zona de recepción y una sala con cuatro escritorios ocupados por otros tantos colaboradores. Al entrar en el despacho del abogado, este se quitó la gabardina y la arrojó sobre el brazo de un sillón de cuero. Luego, a través de un interfono, pidió a su nueva secretaria que no le pasara llamadas y que no lo molestara.

S. hizo que nos sentáramos en un pequeño salón frente a un televisor de plasma. Después abrió una caja fuerte oculta tras un cuadro abstracto y sacó un DVD con una funda anónima. Lo introdujo en el reproductor.

Mientras manipulaba el mando a distancia, Alfredo y yo nos

preguntábamos qué aparecería en esa gran pantalla.

—Los robos de maquinaria agrícola eran un problema serio en aquella época —dijo el abogado, confirmando lo que ya nos había contado el exsargento B.—. Hasta el punto de que el vecino de la familia C. instaló en 2005 una cámara para vigilar su finca.

En la pantalla negra apareció la típica imagen fija de los sistemas de videovigilancia. La grabación se veía granulada; el equipo no debía de ser de gran calidad.

El objetivo abarcaba un espacio muy amplio: campos de maíz que se extendían casi hasta el horizonte. Solo a lo lejos, al final de un camino de tierra, se distinguía un edificio rojo.

El caserón de los asesinatos.

—La cámara que grabó esta escena estaba aproximadamente a un kilómetro de la vivienda de la familia C. El loco del vecino la colocó en una torre de alta tensión, ¿os lo podéis creer? —añadió S., sacudiendo la cabeza.

El aparato estaba situado lo bastante alto como para que el encuadre abarcara toda la campiña circundante, incluyendo más o menos todos los lados del caserón rojo.

—Aquí está todo lo que necesitamos —afirmó S.—. Seiscientas horas de grabaciones de lo que ocurrió alrededor de la casa antes del crimen.

Yo esperaba ver aparecer en cualquier momento al intruso de las manos de niño, aunque desde aquella distancia solo podríamos distinguir una figura humana diminuta acercándose a pie a la casa o quizá un coche sospechoso.

—¿Entregaste estas imágenes a los carabineros? —pregunté.

—Los carabineros podían haber localizado la cámara igual que hice yo —replicó el abogado—. La encontré recorriendo la zona en coche de arriba abajo —añadió, algo ofendido.

Lo imaginé al volante de su utilitario, vestido con ropa barata y el aspecto de un campesino instruido. Poco dinero para gasolina, pero mucha determinación.

—¿Qué estamos esperando que ocurra exactamente? —preguntó Alfredo, viendo que el espectáculo parecía no cambiar nunca.

—No va a ocurrir nada —nos descolocó el abogado S. con su

media sonrisa burlona.

Pulsó un botón del mando y la grabación empezó a avanzar más rápido, pero sin cambios.

—La familia C. rara vez abandonaba la casa de campo. Todo lo que necesitaban para comer lo sacaban de la tierra y de los animales, y se conformaban con lo demás —nos explicó—. En verano, cuando no había escuela, podían pasar semanas sin que se les viera por el pueblo.

Entonces lo comprendí. No solo no veríamos a nadie acercarse, sino que tampoco veríamos marcharse a los habitantes de la casa. Todo estaba inmóvil, fijado en aquel único plano. Salvo las variaciones de luz a lo largo de los días y algún pájaro que cruzaba de vez en cuando, el panorama era prácticamente idéntico.

—¿Y nos has traído aquí para enseñarnos que no pasa nada? —protestó Alfredo—. ¿No podías habérnoslo contado y ya está?

—A veces es necesario comprobar las cosas con nuestros propios ojos —dijo el abogado.

Comprendí que S. quería darnos una lección. Y tal vez también echarnos una pequeña reprimenda por haber intentado poner en duda la resolución judicial o su trabajo como abogado defensor. Estaba realmente convencido de haber hecho todo lo posible por Lorenzo C.

Mientras tanto, en la pantalla, tras una noche salpicada de innumerables estrellas brillantes, apareció el amanecer. Por fin algo cambió. Vimos a los dos perros pastores blancos de la familia C. alejarse corriendo del caserón y perderse entre los campos.

—Mirad ahí —dije señalando la pantalla.

Parecía que algo los había asustado.

Sin darme cuenta, me puse tensa. Al cabo de un rato vimos aparecer a toda velocidad por el camino de tierra el primer coche patrulla de los carabineros, con el exsargento B. a bordo. Se dirigía hacia la casa.

La grabación había llegado a la mañana fatídica.

Después aparecieron otros vehículos con las luces encendidas y tres ambulancias. Y luego las furgonetas de la Policía científica. El coche patrulla que condujo a Lorenzo C. al cuartel fue el primero en

abandonar la escena del crimen. En un momento dado apareció también el utilitario de Alfredo F., convocado en calidad de representante de la prensa.

Al verse en la pantalla, mi amigo tuvo un pequeño sobresalto.

—Ningún intruso, ninguna voz que no estuviera ya en la cabeza de Lorenzo C. —sentenció S.

No detuvo ni ralentizó las imágenes. Conservaríamos así aquel punto de vista privilegiado sobre lo ocurrido. No tan cerca como para sentirnos turbados, pero sí a la distancia justa para tener una visión de conjunto perfectamente clara.

El coche de Alfredo, en cierto momento, regresó por donde había venido. Los vehículos de los servicios funerarios hicieron varios viajes para llevarse los cuerpos. Poco a poco todos los coches abandonaron el lugar. Los últimos en marcharse fueron los dos carabineros que colocaron los precintos en la verja principal. En el caserón solo quedaron los animales del patio y del establo. Un administrador judicial se encargaría de atenderlos.

—Entonces, según tú, ¿Lorenzo ha estado interpretando un papel hoy en la REMS? —preguntó Alfredo F.

—Tal vez, pero no creo que buscara nuestra comprensión —dijo el abogado—. Todos los asesinos, tarde o temprano, intentan llegar a un acuerdo consigo mismos —precisó—. De tanto mirarte por dentro, acabas viendo solo al monstruo y, en cierto momento, ya no quieres quedarte a solas con él.

Era humanamente comprensible. Pero mientras los dos seguían disertando sobre la mente retorcida de Lorenzo C., yo me abstraje. Mis ojos estaban clavados en el paisaje de aquella campiña indolente. La grabación seguía deslizándose ante mí a velocidad acelerada, arrastrando consigo las conversaciones de los presentes en el despacho.

El caserón rojo seguía allí.

¿Qué ocurre con la escena del crimen cuando todos se marchan? Nadie se lo pregunta. Es como un salón de fiestas después de que los invitados regresen a sus casas. En lugar de confeti por el suelo y algún vaso sucio olvidado aquí y allá, en el escenario de un crimen queda alguna marca de tiza donde estaban las pruebas que ya se

han retirado. En vez de un corcho de champán, la tapa del objetivo de una cámara olvidada sobre una mesa. Algún guante de látex rasgado, como si una dama lo hubiera perdido al final del baile.

También en el caserón rojo la muerte, como siempre, estuvo solo de paso.

La violencia se ha terminado, el dolor se ha apaciguado, el horror se ha disipado; los cuerpos han sido retirados, el duelo y la compasión se han adormecido, las puertas se han vuelto a cerrar, el ruido de los pasos ha cesado, el silencio vuelve a invadir las habitaciones y el polvo puede regresar para posarse sobre los objetos. Los lugares son devueltos, casi intactos, al lento y solitario transcurrir del tiempo.

Mientras me concentraba en aquellas ideas sencillas que, de algún modo, me serenaban, el sol se estaba poniendo rápidamente en la pantalla del televisor.

Y entonces ocurrió algo.

—Los perros —me oí decir, casi sin darme cuenta.

Al principio Alfredo y el abogado no me entendieron, o quizá no oyeron mis palabras.

Levanté un brazo para señalar la pantalla.

—Los perros —repetí con más firmeza.

Por fin se volvieron y miraron también ellos.

Abajo, justo en el límite del encuadre de la cámara, habían aparecido dos grandes perros blancos. Parecían los perros pastores de la familia C., los que habían huido la mañana de la matanza.

—Volvieron —dije.

Aunque deformados por el objetivo gran angular, se distinguían con claridad. Se habían detenido a observar la casa roja, pero no querían acercarse. O quizá no se atrevían.

¿Por qué habían regresado? ¿Y por qué se quedaban allí?

El abogado S. volvió a poner la grabación a velocidad normal.

—Pero ¿qué coño es esto? —se le escapó.

Lo que ocurría era que las imágenes habían sido revisadas solo hasta las horas de la matanza, pero nadie se había tomado la molestia de comprobar si después había ocurrido algo relevante. Y lo que teníamos delante era, sin duda, una novedad. No obstante, fue

otra cosa la que terminó de desconcertarnos.

—No están solos —dijo Alfredo F., con voz apagada.

En efecto, un poco detrás de los perros, aun en la luz tenue del atardecer, se distinguían las botas negras de alguien. Había una figura humana junto a los dos animales. Llevaba una vieja mochila a la espalda y, en las manos, bolsas de plástico de supermercado llenas de cosas.

Daba la impresión de ser un vagabundo. Pero también llevaba un extraño sombrero de copa negro.

Él también estaba mirando en dirección al caserón rojo. Poco después se dio la vuelta para volver sobre sus pasos y los perros lo siguieron dócilmente.

El hombre del sombrero de copa y las botas negras era su nuevo amo.

Quinta parte

EL VAGABUNDO

1

El silencio en el coche que nos llevaba de regreso a casa de Alfredo era más elocuente que un montón de palabras. Tenía ganas de fumar, pero sabía que solo era para calmar los nervios.

Fue el periodista quien rompió aquella quietud aparente con una pregunta.

—Si en la grabación no había nada relevante, ¿por qué S. nos obligó a ir a su despacho para verla?

Cuando le planteamos esa misma cuestión al abogado de Lorenzo, este respondió de manera poco convincente, recurriendo a una frase hecha.

«A veces es necesario comprobar las cosas con nuestros propios ojos».

—S. ya sabía lo del desconocido del sombrero de copa —dije, llegando a la misma conclusión que Alfredo—. Quería ponernos al corriente de la existencia de ese vagabundo, pero sin exponerse. Se ha lavado las manos y nos ha dejado a nosotros la responsabilidad de investigar.

—Así, si fracasamos, la culpa será solo nuestra.

S. había sido más astuto que nosotros. Pero el problema era otro. Cada vez que dábamos un nuevo paso en las tinieblas de aquella historia, nuestro grado de implicación aumentaba. Nos estábamos entrometiendo en algo que no nos incumbía, sacando a relucir lo que no debíamos, mirando donde nadie debería haber mirado. Y teníamos una sensación que no nos abandonaba. Lorenzo C. la había experimentado diez años atrás.

«La voz me habló aquella mañana. Pronunció mi nombre. Fue ella la que me despertó».

No estábamos solos en la oscuridad que explorábamos.

Y ahora también teníamos que buscar una explicación para aquel

vagabundo del sombrero de copa negro.

La noche ya se había cernido sobre cada centímetro del campo. Vi pasar por la ventanilla un hipermercado, como una nave espacial luminosa en medio de la nada.

—Esta noche me gustaría cocinar para ti y para tu hija —dije.

Mi amigo no puso ninguna objeción. Dio media vuelta y regresó.

Mientras Alfredo me esperaba en el coche, yo vagaba con el carrito por los pasillos. Con una música de fondo inocua por la megafonía y la nariz llena de los perfumes químicos que venían del pasillo de los detergentes, empecé a sentirme otra vez en paz. El hipermercado, con productos idénticos a los que habría encontrado en cualquier otro lugar o ciudad, me servía para recordar que todavía existía un mundo más allá de Nazareth.

Cuando ya había llenado casi por completo el carrito con lo que necesitaba, me detuve y miré a mi alrededor. Solo entonces me di cuenta de que, desde que había entrado, no me había cruzado con ningún otro cliente. Ni tampoco con nadie del personal.

Y, sin embargo, las estanterías estaban bien abastecidas; la mercancía no se quedaba allí acumulando polvo ni pudriéndose. La sensación de calma que había tenido hasta hacía un momento desapareció al instante. La ausencia de personas era a la vez surrealista y perturbadora.

Parecía un sueño lúcido, de esos de los que no se puede escapar.

Fue entonces cuando empecé a oír el insistente ladrido de un perro. Por la profundidad de los ladridos, parecía tratarse de un animal grande.

Como era natural, enseguida pensé en un perro pastor blanco.

Como no dejaba de ladrar, empujé el carrito para intentar averiguar de dónde venían los ladridos. Recorrí varios pasillos, pero no conseguía encontrar a aquel maldito perro. Me invadió un ataque de ansiedad y claustrofobia, dejé de buscar y me dirigí hacia las cajas.

Descubrí que estaban todas cerradas. Solo quedaban abiertas las automáticas.

Pasé los productos por el lector con cierta urgencia y pagué con la tarjeta de crédito. Todo con tal de salir de allí cuanto antes.

Poco después, Alfredo me ayudó a cargar en el maletero del coche dos bolsas llenas. No se percató de mi inquietud. Si alguien nos hubiera visto en aquel aparcamiento, le habríamos parecido una pareja completamente normal haciendo la compra. Pero no éramos una pareja y sería mejor para ambos no olvidarlo nunca. Y, además, en aquel aparcamiento lleno de coches no había nadie que pudiera fijarse en nosotros.

¿Dónde estaban los propietarios de todos aquellos vehículos?

Arrancamos y nos dirigimos a casa.

Por mucho que la experiencia de poco antes hubiera dejado un rastro desagradable en mis pensamientos, me convencí de que solo eran paranoias mías. Ahora me gustaría poder decir que me equivocaba, que solo me estaba sugestionando. Pero, por desgracia, descubriría muy pronto que en Nazareth todo ocurre siempre por una razón.

2

Había comprado todo lo necesario para una comida memorable en el hipermercado. Sabía que mi propuesta de cocinar para Alfredo y su hija era una temeridad, pero necesitaba hacer algo concreto que me mantuviera alejada de los malos pensamientos y, por una vez, sentía la necesidad de ocuparme de alguien más aparte de mí misma.

Cuando llegamos a casa, Greta llevaba ya un buen rato allí, encerrada en su habitación escuchando el mismo metal tóxico y agresivo a todo volumen. Esta vez era el turno de Downfall of Gaia.

Alfredo se ofreció a ayudarme a preparar la cena, pero lo mandé al salón a ver la televisión. Yo me metí en la cocina.

Con el fondo demoniaco de guitarras eléctricas y batería, me las arreglaba abriendo armarios y cajones que no conocía, en busca de utensilios y cazuelas. Intenté conectar mentalmente con la madre de Alfredo, imaginando que habría colocado cada objeto siguiendo un criterio lógico. Y, en efecto, su sistema de organización era bastante intuitivo. Aquella mujer había muerto hacía muchos años en un accidente de coche junto a su marido y, sin embargo, el rastro de su paso por el mundo aún se percibía en pequeños detalles, como la elección —propia de una perfecta ama de casa— de guardar las cucharas de madera en el cajón más cercano a los fogones. En cambio, aún no lograba encontrar señales de la compañera o la esposa de mi amigo periodista. Todavía no le tenía la confianza suficiente para preguntárselo sin sentirme incómoda.

Llevaba ya casi una semana en Nazareth.

Los días habían pasado volando. Contra todo pronóstico, con la joven Greta había acabado estableciéndose una especie de armisticio. Nos evitábamos, sin más. Con su padre, en cambio, tenía una relación que no sabía cómo definir. Había algo más que una simple complicidad. Pero yo nunca permitía que nadie se acercara

demasiado a mí. Mi nombre falso era mi garantía de seguridad: Lidia Pontano era el foso con cocodrilos que me separaba de él y me protegía. Estaba convencida de que Alfredo nunca me haría daño; de hecho, dudaba que fuera capaz de hacérselo a nadie. Pero Victoria Anthon era demasiado valiosa como para correr el menor riesgo.

Después de haber utilizado y ensuciado una cantidad desmesurada de utensilios y cazuelas, mi incomparable lasaña estaba lista.

No había tenido tiempo de hacer la pasta ni el ragú, así que recurrí al botín de mi incursión al hipermercado. El resultado, aun así, era más que satisfactorio. Dado que aquella comida merecía ser degustada en un lugar adecuado, puse la mesa en el comedor.

Salí de la cocina con la bandeja humeante entre las manos y me encontré con una escena que no esperaba. Alfredo y su hija ya estaban sentados a la mesa, esperándome en silencio. Por un momento pensé que había ocurrido algo y que estaban a punto de comunicarme una mala noticia. Pero, en cuanto empecé a servir los platos, comprendí que su mutismo se debía al hambre. Y siguieron callados también después, mientras tenían la boca llena.

Haber logrado impedir durante un rato que la joven Greta me despreciara ya era un gran logro. Alfredo abrió una botella de vino y no dejó de llenarme la copa a lo largo de la cena.

El ambiente se distendió bastante y él mostró una faceta de su carácter que yo no conocía cuando se lanzó a contar algunos chistes. Era tan poco creíble en el papel de cómico que, precisamente por eso, resultaba divertido. Su actuación provocó la reacción alegre de Greta, a la que nunca había visto tan contenta. Yo también me descubrí riendo de buena gana.

Al terminar la cena, mientras recogía la mesa, la chica se dirigió a mí.

—Te ayudo —dijo, con una amabilidad inesperada.

Quizá gracias a la lasaña algo había cambiado de verdad.

Poco después, Alfredo y yo nos quedamos solos ordenando lo que quedaba. Para ganar tiempo nos pusimos a lavar juntos los platos. Uno al lado del otro, con las manos en el fregadero. Nos pasábamos

la vajilla mientras hablábamos mirándonos en el reflejo de la ventana que teníamos enfrente.

—Creo que hoy ha sido uno de los días más surrealistas de mi vida —dijo.

—La lasaña es una buena manera de volver a la realidad —respondí, pero enseguida comprendí que la ironía no bastaría para borrar el poso malsano que nos había dejado el encuentro con el asesino múltiple y, después, la aparición en el vídeo del desconocido con las botas negras y el sombrero de copa que, diez años atrás, se había llevado a los perros pastores de la familia C.

La cena no había sido más que una distracción efímera. Alfredo y yo nos habíamos concedido una pausa de nuestros pensamientos, que, sin embargo, a la primera oportunidad, volvían a asediarnos.

—¿Crees que el vagabundo sabía que tenía una cámara de vigilancia sobre la cabeza? —se me ocurrió preguntarle.

Era absurdo, lo sabía. Pero comprendí que él también se lo había preguntado.

—Quiso dejar una señal de su paso por la escena del crimen —dijo Alfredo con seguridad—. Pero no creo que eso signifique que estuviera presente durante los asesinatos; en el vídeo se ve claramente que nadie llega ni se marcha del caserón rojo.

—Deberíamos buscar a ese hombre —afirmé.

—¿Y crees que podrás hacerlo después de diez años? —Su escepticismo era más que razonable.

—Al menos deberíamos intentarlo —insistí.

—¿Y cómo? No conocemos su cara y no parece ser de aquí.

—En Nazareth habrá otras cámaras de vigilancia que lo grabarían en su momento —repliqué.

—Normalmente las grabaciones se conservan solo unos meses. El vídeo que nos ha enseñado el abogado S. sigue existiendo porque él lo encontró hace diez años, antes de que lo borraran.

—Entonces preguntaremos por ahí si alguien vio a un tipo con un sombrero de copa negro que iba acompañado de dos grandes perros blancos.

—¿Aún no has entendido la mentalidad de la gente de estas tierras? Son tan cerrados y ariscos que negarían incluso la evidencia.

No comprendía su resistencia. Tuve la impresión de que intentaba desanimarme. No era la primera vez que Alfredo adoptaba un tono paternalista conmigo. Si su intención era protegerme, quizá sería mejor que me dijera cuál era la amenaza.

—La primera noche que dormí aquí me pareció que no querías dejar que me fuera —lo acusé.

—Te habías quedado sin gasolina —me recordó, casi ofendido.

—Me convenciste de quedarme diciéndome que en el motel más cercano no habría estado a gusto. Pero la noche de la barbacoa, mientras estábamos bajo el porche, te giraste de repente hacia la oscuridad y, casi sin darte cuenta, dijiste aquella frase en latín: «*Paretur ad periculum*»… ¿Para qué peligro deberíamos prepararnos?

Alfredo se quedó mirándome en el reflejo de la ventana que teníamos delante. Pero no me estaba mirando a mí. Al otro lado del cristal estaba la oscuridad del campo. ¿Qué había en aquella negrura que lo asustaba tanto?

—Estarás cansada —dijo—. Puedes irte a dormir si quieres. Yo termino aquí.

No era su voz habitual. El tono revelaba una tensión desconocida.

Debería haber insistido, lo sé. Haberlo presionado para que me revelara qué era lo que lo angustiaba.

—De acuerdo —respondí, siguiéndole la corriente.

En el fondo, aunque no comprendía el motivo de su comportamiento, también me daba miedo descubrir lo que me ocultaba.

Me sequé las manos mojadas con un paño de cocina. Luego lo dejé solo, como había pedido. Mientras me alejaba de la cocina, me volví una vez más para observarlo. Seguía lavando los platos, pero se había extraviado en quién sabe qué pensamientos.

Subí la escalera en dirección al dormitorio.

Cuando llegué al piso de arriba y recorría el pasillo, me detuve frente a la única habitación de la casa en la que nunca había entrado.

La puerta estaba entreabierta.

Hasta entonces había imaginado que aquella habitación ocultaba

quién sabe qué secretos, por lo que fue una gran sorpresa encontrarla entornada. Movida por la curiosidad, me acerqué a la rendija desde la que se veía el interior.

En la penumbra, solo distinguí la silueta de una cama de matrimonio hecha. Antes de que pudiera darle sentido a lo que veía, una voz me obligó a girarme.

—Tú no deberías estar aquí.

Greta se encontraba detrás de mí, detenida en el umbral de su habitación, en pijama y descalza.

—He mirado en internet y con esos perfiles falsos no engañas a nadie —me espetó, dejándome desconcertada—. No sé por qué usas el nombre de un personaje de una película antigua, pero él confía en ti y, aunque te parezca un pobre ingenuo, es solo porque es el mejor hombre del mundo.

Escupía su hostilidad contra mí; la amabilidad que me había mostrado durante la cena no había sido más que una actuación por amor a su padre.

Debería haber replicado con firmeza que estaba equivocada, pero me había cogido por sorpresa y no supe qué decir.

—Le has contado un montón de mentiras, pero, si ahora se lo dijera, le haría daño, y yo no quiero hacerle daño —continuó diciendo la chica—. El problema es que hacía mucho tiempo que no lo veía tan feliz. Y no sabes lo que me cuesta decirte que lo haces feliz, maldita zorra.

Me rendí. Sabía que mi silencio equivalía a una confesión, pero ante tanta franqueza me sentía impotente.

—No sé quién eres ni cómo te llamas de verdad y, a estas alturas, tampoco creo que quiera saberlo —concluyó la joven Greta—. Pero ahora voy a decirte lo que vamos a hacer: empezarás a alejarlo de ti, no me importa cómo, lo harás y punto. Luego, dentro de unos días, te inventarás una excusa, te marcharás y no volverás a aparecer.

3

Decidí complacer a Greta antes de que expirara su ultimátum. Con el abrigo ya puesto, recogí mis cosas a toda prisa para marcharme. Pero mi mente era un caos.

Las palabras de la chica me resonaban en los oídos. Mientras metía la ropa en la maleta, también intentaba poner orden en mis pensamientos.

«Sabe que Lidia Pontano no es mi verdadero nombre. Ha comprendido que estoy interpretando un papel».

Pero la frase que se había instalado en mi cabeza era otra.

«Lo haces feliz».

Las personas felices pueden volverse infelices. La infelicidad ajena es peligrosa. Yo lo sé, todavía llevo sus marcas en el cuerpo. Incluso los personajes de mis libros lo saben.

La infelicidad puede transformarse en resentimiento. El resentimiento puede convertirse en rabia.

Y, además, me perseguía una pregunta relacionada con la habitación secreta y la cama intacta. ¿Por qué Alfredo F. me había cedido su habitación y dormía en el sofá si en la casa había un dormitorio sin usar?

De pronto me sentí prisionera de su amabilidad.

Después de llenar la maleta con mis pertenencias, la arrastré hasta el pasillo. Me escabulliría de la casa en silencio y sin despedirme; no se darían cuenta hasta la mañana siguiente. El libro que podría haber escrito con la historia de la familia C. ya no era una prioridad. Era mucho más importante preservar a Victoria Anthon.

Bajé a la planta baja. Las luces estaban apagadas. El dueño de aquella casa en la que yo había vuelto a convertirme en una extraña dormía en el salón. Estaba convencida de que podría marcharme sin despertarlo.

Midiendo los pasos, avancé a tientas hasta la puerta principal. Mientras tanto, saqué del bolsillo las llaves del coche de alquiler con la esperanza de que Alfredo hubiera cumplido su promesa de llenar el depósito con el bidón de gasolina que guardaba en el garaje. Aunque en ese momento nada me habría detenido. Si hacía falta, me iría andando.

Sin dudas. Sin remordimientos. Sin arrepentimientos.

Agarré el picaporte, pero en el instante en que debía girarlo para abrir me quedé inmóvil. Había algo ahí fuera. Algo escondido en la oscuridad.

No tenía pruebas, nadie me había hablado nunca de ello, pero sabía que era así. No se trataba de una simple sensación.

Tal vez Alfredo me había condicionado con su actitud, con su exagerado paternalismo o con sus advertencias de que no saliera sola cuando ya había oscurecido. Aun así, un sexto sentido me decía que no era el único motivo que me retenía. Recordé al perro que ladraba dentro del hipermercado, al que no pude encontrar por los pasillos.

Sí, en Nazareth rondaba una presencia innombrable y secreta.

—Quizá sepa cómo podemos encontrarlo —dijo con calma una voz a mi espalda.

Me volví bruscamente y vi a Alfredo F.; era una sombra despeinada en medio del pasillo, en pijama y zapatillas. Me sobresalté. No entendía de quién estaba hablando.

—El vagabundo, el hombre del sombrero de copa —aclaró él, quizá al notar mi desconcierto.

Ni una palabra sobre el hecho de que yo estuviera delante de la puerta de entrada, ni de que llevara el abrigo puesto ni de que hubiera una maleta a mi lado.

—Creo que sé dónde buscarlo —añadió.

Luego se dio la vuelta y, arrastrando las zapatillas, regresó hacia su guarida en el sofá.

Me quedé donde estaba durante unos largos segundos, incapaz de moverme, con la cabeza desconectada de las piernas, que parecían de plomo. La respiración entrecortada, la boca seca.

Alfredo no parecía enfadado, pero en el tono con que me había

hablado había percibido una nota de amargura. Y haberlo decepcionado me dolía.

Inspiré hondo y tragué la saliva que se me había quedado atrapada en la garganta. Olvidé mis planes de huida y volví a dirigirme a la escalera.

No tenía ni idea de lo que ocurriría a partir de ese momento. Y me daba miedo descubrirlo. Pero ya era demasiado tarde.

Nazareth no iba a dejarme marchar.

4

A la mañana siguiente me inquietaba cómo sería el ambiente en el desayuno. Cuando, hacia las siete, salí de mi habitación para bajar, la puerta del cuarto contiguo al mío estaba de nuevo cerrada. Quizá con llave, quizá no. Ya no me importaba.

En la cocina, Alfredo estaba retirando la cafetera italiana del fuego y Greta tenía la cabeza hundida en un cuenco de leche con cereales.

La noche anterior había compartido con cada uno de ellos, por separado, un momento incómodo. Pero ya no quedaba en su actitud ningún rastro de lo ocurrido. Greta me ignoró como siempre. Alfredo fue cordial y me sirvió una tacita de café hirviendo.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Mejor de lo que esperaba —respondí, y era verdad. Extrañamente, un sueño profundo me había acogido como si quisiera protegerme.

Alfredo encendió la radio que había sobre el frigorífico y escuchamos las noticias, comentando por encima lo que ocurría en el mundo; luego dejamos que sonara un poco de música. Greta iba al colegio también los sábados, así que poco después se levantó de la mesa para coger el autobús. Recogió la mochila del respaldo de la silla y estampó un beso en la mejilla de su padre. Era el primer gesto de afecto hacia Alfredo que le veía hacer, y él también pareció sorprendido.

Aquel beso era una advertencia para mí.

Cuando nos quedamos solos, quise profundizar con Alfredo en lo que me había insinuado la noche anterior con voz soñolienta: que había pensado en una manera de averiguar la identidad del hombre de las botas negras y el sombrero de copa. Pero no me apetecía evocar la escena en la que intentaba escabullirme de la casa a escondidas.

Aun así, reuní valor.

—Dijiste que quizá sabías cómo localizar al vagabundo.

—Sí —me confirmó—. Pero, como es un asunto delicado y ni siquiera es seguro que lo logremos, prefiero mostrarte lo que tengo en mente antes que hablarte de ello ahora.

Sentía curiosidad por conocer el plan, pero dejé que fuera él quien decidiera cómo proceder.

Cuando salimos de casa nos esperaba un día soleado y frío. Demasiada luz para aquel invierno: molestaba a los ojos. Nos metimos en el coche de Alfredo, con el cristal delantero cubierto por una fina capa de hielo que los limpiaparabrisas tardaron en eliminar.

Nos dirigimos hacia el centro de Nazareth.

El cuartel de los carabineros era un edificio de dos plantas de hormigón armado, probablemente construido en los años setenta, rodeado por una verja de seguridad con carteles que prohibían el acceso a personas no autorizadas.

Tras llamar al interfono, nos recibió una carabinera pelirroja de ojos muy verdes, que parecía tener confianza con el periodista.

—Me estás obligando a hacerte un favor enorme —lo reprendió, después de que Alfredo le pidiera examinar los registros de los controles policiales.

No tenía ni idea de sobre qué estaban hablando.

—Lo resolveremos en media hora, una como mucho —le prometió mi amigo.

La carabinera se lo pensó un momento.

—¿Sabías que los cronistas de pueblo les quitan el trabajo a los sepultureros?

Mi amigo sonrió fingiendo ignorar el dicho popular.

Me di cuenta de que aquella mujer debía de conocer muy bien a Alfredo y apreciaba su integridad; de lo contrario, ya nos habría despachado.

—Está bien —cedió al fin.

Nos condujo hacia una escalera que descendía al sótano.

—Prefiero no saber qué estáis buscando —añadió, petulante.

Llegamos ante la puerta de un despacho. La abrió de par en par y nos encontramos frente a un estrecho archivo. Como en la

habitación solo entraba la luz por una pequeña ventana situada en lo alto, la carabinera encendió una lámpara de neón.

—Los registros están ordenados por años —dijo, señalando las estanterías—. Tenéis una hora —añadió antes de cerrar la puerta y dejarnos solos.

—¿De qué se trata? —pregunté, esperando que por fin Alfredo aclarara el misterio.

El periodista se acercó a uno de los estantes donde se alineaban unos grandes cuadernos grises y azules con tapas de cartón.

—A menudo la policía identifica a personas al azar cuando realiza controles rutinarios —me explicó mientras revisaba el archivo. Aquel procedimiento formaba parte de la vigilancia habitual del territorio—. Cuando sucede, los datos de la persona identificada se anotan en estos registros.

—¿Con qué propósito?

—Si se comete un delito, se busca a los individuos sospechosos que fueron controlados en los días anteriores.

—¿Y por qué crees que nuestro hombre habrá terminado en uno de estos cuadernos? —pregunté, comprendiendo lo que Alfredo esperaba encontrar.

—Porque tiene toda la pinta de ser forastero —respondió con seguridad.

Sacó entonces un cuaderno de la estantería. Correspondía al año 2005.

Empezamos a examinarlo.

No encontramos ninguna anotación significativa en el año de los asesinatos. Buscábamos a un sujeto que iba acompañado de dos grandes perros pastores blancos. Desde luego, no esperábamos encontrar referencias a las botas negras o al sombrero de copa que llevaba.

No nos desanimamos y, repartiéndonos la tarea, comenzamos a revisar los cuadernos de los últimos diez años. Pasó más de una hora y la carabinera no volvió para echarnos, como nos había advertido. Nuestra búsqueda podía resultar infructuosa, pero, como mínimo, había que intentarlo.

Después de casi dos horas y media, Alfredo encontró algo en un

registro de 2012.

—Mira esto —me dijo, emocionado—. Me parece que es él, ¿no?

Dejé el cuaderno que estaba revisando y fui a ver el suyo.

Leyó en voz alta:

—«Varón, edad indeterminada. Interceptado el 22 de octubre a las 16:40 en la carretera provincial 56, en la localidad de Mulino. Carece de documentación. Habla muy poco italiano. Acento eslavo, tal vez búlgaro. Afirma llamarse Bratska Vûlk. No puede precisar ni su procedencia ni su destino. Va acompañado de dos perros blancos, posiblemente sin microchip de identificación; al ver nuestra patrulla, el dueño los hizo huir hacia los campos. Es trasladado al cuartel para nuevas verificaciones. No consta como fichado ni vinculado a antecedentes penales. No facilita domicilio. Puesto en libertad doce horas después, con orden de abandonar la ciudad dictada por la jefatura de Policía».

—Es él —dije con bastante seguridad.

Entre Alfredo y yo cayó un silencio tenso que ninguno sabía cómo llenar.

Llamaron a la puerta y dimos un respingo.

—¿Y bien? —preguntó la carabinera pelirroja, que había venido a ver cómo nos iba—. ¿Seguís aquí? —fingió sorprenderse.

Alfredo le mostró la anotación del registro.

—Hace tres años ya estabas destinada aquí en Nazareth —le dijo —. ¿Te acuerdas de este tipo? Lo tuvisteis retenido toda una noche.

—Claro que me acuerdo —respondió la mujer. Le bastó con echar un vistazo a la descripción—. Cabello largo, muy delgado, una nariz aguileña enorme y ojos alucinados. Llevaba una mochila y un montón de bolsas de la compra donde guardaba todas sus cosas: ropa, mantas, algunas latas y lo necesario para acampar por ahí.

Pensé que, si se lo hubiéramos preguntado directamente en lugar de buscarlo en los cuadernos del archivo, nos habríamos ahorrado mucho tiempo.

—¿Llevaba botas negras y un sombrero de copa? —preguntó Alfredo.

—Sí —confirmó ella—. Un ridículo sombrero de copa negro.

—¿Qué tipo de persona era? —pregunté.

—Bastante chiflado, pero no tanto como para justificar un TSO —respondió la mujer.

Tratamiento Sanitario Obligatorio, recordé. El internamiento forzoso para personas con trastornos psiquiátricos evidentes que representan un peligro para los demás o para sí mismas.

—¿Qué tenía de extraño su comportamiento?

—Solo hablaba en una lengua incomprensible, se pasó casi todo el tiempo de rodillas rezando y luego nos maldijo a todos.

—¿Os maldijo? —preguntó Alfredo.

—Al menos eso parecía por el tono de voz. Ninguno de nosotros logró entender una palabra de lo que dijo.

No me parecía una conducta propia de un loco. Quizá solo extraña o extravagante. Y, desde luego, tampoco era digna de mención. Pero, si Bratska Vûlk había dejado una impresión tan honda en los policías que lo habían detenido, probablemente había algo más, alguna anomalía que la carabinera se resistía a revelarnos.

—¿Eso es todo? —no pude evitar preguntar—. ¿Un extranjero muy religioso que desvariaba y lanzaba maldiciones incomprensibles?

La pregunta incomodó a la amiga de Alfredo. Vi cómo se le ensombrecía la expresión.

—Ese hombre era un vagabundo, ¿no? Se supone que vivía como un animal callejero, durmiendo donde podía —dijo—. Y, sin embargo, olía bien.

Alfredo la miró con expresión interrogativa.

—¿Qué quieres decir?

—En la habitación donde lo dejamos siempre había ese perfume… como de flores… Era… —No encontraba las palabras.

—Insufrible —dije por ella.

La carabinera asintió.

—Tendríamos que haber esperado a un intérprete para interrogarlo, pero lo cierto era que no había motivos para prolongar la detención. Al fin y al cabo, no había hecho nada malo —continuó diciendo—. Lo dejamos marchar. Hasta después no descubrimos la traducción del búlgaro de Bratska Vûlk.

—¿Y qué significa? —preguntó Alfredo.

—Hermano Lobo.

5

Un nombre de predicador.

Nos enfrentábamos a un fanático o quizá solo a un iluminado con problemas psiquiátricos. En cualquier caso, la inesperada incorporación de un componente religioso a la trágica historia de la familia C. hacía que lo sucedido diez años atrás resultara aún más inquietante.

Y luego estaba ese detalle. El buen olor que, según la carabinera, desprendía el vagabundo. Lo había definido como «insufrible» porque recordé el empalagoso perfume floral que había percibido en la REMS, en presencia de Lorenzo C.

También Alfredo, al contarme su visita al caserón rojo la mañana de los asesinatos, había aludido a una impresión olfativa.

«Arriba se percibía un olor extraño. Dulce y penetrante, repugnante y, a su manera, también agradable».

Pero quizá era yo la que veía conexiones donde no las había.

Como no nos quedaban otras opciones, nos pusimos a buscar más rastros de Hermano Lobo.

Alfredo tenía un plan. Me explicó que por la zona había bastantes casas de labranza abandonadas desde hacía décadas; algunas eran auténticas ruinas. No le pregunté qué había sido de sus propietarios: me imaginé que habrían muerto. Nadie se marchaba de Nazareth, y la tierra, después de haber prodigado sus frutos, se quedaba con los restos mortales de quienes habían vivido de sus dones.

Aquellas casas derruidas podían ofrecer un refugio perfecto a un sintecho.

Aunque ya habían pasado tres años desde que la patrulla de carabineros identificó al vagabundo, Alfredo estaba convencido de que continuaba por allí. No sabía explicarme por qué, pero yo le seguí la corriente porque, la segunda noche que había dormido en

Nazareth me despertaron unos ladridos. No podía estar segura de que fueran los dos perros blancos de la familia C.; no eran más que conjeturas y, de hecho, no se lo mencioné. Pero tampoco me parecía una simple casualidad.

Dentro de mí, y creo que también dentro de Alfredo, se agitaban presentimientos extraños. Desde que habíamos empezado a ocuparnos juntos del caso, también nos sentíamos guiados por fuerzas oscuras.

Mientras recorríamos los campos en coche, mi tarea consistía en mirar alrededor y señalar las casas abandonadas. Aquellas construcciones parecían restos a la deriva en el mar de la vasta llanura. Había más de las que me esperaba.

La escena que se presentaba ante nuestros ojos era casi siempre la misma. El coche se internaba por un camino o un sendero de tierra y nos aproximábamos a la construcción. Bajábamos del vehículo y empezábamos a inspeccionar el lugar, perturbando la quietud de aquellos parajes.

No siempre era fácil entrar en los edificios en ruinas. A veces había que forcejear con puertas hinchadas por la humedad o esquivar cascotes y maleza que impedían el paso. Y siempre existía el temor de que el techo se nos viniera encima de un momento a otro, o de que nos tragara una sima abierta de repente en el suelo, o de precipitarnos por viejas escaleras a las que les faltaban algunos peldaños y nos sonreían como bocas desdentadas.

A menudo, en el interior aún quedaban muebles y enseres de otras épocas. Incluso camas deshechas y mesas puestas. Escenografías de una representación que terminó hacía mucho.

En medio de aquellos restos de vida vivida, no había ningún rastro de extraños. Salvo nosotros.

A medida que avanzábamos en nuestras exploraciones, nos sentíamos cada vez más incómodos. Era como si un peligro invisible pesara sobre la tarea que nos habíamos impuesto. Estábamos despertando a los espíritus de aquellas casas. Nos habíamos propuesto encontrar a un hombre que quizá supiera cosas que probablemente no deberíamos saber. Ni siquiera nos estábamos planteando qué haríamos si lo encontrábamos.

Hacia media tarde, cuando ya empezaba a anochecer, vagábamos en coche sin una dirección precisa. Al desviar la mirada hacia la ventanilla de Alfredo, vi una casa de labor de dos plantas, con el tejado hundido, a medio kilómetro a nuestra izquierda.

—Vamos allí —propuse.

Mi amigo observó que ya había empezado a ponerse el sol.

—Es tarde, volvamos mañana.

—Ahora —insistí—. Ya estamos aquí, tardaremos unos minutos.

Mi oposición tenía una razón: estábamos a bastantes kilómetros de casa y volver al día siguiente significaría perder tiempo inútilmente.

Alfredo respiró hondo. No estaba convencido, pero cedió.

Tomamos un camino lateral y, después de muchos baches y de zigzaguear entre socavones, llegamos a los aledaños del caserón abandonado.

Bajamos del coche y miramos a nuestro alrededor. Nos recibió una sensación de desolación. Estábamos asustados, aunque no habríamos sabido explicar por qué. Solo ahora que lo escribo entiendo toda aquella gama de emociones, porque en aquel momento no había más que un desasosiego difuso y, en apariencia, injustificado. Años después me digo que quizá deberíamos haber escuchado aquel presentimiento y haber dado media vuelta mientras aún estábamos a tiempo. Ahora sé que aquella fue una de tantas ocasiones en las que todavía habría sido posible rectificar. No lo hicimos, aunque todas las señales para cambiar de idea estaban allí.

Las ráfagas de viento azotaban las ramas de un viejo olmo. En ese viento oímos un silbido. Como una llamada rítmica. Precisamente procedía de la casa.

El amo de los lobos estaba convocando a la manada.

Alfredo y yo nos miramos, indecisos. Luego los dos echamos a andar hacia la entrada sin intercambiar una sola palabra.

Cruzamos el umbral y enseguida nos dimos cuenta de que el silbido lo producía la corriente de aire que, desde el tejado descubierto, se colaba por las estancias, soplando entre las vigas como si fueran una armónica y escapando luego por las ventanas de postigos rotos.

Nos separamos, pero en la planta baja solo había habitaciones vacías. Nos reunimos de nuevo al pie de la escalera que conducía al piso superior. Aun con la escasa luz, ambos advertimos las huellas de pasos superpuestos impresas en el polvo de los escalones.

Alguien frecuentaba aquel lugar. Quién sabe si quien subía y bajaba llevaba unas botas negras y quizá también un sombrero de copa.

Me agarré a la barandilla, que parecía aún capaz de soportar un peso humano, y estaba a punto de subir cuando Alfredo me sujetó del brazo.

—Tenemos que irnos —dijo, angustiado. Y con la mirada señaló una de las ventanas.

El sol se estaba hundiendo de golpe detrás de un horizonte líquido.

—Un minuto más —dije—. Solo un minuto.

Alfredo se vio obligado a soltarme y, aunque a regañadientes, me siguió escaleras arriba.

Cuando llegamos al rellano, nos encontramos ante un pasillo estrecho al que daban varias habitaciones. No había puertas y se podía entrar con facilidad.

Para explorar más deprisa las estancias decidimos separarnos sin dejar de mantener una distancia desde la que pudiéramos oírnos. Yo inspeccionaría los cuartos de la izquierda; Alfredo se ocuparía del lado derecho.

Él avanzaba más deprisa que yo por miedo a la oscuridad que se nos echaba encima, pero fui yo quien hizo el hallazgo en la segunda habitación.

En el suelo, arrimado a la pared y bajo la ventana, había un jergón hecho de trapos y mantas. Sobre el pavimento ennegrecido, los restos de un viejo fuego.

La guarida de un vagabundo.

Antes de llamar a Alfredo, me acerqué para observar mejor. Fue entonces cuando, bajo el montón de ropa, distinguí la silueta inmóvil de un cuerpecito pequeño.

6

—Creo que deberías venir a ver una cosa —dije, alzando apenas la voz para llamar a Alfredo. En realidad, temía despertar a quienquiera que estuviera bajo aquellas mantas. Pero mi miedo era irracional. Aquel cuerpo no se movía en absoluto.

Cuando mi amigo llegó a la habitación donde estaba el jergón, se quedó clavado en el sitio, incapaz de avanzar. Había distinguido antes que yo la forma debajo de aquel montón de ropa. Y estábamos pensando lo mismo.

—¿Deberíamos llamar a alguien? —le pregunté, aunque en realidad aquello debería haber sido una afirmación, no una pregunta.

Él negó con la cabeza sin apartar la mirada del suelo.

—Ahí debajo no hay nada —dijo señalando el bulto—. Solo son trapos.

Fingía calma, pero el temblor de su voz lo delataba. Se acercó y se puso de rodillas. Extendió un brazo hacia el borde de la manta.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Salgamos de dudas. Y luego, si hace falta, llamamos a alguien.

El sol descendía con rapidez, implacable, como una guillotina sobre el horizonte. Un último rayo anaranjado y dorado llegaba hasta nosotros e iluminaba el jergón en el suelo, pero aquel refugio de luz no duraría mucho. Dentro de poco la habitación quedaría sumida en la oscuridad.

Me dio la impresión de que Alfredo titubeaba, como si contara los segundos. Era una lucha contra el tiempo y contra sí mismo; la espera resultaba extenuante. Por fin se decidió y, con un gesto rapidísimo, destapó aquel cuerpo inmóvil.

—Joder —mascullé.

Se levantó una nube de polvo y de pelos de la manta que nos

obligó a retroceder; nos cubrimos la boca y la nariz para no inhalarla.

Sobre el viejo colchón yacían los restos de un animal momificado, tendido de costado. El color agrisado del pelaje que cubría la carcasa y la forma del hocico nos reveló que el cadáver que teníamos delante había sido, en otro tiempo, un perro blanco.

Una vez más, nuestros pensamientos coincidían.

No era un perro cualquiera, sino uno de los de la familia C. No teníamos pruebas para demostrarlo, pero no podía tratarse de una coincidencia.

Y también estábamos seguros de que Hermano Lobo había pasado por allí.

En el colchón había una mancha de sangre reseca al lado de una de las patas traseras.

—El perro estaba herido —dije.

—Esa pequeña herida no justifica su muerte —afirmó Alfredo—. Yo diría que murió por causas naturales.

—¿Y por qué no lo enterró? —me pregunté. Fuera cual fuese la respuesta, no lograría borrar mi desconcierto.

Alfredo reparó en un detalle que quizá explicaba por qué el perro se había quedado allí.

—Mira —dijo, señalando el cráneo del animal.

Entre los ojos, sobre el pelaje, aún se distinguía una X trazada con sangre.

Sexta parte

LA HABITACIÓN CERRADA

1

A causa de la lluvia, pasamos el domingo en casa. Pero el mal tiempo no era el verdadero motivo.

El verdadero motivo tenía que ver con nuestra excursión del sábado por los caserones abandonados, que nos había dejado exhaustos y con una sensación de impotencia y desconcierto. Necesitábamos dar algún sentido a aquella experiencia. Pero, a medida que pasaban las horas, empezábamos a dudar de que lo consiguiéramos.

El lunes los chubascos siguieron cayendo sobre Nazareth. Alfredo y yo vagábamos por la casa como almas en pena, quizá él más que yo. Hacia el atardecer lo vi encerrarse en el despacho donde yo solía refugiarme con el portátil.

No me dio ninguna explicación y yo tampoco se la pedí. A través de la puerta lo oí claramente sacar libros de los estantes de las dos grandes librerías.

A la mañana siguiente, muy temprano, estaba desayunando sola en la cocina cuando lo vi aparecer en el umbral vestido igual que la noche anterior y con un grueso tomo de una enciclopedia en la mano.

Sí, Alfredo F. era de los que aún conservaban enciclopedias en casa. Me hizo recordar cuando, en el colegio, existía una especie de división social entre los privilegiados que tenían en casa un diccionario enciclopédico y los que teníamos que arreglárnoslas yendo a la biblioteca. Eran tiempos en que los padres todavía se endeudaban por la educación de sus hijos.

—No entiendo por qué hace diez años nadie se tomó la molestia de profundizar en el significado de las X que los cadáveres tenían en la frente —empezó a decir Alfredo.

Entonces comprendí qué pensamiento lo había estado

atormentando el día anterior.

—El patólogo y los carabineros decidieron que marcar los cuerpos de ese modo formaba parte del delirio de Lorenzo C., y zanjaron la cuestión.

—Tal vez porque los crímenes atroces suelen estar llenos de detalles sin sentido —aventuré.

Sin embargo, después de encontrar la misma X en el perro muerto, Alfredo había empezado a sospechar, con razón, que aquel símbolo tenía un significado.

—La herida en la pata se la hizo alguien cuando el perro estaba a punto de morir —dijo el periodista con seguridad, mientras dejaba el enorme volumen que llevaba en las manos encima de la mesa del desayuno.

—¿Para qué herir a un animal moribundo? —pregunté.

El resultado de la investigación que lo había mantenido ocupado toda la noche era apenas un breve párrafo en el capítulo dedicado a los estudios antropológicos de los ritos funerarios.

—Es una costumbre de algunas etnias eslavas —me explicó, resumiendo el contenido del texto—. Puede aplicarse tanto a animales como a personas. En algunos pueblos de Europa del Este, cuando alguien está a punto de morir, los familiares le practican un pequeño corte en la piel, por lo general superficial y en una zona poco dolorosa. Con la sangre que brota, se traza una X en la frente del moribundo.

—¿Con qué propósito? —pregunté.

—Según ciertas creencias populares, la marca en la frente sirve para indicar a la muerte a qué persona debe llevarse, para que no se equivoque y se lleve a otra en su lugar —dijo Alfredo—. Son supersticiones que a menudo conviven con las prácticas religiosas habituales, una mezcla de lo sagrado y lo profano.

La información me impactó profundamente. El hecho de que aquella costumbre fuera común entre algunas poblaciones eslavas nos llevaba de nuevo a Bratska Vûlk, es decir, Hermano Lobo. Pero lo más perturbador era que aquel ritual se había practicado en tres niños y en su madre, además de en un perro pastor.

¿Y qué tenía que ver Lorenzo C. con esas costumbres? ¿Dónde las

había aprendido y por qué había decidido marcar de ese modo a su familia?

«No sé por qué lo hice».

Todo era confuso, además de inverosímil. ¿Y si Lorenzo C., en realidad, no tenía nada que ver con el símbolo encontrado en los cadáveres degollados?

Volvió a cruzarme por la cabeza la idea de que existía una segunda versión en aquella historia, algo que aún no había salido a la luz. Allí debía de ocultarse otra verdad, más allá de la aparente evidencia de una masacre familiar.

Hasta entonces las dinámicas del crimen siempre habían parecido bastante simples: cuatro personas habían sido asesinadas y la culpa había recaído inevitablemente en el único superviviente.

Pero ¿y si la explicación no fuera tan sencilla?

Aquella mañana, Alfredo y yo nos hicimos preguntas durante horas sin que pudiéramos llegar a ninguna conclusión.

Mi amigo miró el reloj: pasaban ya de las nueve.

—Tengo que llevar a Greta a su terapia —dijo, recordándome el trastorno de TDAH que padecía la niña.

Era martes otra vez y Alfredo y su hija estarían fuera casi todo el día. Yo iba a quedarme sola en casa y la perspectiva no me gustaba nada.

A causa de las extrañas cosas que empezaban a surgir alrededor de la historia de la familia C., me sentía especialmente sugestionable y también amenazada, como si me estuviera acercando demasiado a algo que debía permanecer oculto. Mi racionalidad seguía empujándome a abandonar Nazareth, pero, como ya he dicho, algo me retenía. Tal vez la maldición que parecía unir a los habitantes entre sí había acabado alcanzándome también a mí.

Mi amigo periodista se había convertido en una especie de compañero; nos protegíamos mutuamente en aquella exploración de lo desconocido. Por eso la soledad que me esperaba aquel día me intimidaba.

Decidí enfrentarme a las horas que tenía por delante procurando no pensar en hasta qué punto estaba implicada —también emocionalmente— en todo aquello y concentrándome en la historia

que quería contar en una posible novela. Me encerré en el despacho de Alfredo a escribir durante toda la mañana, solo salí para acurrucarme junto a la chimenea apagada a fumar. Hacia el mediodía, después de cerrar el portátil y proteger los archivos con la contraseña de seguridad, me preparé un bocadillo de lechuga y jamón. Abrí una botella de vino blanco, que, mezclado con mis ansiolíticos, me dejó una agradable sensación de languidez. Subí a mi dormitorio y me tumbé en la cama. Me dormí boca abajo, como hacen los niños.

Fue la lluvia lo que me despertó.

El gorgoteo de los canalones y las gotas que golpeaban los cristales de la ventana como diminutos alfileres. Abrí los ojos y descubrí que el sol ya se había puesto. El efecto del alcohol había desaparecido y un nuevo miedo me atenazó el estómago.

La casa estaba a oscuras y, en apariencia, en silencio.

Me incorporé y me limpié un poco de saliva que me había caído por la barbilla. Sentí un escalofrío de frío y me abracé al jersey que llevaba puesto, pero de poco sirvió. Me acerqué a uno de los radiadores: la calefacción no estaba encendida. Miré la hora en la pantalla del móvil; eran poco más de las siete.

Llamé a Alfredo para saber si él y Greta estaban ya de vuelta de la terapia, pero mi amigo no contestó. Podía preparar la cena, claro; seguro que me distraería. Pero entonces oí un ruido que se mezclaba con el estruendo de la tormenta.

Un golpeteo rítmico y constante.

No como alguien que quisiera entrar en la casa, sino más bien como alguien que intentara salir de la habitación en la que lo habían encerrado.

Me asomé al pasillo. Tuve enseguida la impresión de que los golpes procedían del misterioso cuarto de la cama perfectamente hecha.

2

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Por eso, después de empujar la puerta para abrirla, no encendí la luz. Me bastaba la de una farola exterior que se filtraba como la niebla a través de las persianas cerradas.

La habitación que nadie usaba estaba ante mí.

Era una habitación de matrimonio. La colcha verde oscuro, sin una sola arruga. Las almohadas que aún conservaban su forma redondeada, como si nadie hubiera apoyado la cabeza en ellas desde hacía mucho tiempo. El cabecero revestido de madera de raíz brillante. Las mesillas de noche con la encimera de mármol. Dos lámparas con pantalla. Las agujas de un despertador detenidas en una hora improbable.

No me había equivocado: aquella habitación seguía esperando a alguien.

El ruido persistente que me había llevado hasta allí lo provocaba uno de los postigos de la ventana, que golpeaba por culpa del viento. Pero al cabo de un rato cesó por sí solo.

Un relámpago iluminó la estancia por un instante. Ese breve destello me reveló varias fotografías enmarcadas y colgadas en la pared formando una composición armoniosa.

Cinco momentos de la vida de una mujer joven.

Con los ojos cerrados bajo el sol, despeinada por el viento, pensativa, maliciosa, sonriente. En el mar, sobre las rocas. En la montaña, en medio de un prado. Sentada en un sillón con un libro abierto sobre las piernas. Entre las flores de un patio. Delante de una chimenea encendida. La mujer se había dejado fotografiar sin posar, libre de la presión de la cámara apuntando hacia ella; de hecho, nunca miraba al objetivo. De algún modo me recordó a Caterina, la más pequeña de la familia C., que en el autorretrato,

delante del caserón rojo, era la única que miraba hacia otro lado, distraída por quién sabe qué. Era una asociación algo forzada, pero tuve la sensación de que esa mujer y la niña tenían algo en común.

Probablemente, la muerte.

Luego me dio la impresión de que la desconocida inmortalizada en aquellas fotos y yo compartíamos la edad. Ella también debía de tener unos treinta y cinco o treinta y seis años cuando se tomaron aquellas imágenes.

Había una sexta fotografía, protegida por un marco que descansaba sobre una cómoda. En ella la mujer sostenía en brazos a una recién nacida. Greta, pensé.

Había cruzado el umbral de aquella habitación sin que nadie me invitara. Me sentía culpable, pero la curiosidad era más fuerte.

Me dirigí al armario y lo abrí. Dentro colgaban vestidos de mujer. Aunque siempre he sido muy crítica con el gusto ajeno, no me desagradaba el estilo de quien había elegido aquellas prendas. Y además eran, más o menos, de mi talla.

Volví a cerrar el armario. Sobre una consola había maquillaje y cremas de belleza. Cogí un frasco de perfume, desenrosqué el tapón y lo olí. El aroma casi se había evaporado por completo, pero el rastro que quedaba atrapado en su interior era agradable. Era extraño, pero me resultaba familiar. Y eso que yo solía odiar los perfumes.

Me sentía a gusto entre los recuerdos de aquella desconocida. Quizá debería haberme preguntado por qué. Ni siquiera sabía su nombre y, aun así, era como si en otra vida hubiéramos sido amigas. O más bien hermanas.

Intenté imaginármela en aquella habitación. Acariciaba los objetos decorativos dispersos por allí, tratando de percibir algún residuo de energía vital. Un jarrón de cerámica, una cajita decorada con *decoupage*, una cesta con jabones de colores, una taza esmaltada, un pasador para el pelo, un sombrero de fieltro de ala ancha, una bufanda de seda, unas gafas de sol, pulseras.

En un rincón también había un equipo de música con una colección de discos de vinilo al lado. Les eché un vistazo. Entre los cantantes estaba Rocío Jurado, mi favorita. Al parecer, la

desconocida compartía mi misma pasión por las grandes figuras femeninas del pasado.

Había algo que todavía no quería admitir, tal vez porque no me sentía preparada para aceptarlo: en aquella habitación todo hablaba de mí.

Me atrajo la pequeña estantería situada entre la cama hecha y el armario. Al deslizar el dedo índice por los lomos de los libros vi varios poetas y algunas novelas. Casi al final del segundo estante leí un título que no esperaba encontrar. Se me cortó la respiración. La sobrecubierta estaba desvaída, pero el color seguía siendo inconfundible.

Saqué el libro con las manos temblorosas. Leí la portada. Victoria Anthon, *El caso de Via Beyle*. Volví a mirar las fotografías de la pared. Por primera vez me resultó evidente el parecido entre la desconocida y yo.

Aunque éramos dos personas distintas, aquella mujer era yo.

3

Me asaltó el pánico.

Una vez más, recogí mis cosas a toda prisa, las metí a presión en la maleta y me dispuse a abandonar aquella casa antes de que Alfredo y Greta regresaran. Bajé corriendo las escaleras, abrí la puerta de entrada de par en par y me enfrenté al aguacero.

Empapándome, me metí en mi coche de alquiler.

Dentro del habitáculo, el ruido de las gotas golpeando la carrocería era amortiguado, pero constante. Y no parecía que fuera a disminuir.

Encendí el cuadro de mandos temiendo, una vez más, que Alfredo no hubiera repostado con el bidón que guardaba en el garaje como había prometido. Sin embargo, el indicador del depósito confirmaba que había gasolina. Arranqué el motor y los limpiaparabrisas comenzaron a moverse, despejándome la vista.

Ya en la carretera, vi Nazareth a lo lejos; las luces de las casas y de las farolas la hacían parecer una catedral difusa en medio del diluvio.

Naturalmente, tomé la dirección opuesta al pueblo.

En todos aquellos días nunca había salido de noche, temiendo que en aquellos lugares ocurrieran cosas extrañas al ponerse el sol. Había sido Alfredo quien me había sugestionado; con sus advertencias, me había infundido un miedo irracional.

En la carretera no me crucé con ningún coche; a mi alrededor solo había una negrura absoluta. Los faros abrían un pasillo en la lluvia, el asfalto mojado corría bajo mi coche y yo mantenía la mirada fija en la línea central para saber cuándo debía girar.

Rezaba por ver aparecer una luz, una casa o la señal de la autopista más cercana. Pero nada. Me imaginé llegando a la periferia de una ciudad y que, al internarme entre las casas, mi alegría se

transformara de pronto en terror al descubrir que estaba otra vez en Nazareth. Un lugar del que era imposible escapar.

El miedo era el que dictaba la irracionalidad de aquellos pensamientos. Encontrar mi primera novela en casa de Alfredo F., en la habitación de la mujer de las fotografías, me había trastornado. Por mucho que *El caso de Via Beyle* hubiera sido un éxito editorial con miles de lectores, aquella coincidencia fortuita resultaba insoportable debido a mi parecido con la persona que, en otros tiempos, había ocupado aquella habitación.

Una coincidencia que no sabía explicar y que no me dejaba en paz.

Aceleré todo lo que pude con la intención de poner cuanto antes una distancia suficiente entre la casa y yo, entre aquella historia y yo. En aquel momento no me importaba lo que pudiera pasar después, adónde iría o qué haría. Ya pensaría en todo eso a su debido tiempo. Lo único que me importaba era ponerme a salvo. Aunque no sabía exactamente de qué peligro huía, sentía que una amenaza se cernía sobre mí.

Desde la carta anónima, había pasado a formar parte de algo. Y me había comportado como una inconsciente, como una ingenua.

Una especie de máquina infernal se había puesto en marcha diez años atrás, con la masacre de la familia C. Una vez activado, aquel mecanismo mortal no se detendría.

¿Era yo una pieza del engranaje o simplemente había sido absorbida por el mecanismo? Me inquietaba no saber cuál era mi papel, aunque tal vez nunca lo sabría. Quería sustraerme a todo aquello, pero quizá ya era demasiado tarde. Y temía que, fuera a donde fuese, acabaría siendo llamada de nuevo para continuar ejecutando mi oscuro cometido y llevar a término la tarea para la que había sido elegida.

Sin embargo, lo que más me angustiaba era no saber cuál era el propósito último de todo lo que estaba sucediendo.

Me había engañado pensando que mi objetivo era escribir un libro sobre la historia de la familia C., pero quizá ese era precisamente el engaño, la trampa que me había convencido de venir a Nazareth.

«Quien me envió la carta con el artículo de Alfredo F. me conoce

bien —pensé—. Sabía cómo tentarme, qué cuerdas de mi vanidad debía pulsar».

Mientras conducía, tuve la certeza de que nunca habría ningún libro. Y entonces comprendí algo más.

Había sido Alfredo quien me había convocado. Él era el misterioso remitente de la carta anónima.

Después de todo, dentro del sobre estaba su primer artículo. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? El único dato que me habían dado era el nombre del autor. Era inevitable que lo buscara para saber más.

Alfredo había sabido atraerme sin mostrarse. Había aprovechado con astucia mi curiosidad; le bastó con lanzarme un cebo.

Su amabilidad y la hospitalidad que me había brindado formaban parte de una representación cuyo guion ya estaba escrito. La presencia de mi novela más importante en su casa era la prueba evidente de que no había dejado nada al azar.

Como no había tratado de impedir que encontrara el libro, quizá precisamente quería que me preguntara quién era aquella mujer misteriosa.

Pero, sin duda, también había previsto mi huida.

Me invadió un profundo desaliento, porque lo cierto era que nunca sería libre de decidir nada: alguien ya lo había hecho por mí. Por eso temía que, de un momento a otro, ocurriera algo que interrumpiera mi desesperada fuga. Un contratiempo, un inconveniente o un pequeño accidente. Una avería en el coche. Una rueda pinchada.

Pensaba en sucesos externos, independientes de mi voluntad. Pero el obstáculo más grande estaba dentro de mí.

El único motivo que podía retenerme aún en Nazareth estaba ligado a una culpa que nunca había tenido el valor de confesar a nadie y que se hallaba en el origen de *El caso de Via Beyle*.

«Mi secreto».

Sin él nunca habría dado a luz el superventas que me hizo popular. Y ahora Victoria Anthon no sería más que una patética mujer con el sueño frustrado de convertirse en escritora.

Yo había robado aquella historia.

La había encajado a la fuerza entre las páginas de una novela,

haciéndola pasar por fruto de mi creatividad, sin decir jamás de dónde procedía ni a quién pertenecía realmente. Y estaba recibiendo mi castigo.

Quizá Alfredo F. sabía cómo habían sucedido las cosas. Por eso se fiaba de dejarme sola en su casa, donde uno de mis libros descansaba en una estantería cualquiera.

Sabía que podía huir de cualquier cosa, menos de la verdad.

Mientras pensaba eso, una mancha clara cruzó la carretera. Tal vez fuera un espectro. El accidente que yo misma había invocado acababa de llegar. Giré bruscamente el volante para evitar atropellarlo.

El coche giró sobre sí mismo, deslizándose por el asfalto resbaladizo por la lluvia. Tras un par de trompos, tuve la sensación de precipitarme al vacío. El coche se detuvo enseguida, pero la sacudida fue bastante violenta. No perdí el conocimiento, aunque la cabeza me daba vueltas.

Los limpiaparabrisas seguían barriendo la lluvia. Levanté la vista hacia el cristal delantero. El morro del coche estaba inclinado hacia abajo y los faros iluminaban hierba y terrones de tierra. Comprendí que había acabado en una zanja. El motor seguía encendido, así que puse la marcha atrás y pisé el acelerador. Las ruedas todavía tenían algo de agarre; el coche se movió y, tras un par de tirones, logré sacarlo antes de que quedara atascado. Por suerte no venía ningún otro vehículo; de lo contrario, me habría embestido de lleno.

No había rastro del espectro. Y en ese momento la tormenta cesó.

Al mirar hacia el cielo oscuro distinguí la silueta de una casa sin luces a pocos cientos de metros. Reconocí enseguida su forma: no necesitaba ver el color del edificio para saber que tenía delante el caserón rojo de la familia C.

Por fin nos encontrábamos. Me sentía tranquila mientras me presentaba mentalmente ante el lugar donde todo había comenzado, hasta que advertí la presencia de alguien.

Al principio eran solo sombras que avanzaban. Luego, a la luz de los faros, las figuras empezaron a tomar forma humana.

Eran hombres, pero también mujeres. Jóvenes y viejos. Y niños.

Vestían ropas extrañas. Las mujeres llevaban pañuelos en la

cabeza y faldas amplias. Los hombres, sombreros y americanas, algunos incluso chaleco. La ropa de los niños estaba raída, desgastada por la vida al aire libre y quizá por demasiados juegos.

Muchos de los adultos empuñaban herramientas agrícolas. Azadas. Aquellos campesinos surgían de la oscuridad y quizá también de otra época.

Había hoyos cavados en la tierra. Pensé que todos ellos habían salido de dentro, cuerpos exhumados por la lluvia. Y se acercaban.

¿Quiénes eran? ¿Qué hacían allí? ¿Qué querían de mí?

Aterrada, me apresuré a maniobrar para volver a la carretera. Uno de ellos —una mujer de rostro arrugado— apareció junto a mi ventanilla. Me miró fijamente con unos grandes ojos desorbitados. Tenía los incisivos de oro.

Luego una palabra se formó en sus labios.

Fuera lo que fuese lo que dijo, el cristal del coche ahogó su voz. Aun aturdida, me aferré al volante y pisé a fondo el acelerador, suplicando que el horrible sedán azul eléctrico no me abandonara justo entonces. El coche derrapó, pero logré dominarlo y me dirigí hacia el único lugar que en aquel momento me parecía seguro.

La casa de Alfredo F., el lugar de las preguntas pero también de las respuestas.

Mientras me alejaba, observé la reacción del grupo de desconocidos. Se quedaron inmóviles, mirándome. Al observarlos, vigilándolos sin perderlos de vista, supe también quién los había enviado.

En medio de ellos había un viejo perro blanco.

4

Cuando llegué al pequeño chalé, la puerta del garaje estaba levantada y dentro se veía el coche de Alfredo F. Aparqué en el camino de acceso.

Al entrar en la casa, las luces estaban apagadas. Miré a mi alrededor y me reencontré con el mobiliario de los años ochenta que tanto me había llamado la atención la primera vez que puse los pies en el salón. Recordé lo que pensé entonces de aquel periodista: era demasiado joven para haber elegido aquellos muebles lacados; como descubriría después, seguía viviendo en la casa de sus padres, muertos en un accidente de tráfico.

Ahora se me ocurrió pensar que quizá ellos también trataron de huir de Nazareth sin conseguirlo. Y que pagaron aquella tentativa con su vida.

Mientras me preguntaba dónde estaría Alfredo, lo distinguí en la penumbra, sentado en uno de los sofás.

—Greta se ha quedado a dormir en casa de su terapeuta, en la ciudad —dijo con un tono neutro, casi antinatural. Luego suspiró—. Iré a buscarla mañana.

Intentaba fingir que todo era normal, pero no lo lograba.

No me preguntó dónde había estado. Mi aspecto y mi cara hablaban por sí solas. Entonces vi que en la mano tenía *El caso de Via Beyle*.

—Debió de caérsete —dijo—. Lo encontré en el suelo, en la habitación de arriba.

Era posible que se me hubiera caído; la verdad es que no lo recordaba. ¿Por qué no me preguntaba qué hacía yo en aquel dormitorio?

Estaba cansada de seguir fingiendo.

—¿Fuiste tú quien me envió la carta?

—¿Qué carta?

—¿Cómo diste conmigo? ¿Qué más sabes de mí?

—No sé de qué estás hablando.

—Me llegó una carta anónima a una dirección que nadie debería haber conocido. En el sobre estaba tu primer artículo sobre la masacre, el que incluía el autorretrato de la familia delante del caserón rojo.

—¿Viniste a buscarme por eso? ¿Porque pensabas que te lo había mandado yo?

—Si no fuiste tú, no sé quién pudo ser.

No era una hipótesis. Era una acusación.

—¿Y por qué habría hecho algo así? —preguntó, casi ofendido.

—Eso tienes que decírmelo tú —lo acorralé—. Y tienes que decírmelo ahora.

—¿Qué te hace pensar que te oculto algo?

—Por ejemplo, la habitación de arriba —dije—. En esta casa hay una cama de más y tú duermes en el sofá —insistí.

No respondió.

—La madre de Greta se parece a mí —añadí, con un nudo en la garganta. Quizá no estaba realmente preparada para saber por qué tenía aquella sensación; por eso vacilaba.

—La madre de Greta murió al traerla al mundo —me dijo, bajando los ojos—. Greta no llegó a conocerla.

Nos separaban un par de metros. Él seguía sentado; yo, de pie.

—El libro que tienes en la mano se publicó hace diez años —dije, señalando *El caso de Via Beyle*—. Por la edad de tu hija, su madre ya había muerto cuando salió la novela. Así que no tiene sentido que ese libro estuviera en su estantería.

Alfredo esbozó una débil sonrisa.

—Siempre son los detalles los que delatan a los mentirosos —admitió, sacudiendo la cabeza.

Lo había dejado en evidencia y ya no sabía qué esperar de él. ¿Cómo reaccionaría, ahora que estaba contra las cuerdas?

—La verdad es que no sé mentir —reconoció.

—Entonces, ¿de qué va todo esto? ¿Quién es la mujer de las fotografías que he visto en la habitación?

Temía que me dijera que yo era su reencarnación.

Alfredo volvió a mirarme.

—No lo sé —dijo—. Compré esas fotos a un chamarilero. Las escogí porque en una de ellas la mujer sostenía en brazos a una recién nacida.

Recordé la imagen: estaba enmarcada sobre la cómoda.

—¿Crees que tendría que haberle dicho a Greta que su madre no la quería? —prosiguió—. Teníamos veinte años, acabábamos de terminar el instituto. Ella se quedó embarazada, pero ya era tarde para abortar. Quería dar a la niña en adopción y yo me opuse. De acuerdo con mis padres, decidí ocuparme del bebé y liberarla a ella de cualquier obligación. —Alfredo se quedó rígido—. La he criado solo, pero un padre no bastaba… Así que me inventé una madre…

Su versión resultaba verosímil. Su mirada vagaba por la habitación, buscando algún asidero, o tal vez un refugio. Cualquier cosa antes que mirarme.

—Con los años fui añadiendo nuevos detalles a la historia de aquella madre imaginaria. Compraba objetos que acababan en esa habitación. Un pañuelo, un vestido, un perfume… A cada uno le asociaba un relato, un recuerdo inventado… Los libros y los discos los compré al azar, sin fijarme en las fechas de edición… En realidad, muchas de esas cosas reflejaban mis propios gustos… Sin darme cuenta, fui modelando la figura de una madre a mi imagen y semejanza… Incluso las fotos las elegí pensando en una mujer que me habría gustado conocer… Y entonces llegaste tú… —Hizo una pausa—. Cuando te vi, no me podía creer que te parecieras tanto a la mujer de las fotografías. E incluso tu manera de vestir o las cosas que dices se corresponden con ella… Aunque, en realidad, tendría que decir que, aparte del parecido físico, en todo lo demás te pareces a mí y no a ella…

Era verdad. Alfredo F. y yo teníamos muchas cosas en común.

—¿Por eso querías que me quedara?

—Quería que Greta también advirtiera el parecido —continuó—. Sé que es una locura, pero me habría aliviado poder poner fin a la representación, sustituir la ficción por una persona real… Por desgracia, las personas con TDAH no son fisonomistas. —Y añadió

—: Perdóname.

Me encontraba en una situación completamente inesperada. Por un lado, quería creerle con todas mis fuerzas; por otro, no sabía si de verdad podía confiar en él.

Debería haberle hablado de lo que acababa de ocurrirme, de cómo había ido a parar, sin quererlo, a las inmediaciones del caserón rojo, como si una fuerza misteriosa me hubiera conducido hasta allí. Debería haberle contado lo de aquellas personas con las que me había cruzado: hombres, mujeres y niños. Sus ropas pasadas de moda. El hecho de que hubieran surgido de pronto de la oscuridad, como muertos salidos de las tumbas de un cementerio abandonado, solo para venir a mi encuentro. Las azadas y los hoyos en la tierra. El perro blanco que iba con ellos, tal vez un emisario de Hermano Lobo, que se me había cruzado en la carretera como un espectro y me había hecho acabar en una zanja. La mujer de los incisivos de oro que se había materializado junto a mi ventanilla y había pronunciado una palabra que no logré entender. Quizá un mensaje.

Pero no le conté nada de todo eso. En vez de aquello, dije:

—Yo soy la autora de este libro.

Al principio Alfredo no entendió a qué me refería; luego miró la cubierta de *El caso de Via Beyle* y volvió a fijarse en mí.

—Aquí pone otro nombre —dijo.

—Victoria Anthon es mi nombre verdadero —repuse—. En todo este tiempo, eres el primero que relaciona ese nombre con esta cara.

Parecía desconcertado.

—¿Por qué me diste un nombre falso?

—No tiene que ver contigo. Victoria Anthon siempre ha sido mía y de nadie más.

Alfredo se tomó unos segundos.

—Así pues, no sé «nada» de ti —dijo. Estaba decepcionado.

—Perdóname —dije yo a mi vez.

Alfredo me escrutó, tratando de descifrar la situación.

—¿Por qué me revelas todo esto precisamente a mí?

—Hace diez años, mientras la familia C. era exterminada, yo publicaba la novela que me traería tanta fortuna —dije, señalando

otra vez el libro—. Hay un vínculo entre esa masacre y yo, es innegable. Y tengo que averiguar cuál es.

Séptima parte

EL CASO DE VIA BEYLE

1

Hacia las seis de la mañana del 7 de junio de 2001, la policía se presenta en la puerta de un piso situado en la tercera planta de un edificio de Via Beyle, en Milán.

Ha sido un vecino quien ha llamado a las fuerzas del orden: ha oído unos lamentos extraños procedentes de la vivienda de al lado, quizá de alguien que se encuentra muy mal o está herido. Pero, cuando los agentes llegan al lugar, los gemidos ya han cesado. Aun así, deciden entrar, derribando la puerta.

Lo que aparece ante sus ojos es espeluznante.

Hay un largo rastro de pisadas ensangrentadas por el suelo. Las huellas de alguien que se ha marchado. Los policías las siguen en sentido inverso por un pasillo, hasta una habitación. En esa habitación hay una cama y, encima de ella, una muchacha desnuda.

O lo que queda de ella.

Aparte de los miembros descoyuntados por las fracturas, donde debería estar su rostro solo hay una masa informe. Han sido los golpes incesantes los que la han dejado así. Los impactos han excavado literalmente los tejidos y los huesos del cráneo hasta volverla irreconocible.

Pero sigue viva.

Apenas respira y su pulso es muy débil; no se sabe cuánto tiempo podrá resistir. La carrera de la ambulancia es desesperada, los sanitarios están convencidos de que morirá antes de llegar al hospital. Sin embargo, logra aguantar y la llevan de inmediato al quirófano. Ha perdido mucha sangre; harán falta numerosas transfusiones para estabilizarla y permitirle afrontar las intervenciones necesarias. Los cirujanos no saben por dónde empezar. Además del rostro y de las múltiples fracturas, sus órganos internos están gravemente dañados.

Pero sigue viva.

Las operaciones se suceden una tras otra; no está fuera de peligro y nadie sabe cuándo lo estará, si es que llega a estarlo. La mantienen sedada, pero está tan mal que bastaría una pequeña crisis para que el pronóstico empeorara de manera repentina.

Pero sigue viva.

Los cirujanos están convencidos de que su corazón no resistirá mucho más. Aun así, siguen operándola: durante las primeras setenta y dos horas, las intervenciones serán cinco, cada una más complicada que la anterior. Y aún tendrá que afrontar otras. Su calvario no ha hecho más que empezar.

Pero sigue viva.

Seis meses en cuidados intensivos, flotando en un coma inducido. La esperanza pende de un hilo finísimo.

Pero ha sobrevivido.

Luego llega el despertar gradual y el traslado a una unidad especializada, donde la paciente permanece conectada a unas máquinas sin las cuales su organismo, extremadamente frágil, no podría funcionar por sí mismo. Comienza el proceso de rehabilitación, con la recuperación de las funciones vitales autónomas y del tono muscular. El objetivo principal es permitirle someterse a nuevas intervenciones ortopédicas y de reconstrucción facial.

Algunos hablan de milagro. Otros dicen que, con todo el dolor que ha soportado y el que aún tendrá que soportar, quizá habría sido mejor que muriera.

En todo ese tiempo, ella no ha hablado en ningún momento. Tal vez porque, con un tubo metido en la garganta, resulta difícil comunicarse. Que está consciente lo demuestra con la mirada. En sus ojos se adivina una luz vital.

Hay un detalle. Nadie conoce su nombre. Nadie sabe quién es.

La policía no ha logrado averiguar su identidad. No llevaba documentos ni efectos personales que pudieran revelar algo sobre ella. Los vecinos del edificio donde la encontraron exánime no han sabido aportar ninguna información. En los meses siguientes nadie se presenta para denunciar su desaparición o simplemente para

preguntar por ella.

El problema es que su rostro destrozado haría imposible cualquier identificación.

Solo ella conoce su propio nombre; sin embargo, todavía no está en condiciones de revelarlo, y quizá no llegue a estarlo nunca. Aunque hubiera conservado intactas sus facultades cognitivas, el *shock* sufrido tal vez habría comprometido para siempre su capacidad de recordar.

Otro detalle: no se sabe quién la dejó al borde de la muerte.

El único dato del que disponen los investigadores es que el agresor es, sin duda, un hombre. Al menos eso indica el ADN hallado bajo las uñas de la víctima, que trató inútilmente de defenderse.

Al marcharse, después de darle una brutal paliza, el atacante se llevó la ropa de la muchacha, puede que también el móvil, la documentación y cualquier cosa que pudiera ayudar a reconstruir su pasado. Pero se dejó una cosa.

El resguardo de un extraño recibo por la «venta de un alma».

Algunos de los investigadores creen que forma parte de la escenificación de una especie de juego erótico; otros piensan que se trata de una broma de pésimo gusto.

El recibo pasa a incorporarse al sumario y se conserva entre los documentos de un expediente por un delito de autor desconocido, donde probablemente jamás aparezca el nombre de un culpable.

Pasan los meses, los años. La muchacha va de un centro de rehabilitación a otro. Recupera muy bien las funciones motoras, vuelve a caminar y también a hablar. Aunque no dice gran cosa. Tal como se había pronosticado, el trauma le ha borrado la memoria. Pero quizá sea mejor así. De otro modo, sería imposible convivir con los monstruos de la psique engendrados por la violencia. El trastorno de estrés postraumático no da tregua; en cambio, ella al menos tiene la posibilidad de escapar de la oscuridad que te persigue el resto de la vida.

Las operaciones estéticas logran devolverle un aspecto normal. Pero quién sabe si también antes tenía esos rasgos; los cirujanos no disponían ni siquiera de una fotografía en la que basarse. De modo que ahora podría ser una persona completamente distinta.

Un rostro nuevo y una vida nueva. Cuesta creerlo después de todo lo que ha sufrido.

La muchacha también recibe un nuevo nombre y, una vez dada de alta, los servicios sociales la ayudan a encontrar una casa y un trabajo como cajera en un supermercado.

Ella es amable con todo el mundo. Pero no tiene amigos y casi nunca sale de su piso. En la clínica aprendió a pintar y la pintura se ha convertido en su gran pasión. En sus cuadros hay colores vivos y mucha alegría. Paisajes, parques de atracciones, fiestas de barrio.

Pero una noche la muchacha tiene un sueño. Tal vez ha sido una pesadilla, aunque al despertar no la recuerda. Solo le deja una sensación incómoda. Ese desagradable sueño lo cambia todo porque, ese mismo día, cuando se pone a pintar, empieza a aparecer en el lienzo un rostro. Pertenece a un hombre al que ella nunca ha visto, o al menos eso cree.

Ese rostro la turba.

Así que decide cambiar de lienzo y de tema. Pero el desconocido reaparece ante ella. Es como si la mano que sostiene el pincel decidiera por sí sola qué representar. En realidad, ya no consigue pintar otra cosa. Si, por ejemplo, plasma un pícnic concurrido en un jardín o una velada de baile en una terraza, el intruso se manifiesta entre los invitados. Tal vez permanece en un rincón, apartado, ajeno a la música y a los demás.

Pero la mira desde dentro del cuadro.

Los detalles de ese rostro son tan precisos que ella empieza a pensar que aquel individuo no es solo fruto de su fantasía. Tiene que haberlo visto alguna vez, aunque luego lo haya olvidado. La pesadilla nocturna que no logra recordar debe de haber removido algo en el mar en calma de su psique y ahora ha devuelto a la superficie a ese hombre ahogado en el pasado.

Cada vez está más segura de que se encuentra en alguna parte. Y teme que venga a reclamar lo que se le debe. Que, tarde o temprano, llamará a su puerta para llevarse el alma que no consiguió arrancarle la última vez que estuvieron juntos.

Así que la muchacha decide adelantarse a esa visita e ir a su encuentro.

Lo busca en el único lugar que tiene a su alcance: sus cuadros. No será fácil encontrarlo, lo sabe. Alberga la esperanza de que, además de su aspecto, la amnesia le devuelva algún otro detalle. Por eso sigue retratándolo. A esas alturas, sus pinturas ya no hablan más que de él. Hasta que un día empieza a aparecer un objeto en la mano del desconocido.

¿Un amuleto? Una moneda, aunque quizá no. Se trata de una Medalla al Valor.

En una página web institucional busca las fotografías de los héroes civiles condecorados con esa distinción. Y da, precisamente, con el rostro de sus cuadros. Así como con un artículo, un nombre y un lugar de procedencia. Ver que se trata de una persona real la desconcierta, pero quiere saber más de él. Ese hombre bien parecido es un médico famoso, pediatra para ser exactos. Está casado y tiene dos hijos. Vive en una hermosa casa, procede de una familia numerosa en la que todos se quieren. No está solo en el mundo, como ella. Todos lo aman y él parece digno de ese amor. Le concedieron una medalla por haber salvado la vida de una mujer embarazada que había quedado atrapada en su coche, envuelto en llamas tras un accidente de tráfico. El pediatra pasaba por casualidad por allí y, sin hacer caso del peligro, sacó a la gestante del vehículo incendiado y la socorrió.

El cuento perfecto con el héroe perfecto.

La muchacha decide ir a observarlo en persona. Quiere averiguar si de verdad es él el hombre que años atrás estuvo a punto de matarla y la dejó agonizando. Por las apariencias no lo diría nadie, pero tal vez sea precisamente todo ese resplandor lo que la atrae.

Todos tenemos un lado oscuro. Incluso los mejores.

La muchacha va al lugar donde vive el héroe, lo sigue manteniéndose a distancia. Toma nota de sus costumbres, aprende a conocerlo. Parece que él es realmente intachable y honesto. No tiene secretos, y quizá eso sea justo lo que más desconfianza le provoca.

«No existen personas sin secretos».

La única manera de saber si ese hombre tan íntegro oculta algo es acercarse a él. La muchacha sabe que necesitará mucho valor para

dar un paso así. Al final se decide y trama un encuentro casual en el bar al que él va siempre después del gimnasio. Tropieza con él y consigue que le derrame encima un vaso de zumo de naranja. Mientras él se disculpa por su torpeza, ella deja que la observe bien.

Con su nuevo aspecto, el hombre no la reconoce.

Ella, en cambio, recuerda su olor.

Sabe que un olor no basta para identificar a una persona, que haría falta algo más para tener una certeza. De este modo, el incidente con el zumo de naranja se convierte en el pretexto para presentarse y luego para tomar algo juntos, una especie de compensación por el vestido manchado.

Los encuentros se suceden. Al principio siempre parecen casuales. El mismo bar, la misma hora. Luego también en el gimnasio: ella se ha inscrito en el mismo precisamente para volver a verlo. Él comprende que no es casualidad. Pero en vez de sentirse amenazado, se siente halagado. Pobre idiota.

Para él es evidente que aquella muchacha siente algo por él, una atracción. Está tan pagado de sí mismo que no sospecha nada más.

Cuando por fin encuentra el valor para besarla, ella comprende que ya lo ha atrapado.

El siguiente paso es invitarlo a una habitación de hotel. No cuesta mucho convencer al fiel marido, lo cual confirma una vez más la doble cara de ese hombre.

Ella sabe que es arriesgado quedarse a solas con él. Podría repetirse lo ocurrido en el apartamento de Via Beyle: una explosión de violencia.

Pero quiere la verdad y no hay otra manera.

Cuando se encuentran en aquella habitación, él vacila un instante: la situación le resulta familiar. Pero esa especie de *déjà vu* no basta para que su memoria dé el paso decisivo hacia una auténtica toma de conciencia. Para la muchacha, en cambio, esa vacilación vale tanto como una prueba definitiva.

Se conocían, ya no hay ninguna duda.

Hacen el amor. Él no le pregunta por las cicatrices que recorren su cuerpo como cauces secos de un antiguo dolor. Es un amante amable, atento. No hay rastro de violencia en sus gestos. La

muchacha, en cambio, apenas logra contener la rabia. Se deja poseer por él y lo posee con vehemencia. En ese juego de papeles, el hombre es ahora la víctima, aunque solo del ardor de los sentidos de ella.

Los encuentros se repiten, siempre de la misma manera. Pero sucede algo inesperado. La pasión se abre paso entre ellos. La rabia de ella se desvanece un poco en cada nueva cita. La habitación de hotel se convierte en un refugio, en un nido de ternura. Todo eso contradice lo ocurrido en Via Beyle. La muchacha empieza a pensar que se ha equivocado. Él llega incluso a confesarle que la ama. Y, en el fondo, ella también comienza a sentir algo poderoso. Una emoción que la libera de los monstruos del pasado y la hace sentirse viva como nunca.

Al final de una tarde de pasión, después de haberse dormido entre sus brazos, ella se despierta y se encuentra sola entre las sábanas. Pero el hombre sigue en la habitación. Aún desnudo, está cómodamente sentado en el pequeño salón frente a la cama. La mira y le sonríe desde el sofá. Ella se incorpora, se frota los ojos. Le devuelve la sonrisa, nunca ha sido tan feliz como en ese momento. Está enamorada.

Entonces se da cuenta de que, sobre la mesita de café, delante del hombre que ahora ama, hay un papel y un bolígrafo.

No hace falta leer lo que ha escrito en esa hoja. Ella ya lo sabe. Aun así, deja que él hable. Y le dice que necesita una prueba de amor. Que ese contrato —sin valor jurídico alguno y, por tanto, puramente simbólico— significa muchísimo para él.

Todo encaja. Todo coincide.

Ella tiene dos opciones: negarse y huir, o someterse una vez más. Puesto que ya conoce las consecuencias, la primera opción debería ser la más evidente. Pero algo la retiene allí y le impide abandonar a ese hombre y aquella habitación. No sabría explicarlo de otra manera. Solo hay una forma de decirlo:

«No quiere marcharse».

Así que, aunque ya no tenga más almas que venderle, decide firmar.

—El resto de la historia puedes leerlo ahí —le dije a Alfredo,

señalando *El caso de Via Beyle* que tenía en las manos.

La casa estaba fría y silenciosa. Seguíamos en el salón, protegidos por la penumbra.

—Pero hay algo que no entiendo —dijo él—. ¿Por qué ese libro tendría que ayudarme a comprender lo que ocurrió en la familia C.? Que la publicación y sus muertes tuvieran lugar hace exactamente diez años no significa que exista una relación.

—Sí que la hay —repliqué—. Mis lectores, e incluso mi agente y mi editor, creen que mis novelas las invento yo. Y, en cambio, las he robado.

Alfredo se sorprendió ante la revelación, aunque no parecía indignado.

—Siempre he tomado como punto de partida hechos reales y los he adaptado para convertirlos en relatos literarios —continué—. Se me da bien saquear la vida de los demás. Nadie me ha descubierto nunca.

—Entonces *El caso de Via Beyle* también se basa en una historia real. La chica existe.

—Exacto —confirmé—. Pero hay una diferencia con todos los demás libros… Y es ese «pequeño detalle» el que crea el vínculo con lo ocurrido a la familia C.

—¿Cuál?

Alfredo estaba cada vez más inquieto.

—La diferencia es que esa historia se la robé al diablo.

Alfredo se echó hacia atrás, desconcertado. No sabía cómo interpretar mis palabras, lo cual era comprensible.

—El contrato por el alma de la muchacha, ¿recuerdas?

Él asintió, aunque era evidente que no sabía qué pensar. Mis palabras le parecían simplemente absurdas, era evidente.

—La carta anónima fue como una señal —intenté explicarle—. El artículo sobre la masacre de la familia C. era una invitación.

—No fui yo quien te envió esa carta —insistió el periodista.

—Ahora te creo —le dije, mordiéndome el labio—. Y puedo imaginar quién lo hizo, aunque no tenga pruebas —añadí, con lágrimas en los ojos—. El diablo me exige una historia como compensación.

Al ver mi desesperación, Alfredo comprendió que yo estaba dispuesta a creer cualquier cosa con tal de dar sentido a aquella maldita carta. La duda me devoraba y, con el tiempo, acabaría imponiéndose. Y entonces me derrumbaría definitivamente. Incluso la explicación más absurda y delirante era preferible a no tener nada, a un miedo sin salida que te persigue durante el resto de la vida.

—Lo cierto es que, en la época de *El caso de Via Beyle*, el mal me tocó —confesé—. Y cuando el mal te toca, quedas marcado.

—La chica de Via Beyle eres tú —dijo Alfredo, por fin.

—Sí —admití—. Y, en mi caso, el diablo era una persona real. Tenía nombre. Se llamaba Nic.

2

La diferencia más importante entre la protagonista de *El caso de Via Beyle* y yo es que siempre he sabido quién soy y cómo me llamo. Y también lo sabían la Policía y los médicos que me arrancaron de la muerte. Después de la publicación de la novela temí que alguien revelara cómo habían sucedido realmente las cosas, pero eso no ocurrió.

A pesar de todo, después de sobrevivir a lo peor, conseguí olvidar a Nic. El monstruo se desvaneció de mis recuerdos como por arte de magia.

¿Podéis imaginar lo que eso significaba?

Significaba tener que buscarlo en el rostro de cada desconocido, porque nunca podía estar segura de que no estuviera en alguna parte a mi alrededor mientras paseaba por el centro, esperaba mesa en un restaurante o estaba sentaba en el cine viendo una película. Significaba preguntarme si detrás de cada mirada masculina fugaz se escondía mi verdugo.

Sé lo que estáis pensando, pero no fue el miedo a encontrármelo de repente cara a cara lo que me empujó a cambiar de identidad con frecuencia, a mudarme constantemente de un lugar a otro. Sería muy cómodo decir que también eso fue culpa suya. Pero he querido dedicarle a Nic la novela que estáis leyendo para que todo el mundo tenga claro que nunca le tuve miedo, ni siquiera después del daño que me hizo.

No le tuve miedo a él, tuve más miedo de mí misma.

Porque fui yo quien lo buscó por segunda vez. Fui yo quien volvió a enamorarse de él. Fui yo quien le vendió el alma. Y, aunque me hubiera vuelto a dar una paliza, nada habría cambiado. El proceso se habría repetido una y otra vez, como un tiovivo del que no se puede bajar.

Otra diferencia entre la protagonista de *El caso de Via Beyle* y yo es que yo nunca pinté. Puesto que escribir ha formado parte de mí desde pequeña, durante la convalecencia empecé a llenar páginas con relatos.

Y fue en esas páginas donde Nic volvió a aparecer.

De manera inconsciente, siempre describía al mismo personaje. Entonces comprendí que él era real. Y también entendí que nos unía una especie de condena. Una suerte de vínculo matrimonial funesto que solo podía romperse de una manera.

Con la muerte de uno de los dos.

Como no había otra forma de romper ese lazo, tenía que recurrir a una estratagema para salvar mi vida.

Por eso, durante todo ese tiempo, en realidad no estaba huyendo de Nic. Estaba poniendo una distancia de seguridad para impedirme volver con él.

—Siempre hay algo que une a las víctimas con sus verdugos —le dije a Alfredo—. La gente no quiere oír hablar de ello, pero es así. La gente quiere un culpable que pague y un inocente que obtenga justicia, pero no siempre funciona de ese modo. Yo soy la prueba viviente de que ciertas relaciones no son tan simples. De que algunas víctimas se sienten atraídas por su destino, como la polilla a la luz.

Alfredo me miraba, aturdido por mis revelaciones.

—Yo odio a Nic y lo odiaré siempre. Y lo amo y lo amaré siempre. Y no puedo hacer nada por evitarlo.

Alfredo reflexionó un instante.

—Beatrice —dijo.

¿Quizá la mujer de Lorenzo también había intuido lo que estaba a punto de ocurrir?

Recordé su puño cerrado en la fotografía familiar en la que trataba de sonreír al objetivo. La tensión de su rostro. Para muchos resulta inaceptable pensar que algunas víctimas puedan tener un vínculo con sus verdugos, pero era precisamente eso lo que me ligaba a aquella mujer. Y era también lo que me convertía en la persona más adecuada para desentrañar la confusa maraña de pulsiones y sentimientos que impedía comprender cuál era el verdadero misterio

de la familia C.

—No creo que Beatrice pudiera imaginar que su familia iba a ser asesinada —dije con convicción—. Tal vez en algún momento un sexto sentido le sugirió abandonar el caserón rojo y llevarse a los niños, pero nadie se da cuenta de que está de verdad en peligro hasta que ese peligro se manifiesta. —Aquello era válido para cualquiera—. Cuando te percatas de lo que está a punto de ocurrir, ya es demasiado tarde para salvarse.

Alfredo pareció aceptar mi explicación. Tal vez logré calmar un poco las inquietudes morales que lo empujaban a ver las cosas de forma demasiado simple, como si Beatrice y los niños hubieran tenido un papel puramente pasivo en su propia muerte.

Fuera empezaba a amanecer y un cansancio liberador se había apoderado de nosotros. Nos habíamos despojado de nuestros secretos, habíamos rasgado el tenue velo de ficción que nos separaba. Tal vez ahora estábamos en efecto preparados para buscar la verdad sobre el caso de la familia C.

Fuera cual fuese.

Porque el problema nunca había sido encontrar respuestas, sino aceptarlas, incluso si no nos gustaban.

—¿Puedo ver esa carta? —me preguntó Alfredo—. Creo que tendremos que empezar de nuevo desde el principio.

3

Lo encontré en la cocina, sentado frente a una tacita sucia y una cafetera vacía. Serían más o menos las doce del mediodía. Nos habíamos separado al amanecer con la intención de dormir al menos unas horas. Pero, por lo que veía, Alfredo no había pegado ojo.

Encima de la mesa también estaba el sobre de la carta que le había entregado. A su lado, desplegado, el recorte con el artículo sobre los asesinatos de la familia C.

La primera vez que nos vimos solo le había enseñado el amarillento fragmento de periódico. Era el mismo, pero ahora Alfredo lo miraba sin tocarlo, como si le infundiera temor.

—No sé cuántas veces reescribí ese artículo antes de entregarlo al periódico —me confesó, sombrío—. Cuando volví a casa después de visitar el caserón rojo, estaba completamente desorientado… Greta acababa de cumplir tres años. Entonces su abuela aún vivía y, como hacía mucho calor, le había preparado un baño refrescante en una pequeña piscina hinchable en el jardín. Al abrir la puerta de casa reconocí la risa de mi hija. Me asomé a la ventana y vi que se estaba divirtiendo, que era feliz. —Hizo una pausa—. Me dieron ganas de cogerla en brazos, estrecharla contra mí, cerrar los ojos, aspirar su olor y dejar que me consolara. Limpiarme del horror que había presenciado. Pero me asaltó el recuerdo de Caterina en su cunita y no tuve fuerzas para acercarme a ella. Me di la vuelta y me encerré en el despacho. No volví a salir hasta después de enviar el artículo al redactor jefe: el terrible final de una familia resumido en poco más de cinco mil caracteres… Durante días no fui capaz de acercarme a mi hija —me confió Alfredo, casi avergonzado—. La evitaba, y cuando venía a buscarme para estar conmigo hacía todo lo posible por esquivar cualquier contacto. Durante un tiempo temí que nunca volvería a besar a mi niña.

Decidí apartarlo de aquellos recuerdos.

—Entonces, ¿tienes alguna hipótesis sobre quién pudo enviar la carta? —intervine.

No respondió a mi pregunta. En vez de eso, cogió el sobre como si quisiera examinarlo de nuevo.

—El matasellos es ilegible —afirmó.

No era ninguna novedad para mí. Ya me había fijado en la tinta desvaída cuando intenté averiguar desde dónde la habían enviado. Pero lo dejé continuar.

—El sello se emitió en 2003 —explicó después, mostrándome el año impreso en la filigrana—. Los sellos antiguos siguen siendo válidos mientras se respete el valor del franqueo —dijo—. Pero aun así es extraño encontrar uno de 2003 en una carta de 2015.

—Quien me la envió llevaba mucho tiempo guardando este sello —observé.

Un escalofrío me recorrió al ver la pequeña escena con las bailarinas de trajes folklóricos, la sonrisa fija y la mirada inmóvil, como muñecas inquietantes.

Por primera vez me di cuenta de que los rostros eran idénticos. El mismo rostro se repetía en todas. Se parecían a la mujer de los incisivos de oro que había visto la noche anterior.

—No imaginaba que alguien siguiera usando una Olivetti Lettera 32 —comentó Alfredo, refiriéndose a la dirección escrita a máquina.

—La Lettera 32 era la máquina de escribir de los grandes novelistas del siglo XX —confirmé, todavía presa de la ansiedad—. Sin duda es una manía de escritores.

—¿Y tú conoces a muchos escritores? —preguntó de pronto.

—Aparte de a mí, a ninguno —respondí con un sarcasmo que ocultaba cierto fastidio. Me parecía haber dejado claro que Victoria Anthon no tenía relación con nadie.

—Cuando nos conocimos, me dijiste que el recorte de mi artículo había salido de tu archivo.

Le había mentido, y ahora me avergonzaba. Pero en aquel primer encuentro no podía contarle lo de la carta anónima.

—Pero es verdad que recopilo artículos para sacar ideas para mis historias —repliqué, en un intento de defensa algo pueril—. Así que

quien me envió la carta me conoce muy bien.

Nunca habría imaginado que aquella simple objeción pudiera volverse contra mí. Porque inmediatamente después Alfredo me hizo una pregunta que me dejó descolocada.

—¿Has tenido alguna vez una Olivetti Lettera 32?

Comprendí adónde quería llegar. Estaba insinuando que había sido yo misma quien había enviado la carta.

La absurda hipótesis de que hubiera sido el diablo resultaba, para mí, menos desconcertante.

Al ver mi expresión turbada, cambió de tono.

—Prepararé más café —dijo, intentando distraerme de pensamientos que amenazaban con desbordarme.

—Necesito hacerlo yo —lo detuve, y me puse manos a la obra.

Mientras acomodaba con una cucharilla el café molido en el filtro de la cafetera italiana, mis ojos se detuvieron en la fotografía que acompañaba el artículo, en la que habían cubierto los ojos de los niños con una barra negra.

—Siempre me he preguntado cómo conseguiste ese autorretrato —dije, tratando desesperadamente de cambiar de tema.

—Me lo entregaron los carabineros. Al parecer era la última fotografía en la que salían los miembros de la familia con vida.

Las fotos posteriores se las haría ya muertos la Policía científica. Salvo al padre, que aparecería en las imágenes tomadas en la comisaría tras su detención y en las de los reporteros durante el juicio.

—Al principio no estaba convencido de que debiéramos publicar esa imagen —añadió Alfredo—. Me parecía irrespetuoso. Pero al final se impuso el deber de informar, además de la idea de que a veces las palabras por sí solas no bastan para recordar que las víctimas son personas reales.

Yo también pensé que no era correcto publicar algo tan íntimo la primera vez que vi la fotografía. Sin embargo, no había nada malo en mostrar aquel instante privado, aunque con ciertas cosas siempre da la impresión de que habría que pedir permiso a los muertos. Aquella fotografía era una advertencia para los vivos, una forma de recordar que las apariencias suelen ser una ilusión. De hecho,

después de aquella imagen apenas pasarían unos días y la felicidad exhibida ante el objetivo desaparecería para siempre, junto con los sueños y el futuro de esas personas.

—El autorretrato se tomó un par de semanas antes de la tragedia —recordé.

—Lorenzo hizo revelar la foto en un laboratorio del pueblo y luego la colocó sobre la repisa de la chimenea —añadió Alfredo.

Aquel nuevo detalle íntimo me produjo una incomodidad parecida a la que había sentido al imaginar que todos se habían puesto sus mejores ropas para posar.

Me acerqué a la mesa, señalé la foto con el dedo e indiqué a Beatrice.

—Mírala —dije—. Ella tiene un secreto.

Luego le expliqué cómo había llegado a esa conclusión. Bastaba con observar la postura de la joven esposa y madre para percibir la inquietud incluso a través de la rigidez forzada de la imagen.

—Y hay algo más extraño —añadí.

Le señalé a la pequeña Caterina en brazos de su madre. En lugar de volver la cabeza hacia el objetivo, como su hermano y su hermana, parecía desobedecer y, en el último instante, dirigía su atención hacia la casa de campo roja, sonriendo a alguien que quedaba fuera del encuadre.

—Si había otra persona presente aquella mañana, ¿por qué no le pidieron que hiciera la foto? —me pregunté de nuevo, compartiendo con Alfredo una duda que llevaba tiempo rondándome.

—Quizá la niña sonreía a uno de los perros de la familia o a algún otro animal del patio —sugirió él.

Era, en efecto, un comportamiento típico de los niños. Pero yo no tenía hijos y no se me había ocurrido.

—Tienes razón —admití, con un leve matiz de decepción.

La idea del extraño o de una presencia misteriosa seguía rondándome por la cabeza. Me di cuenta de que me fascinaba como narradora y me costaba desprenderme de ella, porque habría sido un giro perfecto en la trama de una novela. Pero ahora debía admitir que en la realidad no había indicios que sostuvieran una teoría semejante.

A pesar de la conversación que habíamos tenido aquella noche, aún buscaba la forma de contarle a Alfredo que, mientras huía de su casa la tarde anterior, acabé con el coche en una zanja, frente a la silueta de la casa del crimen. Intentaba encontrarle sentido a la escena de aquellas figuras vestidas con ropas extrañas, pasadas de moda o quizá fuera del tiempo, que habían surgido de la oscuridad.

Después de todo, Bratska Vûlk también llevaba botas negras y un sombrero de copa.

No lograba explicarme la presencia, entre ellos, del perro pastor, quizá el superviviente de la pareja de perros que había pertenecido a la familia C. y que ahora estaba en manos del enigmático Hermano Lobo.

Tenía grabado en la memoria el rostro de la mujer de los incisivos de oro que había aparecido en la ventanilla de mi coche. Volví a ver el movimiento de sus labios mientras pronunciaba la palabra que no había podido oír a causa del cristal que nos separaba.

Pero entonces, de pronto, la comprendí.

Me quedé paralizada, con la mente suspendida en ese único pensamiento. No me equivocaba, estaba segura de ello. Sobrecogida por el descubrimiento, vacilé. Fue entonces cuando Alfredo dijo algo:

—Esta fotografía ha sido modificada.

Su voz me llegó lejana, como un murmullo de fondo, pero bastó para anclarme de nuevo y hacerme regresar de mi deriva. Al principio seguía aturdida y no entendí lo que quería decir. Luego, al recobrarme, me di cuenta de que estaba observando de nuevo la fotografía impresa en el recorte de periódico. Era como si la viera por primera vez.

—Nunca me había percatado. Has sido tú, con lo que has dicho de Caterina, quien me lo ha hecho notar —añadió.

Aún estremecida por el significado de la palabra de la mujer de los incisivos de oro, me acerqué a él. Señalaba los bordes de la imagen.

—Mira, la foto ha sido recortada por los lados para ampliarla y hacerla encajar en la página —me explicó—. Es una práctica habitual; seguramente lo hizo el maquetador del periódico.

Comprendí enseguida adónde quería llegar con su razonamiento.

Quizá en el original aún se veía aquello que estaba mirando

Caterina. La parte desaparecida podía ocultar una revelación.

—El original debe de seguir guardado en el archivo del periódico —dijo Alfredo.

4

Mientras Alfredo hablaba por teléfono con un redactor jefe de su periódico, al ver que no lograba seguir bien la conversación, volví a considerar lo que mi amigo había tratado de insinuarme, con su habitual delicadeza, acerca del posible remitente de la carta anónima que me había llevado hasta Nazareth.

Su sospecha de que quizá me la hubiera enviado yo misma coincidía con las palabras de mi psicoanalista. La doctora G., después de que la llamara la mañana en que llegó el maldito sobre, me preguntó varias veces si estaba absolutamente segura de no poder identificar al remitente.

Yo zanjé la cuestión diciendo que no conocía a nadie y que nadie me conocía a mí.

«Precisamente por eso no debería ser difícil averiguar quién la ha enviado…».

Aún recordaba su respuesta, aunque hasta ese momento no había sabido interpretarla. ¿Era posible que hubiera sido yo misma quien se había metido en aquel lío?

Mientras tanto, por la forma en que se alargaba la conversación entre Alfredo y el redactor jefe, comprendí que había algún problema.

—El original no está en el archivo —me anunció, desanimado, cuando colgó—. Deben de haber metido la pata, como siempre, y se ha perdido.

Quise creer que era así, porque de lo contrario se podría pensar que alguien había hecho desaparecer la fotografía a propósito.

—¿Y ahora qué? —pregunté, porque aquella pista parecía agotada.

Alfredo miró el reloj. Entendí por qué: quería asegurarse de que aún nos quedaban algunas horas de luz. El motivo era su

inexplicable miedo al anochecer.

—El caserón rojo nunca se ha vendido —dijo—. Todo ha permanecido intacto desde aquel día —añadió.

Los dos sabíamos lo que estaba insinuando. Me vino a la mente la imagen de un salón polvoriento que nunca había visto, en una casa cerrada desde hacía años. Y la fotografía familiar enmarcada sobre la repisa de una chimenea. Las miradas fijas, las sonrisas inmóviles.

—Si queremos verla, la foto sigue allí —afirmó Alfredo.

Pero yo no estaba segura de querer ir. No después de mi encuentro con la mujer de los incisivos de oro. Volví a pensar en la única palabra que había pronunciado aquella desconocida y que al principio no había entendido. Una advertencia siniestra.

«Sálvate».

Octava parte

EL CASERÓN ROJO

1

Se alzaba en medio de los campos abandonados como el último puesto avanzado antes de la nada. Incluso a la luz del día conservaba el aspecto lúgubre de ciertos lugares olvidados.

En realidad, el caserón rojo constaba de dos grandes edificios siameses dispuestos en ángulo recto. Los tejados a dos aguas estaban cubiertos de tejas. Las ventanas eran como muchos ojos fijos en la campiña circundante. Lo vigilaban tres álamos blancos y desnudos, esqueletos de gigantes que parecían no proyectar sombra alguna.

Nuestro coche se acercaba, pero aquella construcción me parecía cada vez más lejana, como si quisiera hacernos una jugarreta. Recorrimos el largo camino de tierra hasta la verja principal, que estaba solo entornada.

Alfredo bajó del coche para abrirla y poder pasar. Pero, debido a las malas hierbas y al terreno irregular, el vehículo avanzó apenas unos metros en el patio y nos vimos obligados a continuar a pie.

Me arrebujé en el abrigo. Tiritaba de frío, aunque también temía ver aparecer de un momento a otro a la estrafalaria comitiva de espectros que me había recibido la noche anterior, cuando acabé con el coche en la cuneta a poca distancia de allí.

Alfredo se detuvo en el centro del patio, mirando alrededor con las manos en las caderas, como un centinela en medio del desierto.

—Lorenzo y Beatrice compraron la propiedad en una subasta —me recordó.

Sabía que se habían trasladado allí desde la ciudad. Antes de convertirse en agricultores, Lorenzo era ingeniero informático y Beatrice, investigadora científica. Luigia y Giacomo habían nacido en otro lugar, mientras que Caterina había venido al mundo en aquella casa. Su madre dio a luz a la más pequeña entre aquellas paredes,

porque era demasiado complicado llegar al hospital más cercano, según me había contado Alfredo.

—Quién sabe qué esperaban encontrar en Nazareth —se preguntó mi amigo.

«Desde luego, no la muerte», pensé.

—¿Que tú sepas, hay herederos?

—La madre de Beatrice.

La pobre mujer seguramente no esperaba sobrevivir a su hija y a sus nietos.

—El caserón se ha puesto a la venta —me informó Alfredo—. Pero nadie se ha interesado en comprarlo. Y no creo que ocurra nunca.

Los acontecimientos de diez años atrás pesaban sobre el karma de aquel lugar. En el aire se percibía algo funesto. O quizá solo era sugestión. En cualquier caso, no podía apartar la sensación de que no debería estar allí.

—Ven, intentaremos entrar —dijo mi guía.

Subimos los escalones que nos separaban de la entrada. Alfredo quiso empujar la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—Espérame aquí —me indicó, y se dirigió hacia la parte trasera del caserón.

Lo vi desaparecer tras la esquina del edificio y me quedé aguardando, como me había dicho. De pronto me invadió una ansiedad inesperada; no había previsto quedarme sola. Los segundos pasaban y empecé a sentir un malestar desconocido que iba creciendo sin que pudiera detenerlo, al mismo tiempo que la agitación.

Me invadieron pensamientos extraños. Pensamientos oscuros. Pensamientos de muerte.

Era como una voz que me hablaba desde dentro. «Una voz», recordé. Durante nuestra visita a la REMS, Lorenzo C. la mencionó claramente.

«La voz me habló aquella mañana. Pronunció mi nombre, fue ella la que me despertó».

Lo que yo oía no eran palabras, sino susurros que se superponían. Como si en realidad fueran muchas voces las que hablasen en mi cabeza. No había frases completas, pero el sentido resultaba

clarísimo: miedo y rabia al mismo tiempo. El deseo de hacer daño y de hacérmelo a mí.

Era posible que fuera fruto de mi imaginación, una broma pesada de la mente. Pero en ese momento todo me parecía muy real. Bajé los escalones con la intención de volver al coche y marcharme.

Un ruido interrumpió el coro de voces. Venía de la entrada del caserón. Me volví hacia la puerta y la vi abrirse.

Alfredo asomó la cabeza en el umbral.

—He forzado una ventana —me explicó.

Me acerqué a él, subiendo de nuevo los peldaños de piedra. No mencioné en absoluto lo que había sentido momentos antes. Tenía los nervios a flor de piel. Antes de que entrara en la casa, Alfredo me detuvo, señalando hacia abajo.

—Aquí es donde encontraron el cuchillo —dijo.

En el suelo aún quedaban fragmentos de la cinta adhesiva amarilla que colocaron los carabineros para aislar una zona muy concreta de ladrillos: un rectángulo cuyo lado mayor medía más de veinte centímetros. Coincidía con la longitud de la hoja utilizada por el asesino para degollar a su esposa y a sus hijos.

Volví a pensar en la pequeña huella dactilar que hallaron inexplicablemente en el mango con el remache en forma de estrella y que no pertenecía a ninguno de los miembros de la familia C.

Pero cualquier reflexión se desvaneció ante lo que apareció al otro lado de la puerta. Todo era inquietantemente idéntico a como lo había imaginado.

Como si ya hubiera estado allí.

2

—¿Qué pasa? —me preguntó Alfredo, al darse cuenta de mi malestar.

—Nada —respondí—. Es solo que resulta extraño estar en este lugar después de haber oído tantas historias.

Se lo creyó.

—El salón está por aquí —me dijo.

Titubeé, pero lo seguí por el pasillo.

Había polvo en todas partes y un olor rancio. Sin embargo, entre todo aquello, también se percibía un perfume extraño, dulzón, casi floral. El mismo que había notado durante nuestro encuentro con Lorenzo C., en la REMS. También Hermano Lobo olía bien. Lo había mencionado la carabinera amiga de Alfredo cuando nos contó la vez que llevaron al vagabundo al cuartel para identificarlo.

«En la habitación donde lo dejamos siempre había ese perfume».

Me estaba autosugestionando. Aparté el pensamiento y el olor desapareció.

En el caserón no había electricidad y, con la poca luz que se filtraba por las contraventanas cerradas, apenas se distinguían fragmentos de las estancias: un sillón, una estufa de hierro, una pared desconchada.

Si prestabas atención, aún se podía oír el eco secreto de las voces de niños jugando. Sonidos olvidados, atrapados entre aquellas paredes y en el silencio.

La sensación de haber estado ya allí no me abandonaba. Me había implicado tanto en aquella historia que mi mente me engañaba, haciéndome creer que formaba parte de ella. Era una especie de transferencia bastante común, pero aun así me inquietaba.

Pasamos junto a un perchero del que colgaban varios abrigos. Reduje el paso para observar tres impermeables amarillos de

plástico, de niño, y dos capas verdes de adulto. En una repisa había sombreros de lluvia y gorros de invierno y de verano. Debajo de un banco, alineados de mayor a menor, cinco pares de botas de agua. Aquella disposición resultaba conmovedora. En una cesta se amontonaban otros zapatos de uso diario: sandalias y zapatillas deportivas.

Me detuve ante un gran espejo de pared, pensando en cuántas veces habría devuelto el reflejo a los habitantes de la casa. La imagen de aquellas personas parecía estar grabada, como una huella, en la superficie. Y podía verlos. Sus expresiones mudas. Sus rasgos superpuestos a los míos.

Tal vez Lorenzo también se había mirado en aquel espejo la mañana después de la matanza, sin darse cuenta de la sangre que tenía en la cara.

«No me percaté de la sangre que llevaba encima, en las manos y en la ropa. Fueron los carabineros quienes me lo hicieron notar cuando llegaron, horas después».

Pero ¿qué habría visto el homicida en el fondo de sus propios ojos?

En la pared, junto al espejo, había un extraño crucifijo hecho con tallos de rosa entrelazados. Estaba a punto de observarlo mejor cuando algo me distrajo:

—¿Dónde estás?

La voz de Alfredo procedía de una habitación un poco más adelante. Fui hacia él.

En el salón había un televisor, un sillón y dos sofás, uno de los cuales era sin duda en el que Lorenzo C. se había despertado al amanecer de la matanza, aún vestido con la ropa de la noche anterior y, según decía, sin recordar nada. Había juguetes esparcidos sobre la alfombra de cáñamo trenzado: un tren eléctrico detenido sobre una vía circular, bloques de goma, una muñeca de plástico. El parque de Caterina.

En un rincón de la estancia había una máquina de coser y una repisa con retales de tela que Beatrice utilizaba para confeccionar la ropa de todos.

Alfredo se encontraba de pie frente a la chimenea apagada, sobre

la cual colgaba una foto familiar tomada pocos días antes de los asesinatos.

—Aquí está —dijo, como si hiciera falta anunciarlo.

Me acerqué a la pequeña fotografía de rostros sonrientes y enseguida centré la atención en la mirada de Caterina, distraída del objetivo. Sus ojos, al igual que los de su hermano y su hermana, no estaban ocultos tras ninguna franja negra, como en el periódico. Eran azules y claros, como los de sus padres.

Y miraban hacia el caserón rojo.

En la imagen se veía la parte que había sido recortada en la versión publicada para que encajara junto al artículo sobre la masacre.

En la parte eliminada había una ventana.

Estaba lejos de la cámara y, por eso, un poco desenfocada. Pero me pareció ver algo.

—Aquí hay alguien —le dije a Alfredo.

Una figura humana.

Mi amigo se acercó para comprobar lo que acaba de descubrir.

—No hay nadie —me corrigió.

Al mirar con más detenimiento, comprendí que tenía razón. Caterina veía su propio reflejo en el cristal de la ventana y se divertía con la ilusión óptica.

Era a sí misma a quien le sonreía la niña.

Me sentí decepcionada. Por un momento había creído de verdad que se trataba de un intruso.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Alfredo.

Estábamos pensando lo mismo. Podíamos marcharnos, pero, ya que habíamos llegado hasta allí…

—Echemos un vistazo —propuse.

3

Alfredo decidió que era mejor separarnos. Aunque no me gustaba la idea de quedarme sola, acepté.

Deambulando por la planta baja, acabé en la cocina.

Armarios blancos, ollas colgadas. En la despensa aún había cajas de comida roídas por los ratones y plagadas de insectos, además de provisiones en mal estado. Muchos cajones seguían abiertos; tal vez lo estaban desde el registro de los carabineros de hacía diez años. No quería pensar que alguien hubiera entrado en la casa en todo ese tiempo.

Curioseé un poco. Me llamaron la atención varias cosas: un bloc colgado en la pared con una lista de tareas que, evidentemente, nadie había llegado a completar; la trona de madera de Caterina junto a la mesa, alrededor de la cual, supuse, cada uno tenía un sitio asignado. Y, por último, otra vez aquel extraño crucifijo de tallos de rosa entrelazados. Esa vez me acerqué para observarlo mejor.

En las pequeñas espinas parecía haber sangre seca.

Mientras me preguntaba por el sentido de aquel objeto religioso, vi que en una balda había varias cajas de medicamentos. Las cogí para examinarlas. Eran pastillas y gotas indicadas para tratar crisis agudas de migraña. Reconocí algunos fármacos, como la dihidroergotamina, que suele recetarse en casos muy graves.

Aquellos medicamentos hablaban de los múltiples y a menudo inútiles intentos de Lorenzo C. por mantener a raya los inexplicables dolores de cabeza que lo atormentaban, síntoma de una enfermedad desconocida que estaba convencido de haber transmitido incluso a la última cosecha de maíz.

«Y aun después de apartar las mazorcas irrecuperables, las sanas empezaron a pudrirse ante mis ojos sin que pudiera hacer nada».

Tal vez el malestar físico había alimentado en el agricultor una

intolerancia, una rabia secreta, que acabó desembocando en la violencia homicida. La curación, de hecho, se había producido de forma milagrosa después de comprender que había exterminado a sus seres queridos.

«De pronto me di cuenta de que la migraña había desaparecido».

Al salir de la cocina, me encontré al pie de las escaleras que conducían a la planta superior. A las habitaciones donde se habían producido las muertes.

Miré hacia arriba. No estaba segura de poder afrontar aquellos escalones. Oí pasos en el piso superior y pensé que Alfredo se me había adelantado. Me aferré a la barandilla y respiré profundamente.

Al volverme hacia la pared, vi un tercer crucifijo de tallos espinosos.

Subí las escaleras. Las contraventanas también estaban cerradas en el piso de arriba y flotaba una penumbra polvorienta.

No vi a Alfredo.

Me asomé al primer dormitorio, el de Giacomo. Lo primero que observé fue el somier desnudo de la cama. Para mi alivio, el colchón empapado de la sangre del niño había sido retirado. No quedaba rastro del asesinato. En vez de eso, se veían pósteres de dinosaurios y de naves espaciales alrededor. La prehistoria y un futuro de ciencia ficción se mezclaban en los juguetes de las estanterías: un cohete junto a un diplodocus, un casco de astronauta al lado de un fósil de gasterópodo. Todo allí hablaba de Giacomo, de sus pasiones, de sus sueños y fantasías, aunque hiciera tiempo que él ya no estaba.

También allí había un crucifijo de espinas. Al igual que en la habitación de Luigia.

Como en el dormitorio anterior, de la cama solo quedaban el somier de muelles y el cabecero de madera. Y había caballos por todas partes: cuadros con caballos, pósteres de caballos, caballos de juguete y figuras de caballos de coleccionista. En un tablón estaban pegados carteles y escarapelas de los concursos hípicos en los que la niña había participado.

Me vinieron de pronto a la memoria las palabras de Lorenzo C. cuando volvió a ver a su hija después de haber olvidado, según él, que la había matado.

«Mi Luigia dormía todavía abrazada a la novela que tanto le gustaba. Se la había regalado yo mismo, la había comprado en una feria, en un puesto de libros usados. La elegí porque hablaba de caballos, y a mi Luigia le encantaban los caballos, los adoraba».

El libro seguía allí, boca abajo sobre la mesilla. Lo cogí y le di la vuelta.

Liabel.

El título destacaba en la cubierta, donde aparecía una yegua con una crin espléndida. Intuí enseguida que Liabel era la protagonista de la historia. Sin necesidad de hojearlo, mi experiencia como lectora voraz me decía que se trataba de una novela juvenil, con una trama aventurera aderezada con algún toque romántico: la lectura ideal para una niña de once años que empieza a sentir la llamada de la adolescencia sin saber muy bien en qué consiste.

Alfredo me había contado que, al visitar el lugar de la masacre, aquel libro le había servido para apartar la vista del corte en la garganta de Luigia. Si te fijabas, aún podían verse pequeñas manchas rojizas en la cubierta, ya desvaídas. No era difícil imaginar que se trataba de la sangre de la jovencita.

«Los objetos asisten inmóviles a los acontecimientos de nuestra vida —pensé—. Los objetos conocen la verdad, pero no pueden hablar».

El autor o la autora había decidido ocultar su identidad tras unas iniciales: «A. V.». Eran las mismas que las mías, aunque invertidas. La coincidencia me incomodó.

Iba a dejarlo donde estaba, pero vi que entre las páginas había un lápiz. Probablemente servía para marcar el punto de lectura. Abrí el libro justo donde se había interrumpido. De hecho, faltaba poco para el final.

Compartí el sentimiento de Alfredo ante la idea de que Luigia nunca tendría la satisfacción de descubrir el desenlace de la historia. Él lo había percibido como una injusticia. Era uno de los muchos pequeños placeres de la vida de los que ella no podría disfrutar. A diferencia de ese libro, por voluntad de su padre, el final de Luigia había llegado demasiado pronto.

El lápiz entre las páginas debía de tener también otro propósito.

Con los años he aprendido que los lectores se aferran a ciertos pasajes de mis novelas, incluso a algunos que nunca habría imaginado que pudieran quedarles grabados. Frases que tal vez no nacieron de una reflexión profunda por mi parte, pero que para otros se vuelven importantes. A veces parece que los libros nos hablan directamente y nos revelan cosas de nosotros mismos que nadie más conoce.

A menudo, los escritores no son más que un puente entre los lectores y sus secretos.

Me pregunté qué habría subrayado Luigia en *Liabel*, qué le habría impresionado. Pero la última palabra que había marcado me impresionó a mí.

«paz»

Una sola palabra, y quién sabe por qué solo una y no una frase, por ejemplo. Una palabra que desentonaba con lo que le había sucedido a la niña. ¿Qué había vislumbrado Luigia en ella? ¿Era una esperanza relacionada con el hecho de que las cosas en casa estuvieran empeorando a causa de las migrañas del padre y de la cosecha arruinada? ¿Temía la niña la tensión que se estaba acumulando en la familia?

Nadie lo sabría nunca.

Con tristeza, dejé el libro en la mesilla tal como lo había encontrado y me dirigí a la habitación de Beatrice, la última estancia de aquel museo de la muerte.

Las paredes del dormitorio estaban pintadas de un gris muy oscuro que absorbía la escasa luz que se filtraba por las persianas cerradas de la ventana.

Además de la cama de matrimonio, desnuda, había una cuna. Alfredo estaba de pie frente a la carcasa de madera, pintada de rosa, mirando hacia abajo, justo donde había dormido la niña.

Por la factura, deduje que probablemente la había hecho el padre antes de su nacimiento. Quizá con la ayuda de sus hijos mayores. Tal vez incluso había sido una especie de alegre rito familiar. Me imaginé a Lorenzo C. en el taller donde tenía sus herramientas, serrando y ensamblando piezas. Lo imaginé subiendo las escaleras con la cuna terminada y colocándola en el dormitorio bajo la mirada

orgullosa de Beatrice, con el vientre ya abultado.

Caterina murió allí, en esa cuna. No podía olvidar que había sido la única a la que encontraron con los ojos abiertos.

—Todos dormían —me oí decir.

—¿Qué? —preguntó Alfredo, volviendo en sí.

Estaba pensando en voz alta, pero ya que estaba, le expliqué a qué me refería:

—Salvo la hija más pequeña, nadie se despertó. Las muertes se sucedieron en silencio. Ninguna de las víctimas se dio cuenta de lo que les estaba pasando a los demás.

—Les cortó la garganta para que no gritaran —dijo Alfredo, que evidentemente ya había llegado a la misma conclusión en el pasado.

Si Giacomo o Luigia hubieran logrado dar la alarma, tal vez Beatrice se habría despertado y habría intentado detener a su marido.

—Tuvo que planearlo todo con cuidado. Seguro que fue así —añadió mi amigo, con amargura—. Por eso no creo que Lorenzo estuviera fuera de sí cuando lo hizo ni que no recuerde nada, como quiere hacernos creer.

Las lagunas de memoria eran una buena coartada para la conciencia.

Miré a mi alrededor en busca del crucifijo de espinas.

—¿Sabes si eran religiosos?

—Que yo sepa, no —respondió Alfredo, negando con la cabeza.

No sé por qué, pero aquel objeto hecho con tallos de rosa me hacía pensar en Bratska Vûlk, el hombre del sombrero de copa y las botas negras. Otro indicio de la influencia de Hermano Lobo en aquella familia eran las X encontradas en la frente de las víctimas, una costumbre propia de ciertos pueblos de Europa del Este para indicar a la muerte a quién debía llevarse.

¿Era posible que la familia C. hubiera tenido algún contacto en el pasado con aquel misterioso vagabundo predicador?

—Me he fijado en unos crucifijos extraños, hechos con tallos de rosa entrelazados —expliqué—. Hay uno en cada habitación.

En el dormitorio no entraba demasiada luz y las paredes oscuras no facilitaban mi búsqueda. Así que saqué el móvil del bolsillo del

abrigo y, con la ayuda de la pequeña linterna, me puse a examinar las paredes.

—No soy creyente, no sabría cómo interpretarlo —dijo Alfredo mientras tanto—. ¿Crees que es importante?

Iba a responder, pero me di cuenta de que, en un punto de la pared, la pintura gris presentaba una mancha descolorida precisamente con forma de cruz cristiana. Las otras cruces seguían allí; esa había sido retirada. ¿Por qué? ¿Y por quién? Tal vez no eran preguntas tan relevantes, pero aun así sentía la necesidad de encontrar respuestas. Al bajar la luz del teléfono, vi que, al pie de la pared, estaba justo el crucifijo que faltaba.

—Aquí está —anuncié.

Supuse que simplemente se había caído. En las casas abandonadas eso ocurría a menudo: cuadros que se desprendían solos de las paredes, ropa que resbalaba de las perchas dentro de los armarios. Era como si, en algún momento, los objetos ya no pudieran soportar el peso de la inmovilidad y se soltaran de golpe, sin que nadie pudiera oírlos al caer. Solo el silencio lo advertía, y apenas por un instante.

Debería haber dejado el crucifijo donde había decidido quedarse. No sé por qué me agaché para recogerlo y, al levantarlo del suelo, me pinché con una de las espinas. Se me escapó un quejido.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfredo, preocupado.

—Nada —lo tranquilicé. Instintivamente me había llevado el dedo a la boca y notaba el sabor de mi propia sangre.

Arrepentida de haber ignorado la voluntad del objeto, iba a dejar el crucifijo en el suelo, pero me detuve. Al deslizarse por la pared, la cruz debió de golpear el rodapié, que a su vez se había desprendido.

Detrás había un hueco.

—Ven a ver esto —le dije a Alfredo. Me temblaba la voz.

Se acercó y bajó la mirada. No hicieron falta más explicaciones: habíamos pensado lo mismo. Nos arrodillamos para mirar dentro del hueco que se abría entre los ladrillos. Dirigí el haz de luz del teléfono.

No nos habíamos equivocado: era un escondite. Alfredo alargó el brazo para sacar lo que había dentro.

4

—¿Qué es esto?

La pregunta de Alfredo resumía el asombro de ambos, aunque era totalmente innecesaria: resultaba bastante evidente lo que había sacado de aquel hueco.

Era un fajo de cartas sujeto con una goma amarilla. Y en el espacio de detrás del rodapié había más paquetes. Decenas y decenas de sobres blancos, todos iguales, de los más corrientes. El tiempo los había respetado: el papel solo se había vuelto amarillento.

Sin remitente. Sin destinatario. Pero los sobres estaban cerrados. A primera vista, eran cartas que nunca habían sido enviadas.

Los enfoqué con la linterna del teléfono para examinarlos mejor, y Alfredo y yo reparamos en lo mismo. Sentí un nudo en la garganta e intenté tragar saliva, pero no pude. Había otro elemento que tenían en común.

El sello de correo ordinario, de setenta y siete céntimos, con la imagen de unas inquietantes bailarinas sonrientes.

Novena parte

EL SECRETO DE BEATRICE C.

1

La sola idea de que la carta anónima que había dado conmigo en el pueblo de pescadores pudiera proceder de ese reino de muerte me perturbaba completamente.

Pero el sello era un vínculo inequívoco, además de la prueba de que no había sido yo quien me había enviado el recorte de periódico a mí misma.

Para Alfredo, en cambio, no era más que una coincidencia.

Me habría gustado estar de acuerdo, porque resultaba más reconfortante pensar que me había implicado yo sola en aquella historia que tener que admitir que no existía una explicación racional.

Era ya media tarde cuando regresamos a casa. Él no volvió a mencionar el sello. Me di cuenta de que, después de que le revelara que mi nombre era Victoria y no Lidia, cuando se dirigía a mí aún no sabía cómo llamarme. También la historia de Nic debía de haberle dejado huella; lo intuía porque tenía la impresión de que guardaba cierta distancia. Solo esperaba que aquella confesión no hubiera abierto una grieta entre los dos.

Alfredo no era Nic y no debía castigarse por lo que había hecho otro.

Después de dejarme en el pequeño chalé, se fue a recoger a Greta, que había pasado el día entero con la terapeuta del TDAH. Me prometió que no volvería muy tarde.

Como siempre, el atardecer marcaba la línea divisoria de sus días y procuraba estar en casa antes de que oscureciera del todo.

Aún no sabía qué se ocultaba en las noches de Nazareth ni por qué era aconsejable encerrarse en casa. Pero no lograba olvidar la única vez que no seguí esa pauta.

«Sálvate».

Fuera cual fuese la amenaza, aquella advertencia me bastaba. No volvería a quebrantar la regla de la oscuridad.

Desde la ventana del salón observé a Alfredo maniobrando con el coche mientras se alejaba y me dejaba sola. El cielo se estaba llenando rápidamente de nubarrones. Me refugié junto a la chimenea apagada y encendí un cigarrillo; las bocanadas grises se escapaban hacia el tiro.

Me habría gustado abrir las cartas que habíamos encontrado en el escondite, pero Alfredo me lo había impedido. Me habría gustado comprobar enseguida si la coincidencia de los sellos significaba algo, pero él se había opuesto con firmeza.

Sostenía que debían hacerlo los carabineros, puesto que aquellas cartas podían aportar indicios inéditos para reabrir la investigación de los hechos de hacía diez años. Por tanto, había que tratarlas como una nueva prueba. Ya era bastante censurable que hubiéramos sido nosotros quienes las sacaran del escondite, sin esperar la intervención de las fuerzas del orden. Al dejarme en casa, Alfredo añadió que él mismo se encargaría de informar a quien correspondiera e intentaría rebajar nuestra responsabilidad, dado que nos habíamos introducido en el caserón rojo de manera fraudulenta y, encima, para llevar a cabo un registro no autorizado.

Pensé que todo aquel celo no era más que una forma de enmascarar el miedo. La excusa perfecta para no tener que enfrentarse a cualquier verdad que pudieran ocultar aquellas cartas.

En cualquier caso, mis objeciones no habían servido para hacerle cambiar de idea. Incluso le dije que, como periodista, no solo tenía el derecho, sino también el deber de seguir aquella pista. No me escuchó. Nos marchamos del caserón rojo sin apenas dirigirnos la palabra. Era la primera vez que chocábamos de verdad.

Para calmarme, me fumé tres cigarrillos seguidos y luego subí a darme una ducha caliente. Después de ponerme una sudadera y unos vaqueros, me tomé mi dosis de ansiolíticos. Bajé otra vez; aún tenía el pelo mojado, pero me había entrado hambre. Con lo que había en la nevera y en la despensa, improvisé una especie de ensalada de atún con tomate y me hice unas tostadas con un poco de pan duro.

Me comí mi parte y dejé el resto para Alfredo y Greta. Tenía la intención de encerrarme en mi cuarto; no me apetecía ver a nadie.

Hacia las ocho los oí llegar. Estaba intentando leer un libro, pero no conseguía concentrarme. Dejé la lectura al oír que padre e hija discutían acaloradamente. Por lo general era solo ella quien gritaba mientras él callaba, esperando a que la tormenta amainara sola. Esta vez, en cambio, Alfredo respondía a las provocaciones de Greta. Desde donde yo estaba no entendía bien lo que decían. Pero comprendí cuál era el motivo de la pelea cuando la niña gritó:

—No la quiero aquí. ¡Tiene que irse!

Luego la puerta del cuarto de Greta se cerró de un portazo. De tantas veces como la había oído golpear, me preguntaba cómo seguía aún sujeta a las bisagras.

Después se hizo el silencio.

Esperaba que de un momento a otro la niña pusiera el estéreo a todo volumen, como hacía siempre, pero no ocurrió.

Desde abajo, sin embargo, llegaban los ruidos de Alfredo moviéndose por la cocina. Esos sonidos subían a través del suelo y, de manera instintiva, miré hacia abajo. Me lo imaginé solo y nervioso, revolviendo armarios y cajones en busca de quién sabe qué. Probablemente ni siquiera se había dado cuenta de que le había dejado la cena preparada.

En ese momento se me fue la vista al dedo de la mano con la que aún sujetaba el libro. En el punto donde me había pinchado con el crucifijo de espinas se había formado una pequeña costra. Me quedé mirando la herida. Aunque estaba cicatrizando, aún escocía un poco.

Pensé que mi sangre se había quedado en aquella cruz. En realidad, en todas las que había visto en el caserón había sangre, como si fueran una especie de exvotos. ¿De quién era esa sangre? ¿Para qué servían aquellas cruces?

Abajo se oyó un estrépito de cristales rotos que me hizo dar un respingo. Después llegaron unas frases ininteligibles de Alfredo, que sonaban a alguna clase de maldición. Seguramente blasfemias suaves dirigidas a divinidades inventadas, para no ofender a las verdaderas.

Tras pensarlo un poco, me levanté de la cama y decidí bajar.

Lo encontré de rodillas en el suelo, recogiendo los restos del cuenco en el que yo había preparado la ensalada de atún con tomate. Ni siquiera había encendido la luz; era normal que al final hubiera acabado provocando un desastre.

Sin decir palabra, me arrodillé a su lado y empecé a recoger los fragmentos de cristal, procurando no cortarme con los trozos más afilados. Él tampoco dijo nada al ver que lo ayudaba.

—Te preparo otra cosa —le propuse.

—No tengo hambre —replicó. Seguía resentido conmigo.

—No puedes quedarte sin cenar —contesté yo a mi vez—. Te haré un plato de pasta.

Él no volvió a abrir la boca. Cuando terminamos de recoger, fue dócilmente a sentarse a la mesa. Habría querido preguntarle cómo habían reaccionado los carabineros ante el descubrimiento de las cartas, pero no lo hice porque era demasiado orgullosa y no quería que mi pregunta pareciera una claudicación.

En lugar de eso, empecé a trastear en los fogones. Puse una olla con agua al fuego para cocer la pasta. Pensaba preparar unos espaguetis con ajo y aceite, porque no había muchas más opciones. Además, me había vuelto a entrar hambre. También estaba segura de que el aroma sacaría a Greta de su habitación. La pasta es un recurso excelente para apaciguar a la gente. Quizá aún quedaba esperanza de devolver un poco de calma a la casa.

Los espaguetis estaban casi al dente y yo me dedicaba a dorar el ajo en la sartén cuando, por el rabillo del ojo, vi a Alfredo levantarse y acercarse a la nevera. La abrió, sacó dos botellas de cerveza fría y volvió a su sitio. Las destapó y llenó los vasos de los dos. Luego volvió a hablarme.

—Los carabineros no se dieron cuenta —dijo.

Me volví hacia él con expresión interrogativa.

Alfredo siguió hablando sin mirarme.

—Durante el registro que hicieron hace diez años, nadie advirtió el escondite de detrás del rodapié. Y eso que registraron el caserón de arriba abajo.

—No era fácil descubrir aquel hueco —dije, para calmar su desazón.

—Exacto —replicó.

Yo seguía sin entenderlo.

Alfredo dejó de servir la cerveza y se quedó inmóvil. Seguía evitando mi mirada.

—No se cayó solo —dijo.

Comprendí que se refería al crucifijo de espinas que nos había permitido descubrir el escondite.

—Creo que lo dejaron ahí a propósito.

Alguien había retirado el rodapié dejando el hueco al descubierto. Y había dejado la cruz de tallos de rosa en el suelo para indicar que en el hueco de la pared había algo.

Comprendí entonces que Alfredo no había informado a nadie de nuestro hallazgo. Los carabineros no sabían nada. Por fin levantó la vista y nos quedamos mirándonos durante un larguísimo momento. El ajo se estaba quemando en el aceite de la sartén, pero en aquel momento a ninguno de los dos le importó.

Entonces mi amigo dijo:

—He vuelto al caserón rojo.

Antes de que pudiera preguntarle por qué, se metió una mano en el bolsillo y sacó un sobre blanco.

—He cogido uno al azar —dijo—. Así podremos abrirlo y ver qué contiene. Y después, si hace falta, avisaremos a alguien.

2

«Creo que lo dejaron ahí a propósito».

Había una similitud inquietante entre el crucifijo de espinas usado como señal y la carta anónima que me había conducido a Nazareth. Parecían obra de la misma mano invisible que, desde la oscuridad, nos guiaba hacia algo indefinido. Tal vez hacia una nueva verdad.

Apagué el gas bajo las cacerolas; total, la pasta ya se había pasado y el aliño era irrecuperable. Me limpié las manos con un paño de cocina para no manchar el sobre, me acerqué a Alfredo y cogí con delicadeza la carta que me tendía. Me pasó un cuchillo de cocina para usarlo como abrecartas. Lo deslicé bajo la solapa y fui pasando la hoja por el borde hasta abrirlo por completo.

Saqué el contenido con dos dedos. Era una hoja doblada por la mitad. La abrí sin saber qué esperar. Había un texto escrito con un bolígrafo corriente de tinta azul.

La letra era suave, delicada. El trazo, femenino.

Me senté a la mesa junto a Alfredo. Los dos clavamos la vista en las frases que llenaban densamente aquella única página.

Querido Roman:

Vuelvo a escribirte en esta sombría jornada de invierno. La extensión de niebla sobre los campos, al otro lado de mi ventana, parece un cuadro silencioso y melancólico, más o menos como yo.

Te alegrará saber que los niños están más obedientes y serviciales desde la llegada de su nueva hermanita. Luigia a menudo me echa una mano en casa y ya se ocupa sola de su potrillo. Con este tiempo no puede montarlo, pero no se queja. Giacomo también está más responsable últimamente; fíjate que ayer mismo recogió su cuarto sin que yo tuviera que decírselo como de costumbre. Tendré que cortarle el pelo, porque no deja de caerle sobre los ojos y no soporto verlo tan desaliñado.

La nota amarga es que no hay manera de que Caterina duerma por la noche. El pediatra me había asegurado que, después del cuarto mes, el ritmo de sueño y vigilia se estabilizaría un poco, pero sigue despertándose una y otra vez. El pobre Lorenzo ha empezado a roturar la tierra de cara a la próxima siembra, así que procuro no molestarlo, ya que se levanta antes del alba y además tiene que ocuparse de los animales. De modo que, cuando la niña empieza a llorar, la saco de la cuna y me la llevo abajo; a menudo nos quedamos dormidas, agotadas, en el sillón del salón. ¡Te ahorro los detalles sobre las «alegrías» de la lactancia!

Después de haber tenido ya dos hijos, debería estar acostumbrada a la rutina con un lactante y, sin embargo, estoy exhausta. No recordaba que fuera tan duro. Tal vez porque los dos primeros nacieron en la ciudad, no en el campo. Aquí todo me pesa más, y no creo que sea solo una impresión.

Los días en casa se hacen larguísimos. Aunque siempre tengo cosas que hacer, el tiempo pasa igual de despacio. Lorenzo está fuera todo el día y no lo veo nunca. A menudo me quedo sola con la pequeña y te confieso que estoy deseando que los mayores vuelvan del colegio, aunque solo sea para poder intercambiar unas palabras con alguien.

Caterina tiene cólicos y no para de llorar, y yo estoy desquiciada. Figúrate que la oigo incluso cuando se calla; ¡creo que me estoy volviendo loca! Cuando por fin se duerme, el silencio aparece como un alivio y yo estoy tan cansada que me derrumbo también. ¡No te imaginas cuántas veces me he despertado con la cabeza apoyada sobre la mesa de la cocina!

A veces lloro. No sé por qué; me pasa y ya está. No me atrevo a decírselo a nadie. Solo a ti, querido Roman. Porque me conoces desde hace tanto tiempo que sé que puedes comprenderme y que no me juzgarás.

Me doy cuenta de que, por estas líneas, podría parecer que soy profundamente infeliz, pero no debes hacerte una idea equivocada. Somos muy felices aquí. Y aunque ahora me queje un poco, hay momentos en que la tristeza se desvanece y hasta me olvido del cansancio. A veces sucede con un beso inesperado de Giacomo, que

suele fingir que ya no necesita mis mimos. O si oigo a Luigia reírse a carcajadas cuando su padre le hace cosquillas mientras juegan en el salón después de cenar. O al descubrir que Caterina empieza a percibir el mundo que la rodea: veo su asombro y me parece un milagro.

A pesar de que a veces me pregunto si fue una decisión acertada venir a vivir aquí, luego miro a los niños y veo que están a gusto, y eso me reconforta.

Como sabes, contarte nuestra pequeña vida de provincias me ayuda mucho. A estas alturas, el ritual de escribirte con regularidad se ha convertido en una forma de decir cosas que de otro modo tendría que guardarme dentro. Ahora tengo que dejarte; me espera una colada, y no puedes imaginar la ropa que ensucian tres niños alborotadores y un marido.

Un último apunte antes de irme. Ya te hablé de mi hada; ya te conté que una vez me dejó la taza en la que me tomo mi infusión de siempre lavada y colocada en el escurridor al lado del fregadero. Pues bien, ayer volvió a manifestarse. Abrí el grifo de la bañera con la intención de bañar a Caterina, pero me puse a darle el pecho y se me olvidó. Cuando volví a comprobarlo, mi hada había cerrado el grifo; de lo contrario, se habría inundado todo. Ya sé que es una tontería por mi parte pensar que de verdad hay un espíritu benévolo velando por mí, pero me consuela mucho creerlo y no hago daño a nadie si me permito un poco de ilusión, ¿no te parece?

Te echo de menos, querido Roman. No sabes hasta qué punto. En cuanto tenga un poco de tiempo, volveré a escribirte. Lorenzo no entendería esta necesidad mía de comunicarme contigo y de mantener vivo nuestro vínculo. Te lo ruego, guarda el secreto de esta correspondencia entre nosotros. Yo haré lo mismo.

Con todo mi amor,

BEATRICE

Cuando terminamos de leer, Alfredo y yo intercambiamos una larga mirada. La situación de la que éramos testigos nos parecía

sencillamente absurda.

Beatrice hablaba de una correspondencia «regular». Las cartas escondidas detrás del zócalo iban, por tanto, dirigidas a un único destinatario.

—¿Quién es Roman? —preguntó Alfredo, poniendo voz a la pregunta que nos inquietaba a los dos.

Por desgracia, no teníamos la respuesta.

—En los sobres no figura ninguna dirección —añadí, avivando aún más la duda—. Simplemente llevan el sello.

No salíamos de nuestro asombro.

Alfredo se levantó y empezó a deambular por la cocina, como si persiguiera las respuestas que no lograba atrapar.

—¿Por qué no las llegó a enviar nunca?

Me di cuenta de que el hallazgo inesperado del caserón rojo, aquel tesoro de confidencias escondido detrás de un rodapié, era demasiado perturbador incluso para él. Se añadían nuevos enigmas capaces de volvernos locos.

Aquel «Con todo mi amor» al final de la hoja… ¿era el famoso secreto de Beatrice? ¿Qué sentido tenía declarar un sentimiento así a alguien que nunca llegaría a saberlo?

¿Había descubierto Lorenzo la correspondencia secreta de su mujer y eso desencadenó su furia? Entonces, ¿por qué seguían las cartas guardadas, intactas, dentro del escondite? Pero la pregunta más acuciante era otra:

—Si, como dices, alguien ha querido señalarnos el hueco de detrás del rodapié, significa que conocía el secreto de Beatrice —dije —. ¿O es que también nosotros tenemos que creer en la intervención de un hada? —pregunté con sarcasmo.

Mi amigo parecía perplejo. Pero solo había una manera de averiguar a qué nos estábamos enfrentando en realidad. Y fue el propio Alfredo quien la propuso:

—Tenemos que volver al caserón para recoger las otras cartas.

3

—Mira esto —me dijo Alfredo, enseñándome la hoja que tenía en la mano—. Aquí Beatrice escribe: «Querido Roman, hoy a Caterina se le ha caído el cordón umbilical; lo he guardado en un pañuelo de lino, como hice con los de Luigia y Giacomo».

—Así que, con toda probabilidad, se trata de los días inmediatamente posteriores al parto —concluí.

Al amanecer estábamos sentados en el suelo de lo que en otro tiempo había sido el dormitorio matrimonial de Beatrice y Lorenzo C. Habíamos sacado los sobres del escondite de detrás del zócalo. Después de quitar las gomas de los fajos en que estaban agrupados, los contamos.

En total eran setecientos sesenta y nueve. Una barbaridad. Luego empezamos a abrirlos.

Como imaginábamos, su contenido iba destinado siempre y exclusivamente a los ojos del misterioso Roman. No figuraba ninguna fecha y, para nuestra frustración y desconcierto, también descubrimos que las cartas habían sido agrupadas sin ningún orden cronológico.

Nos rodeaban las hojas que habíamos ido esparciendo por el suelo y a las que intentábamos dar un orden secuencial antes de ponernos a analizarlas.

Nos habíamos convencido de que aquellos textos formaban una especie de diario íntimo y de que Beatrice había empezado a escribirlo poco después de dar a luz a su hija menor.

Si era así, en dos años había escrito una media de casi una carta al día.

Nuestro objetivo era encontrar la primera, la que, según pensábamos, nos daría la clave para entender el resto, así como el sentido del comportamiento de la mujer. Siempre que lo hubiera.

Pero nos interesaban sobre todo las últimas misivas, las que tal vez nos revelaran qué estaba ocurriendo en la familia C. en vísperas de la masacre.

Sin embargo, la tarea estaba resultando bastante ardua.

Habíamos adoptado algunos criterios de clasificación, como el paso de las estaciones o los avances en el crecimiento de Caterina. Su primer diente, su primera palabra. Pero, tras dos horas de intentos inútiles, nos dimos cuenta de que no había manera de establecer un método.

—Basta, me rindo —dijo Alfredo, dejando caer las hojas que tenía en la mano. Estaba desanimado—. Es imposible catalogar todo esto: algunas cartas solo contienen reflexiones o pensamientos dispersos; a veces me parecen delirios.

No comenté nada. Lo vi levantarse del suelo y estirar las piernas después de haber permanecido tanto rato en una postura incómoda. Estaba nervioso.

—Deberíamos concentrarnos en el contenido de las cartas —afirmó.

Y tenía razón.

La verdad es que, al hojearlas por encima, varias cosas se me habían quedado grabadas.

—Pues tendremos que adoptar otro enfoque —propuse.

Habíamos dormido poco para volver enseguida al caserón rojo, pero nuestras expectativas ya parecían haberse frustrado. Probablemente Beatrice no se había propuesto ningún objetivo con aquellas cartas y se había limitado a seguir una especie de impulso interior. O quizá había una explicación más sencilla. La mujer se pasaba gran parte del día sola en casa con una niña que todavía no hablaba, de modo que sencillamente sentía la necesidad de desahogarse con alguien, aunque solo fuera un amigo especial o un antiguo novio.

Porque una cosa estaba clara: Roman no estaba presente en la vida de Beatrice.

No era un amante secreto, aunque nadie podía descartar que lo hubiera sido. Seguía teniéndole cariño, pero estaba lejos físicamente y quizá incluso fuera inaccesible; de lo contrario, le habría enviado

las cartas.

Como no nos parecía útil centrarnos en él, tras considerarlo un pretexto de Beatrice para hablar de su insignificante vida en el campo, tomamos la decisión de leer las cartas en orden aleatorio, buscando pasajes o detalles que pudieran orientarnos hacia una verdad nunca revelada.

Con la luz del día filtrándose por las contraventanas cerradas, empezamos a examinar mejor todo aquel material. Alfredo se instaló en un pequeño sillón; yo, en cambio, me quedé sentada en el suelo con las piernas cruzadas. En el aire había un olor dulzón que, con el paso de las horas, se volvió cada vez más persistente y desagradable. Se parecía mucho al aroma floral que yo había percibido en presencia de Lorenzo C. Quizá fuera también el olor que acompañaba a Hermano Lobo. Alfredo no parecía advertirlo, así que no hice ningún comentario sobre ello.

—Escucha esto… —dije en cierto momento—. «Hoy no quería levantarme de la cama; si pudiera, me pasaría durmiendo todo el tiempo. Le he dicho a Lorenzo que me dolía el estómago, pero no era verdad. Lo he dicho solo para tener una excusa y no mandar a Luigia al colegio, para que se ocupara ella de la pequeña, aunque fuera por un día».

—Yo también he encontrado algo parecido —dijo Alfredo cogiendo una hoja que había separado—. «Aquí todos los días son iguales y no hay manera de escapar de este tiempo que no pasa nunca. Querría ver a alguien, saber que sigue existiendo un mundo más allá del horizonte de esta llanura. Ciudades, personas, ruido».

Pero la situación parecía empeorar.

—«A veces estoy tan cansada que todo me molesta» —leyó Alfredo en otra carta—. «Por ejemplo, hoy los niños se peleaban por un motivo que, francamente, ya ni recuerdo. Les pedí que parasen, pero no me hicieron caso. Se lo repetí, pero nada. Entonces exploté y me puse a gritar. Nunca lo había hecho antes; siempre he sido una persona bastante paciente y equilibrada, sobre todo con ellos. Giacomo y Luigia dejaron de discutir y me miraron como si en aquel momento yo ya no fuera su madre. Fue horrible. Habría querido abrazarlos y pedirles perdón. En lugar de eso, tuve que salir

corriendo al baño a vomitar. Soy una persona terrible».

Alfredo y yo nos miramos sin decir nada, pero lo que estábamos descubriendo no nos gustaba en absoluto. ¿Qué le estaba pasando a aquella mujer? Su reacción desproporcionada parecía el anuncio de un inminente colapso nervioso.

—«Tengo miedo de que el silencio de esta casa esconda algo, algo malo» —leí en una carta que parecía de algún tiempo después—. «A veces, durante el día, mientras Caterina por fin duerme, me entran ganas de despertarla para que su llanto llene todo este vacío que me atormenta, porque este silencio se parece a la muerte».

¿Qué era exactamente lo que temía Beatrice? A medida que pasaban los meses, su malestar se hacía cada vez más evidente, igual que su aversión a la vida en el campo.

Pero también había otra señal de alarma: las alusiones al hada se volvían cada vez más frecuentes.

Sobre eso, Alfredo encontró otro pasaje significativo:

—«Estoy harta de todos, harta de este sitio, harta incluso de mí misma. Parece que a nadie le preocupa lo que me pasa. Menos mal que está mi hada para recordarme que soy importante. Esta tarde, mientras le daba el pecho a Caterina en el sofá, las dos nos hemos quedado dormidas. Solo recuerdo que soñaba que tenía frío, pero luego la sensación desapareció y, cuando me desperté, tenía una manta encima… No sé si alegrarme o asustarme…».

—Esta historia no me gusta —dije—. Y no me refiero solo al insomnio; en todo esto hay algo de paranoia.

Alfredo estaba de acuerdo conmigo.

—Y además tengo la impresión de que la situación siguió deteriorándose.

Como para confirmar su impresión, poco después leí:

—«Ha pasado algo y estoy fuera de mí… Necesitaba contártelo por escrito porque, cuando se lo he contado a Lorenzo, no me ha creído… Esta mañana estaba sola en casa con Caterina y la he oído llorar en la cuna. He ido a verla y he visto que lloraba porque había ensuciado el pañal. En ese momento ha sonado el teléfono y he tenido que dejarla para contestar. Era uno de nuestros malditos proveedores de fertilizantes y solo me he separado de ella unos

minutos, te lo juro. Cuando estaba a punto de colgar, Caterina ha dejado de llorar. Preocupada, he vuelto enseguida a su cuarto. Por suerte no le había pasado nada; sencillamente, se había calmado. Pero cuando he mirado su pañal estaba seco y limpio. ¿Ha sido el hada? ¿Tengo que empezar a pensar que existe de verdad? Lorenzo sostiene que he sido yo la que ha cambiado a la niña y luego lo he olvidado. No sé qué me asusta más: la idea de haber perdido el control de mí misma o la posibilidad de que esté ocurriendo realmente algo a mi alrededor que no consigo explicarme…».

—Así pues, era Beatrice la que tenía lagunas de memoria —afirmó Alfredo.

Lorenzo C. había mencionado los pequeños lapsus de memoria que acompañaban a sus migrañas durante el periodo convulso que precedió a los asesinatos. El hombre había puesto varios ejemplos: encontrar en un cajón el manojo de llaves que estaba convencido de haber dejado sobre una repisa; el cambio de lugar del antihistamínico de su hijo, que siempre dejaban a mano por si sufría un ataque de alergia; o aquella vez en que se dejó encendido el soldador que estaba usando en una reparación doméstica, con el riesgo de provocar un incendio.

—Lorenzo aceptó asumir la responsabilidad de esos descuidos por culpa de los dolores de cabeza que lo debilitaban —recordé.

—¿Y por qué su mujer dejó que fuera él quien cargara con la culpa? —se preguntó Alfredo.

Pero poco después encontramos en las cartas algo aún peor:

—«Los perros ladran todas las noches» —leí—. «Lorenzo está convencido de que alguien se cuela en la finca mientras dormimos, pero yo no lo creo. Más bien pienso que perciben algo que ya está aquí, quizá dentro de nuestra propia casa. No sé qué es, pero ya no la llamo "mi hada". Sea lo que sea, ya no creo que sea benévola ni que quiera ayudarme. Como sabes, hace tiempo que siento a mi lado esa presencia invisible. Ahora los perros también me dan la razón».

El sargento B. nos había hablado de las sospechas de Lorenzo sobre intrusiones nocturnas en su propiedad, que lo llevaron a presentar una denuncia contra desconocidos. Los carabineros

supusieron que se trataba de ladrones de maquinaria agrícola, aunque en el caserón rojo nunca había desaparecido nada.

Pero, por lo que se desprendía de las cartas, Beatrice estaba convencida de que el intruso se encontraba dentro de la casa.

—Esa mujer estaba perdiendo el contacto con la realidad —afirmó Alfredo. Luego leyó—: «Ayer llevamos a los niños al pediatra del pueblo. Al volver me encontré un plato roto en el suelo de la cocina. Los trozos estaban esparcidos por todas partes y entendí que no se había caído sin más de una de las baldas. Alguien lo había tirado con fuerza, quizá incluso con rabia. Le pedí a Lorenzo que nos sacara del caserón, porque no quería pasar ni una noche más aquí. Le propuse ir al motel de la carretera y luego buscar otro sitio donde quedarnos todos. Pero no quiso ni oír hablar de ello. Me miró como si me hubiera vuelto loca. Me acusó de montar un drama por un simple plato roto. Pero yo sé que no es así, que hay algo que nos amenaza a todos, y yo no quiero seguir en esta casa. Él, en cambio, no lo entiende. ¿Por qué no lo entiende?».

¿La amenaza a la que se refería Beatrice estaba fuera o dentro de sí misma?

Entre todas las rarezas que rodeaban la historia de ese crimen, me vino a la mente la pequeña huella dactilar hallada en el cuchillo, que no pertenecía a ninguno de los miembros de la familia C.

Estaba segura de que Alfredo estaba pensando lo mismo, pero que, igual que yo, no se atrevía a decirlo en voz alta.

Mientras tanto, el viento había empezado a soplar con fuerza en el exterior del caserón. La coincidencia de ese fenómeno atmosférico resultaba inquietante: aquella tormenta era una metáfora perfecta de lo que había ocurrido hacía diez años en la mente de Beatrice C.

Mientras seguíamos leyendo sus palabras, Alfredo y yo asistíamos, impotentes, a algo que aún no éramos capaces de comprender del todo.

—«Caterina estaba jugando tranquilamente en su parque en el salón, mientras yo vaciaba la lavadora, pero podía oírla, así que la vigilaba a distancia… De repente se ha puesto a reír. Pero no era una de sus risas habituales. Caterina solo se ríe así cuando alguien le hace cosquillas. Como estábamos solas en casa, he ido enseguida a

ver qué estaba pasando, y en cuanto me ha visto, ha dejado de reír. ¿Quién le hace cosquillas a mi niña, Roman? Ya no sé qué pensar…».

Aquel ataque de celos irracionales era síntoma de un trastorno profundo. Todo indicaba que Beatrice C. había perdido la lucidez. La confirmación llegó con una carta en particular.

—«Ayer oí a Lorenzo hablando por teléfono con nuestra doctora de cabecera; creía que no me daba cuenta» —leí, casi sin creerlo—. «No sé qué se dijeron, pero le prometió que me convencería para ir a su consulta. Ni hablar».

Levanté la vista hacia mi amigo periodista.

—¿Sabes quién es la doctora? —le pregunté.

—Debe de ser la doctora D. E. —respondió—. Quizá deberíamos ir a verla.

4

Era el típico consultorio de un médico rural. Una casita baja en el centro de Nazareth. En la puerta había carteles de las campañas de vacunación, el horario de consulta y un aviso con un número de teléfono para llamar en caso de emergencia.

Interceptamos a la doctora D. E. saliendo de allí poco después del mediodía. Estaba a punto de subirse a una bicicleta cuando nos acercamos.

—Doctora… —la llamó Alfredo.

A esa hora no había nadie por la calle. Ella se volvió, sorprendida de vernos.

Cabello castaño oculto bajo un gorro de lana, ojos marrones intensos, apenas maquillada. Calculé que tendría más o menos nuestra edad. El voluminoso plumífero oscuro le entorpecía los movimientos. Tenía un aire familiar, aunque estaba segura de que no la había visto nunca.

—Es tarde, tengo que ir a ver a un paciente —nos atajó enseguida, ajustándose el bolso cruzado. Ni siquiera nos había preguntado quiénes éramos, así que supuse que había reconocido a Alfredo.

—Solo un minuto —prometió mi amigo.

—No lo tengo, lo siento.

Echó a andar empujando la bicicleta por la acera. Hacía todo lo posible por evitarnos. Resultaba extraño que no quisiera ni siquiera saber por qué estábamos allí.

—Se trata de Beatrice C. —dijo Alfredo, pero pareció empeorar la situación.

—No puedo hablar de mis pacientes —replicó ella, seca—. Y menos con un periodista.

Era evidente que no podía violar el secreto profesional. De hecho,

yo no esperaba que la iniciativa de Alfredo diera ningún resultado. Incluso había intentado disuadirlo: habría sido mejor emplear el tiempo en seguir examinando las cartas. Pero no quiso escucharme.

—Poco antes de los asesinatos, ¿hablaste con Beatrice? —insistió Alfredo.

El tono cercano de mi amigo me sorprendió. Luego comprendí que tal vez intentaba apoyarse en el hecho de que se conocían para romper su resistencia. Pero ella no respondió; al contrario, nos ignoró.

—Sabemos que el marido de Beatrice te llamó y que concertasteis una cita con ella. ¿Llegó a producirse ese encuentro? —la apremió el periodista, siguiéndola.

La doctora D. E. continuaba caminando con la bicicleta, dándonos la espalda.

Alfredo no se rindió.

—Es importante —dijo—. Esa mujer tenía un secreto.

Ante esa afirmación, para mi sorpresa, la mujer se detuvo. Se volvió hacia nosotros.

—Tenéis cinco minutos —dijo, con un tono que no admitía ninguna negociación.

Alfredo empezó diciendo:

—Dentro de los límites de la confidencialidad médica, ¿hay algo que no dijiste en su momento porque quizá nadie te lo preguntó?

La doctora lo pensó un instante y decidió responder:

—El nacimiento de Caterina se convirtió en una experiencia problemática para Beatrice —dijo, confirmando nuestros temores.

—¿Y hubo algún motivo concreto? —pregunté.

—Creo que el detonante fue el parto en casa —respondió—. Aunque Lorenzo se opuso, durante todo el embarazo Beatrice no quiso que la atendiera ningún ginecólogo. No se hizo revisiones ni pruebas de control; siempre encontraba alguna excusa para posponerlas.

—¿Y por qué? —Me parecía absurdo.

—Creo que la idea de tener un tercer hijo en Nazareth fue de Lorenzo. En su cabeza era como echar raíces en el lugar al que se habían trasladado con los niños, ya que ninguno de ellos había

nacido aquí.

—Beatrice accedió al deseo de su marido —dijo Alfredo—. Quizá no someterse a las revisiones era una forma de negarse a sí misma que estaba embarazada.

—Es posible —convino la doctora—. El caso es que, la noche en que empezaron las contracciones, Beatrice comprendió enseguida que no llegaría al hospital y fue presa del pánico. Además, llovía a cántaros y las carreteras estaban impracticables. Fue Lorenzo quien la ayudó a dar a luz. Me llamó hacia las dos de la madrugada y le indiqué lo que debía hacer. Supo seguir bien mis instrucciones. Por culpa del temporal, no pude ir hasta la mañana siguiente. Caterina y su madre estaban bien, gracias a Dios. Pero Beatrice quedó muy afectada. Los meses posteriores fueron muy duros para ella. No soy psicóloga, pero por lo que contaba su marido se apreciaban signos bastante claros de una depresión posparto grave: sensación de incapacidad, de inadecuación, cansancio crónico, cambios de humor.

—Pero había algo más, ¿verdad?

—Reacciones emocionales desproporcionadas, lagunas de memoria, manía persecutoria, paranoia —enumeró.

Esos síntomas encajaban perfectamente con la figura del «hada buena», que con el tiempo se había convertido en una presencia invasiva y perturbadora.

«Hay algo que nos amenaza a todos, y yo no quiero seguir en esta casa».

—¿Beatrice llegó a acudir a aquella cita con usted, la que concertó su marido? —pregunté.

—Nos vimos, sí —reveló la doctora—. Al final él logró convencerla y hablamos durante cerca de una hora.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Alfredo.

La mujer hizo memoria un momento.

—Unas semanas antes de que Lorenzo hiciera lo que hizo —dijo, como si evitara nombrar directamente los asesinatos.

—¿Qué impresión le causó ese encuentro? —pregunté. No esperaba que entrara en detalles; ya había sido bastante generosa con sus revelaciones.

Pero, una vez más, la doctora D. E. me sorprendió.

—La paciente restaba importancia a nuestras preocupaciones, a las mías y a las de su marido. Decía que estaba bien. Pero se la veía tan tensa que llegué a temer de verdad por ella.

Recordé la postura de Beatrice C. en la foto familiar. La rigidez de la sonrisa, la mano cerrada en un puño: gestos que delataban su incesante lucha interior.

—¿Y qué temías exactamente? —Alfredo había intuido algo, pero quería una respuesta clara sobre ese punto.

El móvil de la doctora empezó a sonar. Sin duda fue providencial para ella, porque le ofrecía una tregua en nuestro interrogatorio. De hecho, sacó el teléfono del bolso y contestó de inmediato.

—Llego en un momento, podéis empezar a comer —dijo a su interlocutor—. El *sformato* está en el horno, solo hay que calentarlo un poco.

Nos había mentido al principio: no tenía prisa por ir a ver a ningún paciente. Volvía a casa con su familia. ¿Por qué esa mentira? Por el tono, parecía hablar con un niño o una niña, quizá su hijo o su hija. Colgó.

—¿Hemos terminado? ¿Puedo irme? —nos preguntó, molesta—. Creo que ya han pasado los cinco minutos que os concedí.

Pero a mí no me bastaba. Poco antes, la doctora había mencionado a Dios y me había fijado en que llevaba una cadenita con un crucifijo.

—¿Beatrice era creyente?

Ella negó con la cabeza.

—Ni ella ni Lorenzo lo eran. Lo sé con certeza porque no bautizaron a sus dos primeros hijos y se negaban a hacerlo también con Caterina.

Entonces, ¿qué sentido tenían aquellas cruces hechas con tallos de rosa, diseminadas por toda la casa? Y el ritual que Lorenzo C. llevó a cabo después de la masacre, cuando marcó la frente de las víctimas con una X de sangre, tampoco parecía tener una explicación plausible. Por lo general, los ateos ni siquiera son supersticiosos. Todo remitía a Hermano Lobo. Una vez más, me pregunté si el hombre del sombrero de copa y las botas negras había tenido algún papel en los asesinatos.

La doctora seguía mirando la hora en el teléfono.

—Una última cosa —dijo Alfredo.

Pensé que iba a preguntarle si había oído mencionar a un tal Roman, pero le interesaba otra cosa.

—¿Los niños se dieron cuenta de que su madre no estaba bien?

—Exceptuando a Caterina, que era demasiado pequeña, evidentemente Luigia y Giacomo tenían edad suficiente para percibir que algo fallaba —respondió ella.

La mujer apartó la mirada un instante; la vacilación la delató.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —intentó decir, pero también se percató de que no la creíamos. Como ya era demasiado tarde para excusas, decidió darnos algo—: Mirad, la verdad es que, cuando hablé con Beatrice, me dio la impresión de que le guardaba rencor a Lorenzo.

La frase nos dejó descolocados.

La doctora D. E. no añadió nada más. Se subió a la bicicleta y se alejó sin siquiera despedirse.

Nos quedamos mirándola durante un rato. El viento arrastraba el polvo blanco de los campos por las calles de Nazareth, el pequeño pueblo, que entonces parecía deshabitado, adquiría un aire espectral.

—¿Por qué lo que acaba de contarnos no salió nunca a la luz? —le pregunté a Alfredo, refiriéndome sobre todo al estado psicológico de Beatrice. Estaba enfadada—. No hacía falta violar el secreto profesional, pero podría haber hecho saber a los investigadores de la masacre que su paciente sufría una grave depresión posparto. Habría sido suficiente —protesté—. Esa información podría haber ayudado a entender lo que ocurría en aquella familia.

Tenía la sospecha de que la doctora ocultó el estado mental de Beatrice porque temía que eso suavizara el juicio contra el asesino. Debía mantenerse la idea de que lo único que no funcionaba en esa familia era Lorenzo. Él era el monstruo. Punto.

Pero Alfredo tenía otra explicación para el comportamiento de la médica.

—Creo que la doctora D. E. necesitaba proteger la imagen de Beatrice C. como buena madre —dijo, enigmático.

Al principio, sus palabras me resultaron confusas. Pero un instante después recordé lo que Alfredo le había dicho al comienzo del encuentro para convencerla de hablar: aquella referencia al secreto de Beatrice.

La doctora D. E. también tenía uno. Y entonces comprendí por qué su rostro me había resultado familiar.

El parecido con Greta era asombroso.

5

Volvimos a casa por la tarde y, nada más abrir la puerta, me encontré con Greta. Me clavó de inmediato su habitual mirada feroz. Pero esa vez percibió algo en mis ojos, porque se contuvo y cambió de expresión.

Ahora sentía compasión por aquella chica. Su madre había vivido siempre a poca distancia de ella y, sin embargo, Greta pensaba que su fantasma habitaba en el dormitorio de arriba, entre los falsos recuerdos fabricados por su padre y la ilusión de que aquella mujer imaginaria, en su breve existencia, la había querido. Quizá Alfredo confiaba en que ese afecto falso le bastara a su hija el resto de su vida. Porque la verdad sería más cruel que cualquier ficción.

—Tengo hambre —dijo la chica.

—Voy a preparar la cena —respondió su padre, y nos dejó a solas.

Seguí mirándola, no podía evitarlo.

—A ver, ¿qué coño quieres? —me preguntó Greta. Pero el tono era menos agresivo de lo que parecía. Debía de haber intuido que lo que me alteraba tenía que ver directamente con ella.

—Nada —dije, bajando la mirada y pasando a su lado.

Aunque podría haber aprovechado para hostigarme con algún insulto, se limitó a observarme. Yo, en cambio, estuve tentada de abrazarla. Tener ese tipo de arrebatos hacia otros seres humanos no era propio de mí. Pero, como ya he dicho, Greta y yo nos parecíamos. Quizá se parecía más a mí que a su madre. A la inventada, y también a la real.

Salí a la parte trasera de la casa para fumar. Había comprado un par de paquetes en una máquina expendedora del pueblo. Calculaba que me los terminaría muy pronto. Había reducido la dosis de ansiolíticos para estar más concentrada y los cigarrillos eran el único modo de contener la tensión.

La noche se acercaba y hacía frío. Me arrebujé en el abrigo esperando el anochecer, que en Nazareth siempre era un momento cargado de misterio. Volutas de humo gris salían de mi boca junto con el aliento condensado. Para entrar en calor, saltaba de un pie a otro, pero deseaba con todas mis fuerzas que el cigarrillo no se acabara, que aquel instante suspendido en el tiempo se prolongara lo máximo posible.

Mientras tanto, observaba a Alfredo que, al otro lado de la ventana de la cocina, se afanaba preparando la cena. Esa vez no me había ofrecido a ayudarlo; necesitaba estar sola. Aun así, verlo me tranquilizaba. Envidiaba su capacidad para compartimentar la vida. Asesinatos familiares, excompañeras de instituto que le habían roto el corazón, la cena. El hecho de tener que ocuparse de una hija lo obligaba a establecer prioridades y actuar en consecuencia. Yo, en cambio, solo tenía que ocuparme de mí misma, y por eso no lograba quitarme de encima el peso de las cosas, ni siquiera por un breve momento.

Y el pensamiento, inevitablemente, volvió a las cartas que habíamos dejado en el caserón rojo, guardadas en el escondite de detrás del zócalo. Quizá, por precaución, deberíamos habérnoslas llevado, pero temíamos que eso pudiera exponernos a una acusación de sustracción de pruebas.

No, la verdad era otra. Teníamos miedo de que contuvieran una especie de maldición. Era irracional, lo sabíamos. Pero, después de lo que había ocurrido y seguía ocurriendo, no podíamos evitar creerlo.

Alfredo tenía un plan para encontrar al misterioso Roman; me lo había confesado en el coche, de camino a casa.

Ambos alimentábamos la esperanza de que aquel hombre pudiera proporcionarnos alguna clave para entender el alma de Beatrice. Imaginábamos que su relación se remontaba al pasado. Aún no sabíamos si ese tal Roman podría ayudarnos a comprender mejor la causa de la masacre de hacía diez años. Partíamos de la idea de que todo acto humano, incluso el más insensato y aparentemente incomprensible, posee motivaciones profundas.

Y a menudo resulta difícil desenterrarlas.

Una vez más, Alfredo logró poner en la mesa una comida sabrosa y nutritiva. Como no era una madre de familia, aquello siempre me parecía un milagro. Yo servía para cocinar platos fabulosos pero ocasionales, o picoteos rápidos; la constancia y la dedicación diaria no eran lo mío.

Greta comió casi en silencio, evitando cruzarse con mi mirada. Tal vez temía lo que pudiera encontrar en mis ojos. Mi reacción anterior debió de desconcertarla y ahora quizá se preguntaba qué escondía, y si mi secreto podía hacerle daño.

Durante la cena ocurrió una nadería que, sin embargo, acabaría siendo el origen de muchas otras cosas durante los días siguientes. Pero en aquel momento ni Alfredo ni yo podíamos sospecharlo.

Él me pidió que le pasara la cesta del pan. Al hacerlo, nuestras manos se rozaron. Entonces Alfredo me cogió la mano. La sostenía, sin querer soltarla. Lo miré; él me miraba. Aquel contacto prolongado, aquellas miradas, valían más que mil palabras. Ambos lo necesitábamos.

No quería retirarla, pero Greta no lo habría entendido. Aparté el brazo, pero ya era demasiado tarde: la chica se había dado cuenta de todo. Se levantó de la mesa de golpe y se fue a su habitación.

Alfredo bajó la mirada, evitándome.

6

Me sobresalté en cuanto oí sonar mi móvil. Me incorporé en la cama y entreví la hora en el despertador: pasaban de las ocho. Si no bajaba a las siete y cuarto, Alfredo venía a mi puerta a despertarme. Pero aquella mañana no lo había hecho.

Busqué el teléfono para ver quién llamaba. Me sorprendió comprobar que era él. Debía de haber salido de casa muy temprano.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—Esta noche se me ha ocurrido una cosa —dijo, esquivando la pregunta. Luego hizo una larga pausa—. Prométeme que no te enfadarás.

—¿Por qué iba a enfadarme?

En ese momento, al otro lado de la línea, oí claramente el timbre de una casa.

—¿Quieres decirme dónde estás? —Empezaba a perder la paciencia.

—Ahora lo entenderás —se limitó a decir.

Alguien le abrió la puerta.

—Buenos días, señora —dijo—. Siento molestarla tan temprano.

—Usted es del centro de jardinería, ¿verdad? —respondió una voz anciana—. Llevo días esperándoles, pero no ha venido nadie.

¿Quién era esa mujer?

—No soy el jardinero —explicó Alfredo, sin cortar la llamada—. Soy periodista y me gustaría hablar con usted sobre su hija.

Lo comprendí al instante: había ido a ver a la madre de Beatrice. Sin mí.

—Mi hija ya no está —dijo la anciana—. Murió hace mucho tiempo.

En su voz se percibía una grieta dolorosa, como si el recuerdo la hubiera embestido de golpe.

—Lo sé —dijo Alfredo—. ¿Puedo pasar igualmente?

La mujer lo dejó entrar. Los oí caminar sobre un suelo de madera. En realidad, ella arrastraba los pies con cansancio. Intuí que Alfredo mantendría la llamada abierta todo el tiempo para permitirme escuchar.

—Nadie cuida ya de mis rosas y hay una trepadora que está destrozando un muro del jardín —dijo la mujer—. ¿Cuántos años lleva usted trabajando como jardinero?

—No soy jardinero —repitió Alfredo.

—¿Le apetece una buena horchata de almendra?

—Una horchata estaría muy bien —respondió él.

—Tiene que hablar un poco más alto —dijo ella; probablemente también estaba algo sorda.

—La horchata será perfecta —repitió Alfredo, alzando la voz.

—Entonces, por favor, siéntese aquí en la cocina.

Oí cómo Alfredo movía una silla para sentarse mientras la anciana trasteaba con la puerta del frigorífico y, a juzgar por el sonido, echaba cubitos de hielo en un vaso.

Aprovechando que la mujer estaba distraída, Alfredo volvió a hablarme en voz baja:

—Esta mañana he llamado a tu puerta para despertarte, pero no había manera. Siento haberte dejado sola —dijo, adelantándose a mis reproches—. He venido solo porque, por mi experiencia como cronista, las personas mayores se vuelven recelosas cuando se sienten en minoría.

Temí que Alfredo ya no confiara en mí. Y, sin embargo, no le había dado motivos para dudar. Me habría gustado discutirlo, pero la mujer regresó con lo que sonaba a una bandeja tintineante. Los imaginé sentados a la mesa de la cocina, tomándose la bebida refrescante. Quizá Alfredo había dejado el móvil entre ambos, pero ella no sospechaba en absoluto que la llamada seguía en curso.

—No quisiera reabrir viejas heridas —le dijo—, pero cada año escribo un artículo sobre lo que ocurrió en Nazareth y esta vez me gustaría centrarme un poco más en Beatrice.

—Maldije el día en que ella y Lorenzo se mudaron a ese lugar —respondió la mujer, con una amargura áspera—. Sabía que vivir en el

campo no traería nada bueno —continuó diciendo, sorprendentemente irritada—. Estaban abandonando dos carreras prometedoras: un ingeniero informático y una investigadora científica a los que de repente se les mete en la cabeza hacerse agricultores… ¡Qué disparate! —La mujer seguía claramente disgustada, sobre todo con su hija—. Le dije a Beatrice que no se precipitara, que lo pensara bien. Y, en vez de eso, se llevó a mis nietos y nunca llegué a conocer a Caterina.

Desde el otro lado de la línea percibí que estaba a punto de emocionarse por la nieta menor, la única nacida en Nazareth.

Recordé el traumático parto en casa y la obstinada negativa de Beatrice a someterse a controles o revisiones durante el embarazo.

Entonces la anciana siguió hablando, cada vez más alterada:

—Y encima tuve que heredar ese maldito caserón, y ahora no hay manera de quitármelo de encima. Al principio pensé en donar el dinero de la venta, ahora incluso lo regalaría, pero no lo quiere nadie.

Alfredo la dejó desahogarse. Al fin y al cabo, tenía derecho a hacerlo.

—Un mes antes de aquel día maldito, Luigia me llamó a escondidas de sus padres. «Abuela, yo no quiero estar más aquí», me dijo.

Me resultaba difícil creer que Luigia quisiera abandonar a su caballo. También recordé el libro con el que se había quedado dormida la noche en que su padre la mató. La novela sobre el caballo llamado Liabel que Luigia nunca terminaría de leer y aquella única palabra subrayada a lápiz:

«paz»

No era una palabra desesperada. Por eso la niña me parecía la única que se sentía verdaderamente feliz de vivir en el campo.

Alfredo introdujo entonces el tema que lo había llevado hasta allí:

—Señora, me preguntaba si su hija le habló alguna vez de alguien llamado Roman.

—El seto también habría que podarlo. Usted puede encargarse, ¿verdad?

La mujer había vuelto a desorientarse.

—Le echaré un vistazo al seto —la tranquilizó Alfredo—. Pero ahora me gustaría hablar de Roman.

—Claro, eran inseparables.

Al oír esa afirmación, sentí un alivio inmediato. Era una gran noticia.

—Desde pequeña, Beatrice lo consideraba parte de la familia; para ella era como el hermano que nunca tuvo.

Se conocían desde niños. Eso confirmaba que entre Roman y Beatrice había un vínculo muy estrecho. Después de esta información, aún era más necesario hablar con él.

—Me gustaría contactar con él. ¿Sabe dónde está ahora? —le preguntó Alfredo.

—Roman está aquí conmigo —contestó la mujer.

Pensé que Alfredo estaría tan desconcertado como yo. Evidentemente, las respuestas de la anciana parecían fruto de un deterioro cognitivo debido a su senilidad.

—Ahora que lo pienso, Roman solo hablaba con Beatrice —continuó—. A veces intento charlar un poco con él, pero no me responde.

No entendía nada, y Alfredo tampoco.

—¿Roman está aquí ahora mismo con nosotros? —le oí preguntar.

—Nunca se ha ido de esta casa —replicó ella.

Intenté interpretar rápidamente la situación. Tal vez lo mejor era dejarlo estar, pero estaba convencida de que no se trataba de un simple delirio.

Alfredo debió de pensar lo mismo, porque tomó una clara decisión.

—¿Podría enseñarme dónde está Roman? —preguntó.

La mujer guardó silencio un instante. Temí que no lo hubiera entendido. Pero luego dijo:

—Venga conmigo…

Se levantaron de la mesa de la cocina y los oí moverse por el interior de la casa. Subieron unas escaleras, ella con algo de dificultad. Llegaron a la planta de arriba y recorrieron un pasillo.

Probablemente se detuvieron ante una puerta cerrada. Oí cómo trasteaban con el pomo.

—Casi nunca entro aquí —quiso precisar la mujer, afligida—. Antes este era el cuarto de Beatrice, ahora solo está Roman.

La puerta se abrió con un chirrido. Oí el clic de un interruptor de la luz. Los dos dieron unos pasos para entrar, pero se detuvieron. No entendía qué estaba ocurriendo. Alfredo guardaba un silencio extraño.

¿Había realmente alguien en aquella habitación? Llegué incluso a preguntarme qué aspecto tendría. Imaginé de todo. Un monstruo que vivía recluido y encadenado. Un cadáver momificado.

Hasta que oí a Alfredo preguntándole a la anciana:

—¿Puedo hacerle una foto?

—Claro, no veo por qué podría molestarle al querido Roman.

Se oyó el disparo de la cámara y luego Alfredo volvió a dirigirse a la madre de Beatrice:

—Creo que será mejor que me vaya —dijo, con la voz apagada.

—¿Y mi seto? ¿Y mis rosas? —preguntó la mujer, decepcionada.

No sé qué le respondió Alfredo, porque colgó. Pero unos segundos después, me envió la foto al móvil.

Recuerdo que, mientras se descargaba, me temblaban las manos. La habitación que aparecía era la típica de una adolescente: papel pintado de color rosa, cama individual, pósteres en las paredes. Seguramente Beatrice la había ocupado hasta que se fue de casa.

En un sillón de flores había un peluche sentado. Medía casi un metro. Era de tela, relleno, como una gran muñeca. Iba vestido con un traje de raya diplomática y pajarita.

Roman tenía los ojos negros, brillantes. Y sonreía. Llevaba en la cabeza un sombrero de copa.

Décima parte

LA PLAGA

1

No habíamos visto su rostro, solo la sombra de una silueta y, además, fugazmente, en la grabación de una cámara de videovigilancia de hacía diez años. Lo conocíamos como Bratska Vûlk, Hermano Lobo, el vagabundo predicador, y ahora Roman. Pero, a fin de cuentas, con tantos nombres era como si no tuviera ninguno.

A pesar de no haberlo conocido en persona, percibíamos su presencia a nuestro alrededor. En todo momento.

Habíamos encontrado varias señales de su paso: un perro muerto con una X trazada con sangre en la cabeza y un viejo muñeco con sombrero de copa y botas negras. Quizá las cruces hechas con tallos de rosa entrelazados también podían atribuirse a él.

Yo había visto a sus acólitos, de noche, a poca distancia del caserón rojo. Individuos que parecían surgidos de un círculo de condenados. Palas y hoyos en la tierra. Nunca olvidaría aquella escena. Pero de eso aún no había hablado con Alfredo F., y ni siquiera sabía si llegaría a hacerlo.

«Sálvate».

Durante mucho tiempo me he preguntado de qué debía salvarme, y aún sigo haciéndolo. Incluso ahora, mientras escribo este libro, no estoy del todo segura de ser del todo inmune al mal del que entonces debía alejarme.

Probablemente, dejar atrás aquellos lugares no ha sido suficiente. Pero creo que eso lo descubriré con el tiempo, quizá incluso al final de mi vida, cuando me encuentre al otro lado del misterio eterno. Si en la oscuridad me esperan una mujer y sus tres hijos pequeños, sabré que todo esto tenía un sentido, incluida mi presencia en Nazareth.

Como he escrito antes, la zona ha estado siempre expuesta al

riesgo hidrogeológico. El agua está en todas partes, aunque no se vea.

Ahora lo sé: hay un río de sombras que serpentea por ese lugar.

A veces, esas tinieblas oscuras se filtran en la tierra y, al fluir por el subsuelo, logran alcanzar a cualquiera, esté donde esté. Tras recorrer enormes distancias, vuelve a emerger en la superficie y adopta distintas formas. Con Beatrice, la de un peluche. Conmigo, la de una carta anónima.

Esa alma líquida, turbia y palpitante, nos elige.

Su propósito es atraernos hasta aquí, en medio de esta llanura sin bendiciones, para hacernos cometer actos inmundos a su servicio. Quizá mi función, desde el principio, no era más que redactar esta crónica negra.

Como demuestra la calma que precedió a los asesinatos de la familia C. a manos de un hombre dócil y tranquilo como Lorenzo, la maldad es una bacteria que prolifera en el moho del odio y en el rencor estancado, y cuyo contagio se transmite a través del relato de ciertas historias.

Y quizá ahora, mientras me estáis leyendo, vosotros tampoco sois ya los mismos.

El caso es que, desde mi llegada a Nazareth, yo había cambiado. Sin darme cuenta, vivía dentro de una especie de burbuja de irracionalidad. Aceptaba cualquier cosa que surgiera, por absurda que fuera, sin cuestionar nada. Incluidos los peluches, las hadas y los predicadores inasibles.

Una nueva normalidad se había instaurado fuera y también dentro de mí. Había nuevas reglas, escritas por a saber quién, que se aplicaban con precisión a todo lo que me rodeaba. Reglas incomprensibles, pero que había aprendido a respetar.

Cuando estás directamente implicado en algo, no siempre te das cuenta de las cosas. A veces simplemente las sufres. Es como ser prisionero de una especie de hechizo.

Solo que Alfredo y yo no lo sabíamos.

El reciente descubrimiento sobre Beatrice nos había descolocado. Resultaba alarmante que aquella mujer sintiera la necesidad de escribirle sus confidencias a un peluche. Su estado mental era un

asunto que ya habíamos tratado con su doctora de cabecera.

No teníamos alternativa: debíamos volver al caserón rojo para continuar examinando las cartas.

Aquella mañana nos vimos sorprendidos por una breve nevada fuera de temporada. Los campos eran una extensión de escarcha y las carreteras parecían de vidrio.

Una vez en el interior, percibimos algo parecido a un gruñido. Era la casa que, tras años de soledad, se quejaba de nuestra intrusión. Con nuestros pasos perturbábamos su silencio sagrado.

Habían pasado pocas horas, pero el lugar nos parecía más tétrico. Era como si, durante nuestra ausencia, en aquella vivienda se hubiera celebrado un festín de espectros que ahora se habían refugiado debajo de los muebles y nos observaban susurrando entre ellos con el lenguaje de las corrientes de aire y los crujidos.

Los sobres con las cartas seguían detrás del rodapié, tal como los habíamos dejado el día anterior. Los recogimos y nos los repartimos. Apartamos los que ya habíamos examinado, una porción minúscula en comparación con las que quedaban por abrir.

De las setecientas sesenta y nueve cartas, habíamos leído poco más de un centenar.

El trabajo de análisis y archivo que nos esperaba seguía siendo largo, y eso resultaba frustrante. Pero quién sabía qué revelaciones y qué secretos se ocultaban en las páginas que faltaban. Manteníamos la esperanza de que surgiera algo en cualquier momento, aunque dependíamos del azar, o de la suerte. Hasta que, en un momento dado, nos vimos recompensados.

—He encontrado una carta interesante —me anunció Alfredo, que había ocupado el mismo sitio del día anterior: el sillón del dormitorio principal de paredes grises.

Me levanté del suelo para acercarme a él. Leí las primeras líneas de la hoja que sostenía entre las manos y me bastaron para sentir cómo se me aceleraba el corazón.

Querido Roman:

Estoy suplicando a Lorenzo que nos lleve lejos de aquí. Sea lo que

sea lo que se oculta en esta casa me persigue con la evidente intención de aterrorizarme o de hacerme enloquecer. Los actos de amabilidad hacia mí, esas pequeñas atenciones con un propósito oculto, aumentan día tras día. Estoy convencida de que hay una presencia escondida que quiere comprar así mi benevolencia. Una vez que se la haya concedido, será demasiado tarde, lo presiento.

Sé que me aconsejarías aceptar esas atenciones y esos cuidados, porque no ves la finalidad que esconden. Pero te ruego que no te dejes engañar. Tarde o temprano el espíritu astuto que quiere corromperme me pedirá algo a cambio y yo no podré negarme.

Las señales son evidentes, solo mi marido se obstina en no verlas. Ahora me veré obligada a hacerle cambiar de opinión. Lo haré para salvarnos a todos.

Hoy el destino ha acudido en mi ayuda.

A veces olvido lo grande que es el caserón. Aunque nos trasladamos hace casi tres años, hay partes de esta casa que todavía no conozco. Por ejemplo, aún hay que vaciar algunos cuartos de servicio de las cosas que dejaron los distintos habitantes que nos precedieron. Cuando logro liberarme del cuidado de Caterina, me dedico a explorar la casa.

Y justamente esta mañana, en uno de los almacenes, he encontrado varios bidones de una extraña sustancia aceitosa. En la etiqueta, muy antigua, hay un montón de símbolos con advertencias de peligro.

He sabido enseguida qué debía hacer. Añadiré esta sustancia al depósito de agua del que Lorenzo se abastece para regar los campos de maíz. Poco a poco, para que no se dé cuenta. Estoy segura de que, si ve morir las plantas sin motivo, se convencerá de que ya no tiene sentido quedarse aquí.

Espero que mi plan funcione.

Con todo mi amor,

tuya,

BEATRICE

2

Parecía una plaga bíblica. La misteriosa destrucción de la cosecha. El castigo por un pecado aún no cometido. La venganza prematura de una esposa infeliz contra su marido, que después la mataría a ella y a sus hijos.

Nos pusimos enseguida a buscar una confirmación de lo que decía aquella carta. Alfredo se mostraba más ansioso que yo en aquella investigación; aún no entendía por qué, pero pronto lo sabría.

Beatrice había hablado de cuartos de servicio y almacenes; pensamos que se refería al sótano, cuyo acceso se encontraba en la parte trasera del caserón rojo.

Una escalera exterior descendía un par de metros bajo tierra. La puerta de entrada, de madera, al final de los escalones, no tenía cerradura, pero se había hinchado por la humedad acumulada con los años.

Tuvimos que empujarla con fuerza para abrirla.

Una vez dentro, un olor agrio a tierra podrida nos llenó las fosas nasales. El caserón de los asesinatos seguía rechazándonos por todos los medios. A la izquierda había un pasillo que discurría justo por debajo de la casa; al fondo había una pequeña ventana. Debido a la suciedad acumulada en los cristales, la luz resultaba insuficiente para disipar la penumbra que nos rodeaba.

Empezamos a recorrer el pasillo de las entrañas del caserón rojo.

Había varias estancias sin puertas, utilizadas como almacenes. En ellas se amontonaban objetos de todo tipo y de distintas épocas, sobre todo muebles viejos y material agrícola ya en desuso, que pertenecían a los anteriores propietarios de la finca. Aquellos objetos eran testigos del discurrir del tiempo; quién sabe cuántas generaciones habrían pasado por allí.

Durante la exploración, a Alfredo y a mí nos acompañaba la

inquietud que nos había provocado la última carta. De ser un personaje secundario de la historia, Beatrice estaba avanzando hacia el centro de la escena, quizá para ocupar un lugar junto a su marido. Albergábamos el temor real de que también ella hubiera contribuido de algún modo a la masacre de hacía diez años.

—Mira ahí —dijo Alfredo, señalando el interior de uno de los almacenes.

En un rincón había apilados unos contenedores metálicos rojos, ya oxidados. Algunos estaban deteriorados y una sustancia aceitosa se había esparcido por el suelo.

Nos acercamos y nos arrodillamos para examinar las etiquetas. El papel adhesivo estaba despegado o gastado, y el texto, descolorido. Pero en uno de los bidones aún se conservaba la inscripción «ENNP».

Había varios símbolos de peligro: inflamable, comburente, irritante, tóxico. Y luego una advertencia concreta.

«Solo para uso externo».

Aquella frase me inquietaba. Era consciente del motivo, pero me costaba admitirlo. Sin embargo, tuve la impresión de que Alfredo sabía con qué estábamos tratando.

—Gliforutamato —pronunció con claridad, confirmando mi sensación—. Escribí sobre ello hace años en el periódico —añadió.

—¿Qué es?

—Un herbicida prohibido desde finales de los años setenta… Se utilizó mucho en la agricultura, pero luego descubrieron lo nocivo que era. Además de los habituales efectos cancerígenos, en las zonas rurales donde se empleaba había una incidencia impresionante de malformaciones fetales y muertes prematuras.

—Si retiraron esta sustancia del mercado antes de que nacieras, ¿por qué escribiste sobre ella en tus artículos? —objeté.

—Porque por aquí muchos campesinos siguieron utilizando el ENNP en secreto —dijo Alfredo—. Algunos eran tan estúpidos que no quisieron deshacerse de sus reservas.

Volví a mirar los bidones.

—¿Qué te parece? ¿Beatrice lo hizo de verdad? —El plan me parecía una locura.

«Añadiré esta sustancia al depósito de agua del que Lorenzo se abastece para regar los campos de maíz. Poco a poco, para que no se dé cuenta. Estoy segura de que, si ve morir las plantas sin motivo, se convencerá de que ya no tiene sentido quedarse aquí».

Alfredo y yo nos preguntamos en silencio cuántos bidones faltarían.

Lorenzo C. nos había puesto en guardia cuando fuimos a visitarlo a la REMS donde estaba internado. Al recordar el verano de la masacre, nos habló de la última cosecha, que no había salido bien.

«Sé reconocer las enfermedades del maíz, la fusariosis o la helmintosporiosis, pero nunca había visto nada parecido».

—El ENNP era muy eficaz contra las malas hierbas —continuó Alfredo—. Pero su uso debía preceder siempre a la siembra y, a diferencia de otros herbicidas, no podía emplearse para rociar los cultivos porque no era selectivo.

—¿Y qué ocurre si se utiliza el gliforutamato en una planta de maíz? —pregunté, un poco ingenuamente.

Pero ya conocíamos la respuesta, nos la había dado Lorenzo C.

«Ya en junio me había dado cuenta de que las plantas crecían más bajas de lo habitual y que en las hojas habían aparecido unas extrañas manchas blancas. A finales de julio algunos frutos empezaron a desarrollar un moho gris».

Lorenzo C. llevaba poco tiempo como agricultor, nunca había tenido contacto con la sustancia que estaba envenenando su cosecha, por lo que era probable que no supiera reconocer sus efectos.

«Y aun después de apartar las mazorcas irrecuperables, las sanas empezaron a pudrirse ante mis ojos sin que pudiera hacer nada».

—Pero el plan de Beatrice no funcionó —dije—. A pesar de que la cosecha se echó a perder, se quedaron aquí.

La constatación me salió del alma, junto con todas las consecuencias que implicaba su banal significado.

—Salgamos, no se puede respirar —dijo Alfredo, molesto y contrariado.

Comprendí el motivo de su nerviosismo: era el mismo pensamiento que me inquietaba a mí.

«Solo para uso externo».

Mientras desandábamos el camino hacia la salida, me di cuenta de algo que antes no había visto. En uno de los almacenes, entre los objetos acumulados con el tiempo, había una cuna y una trona de madera idénticas a las que Caterina utilizaba en casa y que probablemente su padre había construido para ella.

La imagen me impresionó, pero en ese momento no le di demasiada importancia; quizá eran intentos fallidos mientras los hacía.

Sin embargo, debería haberme preguntado por aquellos objetos.

En mi descargo diré que en ese momento me atormentaba una duda. Mientras Alfredo y yo volvíamos a la superficie y el aire fresco limpiaba nuestra nariz del hedor del sótano, le expuse lo que estaba pensando. En mi vida había tenido tanto miedo de estar en lo cierto.

—Según tú, después de intentar envenenar inútilmente la cosecha, ¿Beatrice lo intentó también con Lorenzo?

La doctora de cabecera nos había hablado del rencor que la mujer sentía hacia su marido.

Alfredo se detuvo en mitad de la escalera. El viento gélido arrastraba pequeñas bolitas de hielo que impactaban en nosotros.

«El caso es que desde hacía algún tiempo yo tampoco me encontraba muy bien. Las migrañas empezaron en primavera; antes nunca había tenido».

—No sé si ocurrió de manera intencionada —dijo él, confirmando que lo angustiaba el mismo dilema que a mí—. Cuando me ocupé del problema del gliforutamato descubrí que los campesinos que inhalaban accidentalmente el ENNP a menudo sufrían trastornos muy concretos.

—Estado de confusión, amnesia ocasional, fuertes migrañas —enumeré, recordando los síntomas de la misteriosa patología que padecía Lorenzo C.—. ¿Tú crees que esos dolores de cabeza insoportables lo hicieron enloquecer?

No hacía falta que Alfredo respondiera a la pregunta.

3

La masacre de la familia C. había sido imprevisible. Pero no repentina.

El planteamiento parecía incluso bastante banal por su sencillez. Quizá por eso resultaba inaceptable.

Porque, en realidad, el destino de Beatrice y de sus tres hijos estaba marcado mucho antes de que alguien hundiera una hoja en sus gargantas en un amanecer trágico de un tórrido verano.

El famoso «arrebato», del que el propio Alfredo hablaba en el artículo que me había llegado de manera anónima, había estado precedido por una progresión de acontecimientos, unas veces fortuitos y otras, provocados.

Como ocurre con frecuencia en los delitos de sangre de especial gravedad, es un error reducirlos a un único acontecimiento. A menudo son el producto de una serie de causas encadenadas entre sí y repartidas a lo largo de un periodo de tiempo más o menos dilatado.

De este modo se crean las condiciones que generan la violencia final.

Al igual que sucede con los temblores de tierra que anticipan una erupción volcánica, ¿era posible percibir los indicios de lo que sucedería en el lejano 2005? Probablemente no.

Por lo general es complicado reunir pequeñas señales y anomalías, atribuirles un significado unívoco y prever lo que está a punto de ocurrir. Solo *a posteriori*, cuando el horror ya ha estallado, es posible reconstruir lo acontecido, uniendo los fragmentos y descifrando los indicios dispersos.

Y eso era lo que habíamos hecho nosotros.

Pero eso lo cambiaba todo. En particular, en lo relativo a la culpabilidad de Lorenzo C. A la luz de nuestros descubrimientos,

quizá era necesario revisar el papel del asesino.

Mientras Alfredo, en el salón, hablaba por teléfono con el abogado S. y lo ponía al corriente de los últimos avances, yo alcanzaba a oír parte de la conversación a través de la puerta cerrada del despacho donde me había refugiado.

Después de la experiencia del sótano, habíamos decidido volver a casa. No nos sentíamos con ánimos de seguir con las cartas dirigidas a Roman. Una vez más, las habíamos dejado en el caserón y casi habíamos huido de allí. Fuera cual fuese la otra verdad que se ocultaba en aquellos escritos, no teníamos suficiente energía mental para enfrentarnos a ella.

Delante del ordenador, intentaba centrar mis pensamientos y encadenar los acontecimientos siguiendo un orden progresivo que tuviera sentido. Conociendo el desenlace de la historia, es decir, los asesinatos de la familia, necesitaba identificar un punto de partida.

Decidí arbitrariamente que el comienzo de aquel drama debía coincidir con el nacimiento de Caterina, sobre todo con el traumático parto en casa al que siguió la depresión de Beatrice. Luego se sumaron la aversión de la mujer a la vida en el campo, la falta de sueño por cuidar de la niña y la soledad. Y de ahí surgieron las manías persecutorias, la famosa hada que pasaba de figura buena a traviesa y el impulso de buscar un delirante contacto epistolar con un peluche. Todo ello condujo a Beatrice a elaborar un peligroso plan para convencer a su marido de que se los llevara a todos lejos de Nazareth.

Sin quererlo, aquella mujer puso en marcha el mecanismo imparable que la llevaría a su propia muerte y a la de sus hijos.

La sustancia química con la que pensó envenenar la cosecha de maíz acabó intoxicando a Lorenzo, provocándole migrañas, amnesias, estados de confusión y, probablemente, también una alteración emocional. Todos esos factores, juntos, lo llevaron a cometer los asesinatos.

«La voz me habló aquella mañana. Pronunció mi nombre, fue ella la que me despertó».

Quedaban algunos puntos oscuros. Mi carta anónima. Las X trazadas con sangre en la frente de las víctimas. La pequeña huella

dactilar en el cuchillo limpiado por Lorenzo. Y, por supuesto, Hermano Lobo.

Pero a la hora de reconstruir la dinámica de un delito de sangre siempre hay algo que no encaja. Tal vez Alfredo y yo deberíamos habernos conformado con las respuestas que ya habíamos encontrado. Pensándolo ahora, diría que habríamos hecho bien en detenernos.

Por desgracia, en 2015 las cosas fueron de otro modo.

—Creo que pronto escribiré un nuevo artículo —oí decir a Alfredo por teléfono—. Por ahora lo importante es que estas pruebas puedan utilizarse para aliviar la situación de Lorenzo.

Mi amigo guardó silencio e imaginé que el abogado S. estaría respondiendo de algún modo. Luego se despidieron y la conversación terminó así.

Debería haberme sentido más ligera, pero me invadía una frustración inexplicable. Quién sabe cómo se sentiría Alfredo.

No creía que fuera a volver a poner un pie en el caserón rojo. A esas alturas, el asunto tenía que pasar de nuevo a manos de los carabineros y de la magistratura. Les correspondía a ellos leer el resto de las cartas de Beatrice e intentar reconstruir la verdad, o al menos un atisbo aceptable de la misma.

Pude oír que Alfredo y el abogado S. se ponían de acuerdo para preparar un dosier que presentar a los investigadores con el fin de reabrir el caso. Se dieron cuarenta y ocho horas para definir los detalles antes de acudir a los carabineros.

Lo único que me aliviaba era que por fin podía marcharme de Nazareth. Bratska Vûlk me asustaba, pero ya no tenía que tratar de averiguar quién era. Otra persona se ocuparía de ello.

«Sálvate».

Y qué más daba si había muchas preguntas que se quedaban sin respuesta: tenía material de sobra para escribir un libro estupendo sobre aquel asunto. En cuanto a Alfredo, lo que me unía a él y a su rebelde hija entraba en conflicto con mi atávica necesidad de invisibilidad. Quizá fuera mejor para todos que nos separáramos y que yo regresara a mi vida de ermitaña.

Me quedé encerrada en el despacho el resto del día. Al anochecer,

le dije a mi amigo que no cenaría con él y con Greta. Estaba cansada y solo tenía ganas de irme a la cama.

Me llevé el ordenador conmigo.

En cuanto a la concatenación de los hechos, aquel fue el primero de una serie de errores. Si hubiera dejado el portátil en el despacho, como hacía siempre, probablemente los acontecimientos que se encadenaron en las horas siguientes no habrían encontrado puntos de conexión.

Sin que yo lo supiera, el inexorable mecanismo de la muerte se había puesto de nuevo en marcha. Si hubiera estado más atenta, lo que vino después no habría ocurrido.

Me quedé dormida leyendo lo que había escrito en las últimas horas. Soñé. Pero en el sueño que tuve no había imágenes ni sonidos.

Solo había un olor dulzón, floral. Similar al que había percibido en la REMS con la presencia de Lorenzo C.

Al amanecer me pareció oír el sonido lejano de un teléfono móvil. Pero quien me despertó fue Alfredo, poco después de responder a la llamada.

Llamó a mi puerta, esperó a que le diera permiso y entró. Se acercó a mi cama; no olvidaré nunca el tono de su voz.

—Anoche el abogado S. llamó a la REMS para hablar con Lorenzo —me informó, de pie en la penumbra—. Le puso al corriente de nuestro descubrimiento. Y esta noche Lorenzo C. ha encontrado la manera de ahorcarse en uno de los baños del centro.

Me incorporé en la cama.

—¿Y la medicación? —pregunté, pensando en la sedación a la que el interno estaba sometido para que fuera dócil e inofensivo.

Alfredo se limitó a negar con la cabeza.

—Y hay más —añadió—. Antes de ponerse el lazo al cuello, se mordió una mano y con la sangre se dibujó una X en la frente.

No me sorprendí. Creía que el relato había terminado, pero Alfredo aún tenía algo más que decir.

—Con la sangre también escribió una palabra en los azulejos del baño —me reveló.

—¿Qué palabra? —pregunté.

—Algo que quizá pone punto final a esta terrible historia —dijo Alfredo—. «Paz» —citó.

Un peso invisible me cayó en el estómago como una piedra en un pozo.

Al verme palidecer, mi amigo comprendió que quizá la última palabra de Lorenzo C. no era en absoluto el epílogo que él imaginaba.

—¿Sabes lo que significa?

Por desgracia, sí lo sabía.

4

Ya nos habíamos preguntado por qué, al término de aquella maldita noche de verano, Lorenzo C. ni siquiera consideró la posibilidad de quitarse la vida. En los asesinatos familiares, ese suele ser el desenlace más frecuente y previsible, a menos que el objetivo del homicida sea precisamente pasar el resto de su existencia complaciéndose con crueldad de su hazaña. Pero no creíamos que fuera el caso de Lorenzo, que no parecía obtener ninguna satisfacción de lo que había hecho. Aun así, decidió sobrevivir a los suyos. Por eso, sin decirlo abiertamente, lo habíamos considerado un cobarde.

—¿Por qué esperar diez años para suicidarse? —le dije a Alfredo, mientras subíamos una vez más las escaleras del caserón rojo en dirección a la planta de los dormitorios. En realidad, no conocía la respuesta a mi propia pregunta.

Él estaba algo irritado.

—¿No vas a adelantarme nada?

—Tienes que verlo con tus propios ojos, de lo contrario, no me creerás.

—No me gusta que me dejen a oscuras.

Fuera llovía; una canaleta emitía un sonido que parecía el graznido de un cuervo. Un lúgubre «Bienvenidos».

No imaginaba que volvería a poner los pies allí, y quizá tampoco mi amigo. Pero había sido Lorenzo C. quien nos había devuelto a ese lugar.

Nos dirigíamos a la habitación de Luigia, la hija mayor. El padre se había ensañado con ella mientras dormía abrazando el libro que estaba leyendo.

Cuando cruzamos el umbral del cuarto, el libro seguía en la mesilla junto a la cama. Exactamente donde lo había dejado después de

hojearlo durante mi primera visita a la casa, movida por una simple curiosidad.

—La primera vez que me hablaste de la mañana de los asesinatos, de cuando los carabineros te llamaron a la escena del crimen, dijiste algo que me llamó la atención —le expliqué.

—¿Y qué fue? —preguntó Alfredo, aún molesto por mi reticencia a decírselo todo con claridad.

—Me confesaste que te había perturbado la idea de que Luigia nunca terminaría de leer aquella novela juvenil —dije, señalando el libro boca abajo sobre la mesilla.

Tuve la tentación de hacerle notar que el autor o la autora de la novela *Liabel* había decidido firmar con las iniciales A. V., las mismas que las mías pero invertidas. Sin embargo, no lo hice. Aquel detalle me daba demasiado miedo. Un temor irracional, fruto de una absurda sugestión.

—¿Y qué? —Alfredo estaba impaciente.

Cogí la novela y la abrí por la página en la que Luigia había dejado el lápiz como marca.

—La niña subrayó esta palabra… —Se la mostré.

—«Paz» —leyó Alfredo, desconcertado. Entonces casi me arrancó el libro de las manos y luego me miró—. ¿Cómo sabía esto Lorenzo?

Me esperaba la pregunta, pero era solo la primera de una serie de interrogantes. Guardé silencio; quería que siguiera mi mismo razonamiento y llegara por sí solo a la única solución posible del enigma.

—¿De verdad crees que Lorenzo abrió el libro y leyó esa palabra antes o después de matar a Luigia? —aventuró. En efecto, aquella hipótesis no le cuadraba—. No fue Luigia quien la subrayó, fue él… —dijo, aunque todavía no estaba convencido—. ¿Con qué propósito? —se preguntó—. ¿Y por qué la escribió de nuevo en la pared del baño donde se quitó la vida?

Por el destello que vislumbré en su mirada, comprendí que empezaba a hacer suya la lógica del asesino múltiple.

—Es una confesión —afirmó, con un hilo de voz. Y enseguida empezó a buscar otras palabras marcadas en las páginas anteriores.

Y así era.

Verbos, pronombres, preposiciones, algún artículo, una conjunción… Juntas, aquellas palabras formaban una frase con sentido completo.

«He… visto… lo… que… ha… hecho… a… los… niños… y… le… he… dado… la… paz».

Comprendimos que se refería a Beatrice. Y fue como recibir un puñetazo directamente en medio de los ojos.

—Después de que anoche su abogado le informara de que habíamos descubierto que Beatrice había envenenado la cosecha y quizá también a él, Lorenzo comprendió que quedaba poco tiempo y que pronto saldría a la luz el resto de la verdad —dije.

—Según esta frase, Lorenzo solo mató a su mujer —afirmó Alfredo, todavía sin poder creerlo—. Aquella mañana de agosto se despertó, subió a la planta de arriba y vio lo que Beatrice les había hecho a sus hijos.

—No —dije—. Fue ella misma quien lo llamó. Y Lorenzo también nos lo dijo en la REMS… —constaté.

«La voz me habló aquella mañana. Pronunció mi nombre, fue ella la que me despertó».

Imaginé la escena de la mujer que, desde la planta superior, llamaba a su marido para despertarlo. Beatrice estaba en la habitación de matrimonio, tumbada en la cama, como esperando a que él viera la carnicería en los dormitorios de los hijos mayores y luego acudiera a ella. Había oído sus gritos, su llanto desesperado mientras intentaba inútilmente reanimar a Giacomo y a Luigia.

Después Lorenzo apareció en el umbral de su habitación. Vio a Caterina en la cuna. Quizá, en un intento de ahuyentar el horror de aquella realidad, incluso le pidió explicaciones a Beatrice, algo que ella nunca habría podido darle. Tal vez Lorenzo le suplicó que le dijera que todo era un sueño, que no era verdad.

Quién sabe si, antes de dejarse matar por él, Beatrice intentó que se sintiera culpable por lo que se había visto obligada a hacer.

A pesar de las continuas súplicas e incluso de la contaminación de la cosecha, Beatrice no había conseguido convencerlo de que se marcharan de allí. De modo que encontró otra forma de sacar a los niños de aquella casa que creía maldita.

—En su mente, sus hijos estaban a salvo —prosiguió Alfredo—. Tal vez se mantuvo con vida solo para disfrutar de la reacción de su marido, de su dolor.

—Porque sabía que él nunca la perdonaría por eso. O quizá era lo que deseaba.

—Lorenzo le dio lo que quería. Le cortó la garganta como ella había hecho con Luigia, Giacomo y Caterina.

—Pero Lorenzo amaba a Beatrice, no podía permitir que el mundo se enterara del crimen atroz que ella había cometido. Así que decidió cargar con toda la culpa. Por eso limpió el mango del cuchillo: para protegerla, borró las huellas de ambos.

Habíamos pensado que solo pretendía despistar a los investigadores para salvarse; habíamos sido injustos con él.

De modo que había sido sincero en la REMS cuando nos contó que aquella mañana se despertó en el sofá del salón, ignorando lo ocurrido, y que no lo descubrió hasta que subió al piso de arriba.

Y había dicho la verdad al describir cómo intentó socorrer a sus hijos muertos. Por eso estaba manchado de sangre cuando los carabineros lo encontraron sentado en medio del patio frente a la casa.

—Lorenzo escondió una confesión en el libro de su hija mayor, sembrándola entre las páginas al azar —dije, pensando en lo lúcido que había sido aquel plan.

Había recompuesto el cuerpo de Luigia, colocándole aquella novelita entre los brazos. Quizá fingiendo que se había quedado dormida así la noche anterior.

—Ese hombre cumplió su condena sin rechistar, permaneció con vida para interpretar el papel del malvado, solo para que nadie sospechara jamás de Beatrice. Y diez años más tarde, cuando las mentiras se desmoronaban a su alrededor, por fin se liberó del peso que llevaba dentro… Y con una palabra escrita con sangre, «paz», puso orden en el caos.

—No creo que quisiera que encontráramos la palabra en el libro —afirmé, convencida—. Y no creo que los subrayados tuvieran como objetivo transmitirnos un mensaje.

—Entonces, ¿por qué los dejó? —Alfredo estaba confundido.

—Creo que para Lorenzo era importante que esa confesión existiera en alguna parte. —No sabía explicarme mejor. Era una especie de cuestión de principios, no un último enigma dejado a los investigadores.

Por otra parte, Lorenzo C. sabía perfectamente que unos subrayados en una novela juvenil no bastarían para cambiar el relato policial de la tragedia. Y con su muerte tampoco podría celebrarse un nuevo juicio. La primera versión de los hechos seguiría siendo la definitiva.

Al suicidarse, el hombre había ratificado la última verdad. Al menos eso creía. Porque aún quedaban las cartas de Beatrice. Quién sabe si la mujer había revelado sus intenciones homicidas al inexistente Roman.

Pero Alfredo y yo no buscaríamos más respuestas en aquellas misivas. Les correspondía a los investigadores ocuparse de ello.

—Creo que hemos terminado aquí —afirmó mi compañero, dejando el libro de Luigia sobre la mesilla como si fuera una reliquia.

No añadí nada más. Pero cada vez que decíamos que no volveríamos al caserón rojo, algo nos atraía de nuevo hacia allí inexorablemente.

Todavía no había terminado. Pero nosotros aún no lo sabíamos.

Undécima parte

EL VISITANTE

1

Hay cosas que se te quedan grabadas y no sabes por qué. Generalmente son minucias, en apariencia insignificantes. Una palabra subrayada en un libro, por ejemplo. Y, en realidad, esos detalles son claves: sirven para acceder a nuevas verdades.

Al explorar la vida de la familia C. me habían llamado la atención ciertos pormenores que, observados con detenimiento, quizá explicaban mucho más y mucho mejor que mil testimonios o mil palabras lo que estaba ocurriendo realmente en aquella familia.

Pero había que saber mirar.

Por ejemplo, después de descubrir la confesión de Lorenzo C., recordé la cuna y la trona de madera para Caterina que había visto en los almacenes bajo el caserón rojo, idénticas a las que estaban en la casa.

Errores de fabricación, así los había catalogado. Intentos fallidos por parte de un artesano inexperto.

En su antigua vida en la ciudad, Lorenzo había sido ingeniero informático. No agricultor, y mucho menos carpintero. Pero había intentado aprender esos oficios. La cuna y la trona depositadas en aquel sótano no eran objetos defectuosos, sino la prueba de su abnegación.

Aquellos muebles eran una poderosa metáfora. No todas las tentativas de felicidad salen bien.

En Nazareth, Lorenzo y Beatrice C. habían tratado de construir una nueva dimensión familiar que, con el tiempo, resultó imperfecta. Pero hay cosas que, cuando no te salen bien, no puedes tirar en un almacén polvoriento.

Sobre todo la felicidad, que, si es falsa, tarde o temprano empieza a pudrirse.

Fue lo que le ocurrió a Beatrice. El rencor que sentía hacia su

marido no era más que amor putrefacto. El rencor no es un veneno rápido. Es una levadura que crece lentamente al calor doméstico de los afectos.

Volviendo a la mañana en que descubrimos lo que la mujer había hecho, recuerdo que Alfredo permanecía en silencio mientras conducía de vuelta a casa. Yo lo observaba e intentaba adivinar sus pensamientos. Aún quedaban muchas preguntas sin respuesta y enigmas sin resolver. De eso se encargarían los investigadores. En teoría, nosotros quedábamos al margen.

Ahora me doy cuenta de lo ingenuos que fuimos, convencidos de que podíamos librarnos cuando quisiéramos de aquella incómoda situación. Nos equivocábamos por dos motivos.

Primero, estábamos irremediablemente involucrados.

Segundo, lo que había ocurrido con la familia C. seguía ocurriendo, a pesar de que hubieran pasado diez años desde la tragedia.

Porque en aquella historia se ocultaba algo más aterrador que un asesinato familiar. Pero el origen del mal contra el que nos enfrentábamos iba más allá de nuestras capacidades humanas de comprensión. Se encontraba en otra parte. Aunque aún no estábamos preparados para admitirlo, y mucho menos para aceptarlo.

Pronto tendríamos que afrontar las consecuencias de nuestra imprudente presunción.

Ya de vuelta en casa, al cabo de unos veinte minutos, todavía desorientados y confusos, el teléfono de Alfredo empezó a sonar. Él miró el número en la pantalla y se apresuró a responder.

—Sí, señora, soy yo —dijo a su interlocutora; evidentemente, la conocía.

Estábamos en la cocina, él de pie y yo sentada sacando un cigarrillo del paquete para calmar los nervios. Aún llevábamos puesta la ropa mojada por la lluvia. Miré a mi amigo y noté cómo su expresión cambiaba de repente. Pude ver lo que es un rostro deformado por el miedo.

—¿Qué significa que hoy no ha ido al colegio?

2

Después de la llamada de la directora del colegio, todo cambió.

Dado que Alfredo y yo nos habíamos marchado de casa muy temprano aquella mañana, lo primero que pensamos fue que el despertador de Greta no había sonado. Pero la cama de su habitación estaba hecha.

Había salido de casa, sin duda. Su teléfono estaba apagado.

Alfredo intentó reconstruir lo que podía haber ocurrido en nuestra ausencia. Logró contactar con el conductor del autobús, que nos informó de que no había recogido a ninguna estudiante en la parada de siempre.

Así que Greta se había marchado de casa por otros medios. Con el mal tiempo que arreciaba desde el amanecer, ¿habría aceptado que alguien la llevara en coche?

Cuando Alfredo descubrió que su bicicleta no estaba en el garaje, pensamos que se había ido sola. Pero ¿adónde podía haber ido con aquella lluvia torrencial?

Debido al TDAH, Greta tenía dificultades con las relaciones interpersonales. No podíamos contar con que le hubiera confiado sus intenciones a una amiga o a un amigo íntimo. Tampoco se podía esperar que alguno de sus compañeros de clase nos proporcionara información útil. Nadie la conocía tan bien.

Decidimos salir a buscarla. Alfredo con su coche y yo con el utilitario azul eléctrico; nos separamos y nos pusimos a recorrer los campos, manteniéndonos en contacto constante por teléfono. La lluvia lo hacía todo más complicado.

Habíamos avisado a los carabineros, pero la única patrulla disponible no podía dedicarse en exclusiva a una chica que se había escapado de casa. Y era demasiado pronto para presentar una denuncia por desaparición, lo cual habría permitido movilizar a más

hombres y más medios.

Las horas pasaban y nuestra búsqueda no daba ningún resultado.

A Alfredo, como era lógico, le iba invadiendo el pánico poco a poco y pronto me di cuenta de que ya no lograba mantener la lucidez. Al fin y al cabo, su hija era lo único que tenía en el mundo y siempre sería lo más importante para él. Me correspondía a mí mantener la calma e intentar imaginar los distintos escenarios.

Incluso los peores.

Y además me sentía culpable. Yo era el elemento extraño que había alterado el equilibrio de aquella familia. Había invadido espacios que no me correspondían al entrometerme en la vida privada de los demás sin pensar en las consecuencias. Desde hacía ya varias semanas ocupaba de forma indebida un lugar en aquella casa. Probablemente el comportamiento de Greta era una reacción a mi presencia.

«Dentro de unos días te inventarás una excusa, te marcharás y no volverás a aparecer».

¿Por qué no había respetado su voluntad? ¿Por qué me había empeñado en quedarme? Ella había descubierto que estaba usando un nombre falso, me percibía como una amenaza. Ni siquiera le había revelado mi verdadero nombre; solo Alfredo lo sabía y, por respeto hacia mí, no le había contado a ella la verdad. Debería haber previsto que Greta haría alguna tontería para llamar la atención, pero, como una ingenua, pensaba que se limitaría a los insultos y a montar alguna escena.

El día estaba llegando a su fin. De vez en cuando volvíamos a casa por turnos para ver si la chica había regresado. Pero no tuvimos esa suerte.

Y su móvil seguía sin estar operativo.

Cuando hablaba conmigo por teléfono, Alfredo se mostraba cada vez más alterado. Yo sabía qué lo angustiaba. Era el sol, que descendía como una guillotina sobre el horizonte. La idea de que su hija permaneciera fuera de casa después del anochecer lo destrozaba.

Me di cuenta de que durante todas aquellas horas se había convencido de que Greta aparecería antes del crepúsculo, como sin

duda le habían inculcado durante toda su vida. Pero, con la llegada de la fría oscuridad de la noche, Alfredo cambió de actitud. Nos encontramos de nuevo en la pequeña casa y él parecía ausente, paralizado por el terror de que una simple fuga adolescente se hubiera convertido accidentalmente en algo distinto, algo grave.

O quizá sabía que el verdadero peligro llegaría justo con las tinieblas.

Quería hacer algo, pero no sabía qué.

—Saldremos a buscarla toda la noche si es necesario —le dije.

Pero mis palabras no lo tranquilizaron. Asintió, poco convencido. Estaba aturdido.

Antes de salir de nuevo, me concedí unos minutos para ponerme un jersey más grueso. Subí a lo que ya era mi habitación mientras Alfredo me esperaba abajo.

Fue al entrar en el dormitorio cuando vi algo que me llenó de angustia.

Si hasta ese momento mi cargo de conciencia se debía únicamente a mi falta de sensibilidad hacia la chica, ahora sabía que mi culpabilidad en lo que estaba ocurriendo era mucho mayor.

Encima de la cama sin hacer estaba mi ordenador.

Recordé que me lo había llevado del despacho la noche anterior. También recordé que me había quedado dormida mientras leía los últimos apuntes para la novela que quizá nunca escribiría. Lo que había olvidado, en cambio, era que lo había dejado encendido sin introducir la contraseña.

La pantalla estaba en negro, pero bastó con rozar una tecla para que se iluminara confirmando mis peores presentimientos. Aparecieron las páginas que contenían el detallado relato de todo lo que había ocurrido desde que había puesto los pies en Nazareth.

Evidentemente, Greta debía de haberlas leído.

Aún me estaba maldiciendo por mi imprudencia cuando, de pronto, comprendí dónde podía estar la chica. Un oscuro estremecimiento me sacudió.

Corrí escaleras abajo a toda prisa.

Vi a Alfredo bajo el porche, y no olvidaré nunca cómo se apagaba la luz de sus ojos cuando le dije:

—Probablemente Greta está en el caserón rojo.

3

Cuando los faros de nuestro coche iluminaron la bicicleta apoyada en la verja del caserón, comprendimos que no nos habíamos equivocado, pero también nos invadió un nuevo desasosiego.

En cuanto Alfredo detuvo el coche, bajó el primero y se precipitó hacia el edificio rojo. Yo lo seguí, pero era como si mis piernas se resistieran y me frenaran. No quería volver a entrar. No quería tener nada más que ver con los misterios que aún se escondían entre aquellas paredes.

Pero tampoco podía abandonar a Alfredo.

Una vez dentro, él ya se había desvanecido en la oscuridad. Vagaba por las estancias y llamaba a su hija por su nombre, sin obtener respuesta.

Encendí la linterna del móvil y seguí su voz.

Por supuesto, con la oscuridad aquel lugar se mostraba aún más tétrico. En el haz de luz aparecían y desaparecían muebles, cuadros, adornos. Y, por supuesto, las enigmáticas cruces de espinas. Era como si fuera despertando aquellos objetos de su sueño eterno y apartaba el haz sintiéndome culpable por haberlos perturbado. Al mover la linterna para orientarme en el salón, me golpeé la rodilla contra un aparador. El dolor punzante me obligó a detenerme. Me apoyé en la pared y fue entonces cuando miré hacia la chimenea.

La foto de la familia C., tomada pocos días antes del crimen, había desaparecido.

Sin acabar de creerlo, me acerqué para observar mejor el pequeño clavo oxidado del que, hasta hacía unos días, colgaba el marco.

¿Quién la había quitado de allí?

Aquel cuadro de rostros sonrientes me había perseguido desde el inicio de aquella historia. Sobre todo la idea de que la mirada de Caterina, distraída del objetivo y dirigida hacia el caserón rojo,

pudiera revelarnos quién sabe qué verdad.

En ese momento me di cuenta de que ya no oía la voz de Alfredo llamando a Greta. De pronto estaba sola. Me invadió una sensación de desconcierto, casi de pánico. Y me olvidé de la foto desaparecida.

Entonces oí pasos apresurados en la escalera que conducía a la planta de arriba. No teniendo otra opción, decidí seguirlos.

—Cariño… Amor mío… ¿Qué te pasa?

La voz de Alfredo provenía de la habitación de matrimonio. Comprendí que se dirigía a su hija. La había encontrado.

Cuando llegué, barrí la oscuridad con la linterna del teléfono para buscarlos. Al final los localicé. Greta estaba encogida en un rincón, con los brazos apretados contra las rodillas. Se mecía débilmente. Su padre se había arrojado a su lado y la sacudía por los hombros, intentando en vano llamar su atención.

La chica tenía los ojos muy abiertos y la mirada vidriosa.

Aquella no era Greta. O, al menos, ya no lo parecía. Era como si su conciencia estuviera en otra parte y de ella no quedara más que un cascarón vacío. O tal vez la verdadera Greta se había refugiado en algún lugar seguro dentro de sí misma.

A su alrededor había innumerables fragmentos de papel esparcidos por el suelo.

Miré hacia el escondite de detrás del rodapié: lo vi abierto y las cartas de Beatrice ya no estaban allí. Comprendí enseguida lo que había ocurrido. Después de leer el archivo en mi ordenador, la chica había venido al caserón para hacer añicos aquellas hojas que ahora eran irrecuperables. Una reacción de rabia para poner fin a la investigación que le estaba arrebatando a su padre, una forma de expulsarme de sus vidas.

Sin ser consciente, Greta había causado también un daño enorme.

Hasta ese momento, nos consolaba la idea de que Beatrice había dejado por escrito en las cartas a Roman su intención de matar a sus hijos. Pero ya no había por dónde seguir.

Permaneceríamos ligados para siempre a Lorenzo C. y a su secreto.

Seríamos los únicos que sabríamos cómo habían ocurrido en realidad los hechos diez años atrás, sin poder demostrarlo. Nadie

nos creería. Y nadie podría liberarnos del peso de una verdad que pasaba de Lorenzo C. íntegramente a nosotros.

Equivalía a una condena de por vida.

Pero, mientras mi cabeza hilvanaba esos pensamientos, me di cuenta de que también había algo que no encajaba. Algo del todo irracional. Después de destruir las cartas, ya no tenía ningún sentido que Greta se hubiera quedado allí.

Entonces, ¿por qué lo había hecho?

4

Alfredo cogió en brazos a su hija, que en ese momento no estaba en condiciones de caminar. La sacó al exterior del caserón rojo y la acomodó en el asiento trasero del coche. Había empezado a llover de nuevo.

A causa del mal tiempo, tardamos casi una hora en llegar al hospital más cercano. Fue inevitable pensar en la noche en que Beatrice se vio obligada a dar a luz en aquella casa.

En Urgencias nos tranquilizaron; nos dijeron que las constantes de Greta eran estables y que su crisis catatónica probablemente estaba relacionada con el TDAH.

Pero la chica todavía no estaba en condiciones de hablar.

Alfredo llamó a la neuropsiquiatra que trataba a su hija y esta le confirmó que se trataba sin duda de un «pico emocional».

Demasiadas emociones juntas.

Cuando la doctora le preguntó si tenía alguna idea de cuál podía haber sido el desencadenante, Alfredo dudó un instante y luego respondió que no lo sabía. Imaginé que en su cabeza se arremolinaban las teorías más aterradoras, pero que no tenía el valor de tomarlas en consideración. También guardó silencio sobre las circunstancias en que había encontrado a Greta tras su inesperada huida de aquel día.

Yo no podía reprocharle nada. Más de una vez estuve a punto de hablarle de la foto de la familia C., que había desaparecido del salón del caserón rojo, pero me contuve. ¿Podría haberla cogido Greta, igual que había hecho con las cartas de Beatrice? Entonces, ¿dónde había ido a parar la fotografía?

Solo la chica conocía las respuestas. Pero, en vista de que en ese momento estaba encerrada en sí misma, no me parecía oportuno angustiar a su padre.

Había otra razón para no involucrarlo: tenía la sensación de que Greta no tenía nada que ver con la desaparición de la foto de familia.

A la chica le había ocurrido algo en el caserón rojo. Algo que no había previsto cuando fue allí a destruir las cartas de Beatrice. Hasta que no fuera capaz de contárnoslo, era mejor que Alfredo se quedara al margen de mis sospechas.

Los médicos del hospital dijeron que Greta debía permanecer en observación al menos una noche. Le habían administrado un tranquilizante para que descansara. Albergábamos la esperanza de que, al despertar, todo volviera a la normalidad.

Por supuesto, Alfredo iba a quedarse con ella. En cuanto a mí, hacia la una de la madrugada acepté que una enfermera que acababa de terminar su turno me acercara en coche hasta el chalé de las afueras de Nazareth.

Entré en casa y lo primero que hice fue acurrucarme en mi sitio de siempre, sobre la moqueta a los pies de uno de los sofás; luego encendí un cigarrillo al lado de la chimenea apagada. En ese momento me habría ido bien una ducha caliente y algo de comer, pero tenía el estómago cerrado y mi único deseo era quedarme a oscuras, con el sonido de la lluvia de fondo, encerrada en mi burbuja, donde normalmente me sentía a salvo.

Aunque no entonces. Entonces me sentía en peligro como nunca me había ocurrido antes.

Ni siquiera con Nic había experimentado una sensación semejante, y eso que él era experto en provocarme los peores miedos. Sabía asustarme de las formas más insospechadas. Bastaba con que al hablar hiciera una pausa un poco más larga de lo habitual, que el silencio entre dos frases se prolongara medio segundo más, para que se derrumbara cualquier ilusión de seguridad.

Nic disfrutaba infligiéndome esos pequeños tormentos.

No sabía por qué mi ex había regresado de pronto a mi mente. Me convencí de que, en aquella noche extraña, también tenía cabida un pensamiento angustioso emergido de mi vida pasada. Pero ni siquiera el sarcasmo me habría salvado.

Levanté la mirada hacia la ventana que daba al porche. Algo allí

fuera me llamó la atención y me incorporé de golpe.

Me acerqué a los cristales, por los que resbalaban densos regueros de lluvia. A través de una fina capa de vaho, vislumbré la presencia de alguien.

El perro pastor blanco, grande y viejo, estaba sentado frente a la casa, indiferente a la tormenta. Comprendí que me estaba esperando.

5

Salí al porche y observé al animal, pero no se movió.

Ahora soy consciente de que todo lo que ocurrió a partir de ese momento era completamente evitable.

Debería haberme detenido allí. Debería haber comprendido que lo que le había sucedido a Greta constituía una nueva y siniestra advertencia.

Debería haberme conformado con las verdades que ya conocía y con haber resuelto junto a Alfredo la parte que faltaba del misterio que se remontaba al verano de 2005. Ahora sabía cuál era el secreto de Beatrice y debería haberme bastado.

No obstante, la presencia de aquel perro era una tentación a la que no podía resistirme.

Debería haber hecho caso a mi escasa capacidad de discernimiento, pero también al simple instinto de supervivencia. Sin embargo, en el momento de decidir, seguí otro criterio.

Abandonarme a la oscuridad.

Al recordarlo ahora, exactamente diez años después, me doy cuenta de que la única forma de no enloquecer durante todo este tiempo ha sido rendirme a la evidencia, aceptando las cosas tal y como sucedieron a partir de ese preciso momento, sin intentar atribuirles a la fuerza un significado o incluso un sentido.

Por eso he escrito este libro.

Y si he tardado tanto es porque aún tenía que resignarme a considerarme una simple espectadora de los acontecimientos en los que me vi envuelta en 2015, sin hacerme más preguntas.

Aceptando la duda.

Pero entonces todavía no podía saber lo que me esperaba. Volví al interior del pequeño chalé y cogí las llaves de mi coche. Salí bajo la lluvia y me dirigí al vehículo, aparcado en el camino de entrada. Me

fijé en que, mientras tanto, el perro se había dado la vuelta. Arranqué y, como había previsto, el animal echó a andar por la carretera.

No me quedaba más que seguirlo para descubrir adónde quería llevarme.

Duodécima parte

LO SOBREHUMANO

1

Junto a mi insólito guía, avanzaba lentamente en la noche por los caminos de la campiña de Nazareth. Lo que iluminaban los faros de mi coche era un animal viejo, cansado y enflaquecido, que debía de haber tenido una vida demasiado larga. A pesar de la lluvia torrencial, me iba indicando la dirección que debía seguir.

Intentaba mantener una velocidad constante para no forzarlo, pero aún no entendía adónde quería conducirme.

Recorrimos tres o quizá incluso cuatro kilómetros y, por fin, tomamos un camino de tierra. Al final de aquel sendero accidentado, llegamos a un amplio descampado en el que identifiqué los restos de un campamento: hogueras ahora apagadas y un par de caravanas oxidadas y con las ruedas deshinchadas.

El asentamiento estaba abandonado.

Pensé enseguida en la mujer de los incisivos de oro y en sus extravagantes compañeros, con los que me encontré cuando acabé con el coche en una zanja cerca del caserón rojo. Viejos, jóvenes e incluso niños.

Eran nómadas.

Seguía siendo un misterio qué hacían tan cerca de la casa del crimen y por qué cavaban hoyos en el suelo en plena noche.

Mientras avanzaba detrás del perro, oía el chisporroteo de los neumáticos sobre la grava mojada. Aferrada al volante, miraba a mi alrededor tratando de averiguar si había alguien. «Se han ido hace poco», me dije. Si bien estaba segura de que los seguidores de Bratska Vûlk no andaban lejos.

«Siguen por los alrededores, pero no paran de moverse».

No sé de dónde procedían aquellos pensamientos. Y además había otra rareza que no sabría explicar. El lugar estaba desierto y era lúgubre, pero no tenía ninguna sensación de peligro.

Mientras tanto, el perro blanco se había detenido frente a una barraca de madera.

Las luces largas de mi coche iluminaban la entrada. Detuve el vehículo, apagué el motor, pero no los faros.

Bajé.

En el silencio que me rodeaba, me acerqué a la puerta de la barraca, sobre la que colgaba un crucifijo hecho con tallos de rosa entrelazados. Me bastó con pasear la mirada por las dos caravanas que quedaban para ver que aquel artefacto de espinas también estaba clavado en la portezuela de ambas.

Se trataba sin duda de una especie de amuleto, un símbolo para invocar alguna clase de protección. Por fin tenía claro quién podía haberlo colocado en el caserón rojo.

Me decidí y llamé a la puerta de la barraca, pero no obtuve respuesta. No había cerradura, de modo que la empujé hasta abrirla de par en par.

La luz de los faros se adelantó a mí al otro lado del umbral, rasgando la oscuridad. Di un primer paso. Luego un segundo. Una vez dentro, percibí enseguida el buen olor que aún flotaba en el ambiente.

Un perfume dulzón, floral. El olor que ya asociaba a Lorenzo C. Aquello me confirmó que aquel era también el olor que desprendía Bratska Vûlk.

El amplio recinto estaba vacío. No esperaba encontrar a nadie; de hecho, estaba sola. Volví a preguntarme qué hacía yo allí.

A pesar de todo, tuve la impresión de hallarme en un lugar sagrado, una especie de capilla.

Fue entonces cuando mis ojos distinguieron algo en la penumbra. En todas las paredes de la barraca había unos rudimentarios frescos trazados con tizas de colores. Me acerqué para verlos mejor y reconocí la representación del caserón rojo, coronado por un cielo violáceo y rodeado de campos de maíz. Pero las plantas eran negras, estaban podridas.

En el dibujo siguiente aparecía Lorenzo C., tendido en el sofá, presa de las migrañas.

Desplacé la mirada a mi alrededor y comprendí que en aquellos

muros se representaba la historia de la familia C. Aparecían todos sus miembros. Estaba Luigia a lomos de su caballo. Giacomo pedaleando en su bicicleta. Caterina en su andador. Beatrice escribiendo cartas a escondidas.

Como en una parábola bíblica, en las paredes se recorría la historia de aquella familia en distintas escenas.

Todo parecía haber comenzado la noche en que la hija menor vino al mundo. Los dos hijos mayores lo vivieron, angustiados, desde el umbral de la habitación donde Beatrice estaba dando a luz. La mujer yacía tendida en una cama, transida de dolor. Lorenzo estaba sacando a Caterina de su vientre.

Hubo un detalle de aquella representación que me llamó la atención. La recién nacida tenía una X en la frente.

¿Por qué aquel signo, que por lo general se trazaba en el momento de la muerte, estaba en la frente de una recién nacida? ¿Había un mensaje simbólico que yo debía interpretar?

Al no encontrar respuesta, seguí observando el resto de los frescos.

Mientras aquella revelación se desplegaba ante mis ojos, sentía que no estaba sola. Ya sé que parecerá una locura y que es difícil creerme, pero no existe una explicación para lo que me estaba sucediendo en aquella barraca.

No obstante, había algo que me protegía.

Al igual que a mi llegada al campamento, ahora la sensación era más fuerte que nunca. Percibía la presencia de Hermano Lobo a mi alrededor y también dentro de mí. Era él quien me dictaba los pensamientos y me tranquilizaba.

Comprendí que Bratska Vûlk también había intentado proteger a la familia C., sin conseguirlo. Y, a su manera, estuvo presente la noche de los asesinatos.

Aquella noche de verano, en el caserón rojo, se había librado una batalla entre poderosas fuerzas ocultas. El vagabundo predicador había intentado salvar a los niños, pero había fracasado. Al no poder hacer ya nada por ellos, fue él quien sugirió a Lorenzo que dibujara las X en la frente de los pequeños cuerpos y en la de su esposa asesina para que se marcharan en paz.

Yo sabía todo aquello porque en ese momento, en aquella especie de capilla, Bratska Vûlk estaba hablando conmigo. Era como tener una voz en la cabeza.

Hermano Lobo representaba el «bien» en aquella historia. Así pues, ¿dónde se ocultaba el «mal»?

El relato alegórico de los muros se interrumpía de golpe con el dibujo más extraño de todos. Una vieja cámara fotográfica de carrete, colocada sobre un trípode.

Bajé la mirada y vi que en el suelo, en un rincón, había un marco. Se trataba del retrato familiar desaparecido del salón del caserón rojo. Estaban todos, posando y sonriendo. Lorenzo, Beatrice, Luigia, Giacomo y Caterina. Con sus mejores ropas y la expresión ajena a lo que iba a sucederles.

Al mismo tiempo que me preguntaba por qué habían llevado allí la fotografía, ya conocía la respuesta. «Bratska Vûlk quiere que la observe mejor», me dije. Y eso hice. Me arrodillé para examinarla con atención, recorriendo cada detalle.

El detalle de Caterina, en brazos de su madre, apartando la mirada del objetivo para dirigirla hacia el caserón me había llamado la atención desde el primer momento. En la versión de la foto que acompañaba al primer artículo de Alfredo no se entendía qué la había distraído, puesto que la copia había sido recortada para que cupiera en la página del periódico. En el original enmarcado en la casa de la familia C., en cambio, sí aparecía la parte que faltaba. Y gracias a eso, tras mil conjeturas, había podido comprobar que la niña tan solo sonreía a su reflejo borroso, que aparecía en uno de los cristales de las ventanas de la casa.

La ilusión óptica la divertía.

Pero entonces advertía con espanto que aquello a lo que Caterina sonreía no era en absoluto un reflejo. Al mirarlo con más atención, el rostro estaba claramente deformado en una expresión casi grotesca.

Y ni siquiera se trataba de Caterina, sino de alguien distinto, idéntico a ella. Un intruso observaba la escena desde detrás de los cristales, en el interior del caserón.

2

—Greta ha dormido cinco horas seguidas, acaba de despertarse —me tranquilizó Alfredo por teléfono mientras conducía—. Habla y parece haberse recuperado; solo tiene un fuerte dolor de cabeza.

«Como Lorenzo C.», pensé. Estaba amaneciendo y acababa de marcharme del campamento de los nómadas. Aún temblaba, pero también estaba ansiosa por que mi amigo me dijera que su hija le había contado lo que le había sucedido en el caserón rojo.

—No recuerda nada —afirmó, en cambio.

—Quizá sea mejor así —respondí, aparentando calma, aunque por dentro estaba hecha un caos. Sentía una necesidad imperiosa de saber qué le había ocurrido a Greta después de destruir las cartas de Beatrice de detrás del rodapié. Porque tenía que haberle sucedido algo más, dado el estado en que la habíamos encontrado.

¿Había visto u oído algo? Temía que la amenaza que nos perseguía continuara al acecho.

—Seguramente le darán el alta hoy mismo —prosiguió Alfredo—. Pero pasaré por casa a recogerle ropa limpia. ¿Podrías ponérmela en una bolsa?

Creía que yo estaba en su casa, adonde me habían llevado la noche anterior. No le había contado mi salida nocturna. Estaba muy alterada por lo que había visto en la foto de la familia C., aunque esperaba que no se me notara en la voz.

—Claro —le respondí.

No lograba quitarme de la cabeza la imagen del rostro deforme que se distinguía tras los cristales de la ventana del caserón, captado en la fotografía, tan parecido a una ilusión o a un engaño de la mente que me hacía dudar de mí misma y de mi cordura. De no haber sido por la reacción de la pequeña Caterina en aquella foto, que confirmaba que aquella visión podía ser real,

probablemente ya habría tomado un puñado de ansiolíticos para ahuyentar esa presencia maligna de mis pensamientos. Pero estaba convencida de una cosa.

La espectadora sonriente no iba a dejarme marchar.

—Estaba pensando que quizá ha llegado el momento de olvidarnos de todo esto —dijo Alfredo—. Tenemos la verdad que buscábamos; cualquier otra hipótesis sería solo una especulación inútil.

—Estoy de acuerdo —mentí.

—Y bien, ¿qué harás ahora?

—Las maletas —respondí, anticipándole una despedida.

Alfredo guardó silencio, pero en ese silencio cabía todo. Su disgusto por mi marcha repentina y el afecto que sentía por mí. Quizá también algo más que un simple afecto. Pero ninguno de los dos había tenido ocasión de profundizar en lo que ya nos unía. Los acontecimientos habían pasado por encima de todo lo demás. Por fin, sin obstáculos, podíamos ver las cosas con mayor claridad. Aunque tal vez ya era demasiado tarde.

—Será extraño volver a casa y no encontrarte allí —dijo.

Dada su timidez y su cuidado por no decir nunca nada inapropiado, aquella frase debió de costarle un gran esfuerzo.

—También será extraño para mí no estar allí —respondí. Me habría gustado decirle muchas otras cosas, pero no me sentía en condiciones de hacerlo.

—Siento no poder despedirme en persona.

«Quizá sea mejor así», pensé.

—Te llamaré, lo prometo —dije, a punto de colgar—. Y si decido escribir un libro sobre todo esto, serás el primero en saberlo.

Alfredo guardó silencio unos segundos.

—¿Seguro que estás bien?

Tuve miedo de que mi actuación no hubiera funcionado. Pero no podía compartir con él mis verdaderas intenciones.

—Estoy perfectamente —le aseguré, fingiendo serenidad.

—Entonces, adiós —respondió, aunque sin demasiada convicción. Y la llamada terminó así.

En realidad, antes de que Victoria Anthon regresara a la

invisibilidad, aún tenía algo que hacer en Nazareth.

La historia de la familia C. había estado marcada desde el principio por incongruencias y aspectos nunca aclarados del todo. Después de colgar, volví a reflexionar sobre un detalle que deberíamos haber tenido más en cuenta y en el que no habían llegado a profundizar ni siquiera quienes habían llevado a cabo la investigación oficial. Porque ahora había un aspecto que me resultaba bastante evidente.

Antes de las muertes, ya ocurría algo extraño en aquella familia y en aquella casa.

En el campamento de los nómadas había comprendido con inquietud que todos los que nos habíamos ocupado de aquel caso nos habíamos hecho una misma pregunta desde el principio.

La cuestión era simple y directa: ¿había alguien más, un extraño, presente aquella madrugada, mientras tenían lugar los asesinatos a golpe de cuchillo?

¿Por qué seguíamos haciéndonos esa pregunta?

En mi interior sabía que Bratska Vûlk lo presenció todo desde la distancia, pero no pudo impedirlo. ¿Vio también a un intruso?

En su confesión completa, Lorenzo C. solo se preocupó de ocultar la culpabilidad de su esposa. Nunca mencionó cómplices ni testigos externos a la familia. Sin embargo, el sargento B., que recogió su declaración de culpabilidad, albergó dudas sobre si el hombre había actuado solo. Y la incredulidad de B. no tenía que ver con Beatrice, cuyo papel desconocía. En nuestro encuentro, el excarabinero nos habló de la denuncia contra desconocidos que el agricultor presentó tiempo atrás, porque Lorenzo estaba convencido de que alguien se introducía por la noche en su propiedad y que sus perros ladraban para avisarlo. ¿Por qué B. seguía insistiendo en aquella historia que nunca se vio confirmada?

El abogado de Lorenzo también se planteó la posibilidad de que hubiera otros responsables de las muertes. Localizó la cámara de seguridad de un vecino y las imágenes descartaban que alguien se hubiera acercado al caserón en las horas previas al crimen; tampoco aparecía nadie marchándose antes de que llegaran los carabineros.

Pero ¿era eso suficiente? ¿Y si la presencia en cuestión hubiera estado siempre allí? Y, lo más escalofriante, ¿y si nunca se hubiera

marchado?

La respuesta podía estar en una pequeña huella dactilar encontrada en el cuchillo utilizado en el crimen. Pero esa huella, quizá dejada por un niño, no pertenecía a ninguno de los hijos de la familia C.

Tenía en mente una posible explicación. Solo había una forma de saber si estaba equivocada. Cuando vi aparecer el caserón rojo ante el parabrisas, empezó a llover otra vez.

3

El mal es un germen. Cuando ocurre un hecho traumático, el lugar donde se ha producido enferma igual que una persona. Una vez que sale de su guarida inmunda, el mal se adhiere a los objetos, los recubre.

Habría que evitar tocarlos, de lo contrario existe el riesgo de infectarse.

A veces el mal viene a buscarnos para atraernos a un lugar mediante engaños. A mí me ocurrió con la carta anónima.

Nunca debería haber abierto aquel sobre.

Cuando volví a cruzar el umbral del caserón rojo, me golpeó una ráfaga de aire frío. ¿Cuántas veces había estado allí con Alfredo? Nunca se nos había ocurrido pensar que podíamos no estar solos.

Cerré la puerta a mi espalda. Percibí el tedioso aroma dulzón y floral. Las alucinaciones olfativas suelen deberse a la mente o a problemas neurológicos. Pero estaba segura de que mi sensación era real y dependía de algo distinto.

Entonces me puse a escuchar el silencio. La lluvia que caía fuera del caserón resonaba también en el interior. Aparte de eso, solo se oían vagos crujidos y el chirrido de mis suelas de goma mojadas al caminar.

Miraba a mi alrededor como si fuera la primera vez que visitaba aquel lugar. En cierto modo, lo era. Porque me veía obligada a observarlo con otros ojos y, sobre todo, con una conciencia inédita.

«Aquí hay algo —me repetí—. Pero no sé qué es».

La luz del día estaba velada por las nubes; la poca que se filtraba a través de las persianas cerradas bastaba, sin embargo, para iluminar los espacios.

Me senté en uno de los sofás del salón, preguntándome si sería aquel en el que Lorenzo C. se desplomaba dormido cuando la

migraña le daba tregua. Se había despertado precisamente en aquella estancia la mañana de las muertes para luego subir al piso de arriba y descubrir los cadáveres, ignorando todavía que había sido Beatrice quien había cometido la atrocidad.

Después de lo ocurrido con el retrato de la familia, cada elemento de la investigación que había llevado a cabo con Alfredo adquiría un nuevo significado. Tenía que preguntarme si hechos menores o pequeños episodios anteriores a la matanza debían reconsiderarse y evaluarse con menos precipitación. Quizá convenía indagar en alguna causa oscura que ni siquiera nos habíamos planteado.

Una vez más, los testigos a los que acudir eran Lorenzo y Beatrice C., pero ya estaban muertos. Aun así, sus palabras seguían vivas en mi memoria. Había que partir de sus relatos y recorrerlos de nuevo con otro espíritu.

Con ese pensamiento, me levanté del sofá y empecé a explorar la casa.

Tanto Lorenzo, en nuestra conversación en la REMS, como Beatrice, en sus cartas al inexistente Roman, habían aludido a hechos extraños que ocurrían entre aquellas paredes. Objetos que desaparecían y reaparecían en lugares distintos.

«Recordaba haber dejado un manojo de llaves sobre una repisa y días después lo encontraba en un cajón».

Lorenzo C. pensaba que la causa de sus distracciones eran los dolores de cabeza que lo atormentaban.

Pero también se habían producido sucesos inexplicables que afectaban a Beatrice.

«Esta tarde, mientras le daba el pecho a Caterina en el sofá, las dos nos hemos quedado dormidas. Solo recuerdo que soñaba que tenía frío, pero luego la sensación desapareció y, cuando me desperté, tenía una manta encima…».

A diferencia de su marido, Beatrice no buscaba explicaciones en su estado de salud, porque probablemente rechazaba la idea de estar deprimida. En vez de eso, había identificado una mano misteriosa detrás de aquellos hechos absurdos.

«Abrí el grifo de la bañera con la intención de bañar a Caterina, pero me puse a darle el pecho y se me olvidó. Cuando volví a

comprobarlo, mi hada había cerrado el grifo; de lo contrario, se habría inundado todo».

Beatrice tenía razón en lo del hada. Debería haberla creído cuando leí sus cartas a Roman. Con el paso del tiempo, el hada se fue mostrando menos benévola de lo que parecía al principio y pasó a convertirse en una presencia invasiva.

«Caterina estaba jugando tranquilamente en su parque en el salón, mientras yo vaciaba la lavadora, pero podía oírla, así que la vigilaba a distancia… De repente se ha puesto a reír. Pero no era una de sus risas habituales. Caterina solo se ríe así cuando alguien le hace cosquillas. Como estábamos solas en casa, he ido enseguida a ver qué estaba pasando, y en cuanto me ha visto, ha dejado de reír. ¿Quién le hace cosquillas a mi niña, Roman? Ya no sé qué pensar…».

Había otros ejemplos de interferencias. El cambio de pañal de Caterina sin que la madre recordara haberlo hecho, y también la sensación de Beatrice de estar constantemente observada y vigilada.

La mujer había intentado rechazar sus atenciones y alejar al hada en la que solo ella creía, pero esta no debió de tomárselo bien.

«Ayer llevamos a los niños al pediatra del pueblo. Al volver encontré un plato roto en el suelo de la cocina. Los trozos estaban esparcidos por todas partes y entendí que no se había caído sin más de una de las baldas. Alguien lo había tirado con fuerza, quizá incluso con rabia».

Pero no fue el único caso en que el hada se mostró vengativa. Todavía recordaba perfectamente el relato de Lorenzo sobre un pequeño accidente doméstico que pudo haber resultado catastrófico.

«Lo peor fue cuando dejé encendido el soldador que había utilizado para una reparación en casa: estaba seguro de haberlo apagado, pero estuve a punto de provocar un incendio».

Ahora me veía obligada a preguntarme si había sido realmente un descuido suyo o si algo o alguien había intentado hacer daño a la familia C.

Y luego estaba la historia de los perros que ladraban por la noche. Beatrice se mostraba convencida de que los animales no reaccionaban ante la presencia de un intruso que estuviera en el exterior de la casa, sino que percibían a alguien que se ocultaba en

el interior.

Todo encajaba de un modo aterrador. Todo tenía sentido, aunque fuera ilógico.

Como a nadie se le ocurría pensar que la familia C. pudiera ser víctima de una misteriosa persecución —que, además, era difícil de demostrar—, aquellos hechos se habían considerado de poca importancia o habían pasado a formar parte del relato del crimen como elementos secundarios, casi anecdóticos. Sin embargo, quizá también habían contribuido a que se produjera la tragedia, como causas concurrentes o indicios previos. Pero los investigadores, al no saber interpretarlos, los consideraron irrelevantes.

Yo tenía otra teoría.

Para explicar lo ocurrido en el verano de 2005 había que recurrir una vez más a un modelo de la realidad en el que coexistían dos niveles. Uno básico, con una evidencia empírica, en el que un cuchillo con una estrella en el mango había desempeñado el papel principal. El otro intangible, en el que habían actuado fuerzas desconocidas que, sin embargo, habían dejado una marca en ese cuchillo.

La huella dactilar parcial de un niño.

La cuna y la trona de madera que había visto en los almacenes de debajo del caserón, abandonadas allí junto a otros muebles viejos, no eran en absoluto pruebas de una elaboración defectuosa.

Estaban destinadas a otro recién nacido.

La noche en que Beatrice dio a luz a Caterina, el parto se desencadenó de improviso. El hospital estaba demasiado lejos, así que dio a luz en casa con la ayuda de Lorenzo. Antes de aquel acontecimiento, por alguna razón inexplicable, la mujer no había querido someterse a pruebas ni a revisiones.

Nadie, aparte de los miembros de la familia C., sabía que en su vientre había dos gemelas.

En la representación de la escena del parto en la capilla del campamento de los nómadas, Caterina tenía una X en la frente.

Ahora sabía que la recién nacida del fresco no era ella, sino la hermanita que no sobrevivió.

Quizá para proteger a Beatrice de aquel dolor y del juicio del

mundo, Lorenzo hizo desaparecer el cuerpo, del mismo modo que retiró la trona y la cuna destinadas a la otra niña.

Probablemente el pequeño cadáver estaba enterrado en algún lugar alrededor del caserón rojo. Los seguidores de Hermano Lobo, a quienes había visto de noche en aquellos campos con las palas, seguían buscándolo.

Después de la tragedia, los miembros de la familia C. sellaron un pacto para olvidar lo ocurrido. Pero aquel cuerpecito olvidado era la semilla secreta de la depresión de Beatrice.

Y había algo más. Aquella alma nunca se marchó. Se convirtió en una presencia invisible en la vida de la familia C. Y de vez en cuando se manifestaba. Yo misma la había visto en la ventana del caserón captada en la foto de familia, con un aspecto idéntico al de la hermana a la que estaba sonriendo.

Pero la presencia también se había hecho notar la noche de la masacre al dejar su huella en el arma del crimen.

Y, después de tantos años, seguía en aquella casa. Lo sabía. Al igual que lo sabía Bratska Vûlk.

Por eso, lo primero que hice fue ir a la cocina y retirar de la pared la cruz hecha con tallos de rosa entrelazados, que ahora pensaba que era una especie de amuleto colocado allí —y en otras estancias — por los acólitos de Hermano Lobo para mantener a raya a las fuerzas oscuras.

Me llevé conmigo aquel objeto con la esperanza de que me protegiera y recorrí las estancias del caserón, preguntándome si existía de verdad una forma de obligar a la entidad a mostrarse. Seguramente Greta había sido testigo de algo. Pero para lo sobrehumano no valían las reglas habituales: no bastaba con llamar a una puerta y esperar a que alguien viniera a abrir.

¿O quizá sí?

Subí las escaleras que conducían a la planta superior. Recorrí los dormitorios. Y al llegar a la habitación de matrimonio de paredes grises mi teléfono empezó a sonar.

4

Contesté a un número que no conocía. Pero al otro lado de la línea solo había silencio.

Esperé unos segundos y luego pregunté:

—¿Hay alguien? —La frase que dicen quienes se adentran en un lugar inexplorado, dirigida a lo desconocido.

No hubo respuesta.

No me desanimé.

—¿Hay alguien? —insistí.

Nada.

Pero aún no estaba dispuesta a rendirme.

—Sé que estás ahí —dije en el tercer intento—. Y también sé que estás deseando responderme.

En realidad, no era más que un intento desesperado de provocar una reacción, porque empezaba a sentirme ridícula.

Percibí algo de fondo. Fue inesperado y me quedé inmóvil; no sabía si el motivo de que mi corazón latiera a cien por hora era el pánico o la excitación.

Había oído una especie de respiración. O más bien un resoplido. La protesta impaciente de alguien que, ante tanta insistencia, me concedía a regañadientes su atención.

—¿Desde cuándo estás aquí?

Esta vez, del aparato salieron unos pocos sonidos, bajos e ininteligibles. Parecían frases, pero también podía ser un simple susurro. Aunque no lograba distinguir las palabras, la naturaleza de aquel murmullo era inequívoca, al menos para mí.

No parecía pertenecer a este mundo.

Tal vez fuera sugestión, pero decidí perseverar, con la esperanza de obtener algo inteligible.

—Tú estabas presente aquella noche de agosto de hace diez años,

¿verdad? ¿Lo viste todo?

Confiaba en que surgiera alguna referencia a los asesinatos de la familia C., pero del teléfono solo salió un sonido informe, parecido a un lamento.

El llanto —o quizá la risa— de un niño. Era desgarrador y aterrador a la vez.

Sin embargo, tuve la certeza de que, por fin, se había establecido un diálogo.

—¿Tuviste algo que ver con lo que sucedió? —pregunté, apremiando a mi interlocutor—. ¿Ocurrió por tu culpa?

Esperé una respuesta con impaciencia. Pero volvió el silencio. El experimento no estaba conduciendo a nada. Sin embargo, también era consciente de que, si llegaban a confirmarse mis peores temores, me vería obligada a replantearme por completo todo lo que creía saber de la naturaleza humana y a poner en duda la realidad que me rodeaba.

Había una pregunta que habría querido formular desde el principio, y que además era la más lógica, pero el miedo me impedía hacerlo. Al final me armé de valor.

—¿Quién eres? —pregunté a aquella presencia sin nombre. Esperé la respuesta con temor.

Del teléfono se oyó claramente una palabra:

—Nic.

5

—Victoria… Victoria…

Una voz llamaba mi nombre.

Me desperté. La voz se calló.

No me parecía haberme quedado dormida. El último recuerdo que tenía era el de estar hablando por teléfono en el dormitorio del primer piso del caserón rojo. Me incorporé y descubrí que estaba tumbada en el sofá del salón de la familia C.

Igual que Lorenzo, pensé. Y de pronto me faltó el aire.

—Victoria… —repitió alguien.

Mientras la angustia me invadía, lo vi aparecer ante mí. Alfredo me distinguió en la penumbra y se acercó.

—¿Estás bien? —me preguntó, al verme alterada. Me cogió de las manos.

—Creo que sí —respondí—. ¿Qué haces aquí? —le pregunté, sorprendida.

Entonces él se echó ligeramente hacia atrás, igual de desconcertado.

—¿Cómo que qué hago aquí?

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —insistí.

—Me has llamado tú, hace una hora.

Abrí la boca para contestar, pero me detuve. En realidad no sabía qué decir; no recordaba nada de la llamada. Es más, me asaltó la terrible duda de no haberla hecho nunca.

—¿Era yo? —balbuceé—. ¿Era de verdad yo?

Me observó como si no estuviera en mis cabales.

—Sí —confirmó.

Me di cuenta de que mi reacción lo estaba asustando.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las siete de la mañana.

La luz ambarina que entraba desde fuera confirmaba que acababa de amanecer.

—¿Y qué día es hoy? —pregunté, cada vez más inquieta.

—Jueves —dijo.

Me daba vueltas la cabeza. Había llegado al caserón el día anterior; llevaba allí casi veinticuatro horas y apenas recordaba nada.

¿Qué me había ocurrido después? ¿Qué había hecho durante todo ese tiempo? ¿Por qué lo había olvidado?

Me aterraba la idea de no poder responder a aquellas preguntas tan simples. Tampoco Lorenzo C. era consciente de lo que les había sucedido a sus hijos cuando despertó en ese mismo sofá.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —Alfredo miraba hacia abajo y parecía preocupado.

Bajé la vista hacia mis palmas. Estaban manchadas de sangre.

¿Cómo era posible? Un nuevo terror me invadió. ¿Qué había hecho?

—Te has hecho daño —dijo.

Tenía razón. Vi que la piel estaba arañada; aquella sangre era mía.

Alfredo sacó un pañuelo limpio del bolsillo y empezó a presionar sobre los cortes. Entonces reparé en mi teléfono, en el suelo. Estaba destrozado, irreparable. Lo había hecho añicos con mis propias manos.

«Nic…».

Comprendí que la voz que había oído durante la llamada en la habitación de Beatrice y Lorenzo no era más que una burla. Mi ex no tenía nada que ver con aquello. Era solo mi peor miedo haciéndose realidad.

—Hay algo en esta casa… Una presencia… Toma la forma de nuestros miedos… Nos obliga a hacer cosas que no queremos hacer… —balbuceé, consciente de que estaba desvariando, presa del pánico. Todo era confuso.

—Tienes razón, en este caserón hay algo —dijo Alfredo, sorprendiéndome—. Y Greta lo ha visto.

Me quedé muda.

Entonces hizo algo que no esperaba. Me sujetó por los hombros,

se inclinó hacia mí y me dio un ligero beso en los labios.

—Quizá haya una explicación —dijo.

6

—Greta sostiene que alguien la atacó cuando estaba en el caserón —dijo Alfredo, mientras conducía de regreso a su casa—. Dice que forcejeó con un intruso que quería retenerla y hacerle daño.

Mientras el corazón se me desbocaba en el pecho, caí en la cuenta de algo:

—Pero Greta no tenía arañazos ni heridas cuando la encontramos —dije, tratando de calmarme.

Alfredo asintió y me pasó unos papeles que tenía sobre el salpicadero.

Los cogí y empecé a leerlos. Eran los resultados de los análisis de sangre de Greta, realizados durante su ingreso. Había varios valores fuera de lo normal, marcados en rojo.

—No lo entiendo —dije.

—Esos valores alterados se deben a una intoxicación por una sustancia química —me explicó Alfredo.

—Gliforutamato —murmuré.

—ENNP —confirmó.

—¿Cómo es posible? —pregunté.

—Cuando la encontramos, Greta no hablaba y estaba catatónica.

Estado de confusión, recordé. Como Lorenzo C.

—Y al principio no recordaba lo que le había pasado —continuó diciendo mi amigo.

Amnesia transitoria, pensé. También Lorenzo C. la sufría. Así como Beatrice.

—Y se despertó con un fuerte dolor de cabeza.

Todo encajaba.

—Pero fue al hablar con un toxicólogo del hospital cuando descubrí que, entre los distintos efectos nocivos del herbicida, también se encuentran los «estados alucinatorios persistentes».

Me quedé atónita. Pensé en Beatrice y en su hada.

—Nosotros dos también tendremos que hacernos análisis —me dijo Alfredo, volviéndose un instante hacia mí—. Lo más seguro es que el suelo, el agua subterránea e incluso el aire del interior de la casa estén contaminados.

Habíamos encontrado los viejos bidones de ENNP en el sótano; algunos estaban deteriorados y la sustancia se había derramado. Era muy probable que se hubieran producido emanaciones que habían llegado a los pisos superiores.

—Greta lleva años tomando fármacos psicotrópicos por su TDAH —dijo Alfredo—. Es probable que esa porquería tóxica haya interactuado con la medicación, provocando el efecto alucinógeno.

Yo también tomaba ansiolíticos y antidepresivos. Probablemente, durante las últimas horas en el caserón había sido víctima de una interacción igual de violenta. Eso podía explicar también la serie de sensaciones paranoicas que habían acompañado a mis anteriores visitas a la casa de campo roja.

La llamada de Nic había sido una alucinación.

—A Lorenzo C. le habían recetado medicamentos muy potentes para las migrañas.

Recordaba las cajas de dihidroergotamina en una estantería de la cocina del caserón.

En ese momento, el olor floral que había percibido en la REMS en presencia del asesino múltiple, y después también en el caserón rojo y en la barraca de Hermano Lobo, volvió a formarse en mis fosas nasales. En realidad, estaba en mi cabeza.

La prueba era que Alfredo no tomaba fármacos antipsicóticos y, por tanto, nunca había tenido episodios alucinatorios.

Volví a pensar en el rostro deforme tras la ventana del caserón rojo, inmortalizado en la fotografía de la familia C. Ya no estaba segura de que fuera un intruso. Quizá era realmente una ilusión óptica, un juego del azar. Lo que había divertido a la pequeña Caterina me había inquietado a mí. Pero yo había cargado esa imagen de una fuerte sugestión.

Sin embargo, la intoxicación por gliforutamato no explicaba la carta anónima, Bratska Vûlk, la pequeña huella dactilar en el cuchillo

de la matanza, ni tantos otros enigmas o incongruencias.

Beatrice tenía visiones y, sin embargo, no tomaba medicamentos que pudieran interactuar con el ENNP. En cuanto a los niños, recordé que ni la doctora de la familia ni los profesores indicaron nada: Luigia, Giacomo y Caterina parecían felices y sanos antes de ser asesinados.

Cuando la ansiedad estaba a punto de volver a apoderarse de mí por no ser capaz de darle sentido a todo aquello, Alfredo acudió de nuevo en mi ayuda.

—Los escritores ven conexiones donde en apariencia no hay ninguna —dijo, refiriéndose directamente a mí—. Lo irracional no les asusta, porque perciben la magia secreta de las cosas —añadió—. No se resignan a la evidencia, porque para ellos no basta. Y buscan constantemente nuevos misterios que resolver. —Al final, concluyó —: Los escritores ven cosas que los demás no pueden ver.

Nunca había recibido una definición tan perfecta de mi propio trabajo. Me sentí abrumada de gratitud.

Alfredo F. me ofrecía una explicación racional: intoxicación por ENNP. Pero al mismo tiempo me planteaba una solución alternativa: lo sobrehumano.

Bien mirado, no era necesario elegir. Ni para Victoria Anthon ni para mí.

«Los escritores ven cosas que los demás no pueden ver».

Última parte

LABIA SERICEA

La orquídea de labios sedosos o *Labia sericea* es la flor más rara del mundo.

Si habéis llegado hasta este punto de la historia, quizá todavía os estéis preguntando por qué este libro se titula así. O quizá, como es natural, leísteis esas palabras extrañas impresas en la cubierta y en la portada y las olvidasteis enseguida para seguir el relato.

El título no suele ser tan importante. Pero ahora que os lo he recordado, seguro que sentís curiosidad por saber por qué lo he elegido, dado que en estas páginas no se ha hablado nunca de flores.

La orquídea en cuestión es propia de la selva tropical de Borneo. Existen numerosas descripciones en los tratados de botánica, y en su mayoría coinciden. Las primeras se remontan a hace siglos, cuando se empezó a documentar y a catalogar la vida vegetal.

Los primeros estudiosos no disponían de cámaras fotográficas, así que, para clasificar un ejemplar, tenían la costumbre de reproducirlo pacientemente sobre el papel, con plumilla y tinta china.

Existen diversas representaciones de la *Labia sericea*. Aunque esos dibujos se parecen entre sí, no proceden de testimonios directos, sino que son el resultado de reunir detalles extraídos de los relatos imprecisos de quienes se han topado casualmente con la flor o han oído hablar de ella a los indígenas de la selva. Las características recogidas de este modo se han ido ensamblando hasta formar una imagen satisfactoria, como en un retrato robot.

Resulta llamativo que, en tiempos modernos, nadie haya conseguido inmortalizar la famosa orquídea ni en película ni en formato digital. Es inevitable pensar que, en realidad, ningún botánico ha visto jamás esa flor. De ahí la definición de «la más rara del mundo».

La relación de todo esto con la historia que os he contado es fácil de explicar.

Después de que Alfredo acudiera en mi ayuda al caserón rojo, sucedieron varias cosas. La primera es que nunca hemos vuelto a separarnos.

Ese mismo día regresamos a su casa, hicimos las maletas y, junto con Greta, nos marchamos a un destino desconocido. Lo que fuera con tal de poner una distancia de seguridad entre nosotros y Nazareth.

Más tarde, Alfredo vendió la casa que había heredado de sus padres y nos instalamos en el lugar donde seguimos viviendo hoy, lejos de todos. Y empezamos juntos una nueva vida.

Alfredo le contó a Greta la verdadera historia de su madre, poniendo fin a años de mentiras. En el fondo, lo encajó bien.

Con el tiempo, Greta aprendió a aceptar mi presencia, sobre todo después de que le revelara mi verdadera identidad. Luego incluso decidió leer mis libros. Creo que fue eso lo que realmente nos acercó.

Le impresionaron mucho *El caso de Via Beyle* y la historia de Nic.

Con ella y con Alfredo hemos construido algo de lo que me siento muy orgullosa y que se parece bastante a una familia. Pero siempre me da miedo usar esa palabra, sobre todo después de lo que les ocurrió a los miembros de la familia C.

Durante estos diez años, Alfredo, Greta y yo hemos seguido adelante sin mencionar lo sucedido en 2015, y mucho menos lo de 2005, ni siquiera entre nosotros. Siempre hemos temido que el mal volviera a buscarnos, así que evitábamos nombrarlo. Por precaución, todavía guardo en un cajón una de las cruces de tallo de rosa de Bratska Vûlk.

Hasta que un día, la que ya considero mi ahijada se acercó a mí y me dijo que, en su opinión, debería escribir un libro sobre aquellos hechos, y mejor en forma de novela.

Hacía tiempo que ya no contemplaba la posibilidad de volver a escribir. La idea de empezar de nuevo me asustaba y me ilusionaba al mismo tiempo. Según Greta, ella lo necesitaba, y también lo necesitábamos su padre y yo. Solo así podríamos exorcizar lo que habíamos vivido. Porque la escritura es a menudo un rito liberador: sirve para limpiar las almas y las cosas del germen del mal.

Como ya había ocurrido con *El caso de Via Beyle* y con Nic.

Por eso, en los últimos meses he sacado del letargo el viejo portátil, he reunido las notas que tomé hace años y me he lanzado de lleno a esta nueva aventura literaria. A menudo con la ayuda de Alfredo, para no dejar nada en el tintero.

Cuando ya estaba casi terminando el manuscrito, me di cuenta de que no tenía título para la obra. Entonces Greta acudió en mi ayuda.

Labia sericea es idea suya.

Me explicó que se había topado con esa flor por casualidad, mencionada en un soneto de un autor renacentista del siglo XV que estaba estudiando para preparar un examen de la universidad. Por cierto, mi ahijada estudia Filología Clásica, y eso me llena de orgullo.

Intrigada por el sensual nombre, Greta hizo una búsqueda en internet y descubrió que esa orquídea aparece en numerosas obras, y que poetas y novelistas han cantado su belleza aun solo habiendo oído hablar de ella y sin haberla visto nunca, salvo en dibujos.

A partir de ahí fue fácil descubrir que ni siquiera los botánicos disponen de pruebas directas de qué aspecto tiene realmente esa misteriosa planta.

Y puesto que, en última instancia, mi novela también trata de algo que no puede demostrarse, Greta me convenció de que el nombre *Labia sericea* encajaba perfectamente con la historia.

Hay un motivo por el que nadie ha visto jamás la orquídea de los labios sedosos. La conclusión más obvia es que esa flor no existe.

Así pues, ¿por qué hay tratados y textos que hablan de ella? ¿Qué sentido tiene? O quizá esa flor exista solo porque alguien cree que existe. En ese caso, puede afirmarse sin problema que existe precisamente porque alguien escribe y habla de ella. De modo que la orquídea existe y no existe al mismo tiempo, según si alguien cree en ella o no.

Como ocurre con Dios. Como ocurre con el diablo.

Aunque algunos de los hechos ocurridos en Nazareth no tienen explicación, y quizá no la tengan nunca, nadie puede permitirse ignorar los misterios que suceden a cada instante en el mundo. Y yo, de vez en cuando, sigo percibiendo un extraño aroma dulzón, sin saber de dónde procede.

El olor de una flor que no está.

Todo esto me ha enseñado algo importante. No nos sorprende lo que desconocemos, sino aquello que nos negamos a ver.

IMPORTANTE

Nota del editor

El manuscrito de la novela que acaban de leer llegó a nuestra editorial en un paquete postal el 7 de junio de 2025.

Más allá de la sorpresa de recibir una última obra de Victoria Anthon después de tantos años, hemos llevado a cabo las oportunas comprobaciones sobre el contenido, que se presenta como basado en hechos reales.

A este respecto, nos vemos obligados a hacer algunas aclaraciones.

El pueblo de Nazareth puede identificarse con la pedanía de Belricetto, en la provincia de Rávena. Conviene mencionarlo expresamente, ya que la tragedia de la familia Costantini no tuvo lugar en 2005, como se afirma en la novela, sino que se remonta a un suceso sangriento ocurrido en el lejano 1905.

El cabeza de familia, Lorenzo, cometió realmente el execrable crimen que se le atribuye: asesinó sin motivo aparente a su esposa Beatrice y a sus hijos pequeños, Luigia, Giacomo y Caterina, una noche de verano.

Pero esta es la única verdad comprobada.

Todo lo demás, así como llevar los hechos a la época actual, debe considerarse una licencia narrativa.

El periodista Alfredo Festa y su hija Greta Festa residen todavía hoy en Belricetto. Alfredo Festa escribió de verdad sobre el caso de la familia Costantini en un artículo publicado en 2005 en un periódico local, con motivo del centenario del suceso más grave ocurrido en la

zona.

Alfredo y Greta Festa han desmentido haber conocido o tratado nunca a la escritora Victoria Anthon.

A todo ello hay que añadir que no nos consta que el personaje de Nic sea una persona real, ni que Victoria Anthon haya sufrido agresiones que requirieran en el pasado intervenciones quirúrgicas de reconstrucción facial. Por lo que sabemos, también la novela *El caso de Via Beyle*, mencionada en varias ocasiones en estas páginas, es producto de la imaginación.

No obstante estas oportunas aclaraciones, conviene señalar que la mención en la novela *Labia sericea* de hechos y personas reales adquiere un significado especialmente delicado a la luz de lo ocurrido en agosto de 2015.

Nos referimos, por supuesto, al hallazgo del cuerpo sin vida de Victoria Anthon en un caserón rojo abandonado en las afueras de Belricetto. La misma casa de campo que fue el escenario de la masacre de la familia Costantini más de un siglo atrás.

Desde el primer momento resultó evidente que la muerte de Victoria Anthon fue un brutal asesinato de motivación desconocida, cuyo autor nunca ha sido identificado. Tanto los investigadores como todos nosotros nos hemos preguntado durante mucho tiempo por qué la víctima tenía en la frente una X trazada con su propia sangre. El mismo símbolo hallado hace más de cien años en los cuerpos de los miembros de la familia Costantini, un ritual del que nunca se ha dado explicación.

A la luz de todo ello, pueden imaginar la sorpresa que supuso encontrarnos en 2025 en posesión de un manuscrito de nuestra querida autora diez años después de su trágica muerte. Porque, por su estilo, su forma y su construcción, no cabe duda de que esta es una novela de Victoria Anthon, y es justo atribuirle su autoría.

Lo verdaderamente absurdo es que esta novela exista.

Hemos debatido largo tiempo sobre la conveniencia de publicarla, ya que, dadas las circunstancias, no podemos dejar de preguntarnos cómo es posible que esta historia haya surgido de la nada diez años después de la terrible muerte de su autora.

Al final, la respuesta nos la ha sugerido el propio título de la obra.

Como en el caso de la orquídea mentirosa, dejamos en manos del lector decidir si se lo cree o no.

Esta primera edición de *La mentira de la orquídea*, de Donato Carrisi, se terminó de imprimir en Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD) de Italia en noviembre de 2026. Para la composición del texto se ha utilizado la tipografía Sabon diseñada por Jan Tschichold en 1964.

Duomo ediciones es una empresa comprometida con el medio ambiente. El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques gestionados sostenibilemente.

PEFC
PEFC/18-31-226

GV GROUP
SOSTENIBILIDAD RESPONSABLE